





ESTABLISHED BY A. LEITCH
1859



INJURIA
DE
MEXICI



PQ6520
.E7
C7
1859
v.3

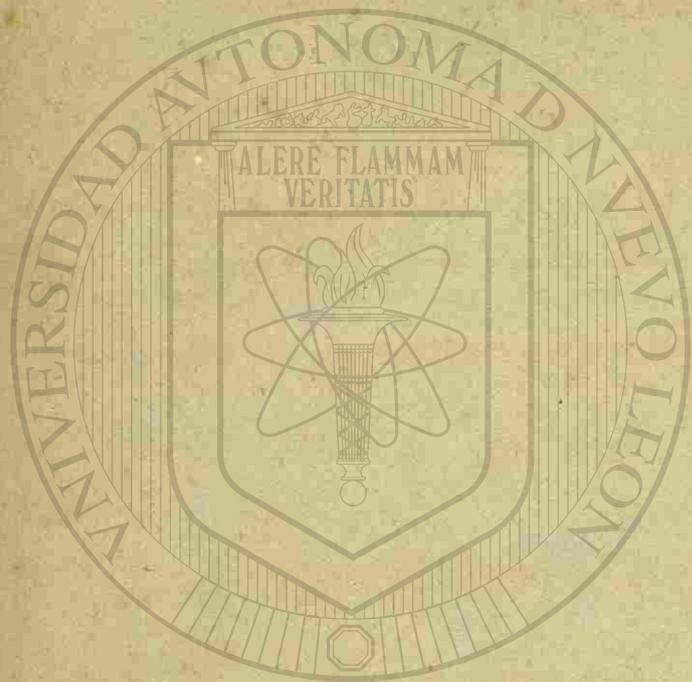


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA
CONJURACION DE MÉXICO,

6 LOS HIJOS

DE HERNAN CORTES.

NOVELA HISTÓRICA

ORIGINAL

De D. Patricio de la Escosura.

TOMO III.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1859.

TIPOGRAFIA DE M. MURGUIA, PORTAL DEL AGUILA
DE ORO.

0138-25260

PA6520

.E7

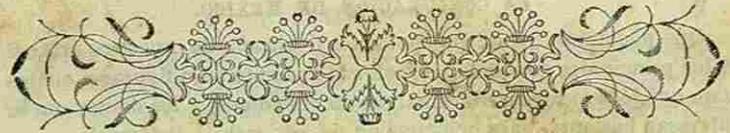
C7



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



FONDO PEREZ MALDONADO



LA
CONJURACION DE MEXICO.

PARTE QUINTA.

CAPITULO I.

QUE LOS CLÁSICOS PODRÁN LLAMAR EPISÓDICO, Y TRATA, SIN EMBAR-
GO, DE PERSONAS Y SUCESOS EN ESTE CUENTO IMPORTANTES.

Quizá estrañe el lector benévolo que desde que dimos cuenta de las prisiones verificadas de orden de la audiencia durante la noche del 15 al 16 de Julio, no háyamos vuelto á tratar ni del marques del Valle, ni de ninguno de los caballeros sus parciales: mas quien por eso nos censure será sobradamente severo, porque de presos absolutamente incomunicados poca cosa puede escribirse, como no sea un libro en el jenero del famoso de *Silvio Pellico*, jénero cuyo mérito no negamos, pero que, divirtiéndonos á nosotros poquísimo, juzgamos no sería tampoco muy del agrado del público.

La verdad es que los míseros cautivos aburríanse todos, cuál mas, cuál menos, segun sus respectivos caracteres, la culpabilidad de cada uno, y los grados de aficion ó indiferencia que á su vida profesaban. A este sostenia el orgullo, mientras á aquel le rendía el amor á su familia: uno se consolaba rezando, y otro desahogábase maldiciendo; pero en resúmen, vejetar entre cuatro paredes, convertido en cosa, tratado como dañina fiera, no viendo tras largas horas de solitario encierro mas que el rostro brutalmente indiferente, cuando menos, de un carcelero, y tener ademas en perspectiva el tormento y el suplicio, no son elementos para que nadie esté satisfecho.

¿Qué podíamos, pues, qué podemos decir aún de nuestros presos? A los principales conócelos el lector lo bastante para figurarse cuáles y de qué género serian sus amargas meditaciones; y los demas no le interesan bastanté para ocuparse en investigarlo. Dejémoslos, por tanto, todavía algun tiempo en sus calabozos, y tratemos nosotros de aquellos de los personajes de este libro que, conservando todavía su libertad, y pudiendo en consecuencia moverse y obrar con mas ó menos desembarazo, son capaces de suministrar alimento á nuestra pluma, y entretenimiento al ocio del curioso.

Y á propósito de curiosidad: mucho nos engañamos si falta entre nuestros benévolos lectores alguno ó alguna que desee ya saber algo del viaje y aventuras de Catalina Ponce, de quien nos separamos tiempo ha, dejándola en camino desde la cárcel de México al puerto de la Veracruz. Ciertamente la tal Catalina era un monstruo de ferroz perversidad, como ya sabemos, pero los monstruos tienen el privilegio de interesar al público, de manera que es mucho mas lucrativo poseer y enseñarle uno cualquiera, que abrasarse las cejas para componer un libro, por bueno que sea; de lo cual se infiere lójicamente que si nosotros, dueños de un monstruo, perdiéramos la ocasion de ecshibirlo, seríamos declaradamente necios.

Ahora bien, como lo *Autor* y lo *Necio*, bien pueden darse á un tiempo, mas no sabemos de cristiano, gentil, moro, ni judío, que á confesarlo de sí mismo se preste; y queriendo probar que no somos lo segundo, ya que en la flaqueza de ser lo primero háyamos incurrido, despues de encomendarnos á la pública benevolencia, vamos á consagrarle al monstruo en cuestion algunas pájinas.

Catalina y el bravo que la acompañaba galoparon sin descanso y en profundo silencio hasta una distancia de tres leguas de México, que era la del primero de los relevos de caballos de antemano dispuestos por la esquisita prevision de D. Alonso de Avila.

En medio del campo y al resplandor de una hoguera, veíase una pequeña choza donde se albergaba el hombre apostado para cuidar de los corceles, quien recibió á Catalina y á su acompañante como le estaba mandado, es decir: diligente y silencioso. Segun las instrucciones de Avila, detuviéronse en la choza los fujitivos una hora, durante la cual trocó la dama su vestido por otro mas cómodo y á propósito para el viaje, envolviéndose ademas en un amplio moruno albornoz, y ocultándose el rostro bajo un antifaz de seda negra. También el bravo trocó de vestido, poniéndose uno idéntico al que usaban los mercaderes de la época, para no llamar la atencion en el camino, como lo hiciera de conservar los atavíos un tanto escesivamente belicosos que de ordinario distinguian á los desalmados de su profesion.

D. Alonso, previéndolo todo, no omitió precaucion alguna para

asegurar la fuga de la mujer á quien ya no amaba, pero que habia sido, al cabo, objeto de su pasion primera, y en consecuencia tenia derecho (pensaba él) á su proteccion y amparo en todos tiempos y circunstancias.

Pasó el plazo convenido; nadie parecia; y Catalina, que no era mujer de arriesgar la vida por consideraciones á persona alguna, no se hizo de rogar para ponerse de un salto en la silla del caballo, y emprender de nuevo su viaje, con la misma precipitacion *que si viera á dos pasos de sí á los ministros de la justicia*, como espresamente se lo habia encargado su antiguo amante, y con eficacia se lo aconsejaba el instinto de su invencible egoismo. ¿Qué le importaba que D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, su amador fidelísimo, su víctima desdichada, por ella y para ella solo, primero en asesino convertido, y entonces por la cuchilla del verdugo amenazado, se salvara de tal peligro, ó al fin al rigor de la justicia sucumbiera!—Catalina le habia tenido por amante, porque necesitaba uno, y aquel le pareció, y era en efecto mas ciego y sumiso que los demas pretendientes; porque Avila, único hombre que en realidad acertó nunca á ablandar un tanto su corazon empedernido, huía de ella, porque el mismo Bocanegra poseia esclusivamente en México las dotes, buenas y malas, necesarias para que ella se prometiese decidirle un día á dar muerte al encomendero, como sucedió en efecto.

Pero ¡amor! Catalina era poco menos que incapaz de sentirlo; entre otras razones, por lo escesivamente que á sí misma se amaba.

¡Por qué, entonces, correr todos los riesgos á que pudiera esponerse la mas apasionada de las mujeres! Lo hemos dicho mil veces: primero, porque el libertinajé estaba en su índole; luego, por odio á su marido; despues, por ser señora absoluta de un desdichado mas, y atormentarle á su capricho; en fin, por tener un vengador, un instrumento y cómplice en el parricidio que premeditaba, ó por lo menos deseaba cometer mucho tiempo hacia.

Bien sabemos que las mujeres tienen por argumento sin respuesta el que á esponer vamos, y hacerse tambien pudiera en abono del pretendido amor de Catalina á Pacheco:

—*Me entrego sin necesidad y saltando á mis deberes, ¿cómo dudar de que amo?*

Como la mayor parte de las veces, tal argumento se hace por la interesada al paciente, y en los momentos en que mas ecsaltada está su pasion, ¡qué ha de responder él, que por una parte desea creer, y por otra no puede poner en duda lo que se le dice, sin ofender mortalmente á la que le está favoreciendo en aquel mismo instante!—Pero nosotros, que ahora discutimos en abstracto, podemos y debemos rebelarnos, como lo hacemos, contra tan absurdo racionio.

Para que tal no fuese, en efecto, seria preciso probar previamente que en la mujer, ni los sentidos, ni el temperamento influyen para

nada; y que, en consecuencia, siempre que á un hombre le abre los brazos, es porque le ama sinceramente!!! Si hay algun bienaventurado que eso crea, Dios le conserve en su gracia.

¿No hay cálculo en las hijas de Eva, á mayor abundamiento? ¿No hay intereses materiales y de pasion, que las obliguen nunca á entregarse, conservando libre el corazon? ¿No hay, en fin, mujeres sin corazon, y sin embargo galantes?

La verdad es que entre las mujeres como entre los hombres, hay libertinaje sin amor, y tambien amor sin libertinaje: no es la que mas pronto se rinde la que mas ama, ni la que mas tenazmente resiste la menos enamorada; y en resumen, bien puede acontecer, y con sobrada frecuencia acontece, que estrechas relaciones enlacen á personas de las cuales una, por lo menos, ama á la otra.

Catalina, pues, cuidándose poco de la suerte de su desdichado amante, emprendió de nuevo su viaje á la Veracruz, con ardor tal, que su acompañante, con ser hombre avezado á todo jénero de aventuras, no la seguia de cerca sino apretándole las espuelas al caballo continuamente.

—¡Vive Dios! (pensaba el bravo) que esta mujer valdria un imperio para un hombre como yo! Ella monta á caballo como un correo; ella maneja el puñal, segun dicen, á maravilla, y por consiguiente no tiene necios escrúpulos; ella la ha corrido ya, y en grande; y ella, en fin, es rica ahora.... ¿Y por qué no la has de conquistar, amigo *Corta-orejas*? ¿Por qué no la has de conquistar tú, como otros la han conquistado?

Corta-orejas, que debia su gráfico nombre al deleite y destreza con que, en efecto, cortaba infaliblemente las orejas de todo infeliz que en sus manos caia, allá en las guerras de Italia y Alemania, donde juntamente con Absalon y Alma-negra habia militado; *Corta-orejas* fué de niño ratero, de mozuelo ladron, ya hombre, bandido en España, luego soldado bajo las banderas del católico Felipe II; y en fin, bravo entre los alistados por D. Martin Suarez de Monroi. Su biografía fuera un compendio de cuantos crímenes caben en la humana perversidad; porque, es preciso confesarlo, raza como la de los bravos de la época á que nos referimos, difícil es hallarla en la historia. Hoy, reducidos los delincuentes á su propia peculiar esfera, sin ser menos despreciables que entonces, si son infinitamente menos peligrosos, pues no siendo ya la fuerza brutal el elemento social dominante, aun cuando las clases cultas traten de cometer un crimen, rara vez acuden á buscar sus cómplices é instrumentos entre las heces de los malvados. Crímenes se cometen en nuestros dias, por desdicha, mas son, si no en el fondo, si en las formas, de otra especie que los consumados tres siglos hace. La calumnia y la intriga se prefieren ahora á la espada y la fuerza; el veneno está mucho mas en uso que el puñal; y como para propalar una calumnia y urdir una intriga

vale mas un libelista que un bravo; como para envenenar á un hombre honrado que estorba, es preferible y mas hábil la blanca mano de una pérfida esposa, que la encallecida de un asesino de oficio, este no se ejerce ya sino en rarísimos escepcionales casos. Mas en el tiempo de nuestro cuento, todo caballero necesitaba tener á su servicio alguno ó algunos bandidos de los que, habiendo ya hecho sobrados méritos para que el verdugo los reclamase como suyos, compraban á costa de una sumision tan ciega como sin límites, el pan, el salario y la proteccion de los poderosos. Estos á su vez, comprometiéndose su fama y crédito en defensa de los proscritos, valíanse de ellos, en el mejor caso posible, como defensores de su casa y persona, y en no pocos como instrumentos de sus venganzas ó malas pasiones.

En tal supuesto no debe estrañarse que á un malvado como *Corta-orejas*, le acometiese desde luego la tentacion de hacerse dueño de una mujer verdaderamente hermosa como Catalina lo era, y al mismo tiempo de enriquecerse con las joyas y dineros que sabia llevaba consigo la fujitiva adúltera.

Pero ¿y la diferencia de clases? (esclamará alguno.) ¿Cómo podia esperar un mortal, záfio y grosero, que de él se prendase una dama, criminal sin duda, mas de noble cuna y aristocráticos instintos? ¡Aquel hombre estaba loco!

Vamos á espacio, si á vuesa merced le place, señor argumentista. En primer lugar, *Corta-orejas* no pensó ni un instante siquiera en *enamorar* á Catalina, sino en poseerla, que son cosas muy distantes entre sí; y en segundo, la distancia entre aquellos dos seres no era, ni con mucho, tan grande como á primera vista parece. El crimen degrada irremisible, súbita y profundamente: cuanta mayor es la altura en que se comete, tanto mas honda la infamia en que al delincuente sume. Catalina, á los ojos del mundo como á los de Dios, á los del bravo como á los del mismo D. Alonso de Avila, era ya entonces una adúltera parricida, y no otra cosa; una mujer abyecta, que solo merced á la fuga podia esquivar el suplicio. Habia, pues, igualdad perfecta entre *Corta-orejas* y la viuda de Juan Ponce; y quizá decimos mal, el bravo era superior á la parricida, porque en los dominios del crimen la fuerza constituye aristocracia, y *Corta-orejas* superaba en fuerza á Catalina.

Tanto era así, y tan cierto es que cada cual aprecia mejor que nadie los efectos de su propia degradacion, que desde el instante en que el bandido, á pretexto ya de orientarse en su camino, ya de apretarle las cinchas al caballo, comenzó á detenerse unas veces, y á aproximarse otras por demas á Catalina, adivinándole ella los designios, en vez de rechazarle violentamente como en otras circunstancias hiciera, hubo de resignarse á contemporizar por el momento, salvo el propósito de deshacerse de tan peligrosa compañía así que las circuns-

tancias se lo consintieran. Por su parte Corta-orejas, seguro de que las suyas corrían gravísimo peligro, si sospechara siquiera remotamente D. Alonso de Avila la manera en que su encargo desempeñaba, trató por entonces de no esceder los límites de la *galantería*, tal como su rudo entendimiento alcanzaba á comprenderla; y de ese modo pudo la digna pareja llegar á su destino sin aparente ruptura. No obstante, él se habia picado al juego, y ella atesorado en su rencoroso pecho un odio implacable á su audaz acompañante.

Sin entrar en la ciudad, y embarcándose en un esquife, en cierta playa del puerto no distante, fueron nuestros fujitivos en derechura al buque que con impaciencia los esperaba; pues siendo propicio el viento para la navegacion, sabido es que los marinos lloran el tiempo que en tierra pasan. Así, apenas llegados Catalina y el bravo, dió el capitán la órden de aparejar para la Florida.

¡*La Florida!* Un tiempo tambien parte de los inmensos dominios españoles, hoy territorio de los Estados-Unidos de Norte-América, en virtud de una *venta* consumada no mas tarde que el vijésimo primero año del siglo XIX; porque todavía en el siglo XIX los potentados de la tierra venden y compran países, cuyo suelo basta al establecimiento y prosperidad de un gran pueblo!

Trescientos años ha, como ahora, era la Florida una vasta península, limitada al Norte por los actuales Estados de Alabama y de Georgia; al Sud por el estrecho que lleva su nombre; al Este por el golfo de México; y al Oeste por el mar Atlántico; distante apenas treinta leguas de la Isla de Cuba, en union de la cual forma el seno mexicano; y poco abundante en metales preciosos.

Esa circunstancia y la ferocidad indómita de sus habitantes contribuyeron, por una parte, á que no hiciese el gobierno español grande empeño en poblarlas; y por otra, á que fuesen constantemente desgraciadas las muchas tentativas que desde su descubrimiento hicieron para radicar en sus costas, ya osados aventureros, ya los agentes del vireinato de Nueva-España.

Considerábase, pues, la Florida, en la época de nuestra historia, como una rejion completamente incivilizada, como un país poblado por feroces hordas de salvajes, al cual, aun con las armas en la mano y en crecido número, no podían arribar los europeos sin gravísimo riesgo para sus vidas, y seguridad absoluta de sufrir trabajos y privaciones sin cuento.

¡Por qué (siendo así) dispuso D. Alonso de Avila que el buque, en el cual debia fugarse Catalina, hiciese rumbo precisamente á tan peligrosa tierra! La razon es obvia: si el bajel se fletara para cualquiera otro punto de Europa ó de América, acudieran á él los mercaderes con sus efectos, los viajeros con sus personas, el gobierno mismo quisiera, acaso, aprovechar la ocasion para sus comunicaciones oficiales; y el secreto de la fuga arriesgárase casi con evidencia. Pero

que una docena de hombres desconocidos, ó por jente audacísima reputados, con ayuda de algun codicioso especulador tripulasen un barco para explorar las costas de la casi ignorada península, en primer lugar á nadie podia asombrar, supuestos el país y los tiempos; y en segundo, aseguraba á los navegantes de toda importunacion y aun pesquisa; porque entonces ni al que á tan temerarias empresas se lanzaba le iba nadie á la mano, ni se habian aún inventado las medidas de policia que no nos permiten movernos hoy, sin conocimiento de las autoridades.

Bien calculó, pues, D. Alonso, y á mayor abundamiento previno al patrón del barco que, limitándose á voltejear algun tiempo delante de la Florida, para deslumbrar á los curiosos, ó cuando mas haciendo aguada en sus costas, para poder justificar en caso necesario que habia á ellas arribado, gobernase despues hácia Europa, procurando desembarcar á Catalina fuera de los dominios españoles. Quizá no estará demas decir que el barco pertenecia en propiedad al mismo Avila, y que de su cuenta y bolsillo se hicieron todos los gastos de aquella aventurada singular espedicion.

Pero hay todavía otra circunstancia en el caso que nos ocupa, digna de notarse muy particularmente, y es la admirable coincidencia de huir Catalina del castigo que su crimen merecia, dirijiéndose á la Florida, país descubierto el año de 1512 por *Juan Ponce de Leon*, padre del infeliz encomendero por ella deshonrado y ademas vilmente asesinado.

Sí, Juan Ponce de Leon, hidalgo natural de la villa de San Servas de Campos, que con Nicolas de Ovando pasó, recién descubierto al Nuevo Mundo, á la isla española; Juan Ponce de Leon, primer pacificador de la isla de Puerto Rico, cuya capital, de su nombre, se llama *San Juan*, y es uno de los pocos pero importantísimos restos que aun conservamos de nuestra pasada grandeza; Juan Ponce de Leon, uno de los hombres mas activos, emprendedores y mal pagados, de los que en la casi fabulosa empresa de arrancarle al Océano un ignorado hemisferio se distinguieron, fué quien descubrió, como dijimos, el año de 1512, y el día de pascua *florida*, la península que se distingue aun hoy con el apellido de una de las mas solemnes festividades de la Iglesia católica.

¡Quién le dijera, cuando ufano con el inesperado hallazgo, entreveía acaso inmortalizado su nombre en los futuros siglos, y poblada aquella tierra por innumerables pueblos, que dentro de breves años habia en sus costas de buscar asilo la adúltera homicida esposa de su propio hijo!

Confesemos que, para los impíos que niegan la intervencion en los sucesos de este mundo de la Providencia divina, hay azares y coincidencias inexplicables en la vida humana.

Mas volviendo al relato, es de advertir que una vez embarcados la fujitiva y su acompañante, la primera idea de ella fué desembarzarse del que descaradamente aspiraba al título y goces de su galán. Dióle, en consecuencia, gracias por los servicios que hasta aquel momento le había prestado, y una razonable recompensa en dinero, deseándole feliz viaje y pronta vuelta á la capital de Nueva-España.

Corta-orejas oyó con gravedad imperturbable la jaculatoria de Catalina, aceptando sin ceremonias el dinero; y en seguida declaró que ni pensaba, ni debía volver á México hasta que en completa seguridad dejase á *la señora*. Al escuchar tal declaracion estremeciése la delincuente, porque á la verdad ni su degradacion la había pervertido el gusto lo bastante para que sin repugnancia invencible mirase á un hombre brutal y asqueroso en todos conceptos, ni el peligro y equívoca posicion en que se hallaba le permitian rechazarlo de sí con el profundo desden á que realmente eran acreedores los osados designios del bravo.

En tal conflicto acudió Catalina á su astucia, tratando de persuadir á su perseguidor de que seria una locura unir su suerte á la de una mujer proscrita; insinuándole, á mayor abundamiento, que en el instante en que en tierra para ella segura pusiera la planta, iba á encerrarse en un claustro, en espacion, no del crimen de que *injustamente* se la acusaba, sino de la desdicha de haber dado lugar á tan horrible *calumnia*. Corta-orejas, habiendo hecho á D. Alonso de Avila un servicio tan importante, cual lo era el de conducirla sana y salva á bordo del bajel en que hablaban, podia contar de seguro con una espléndida recompensa á su regreso á México, así como con la constante protección de aquel caballero, el mas espléndido, magnífico y poderoso de todo el reino. Mas aún: ¿cuál no seria la inquietud de D. Alonso si su mensajero no regresaba á noticiarle el feliz éxito del peligroso viaje, por dicha sin contratiempo terminado? Era, pues, indispensable que Corta-orejas se volviese por donde había venido; salvo, de insistir en su propósito de unirse con Catalina, el proporcionarle ella, como con solemne juramento se lo ofrecia, los medios necesarios para verificarlo, dándole aviso del lugar de su retiro.

Tal fué, en compendio, el raciocinio de Catalina, escuchado por el bravo con religiosa atencion y muestras de convencimiento tan evidentes, que la dama de Bocanegra llegó á esperar que había logrado su fin: mas el incesorable bandido contestó á todo con la siguiente laconica, pero concluyente respuesta:

—Vuesa merced, señora mia, lo dice como quien es: pero á mí D. Alonso me ha mandado acompañarla hasta que la deje en paraje seguro á toda mi satisfaccion, que ha de ser la suya; y ni por ánjeles ni por demonios, dejaré de cumplir la orden que me dieron.

¿Qué replicar á tal jénero de argumento? ¿Qué oponer á tan invencible obstinacion? El silencio, la resignacion y la astucia. Por lo

que hace al patron, en sus instrucciones se le mandaba acoger á bordo á un hombre y á una mujer, que le presentarian cierta contraseña: la mujer y el hombre allí estaban, la contraseña tambien; tocábale solo darse á la vela, y así lo hizo sin meterse en mas averiguaciones.

Singló, pues, la nave con viento en popa hácia las salvajes costas de la Florida; recojióse Catalina en su camarote; y mientras la tripulacion atendia á la maniobra, Corta-orejas, paseándose á compas sobre el puente, meditaba profundamente su plan de operaciones para lo sucesivo. Sus naves estaban quemadas ya, porque en realidad la orden que de Avila recibió fué para acompañar á Catalina hasta embarcarla, y en seguida regresar á México, donde las muertes de Absalon y de Alma-negra, y los sucesos que se preparaban, hacian necesaria la presencia de un hombre como él, que gozaba de cierto prestigio entre los de su especie. Así, en el hecho solo de hallarse embarcado, Corta-orejas contravenia á los preceptos de su dueño tan abiertamente, que la reconciliacion le era imposible; y por consecuencia, ya entonces, si Catalina y su dinero y joyas se le escapaban de entre las manos, podia considerarse en el caso de un hombre que voluntariamente se arroja á un precipicio.

Para mayor complicacion, á los ojos del bravo era evidente que la fujitiva no solo no sentia hácia él la menor inclinacion simpática, sino que cordial y profundamente le detestaba, siendo de presumir que aprovechara con anhelo la primera ocasion que se le presentase para desembarazarse de su molesta companía.

Sin ilusiones, pues, y colocado entre la miseria y el crimen, situacion infinitamente peor, en su concepto, que la de estar entre la espada y pared, Corta-orejas no vaciló un instante siquiera en la eleccion, pues que el crimen era su natural elemento, y la miseria harto su conocida para que por el pensamiento pudiera pasarle la idea de aceptarla, ni por un solo instante. Lo que de veras le aquejaba y tenia perplejo era el no hallar medio espedito y obvio para satisfacer pronto, por completo, y sin arriesgar el pescuezo demasiado, su brutal antojo por la mujer, y su insaciable codicia de riquezas juntamente.

Violar y robar, que, para llamar las cosas por sus nombres, eso y no otra cosa meditaba aquel dignísimo bandido; violar y robar en un buque, aunque como aquel esté por casi piratas tripulado, y aun cuando se trate de una mujer á quien sus crímenes y mala suerte hayan puesto, como á Catalina, fuera de la ley comun, privándola de todo amparo en la tierra; violar y robar, repetimos, en un buque, á una infeliz que bajo la salvaguardia de su tripulacion se halla, son acciones que ni aun entre piratas se cometen impunemente, porque aun en aquellas asociaciones, en odio de la moral pública, por decirlo así, formadas, hay siempre un resto de pudor, ó mas bien un instinto de propia conservacion, que les aconseja y obliga á poner freno en lo que á ellas mismas toca, á la ferocidad que en masa ejercen

contra el resto del universo. Era, por tanto, para Corta-orejas evidente que mientras Catalina estuviese á bordo, no queriendo ella, como no queria, ni abrirle los brazos, ni entregarle sus tesoros, forzoso le seria reprimir sus brutales ímpetus, so pena de figurar luego pendiente de una verga á guisa de espanta-pájaros, situacion elevada de que el bravo no se sentia ambicioso en ningun modo. En tal supuesto, no habia mas de aplazar la realizacion de sus deseos hasta el desembarque; pero entonces, aunque el crimen ya en tierra contase con mas probabilidades de impunidad, todavia le quedaban sobradas al castigo para no proceder de lijero. Corta-orejas, desconocido en América, gozaba en Europa de cierta hedionda popularidad entre los criminales, corchetes y ministriles de todos los paises, y singularmente en España, Portugal, Flandes, Alemania, Italia, y hasta en la Francia misma. Tales y tantas y tan graduadas fueron sus fechorias de todos jéneros, que apenas podia decirse que hubiese un tribunal que no lo reclamara; y para hombre de tal fama desembarcarse en Europa equivalia á consagrarle al cáñamo su garganta, y al diablo su alma.

Embarcado así, tanto en el sentido recto cuanto en el metafórico de la frase, en una aventura rodeada de riesgos infinitos; habiendo de caminar siempre sobre el borde de un precipicio; y con la seguridad de dar en la horca si el equilibrio le faltaba un solo instante, no perdió Corta-orejas, sin embargo, su presencia de espíritu; antes por el contrario, Satanás su patron, sujirióle un proyecto verdaderamente infernal, para hacerse dueño, al parecer sin grave riesgo de su persona, de la de Catalina, de las joyas que fueron del encomendero de Acama y del dinero de D. Alonso de Avila, finalmente.

Sereno el cielo, apacibles las olas, fresco y propicio el viento, deslizábase lijero el buque sobre las aguas del Atlántico, como blanco cisne sobre la superficie de tranquilo estanque; y el patron, orientadas las velas, y comunicadas al piloto las instrucciones para la noche necesarias, iba á entregarse al descanso, cuando advirtiendo que aun sobre el puente permanecia su pasajero, invitóle con ruda cortesía á reforzar el estómago, antes de acostarse, con cierto aguardiente europeo que en su cámara tenia. Cuenta la historia que Corta-orejas creyera pecar mortalmente rehusando cualquier convite de tal especie; por lo cual, y conviniendo á sus designios congraciarse al patron, apresuróse á seguirle hasta la cámara de popa, dándole gracias por la invitacion que aceptaba.

Difficil nos fuera determinar quién habia visto mas mundo, si el convidante ó el convidado; porque entrambos eran hombres de aquellos que al morir, de todo tienen derecho á quejarse menos de no haber vivido: mas con esta diferencia, que el marino habia siempre especulado con su vida, mientras que el bravo infinitamente mas con la ajena que con la propia. En la biografía del patron, si se escribie-

ra, no pretendemos que hallase ningun padre de familia ejemplos morales que proponer á sus hijos; mas la de Corta-orejas pudiera servir de libro de testo y leerse en cátedras de perversidad. En resumen: aquel conocia lo malo, y este lo practicaba, que son cosas bastante distintas.

Sin embargo, entendiéndose perfectamente el uno al otro, y no teniendo nada mas agradable en que ocuparse, pasaron la noche entera sentados á la misma mesa, cada cual con su vaso y botella delante, y departiendo al principio sobre las costumbres (malas se entiende) de los diversos paises que uno y otro habian visitado; algo mas tarde hablando de mujeres, por de contado no buenas; todavia despues de pendencias, no siempre leales como duelos entre honrados caballeros; y poco antes, en fin, de que el alba despuntase, nada menos que de D. Alonso de Avila, de Catalina Ponce, del objeto de aquella navegacion, y del mismo Corta-orejas por último.

Gran bebedor era el bandido; pero el patron un verdadero mosquito, uno de esos hombres que tienen sobre las cubas la ventaja de no criar madre; con estómagos que parecen perforados, como los toneles de las Danaidas; con cabezas que despiden de sí los vapores del vino, cual las superficies cóncavas los sonidos. Alcohol puro, que no aguardiente, pudiera beber el bueno del hombre hasta la consumacion de los siglos, sin pasar nunca de cierto estado de perezosa beatitud, en el cual, purpurino el rostro y sobrado gruesa la lengua, hablaba poco, pero oia mucho y bien, sin perder ni un solo instante la conciencia de su ser é intereses.

Aconteció, en consecuencia, que cuando ya pudiera decir Corta-orejas aquello de

“Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?”

Porque en efecto, veia delante de sí mas candelillas que estrellas tiene la región tropical en que navegaba; el patron, conservando perfectamente despejada la cabeza, creyó oportuno el momento para satisfacer la curiosidad, sobrado natural, que le aquejaba, relativamente á su bella pasajera y no muy católico acompañante.

Aunque en frases inconexas, amenizadas con chocarreras frialdades, blasfemias que hicieran estremecer á un Aquelarre, y necedades que envidiara un cóncave de filósofos, bastante dijo la ebria lengua del bravo para que su comensal supiera que Catalina fué un tiempo dama de D. Alonso, y que este, para salvarla del suplicio, habia escalado la cárcel de México, donde se hallaba presa como acusada de adulterio y parricidio consumado en la persona de su marido. Ni omitió Corta-orejas encarecer las riquezas que Catalina llevaba

consigo, ni supo del todo ocultar sus designios relativamente á la persona y tesoros de la dama; por manera que el marino fué dueño desde aquel instante de su secreto, y por consiguiente de su vida.

Mas al rayar el alba, dormia profundamente el bandido debajo de la mesa, y el patron en su hamaca; la delincuente sola, á quien su peligrosa deplorable situacion acortó el sueño, velaba en el buque, esceptuando el cuarto de servicio.

—“¿Qué va á ser de mí?” (pensaba Catalina, melancólicamente apoyada en la borda del buque, y fijos los ojos en su espumosa estela.) —“¿Qué va á ser de mí, sola en la inmensidad del universo, pros-crita por las leyes de los hombres, maldecida por las de Dios, y sin mas amparo que el de un bravo, mas codicioso de un poco de oro que poseo, que de mi persona misma!—¿A dónde volveré los ojos, buscando amparo!—¿Quién escuchará mis lamentos!—¿Y qué he ganado, Alonso, con que de la cárcel de México me sacaras, si habias de negarme tus brazos, y luego lanzarme al mundo, como una piedra al espacio, abandonándome á merced del acaso!—Debí haber esperado á Bernardino.... ¡Ah, si él estuviera conmigo, nada tendría yo que temer!.... ¡Pero, si no le amo, si le detesto!.... ¡Yo no puedo amar, yo no he amado mas que á Alonso! ¡Y el ingrato me negó sus brazos!.... ¡Maldita sea la hora en que le hice traicion, vendiéndome, necia de mí, al oro que nunca gocé del pérfido Juan Ponce....! ¡Ah! ¡Juan Ponce!.... ¡De ese al menos me he vengado!.... ¡Bien se clavó en su corazon la daga de Bernardino!.... ¡Implicable Juan Ponce!.... ¡Maldita seas, Catalina, en este y en el otro mundo!.... Paréceme que aun le escucho.—¿Y qué me importa su maldicion!—En este mundo.... Del verdugo ya estoy libre.—¿Y del bandido!—¿Oh! á ese, en último resultado, le engaño, y luego.... yo soy bella, no me faltará quien haga con él lo que Boca negra con el encomendero!.... Pero hay otro mundo, y allí.... No lo hay: no hay otro mundo, yo no lo creo, no quiero creerlo.... ¡Llamas eternas!—¡Bah! ¡Imposible! Esas son patrañas; la muerte lo acaba todo.—¿Qué es lo que queda de Juan Ponce!”

Así, desvariando impía aquella alma perversa, y rehusando rejenerarse en el raudal del arrepentimiento, llegaba hasta negarlo todo; así, huyendo de sus propios remordimientos, refugiábase en los helados brazos del ateismo, porque tanto monta negar la inmortalidad del alma, como la existencia del Ser Supremo; sin aquella, este seria un absurdo.

En tanto las horas corrian, y reparadas las fuerzas de Corta-orejas con el profundo sueño disfrutado, la razon, ejerciendo en él su natural oficio, acusábale de las graves imprudencias cometidas la noche anterior. Maldiciendo, pues, el aguardiente y su propia intemperancia, pero disimulando profundamente sus recelos, llegóse al patron, y con arte digno de cualquier diplomático consumado, hizo recaer

la conversacion sucesivamente, primero sobre la pasada orija en jeneral, despues sobre Catalina, y últimamente sobre sí mismo, todo con el piadoso objeto de indagar si habia ó no andado indiscreto, como con razon lo temia.

Pero de aquellos dos hombres podia con rigurosa esactitud decirse lo que el proverbio italiano de dos tunos redomados que de engañarse tratan recíprocamente, que la lucha era de Galeota á Marinero, esto es, de Presidario á Marinero, ó sea de pícaro á pícaro y medio. El patron no recordaba una sola sílaba de cuanto habia dicho ó escuchado la noche anterior; ni tenia conocimiento del nombre siquiera de Catalina; ni menos de las aventuras de su comensal. Habíasele subido el aguardiente á la cabeza, proporcionándole largo y profundo sueño. A eso se atuvo, eso aseguró con tal naturalidad y completa ausencia de afectacion, que, siendo Corta-orejas no menos receloso y asombradizo que perverso y desalmado, quedó con todo plenamente tranquilo, si bien jurando no escederse en lo sucesivo en materia de aguardiente, mientras su proyectada aventura no llevase á cabo.

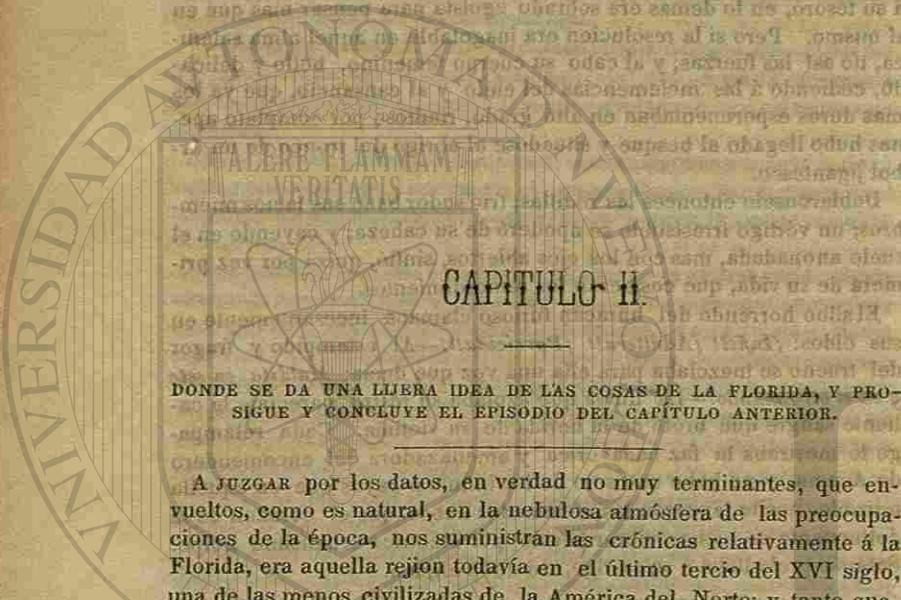
Al ponerse el sol halláronse los navegantes á la altura de la Florida, y dando vista á sus costas tan de cerca que, casi sin necesidad de servirse del anteojo, pudieran distinguir las humanas fisonomías, si alguna se mostrase en las entonces desiertas playas. Era tal, sin embargo, la fama de la ferocidad y valor indomable de los naturales de la tierra, que un estremecimiento involuntario ajitó los nervios de toda la tripulacion y de los dos viajeros, al considerarse tan vecinos á una region en que, segun las creencias de los indios, se escondia una famosa fuente cuyas aguas maravillosas rejuvenecer podian al mas anciano de los mortales en pocas horas, mas que para los castellanos era una especie de bátrio insondable, donde su esfuerzo y fortuna naufragaban constantemente.

Por de pronto el buque se puso al paio; flojos los cables, azotaban sus palos; recojidas sus velas y vacilante su casco, el que poco antes volátil acuático, asemejábase á flotante boya; y el silencio profundo, la ansiedad congajosa que á bordo reinaban, parecian presajio de alguna gran desdicha.

Y en efecto, ya en el cielo divisaba el ojo esperto de los marineros los síntomas infaliblemente precursores de una de las espantosas tormentas con que, bajo los trópicos y en sus inmediaciones, suele la mano del Eterno agitar tan hondamente los mares, que no parece sino que amenazan devorar las inmensas tierras que circundan.

Antes de la media noche la tempestad era inminente; tan inminente, tan formidable, que despreciando ante la ira celeste todos los riesgos que por parte de los hombres correr pudiese, mandó el patron aparejar para la costa, y singló á ella tan resuelta como hábilmente.

No hubo una vez que lo contrario osara aconsejarle; no hubo un brazo que á la maniobra no estuviese pronto, mas tampoco un cora-



CAPITULO II.

DONDE SE DA UNA LLERA IDEA DE LAS COSAS DE LA FLORIDA, Y PROSIGUE Y CONCLUYE EL EPISODIO DEL CAPITULO ANTERIOR.

A JUZGAR por los datos, en verdad no muy terminantes, que envueltos, como es natural, en la nebulosa atmósfera de las preocupaciones de la época, nos suministran las crónicas relativamente á la Florida, era aquella region todavía en el último tercio del XVI siglo, una de las menos civilizadas de la América del Norte; y tanto que, comparándola á la Nueva-España, podia con razon sobrada calificarse de pais enteramente bárbaro.

No obstante, los moradores de la parte Norte de aquel pais, hallándose en contacto mas ó menos frecuente con los mexicanos y otras naciones relativamente cultas, vivian vida social en pueblos rejidos por caciques y leyes ajustadas á sus necesidades y conocimientos, al paso que los habitantes de lo interior y del Mediodia de la península, que ahora episódicamente nos ocupa, conservábanse en el estado salvaje mas completo que imaginarse puede.

Nómadas todos los últimos, desconocian completamente la agricultura, alimentándose del producto de la caza y de la pesca, de los frutos espontáneos de la tierra, de raices secas, y si hemos de creer á los historiadores casi contemporáneos del descubrimiento, de arañas, huevos de hormigas, gusanos, lagartijas, y todo jénero de culebras, entre las cuales unas de carne tan ponzoñosa que, comida por cualquiera otra persona que los indios de la Florida, le causa infaliblemente la muerte. Pero todavía, á pesar y ademas de la ya singularísima y no apetitosa lista de comestibles que acabamos de escribir,

quiere el P. Torquemada que comiesen, y copiamos literalmente sus palabras: *tierra y madera*, y EL ESCREMENTO Ó ESTIÉRCOL DEL VENADO.

Estraña y sucia parece tal costumbre: pero ¿no pagan los chinos á peso de oro, para regalarse con ellos, los nidos de cierto pájaro que con sus propias secreciones fecales los edifica? ¿No comemos nosotros con deleite vivo y palpitante, al infeliz molusco que llamamos ostra? Seamos, pues, indulgentes con los indios, y respetemos en el estado de barbarie aberraciones del gusto, no muy superiores por cierto á las que en el apogeo de la civilizacion hallarse suelen con sobrada frecuencia.

Pero, á mayor abundamiento, hay que alegar en favor de nuestros indios de la Florida que, si bien se nutrian de alimentos poco delicados unas veces, y no muy limpios otras, al menos no puede acusarseles, como á los caribes y mexicanos, de haber incurrido en la horrenda costumbre de comer carne humana; costumbre que, por el contrario, tal y tan profundo horror les causaba, que en virtud de él puede explicarse en gran parte el tenaz encarnizamiento con que constantemente miraron y combatieron á los europeos.

En efecto, el año de 1528, Pánfilo Narvaez, especie de tizon humano, al parecer por la Divina Providencia consentido solo para que con su implacable envidia y locas empresas, hiciese resaltar mas cada dia la inmarcesible gloria de Hernan Cortés, no contento con haber comprometido en cuanto pudo el éxito de la conquista de Nueva España, y humillado, pero no correjido, con la ignominia de su derrota en el Anáhuac, logró al fin á fuerza de intrigas y bajas adulaciones en la corte, que los ministros de Felipe II le agraciasen con el título de adelantado y gobernador de la Florida. En vano desde los primeros pasos de su empresa le advirtió el destino el mal éxito que le preparaba, haciendo intérpretes de su enojo, al cielo con tempestades y al Océano con borrascas: al compas de los rigores del hado, acumulaba aquel mal aventurado caudillo sus desaciertos. Supliendo en él la vanidad á la grandeza de ánimo, y la obstinacion á la razonada perseverancia, aportó al cabo á las playas de la inculta península, preguntando por lo que buscan constantemente las almas codiciosas: por el oro, sin el cual no aciertan á engrandecerse los que Dios hizo pequeños de espíritu.

Allí y entonces, como en todas partes y siempre, castigó la fortuna con sus desdenes, y castigó con justicia, si bien severa, pues no atendiendo al parecer de los hombres experimentados, y sin bastimentos, y con reducido número de caballos, por una penosa navegacion estenuados, y con tropa ya sin alientos á influjo de incesantes reveses, internóse en las inmensas llanuras de aquella tierra en vejección escasa, en pantanos abundante, despoblada, y para él completamente desconocida, de la cual pudieran decir los indios lo que Alfonso de Cantabria de las montañas de Cantabria,

"cuyos senos
"ofrecen á la sed del africano,
"en vez de oro y placer, virtud y fierro."

con solo trocar algunas palabras, porque, en verdad, flechas agulsi-
mas y emponzonadas hallaron los nuestros, en vez de los abundan-
tes veneros de oro que la codicia de su jeneral habia soñado.

No es ahora de nuestro propósito seguir á Pánfilo Narvaez en sus
infinitos errores y absurdos desaciertos, ni tampoco en los durísimos
trabajos y privaciones inauditas que, tan sin fruto como sin objeto, su-
frío y sufrir hizo á los que gobernaba: bástenos decir que, afligido su
ejército por el hambre, la sed, las enfermedades, y la constante in-
cansable hostilidad de los indios, despues de haber vagado dilatados
días, corriendo sin rumbo un espacio de mas de trescientas leguas de
tierra desierta y árida, tuvo que construir de mala manera algunas
barcas, en las cuales, sin víveres, ni brújula, ni piloto, se embarcaron
los restos de la expedicion, entregándose á merced de un mar inquieto
y bravo, precisamente en la costa y estacion mas fecundas en es-
pantosas tormentas.

Aconteció, en consecuencia, lo que acontecer debia: de isla en is-
la, de playa en playa, hoy la falta de alimento y de agua, mañana el
abuso de un inesperado alivio; durante el día las olas, por la noche
las flechas de los indios, fueron sucesivamente arrebatando la vida á
los infelices españoles, hasta reducir á insignificante número los mal-
tratados restos del ejército expedicionario.

¿Quiere el lector formar cabal idea de qué hombre era Pánfilo Nar-
vaez, y hacerse cargo de su aptitud para rivalizar con el ilustre ven-
cedor de Otumba? pues lea aun algunos renglones de este episodio,
y podrá por sí mismo resolver la cuestion.

Acababa la derrotada flotilla de salir de una playa de la Florida,
abandonando en ella á dos desdichados cristianos, griego el uno y
africano el otro, que en obsequio de sus compañeros de desgracia se
habian prestado á ir en busca de víveres con ciertos indios traidores,
los cuales les dieron muerte, sin embargo de haber antes dado rehenes
para asegurar sus personas. Era de noche; embravecióse súbitamente
el mar, y saltó furioso el viento, separándose á su impulso las tres
únicas barcas que, aun flotando, quedaban de todas las que al agua
se botaron para la huida. Quiso, no obstante, el cielo piadoso, que
al ser de día se avistaran recíprocamente aquellos frágiles bajeles; y
el tesoro de la expedicion, Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, cuya
embarcacion habia mas que ninguna de las otras padecido, acudió á
la capitana solicitando que le dieran un *cabot*, y le remolcaran hasta
tierra, supuesto que Narvaez llevaba consigo la jente mas robusta y
menos fatigada. Es de advertir, y queremos hacerlo para poner bien
de manifiesto la índole de Pánfilo Narvaez, que desde que este trató

de penetrar en lo interior de la Florida, opúsose Cabeza de Vaca,
sosteniendo que lo conveniente era explorar la costa, manteniéndose
siempre á vista de la escuadra, y en disposicion, tanto de acogerse á
los buques en caso de un reves, como de abastecerse de víveres por
su medio. A tan prudente consejo, no solo contestó Narvaez con
menosprecio, sino que, atribuyendo ó aparentando atribuir á pusila-
nidad las juiciosas observaciones del tesoro, invitó con irónica
deferencia á quedarse en las naves, al emprender el su desdichada
marcha. En tal conflicto, Cabeza de Vaca, que habia hablado como
cuervo, obró como subordinado y valiente, siguiendo á su jeneral, y
siendo uno de los mas sufridos y perseverantes de todos los indivi-
duos del ejército, en la dilatada serie de sus cruellísimos reveses.

Pues, ahora bien: ese hombre que, con los ojos abiertos y previen-
do la catástrofe muy de antemano, por obediencia y pundonor lleva-
ba ya corridos gravísimos riesgos, viéndose en el inminente de hun-
dirse con los que tripulaban su barca en el seno de los mares, tiende
los brazos á Pánfilo Narvaez, diciéndole: *Dadme un cable ó perecemos
todos.*—¿Y cuál es la respuesta del que como caballero, autor y cau-
dillo de la expedicion, estaba estrechamente obligado á dar ejemplo
de abnegacion y heroismo, sacrificándose por todos aquellos á quie-
nes su impericia y mala fortuna pusieron en tan duro trance?—Su res-
puesta fué negar el cable, diciendo: *que aquel era tiempo de mirar cada
uno para sí!!!* (1).

Y si Cabeza de Vaca no lograra alcanzar la otra barca, en que por
dicha suya iban los capitanes Tellez y Pantoja, caballeros dignos de
tal nombre, de mejor fortuna, y de no tan indigno jefe, allí pereciera
con todos los suyos.

Fácilmente se comprenderá que en tan desdichadas circunstancias
y por tal hombre gobernada, la ruina de la expedicion fuese comple-
ta; y fuélo tanto, que de entonces acá no ha vuelto á tenerse noticia
de los mas de los que por su desdicha la compusieron.

Salvóse, empero, Cabeza de Vaca milagrosamente, con alguno que
otro de sus camaradas, despues de padecer durante años cautividad
estrecha y horrendos trabajos; y en cierto punto de la costa, ya sin
barco, ni armas, ni bastimentos, ni ropas con que cubrirse, quedaron
cinco españoles, cuyos nombres ha conservado la historia, y eran los
siguientes: Sierra, Corral, Palacio, Diego Lopez y Gonzalo Ruiz.
Esos llegaron á tal y tan casi increíble punto de infelicidad, que,
viéndose en la alternativa de morir todos de hambre, ó *comerse unos
á otros*, optaron por el último lastimoso extremo, llevándolo á cabo
con, no sabemos si decir desdicha ó ferocidad tan sin ejemplo, que
muertos y devorados fueron los cuatro primeros, hasta quedarse solo

(1) HERRERA, historia de las indias Occidentales, década IV, libro IV,
capítulo VII.

el quinto, Gonzalo Ruiz, que quisiera mas la muerte (dice la crónica) que verse vivo en tan lastimoso estado.

Pero el hecho es, y para probarlo entramos y nos estendimos tanto en la anterior digresion, que á la cuenta quiso el destino que á los españoles, por culpas de un vano ambicioso, les cupiera la mala suerte de ofrecer á los indios de la Florida el horrible espectáculo de devorarse unos á otros los hombres, horrorizándolos de tal suerte, que por de pronto estuvieron para pasar á cuchillo á todos los prisioneros que en su poder tenian, y para lo futuro quedóles la preocupacion de considerarnos como á daninas fieras.

Verdad es que, en tristísima compensacion de aquel odio, fué tan grande el horror que desde la merecida desventura de Narvaez tomaron los españoles á la Florida, que en el espacio de once años, siendo como era la raza peninsular entonces, y singularmente la parte que de ella acudia al Nuevo Mundo, tan fecunda en valor temerario, como en metódica prudencia escasa, no hubo un solo hombre que, por amor á la gloria ó por codicia de mando, osara ofrecerse á explorar sus tierras y subyugar á sus indómitos naturales.

Solo el año de 1539 Hernando de Soto, el célebre teniente del célebrísimo Francisco Pizarro, hizo proposiciones al rey para conquistar la Florida, y admitiéronsele con tal prevencion de ser la empresa imposible ó poco menos, que no solo no se le escatimaron las condiciones, sino que se le concedió como preliminar, nada menos que el gobierno de la isla de Cuba, punto que el experimentado conquistador eligió para cuartel jeneral y base de sus operaciones.

Fuera de nuestra jurisdiccion las hazanas de aquel gran soldado, bástanos consignar que, al cabo de cuatro años de incesante lucha, con teson sostenida, y tan hábil como valerosamente sustentada, succumbió Fernando de Soto en la flor de su edad viril, no á las armas de sus enemigos, sino bajo la mano del Arbitro de la vida humana, que le destruyó por medio de unas malignas calenturas. Ademas del tiempo y de la sangre que copiosamente se invirtieron en aquella jornada, gastó Soto cien mil ducados de su hacienda en ella, pero ni perseverancia, ni saber, ni denuedo, ni dinero, bastaron á domeñar á los incultos indios. Muerto el ilustre lugar-teniente de Pizarro, ni Luis de Moscoso de Alvarado, su inmediato sucesor, era hombre de proseguir la conquista, ni cuando él quisiera, hubiéranle en la empresa asistido las tropas.

Con grandes trabajos, pues, y á costa de esfuerzos casi increíbles, embarcándose en un río que llamaron *grande* y presumian ser el de Santa Elena, salieron de la Florida, abandonándola despues de cruel y larga guerra, los españoles, en los últimos meses del año de 1543.

En 1559, siendo virey de México D. Luis de Velasco, el padre, emprendió la conquista de la Florida D. Tristan de Luna y Arellano, caballero de alto linaje, con un ejército de dos mil castellanos y seis-

cientos indios: mas igualmente desgraciado que sus predecesores, si salvó la vida fué merced al socorro que le envió Velasco con el capitán Biedma primero, y mas tarde con Anjel de Villafañe, en quien se tuvo por hazaña y gran servicio que sustrajese al furor de los salvajes los restos de la expedicion desgraciada.

Antes de esa expedicion ya una vez, mas por vias pacíficas, volvió á intentarse la conquista, que fué en 1549, obteniendo el P. dominico Luis Cáncer, con otros tres de su Orden, licencia del rey y un navío para ir á evangelizar en la Florida. Dos de los frailes, entre los cuales uno el mismo P. Cáncer, fueron asesinados, y los otros dos, llenos de espanto, hubieron de regresar á España.

Tal era la tierra en que Catalina y el bravo desaparecieron la noche de que en el capítulo anterior tratamos largamente, siendo de creer para sus compañeros de navegacion que, extraviándose en el bosque, dieran en manos de los salvajes, y por consecuencia en brazos de la muerte; porque, si bien no antropófagos, los indios de la Florida mostráronse siempre feroces y crueles con extremo, sobre todo con los cristianos europeos.

Algo habia oido de eso el célebre Corta-orejas, pero siendo de suyo poco crédulo, y juzgando ademas de los indíjenas del Nuevo Mundo en jeneral, por los que tratara en Nueva-España, esclavos unos, degradados otros, y ya sometidos todos á la dominacion castellana, temia menos á los moradores de la tan tristemente célebre península, que los temiera persona mejor informada y de Dios mas temerosa. A mayor abundamiento, dos volcanes abrasaban simultáneamente su pecho: el de la codicia de un tesoro, y el lubrico brutal deseo de poseer la hermosa de Catalina. Y si un volcan basta para hundir en sus cenizas populosas ciudades, ¿podremos estrañar que las llamas de dos, combinadas, diesen al traste con el juicio de un bandido? No por cierto; y por otra parte, con estrañeza ó sin ella, no nos queda mas recurso que el de aceptar los hechos tales como en realidad acontecieron, que fué como á referir vamos.

Cuando ya en el bosque y al pié de un árbol gigantesco, cayó prostrada al rigor de su cansancio la delincuente esposa del asesinado encomendero de Acama, no muy lejos de ella, y al abrigo tambien de otro árbol guarecido, estaba Corta-orejas, mohino y mal trecho como todos allí, pero fijo siempre su mal pensamiento en la mujer y en el oro, y buscando ansioso un medio cualquiera que de ambos objetos le hiciese dueño.

Una hora ó mas duraria el vertigo de Catalina, y durante aquel tiempo, combinándose el remordimiento con la memoria y la prevision, hiciéronla padecer sin misericordia, mas tormentos que caben en un siglo de infierno; porque al lado de la amenazadora sombra del ultrajado esposo, aparecíase la persona simpática de D. Alonso de Avila, apasionado, y jóven y rendido; y juntamente con esas dos

figuras, al cabo nobles, la asquerosa del bravo, tendiendo á la víctima sus infames brazos; y donde quiera que la infeliz volviese la vista, hallábase con su crimen escrito en la sangre que del pecho de Juan Ponce brotaba en raudal copioso, y con su dicha perdida en la amarga sonrisa del engañado primer amante, y con su ignominia y muerte en la cínica feroz espresion del rostro de Corta-orejas. Una hora, decimos, pasó de esa manera Catalina, sin fuerza de razon bastante para dominar su escitada fantasía, y no de tal modo por el delirio poseida, que desconociese su posicion verdadera. Una hora fué aquella, como las de Prometeo; una hora durante la cual, á su sabor y sin misericordia, desgarró Satanás las entrañas de la mujer predestinada á las eternas llamas.

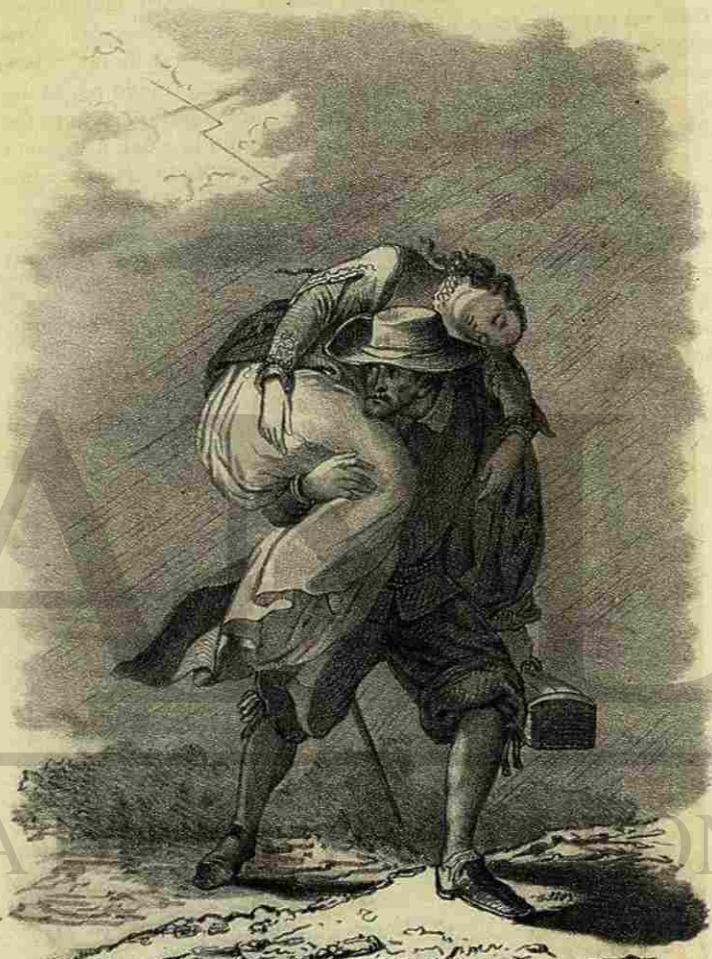
Durante ese tiempo la tempestad estaba en su apogeo, sucediéndose con rapidez prodijiosa unos á otros el resplandor del relámpago, el estampido del trueno, y el fulgurar de las centellas que el seno de la atmósfera, injentes, desgarraban. El mar, bramando iracundo, estrellábase contra la desnuda costa; crujian desgajándose los arboles; silbaba el huracan en los peñascos; y en una palabra, dijérase que iba el universo á desquiciarse.

Sin duda, envuelto en el aliento de la tempestad, dejó el báratro profundo, donde reinar presume su vanidad loca cuando en realidad es solo instrumento de la justicia divina, el rebelde querube, para infundir en el alma, ya suya, de Corta-orejas, el incienso valor necesario á meditar friamente un doble crimen en tales momentos.

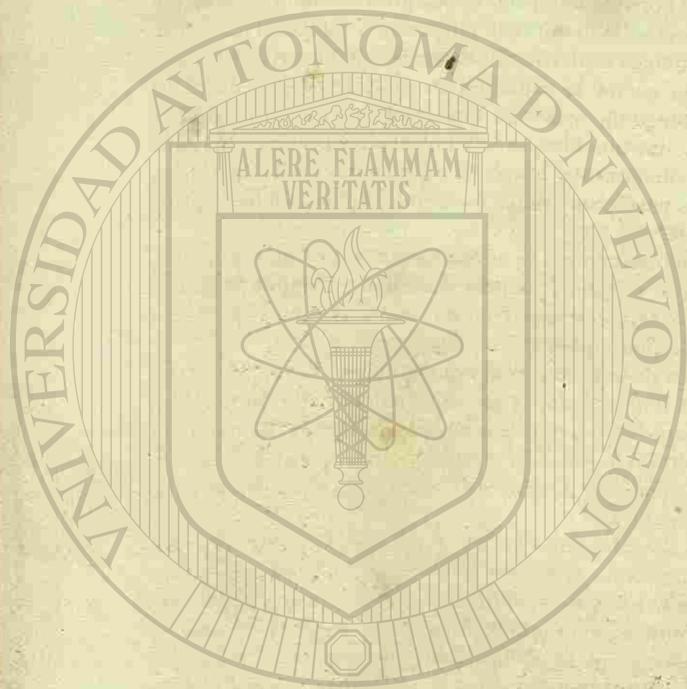
—Ahora (pensaba el bandido ó decía Luzbel), ahora que está desmayada, y nadie piensa mas que en sí propio, ahora es la ocasion de apoderarme de esa mujer y de su tesoro, sin que haya quien se me oponga, ni ella con importunas voces me descubra.... ¡Y que haré despues!... ¡Bah, bah! despues.... Despues, cuando la cosa no tenga remedio, la dama, en vez de hacer la melindrosa, comprenderá que le trae mas cuenta conformarse con su suerte, tenerme contento, y hacer de mí su protector, su marido.... Nos iremos al Perú, donde nadie nos conoce, y viviremos honradamente, como ricos que somos.... Rico y honrado, todo es uno.... Animo, pues, Corta-orejas; animo y no dejes que se te escape tan calva ocasion de entre las manos.

En virtud de tal racionio, el bueno de Corta-orejas, aprovechando solcito el resplandor de un relámpago, si no quiza la luz de alguna llama del infierno que el demonio para guiarle hiciese salir de las entrañas de la tierra, acercóse al sitio donde yacia la infeliz Catalina, echóse al hombro como si fuera inanimado fardo, y tomando en la mano izquierda el paquete de las joyas y dinero, deslizóse, como el lobo cuando hizo presa en desdichado corderillo, de árbol en árbol, y de quiebra en quiebra, hasta la distancia de un cuarto de legua, tal vez, del paraje en que los demas navegantes quedaron.

La Conjuracion de Mexico.



RAPTO DE CATALINA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

La fiebre del crimen abrasaba y sostenía al bravo; la de los remordimientos, embargando su lengua, incapacitó á Catalina de proferir ni una sola queja. Lació el cuerpo, caída la cabeza, y azotando sus brazos, como si flojas cuerdas fuesen, la espalda del robador impío, oprimía su espíritu horrible angustia, la sangre circulaba apenas en sus venas, y agolpándosele al corazón amenazaba sofocarla... ¡Ah! ¡Dichosa ella, si entonces espirase! Pero la medida de sus delitos había colmado; llena estaba la copa del enojo de Dios; y el ángel de las venganzas, desplegando sus alas, mas sombrías que la oscuridad misma, en medio de las tinieblas de la tempestad, seguía con lúgubre vuelo, torva faz y amenazante brazo, la marcha de los dos malditos delincuentes, cuyos pasos con siniestros resplandores guiaba el príncipe de las tinieblas.

Todo iba ordenándose como á la consumación del crimen y al castigo de los criminales convenia; la perversidad de Catalina justo era que recibiese su merecido de mano de un ser todavía mas perverso que ella: pero no nos anticipemos á los sucesos.

Al cuarto de legua de camino, como decíamos, el peso del cuerpo casi inerte con que iba cargado, y lo penoso del andar en tinieblas por tierra escabrosa y desconocida, recibiendo el golpe de continua lluvia, y azotado por el huracán el rostro, agotaron casi las fuerzas de Corta-orejas, si bien eran hercúleas siempre, y fueron en aquella ocasión hasta sobrenaturales.

Hizo, pues, alto... ¿Dónde!—No lo sabía; hizo alto por no poder hacer otra cosa, para tomar aliento, y con ánimo de continuar su fuga luego, hasta donde hallase comodidad y ocasión de mayor descanso. A los pocos minutos, empero, de encontrarse sentado en un suelo húmedo y cenagoso, con la cadavérica Catalina en su regazo, y el paquete del oro siempre en la mano, un relámpago mas duradero que los anteriores, hizole divisar á algunos centenares de pasos de sí una pajiza choza cuya humildad misma la había hasta entonces preservado de la furia del viento. La vista del puerto deseado no causó al viajero mas gozo, tras larga y azarosa navegación, que la de aquella choza al robador de Catalina; porque un abrigo cualquiera en tal noche, era, en efecto, precioso hallazgo; pero en las circunstancias en que Corta-orejas se encontraba, parecióle equivalente á la salvación de su vida y tesoro.

Sin embargo, en aquella choza podía y probablemente debía encontrarse con alguno ó algunos salvajes, y en vez de la hospitalidad que necesitaba, con flechas á clavarse en su pecho dispuestas... ¿Qué le importaba eso al bandido! Bajo el colete de ante llevaba la cota de malla; la espada y la daga en la cinta; á pesar de los trabajos de la noche, robusto estaba su brazo; y además, á donde la fuerza no, la maña alcanzaría sin duda. En todo caso, era claro que la mujer cuya posesión anhelaba con frenética furia, iba á espirar si en breve

no hallaba donde guarecerla de la inclemencia del cielo; y aun cuando le quedaran el oro y las joyas, el bravo lo queria todo, y por lograrlo todo resolvi6se á emprender aquella nueva temerosa aventura.

Formado, en consecuencia, su proyecto con en6rgica rapidez, alz6se del suelo, carg6 de nuevo sobre sus hombros á la desmayada fugitiva, y no andando nunca mas que cuando los relámpagos le alumbraban, pero entonces con lijereza suma, lleg6 en algunos minutos á los umbrales de la choza, al traves de cuyas frágiles paredes divis6 el resplandor incierto de moribunda hoguera que, ardiendo en el hogar solitario, alumbraba aquella humildísima estancia.

Dejando entonces en tierra á Catalina, pero sin abandonar ni por un momento el paquete del oro y joyas, acerc6se Corta-orejas á la choza, y sin otro preliminar ni ceremonia, en vez de pedir v6nia ó llamar, deshizo f6cilmente el zarzo de cañas con follaje revestido que de puerta le servia, franqueando así de un solo golpe la entrada.

Dos hombres habia en la cabaña: el uno, j6ven, robusto, de color cobrizo, pintarrajeado el cuerpo, casi desnudo, y reposando en un lecho de hojas secas, sin mas abrigo que el de una lijera manta de algodón, era indudablemente un guerrero indíjena. Cerca de sí tenia un arco, que pudiera dar envidia á los sármatas mismos, con abundante provision de largas envenenadas flechas, y el hacha famosa con que los salvajes de Norte-América acostumbran, no solo á lidiar, sino á desollar de un solo golpe el cráneo de los vencidos, para arrancarles entera la cabellera, que es el mas alto de sus trofeos.

La segunda persona que en la choza vi6 Corta-orejas, era un ser entre hombre y esqueleto, avellanado, enjuto, mal vestido ó mas bien sucientemente desnudo, durmiendo en el suelo como un perro, y cuyas encaucidas barbas revelaban, sin embargo, que pertenecia ó pertenecido habia á la raza europea.

Y dormian el uno y el otro mientras retumbaba el trueno en la bóveda celeste, y muja el huracan devastando la tierra; y dormian descansando el salvaje en su ignorancia y en su fuerza, el hombre civilizado en su degradacion misma. Mas al caer bajo la férrea mano del bandido la débil barrera que del mundo los separaba, y penetrar libremente el viento en la choza, despertaron súbito el uno y el otro, clavando á un tiempo los asombrados ojos en la singular inesperada figura que ante ellos se presentaba.

Entonces Corta-orejas, dulcificando cuanto pudo su ronco acento, dijo:

—Soy un naufrago que, con su mujer, se ha salvado milagrosamente de las olas esta noche; vengo á pedir la hospitalidad para entrambos.

Mirábale el salvaje, mientras hablaba, sin alteracion en el rostro, sin revelar con el mas mínimo movimiento que la presencia del extranjero le causara miedo ó sorpresa: mas tambien con el mismo aire indiferente con que escuchaba el golpear de la lluvia sobre la te-

chambre de su choza. Pero así que el español acab6 de hablar, dijo en tono brutal algunas palabras en su propio idioma al viejo esclavo, el cual, despues de responder sumiso en la misma lengua, dijo á Corta-orejas, en malísimo castellano por cierto, estas palabras:

—El *Aguila de las llanuras* consiente en recibirte en su cabaña; puedes ir en busca de tu compañera y traerla.

Mientras así decia el triste anciano, en su rostro y mirada advertíanse indudablemente señales de repugnancia y quizá de horror; ¿por qué? No quiso ó no pens6 el bravo en averiguarlo por el momento, pues lo que urjia, en efecto, era poner á Catalina al abrigo de la tormenta y restaurar él mismo sus casi agotadas fuerzas. Sin detenerse, pues, ni á dar gracias por la hospitalidad que se le dispensaba, ni á indagar por qué extraño prodijio se hallaba un hombre de su raza cautivo en aquel desierto, apenas oida la respuesta del esclavo, di6 la vuelta al sitio donde á Catalina habia dejado, y tomándola en brazos, trasport6la seguidamente á la cabaña.

Breve fué el tiempo de su ausencia de la choza, y no obstante, al regresar á ella encontr6se con el salvaje, ya de pié y armado, y al viejo europeo animando la llama del hogar, para preparar sin duda una ó dos piezas de caza recién muerta, que, pendientes de una estaca, eran el mejor adorno de aquella rústica estancia.

Corta-orejas depuso su carga en el lecho que poco antes ocupaba el indio; y, no sabremos decir si por caridad ó egoismo, pero el hecho es que, despojando á Catalina de sus ropas, que estaban, como puede suponerse, en agua empapadas, abrig6la solícito con la manta del salvaje, y algunas pieles de venado que el mismo singular Anfitrión le puso en las manos, sin mirarle á él la cara, y aparentando no fijar su consideracion tampoco en la bella cristiana. Mas como Corta-orejas no habia nunca ejercido el oficio de camarera de dama alguna, ni sus ideas en punto á pudor pueda decirse que fuesen precisamente de las mas severas, aconteci6 que, al desnudar á Catalina, las mórbidas formas de la viuda del encomendero hubieron, al propio tiempo que á sus ojos, de revelarse á los del silencioso indíjena de la Florida. Ahora, como las tales formas eran de belleza suma, y el salvaje apenas contaba veinticinco años, y sus compatriotas femeninas, espuestas de continuo á las inclemencias del cielo, y á los mas duros trabajos condenadas por sus brutales dueños, estaban muy lejos de poder competir con las hermosuras civilizadas, dejamos á la consideracion del lector hasta qué punto seria real y efectiva la indiferencia que el bueno del indio aparentaba.

Como primera muestra de su enternecimiento, dijo el salvaje una ó dos palabras al esclavo, á consecuencia de las cuales aquel, con toda la prontitud que la torpeza de sus años consentia, tomando una calabaza llena de cierto licor fermentado á manera de aguardiente, acerc6se á la desmayada señora, y ayudándole el bravo, pudo hacerle

fragar cierta cantidad, bastante á que, instantáneamente reanimada, recobrará el sentido.

¡Oh! ¡Infeliz Catalina! Mas le valiera perecer en su letargo, que recobrar con su razon la facultad de apreciar su estado!

Porque apenas tendió la vista Catalina en torno de sí, viendo á Corta-orejas que con infernal sonrisa en los labios y concupiscentes ojos la contemplaba; y al indio que, no menos lúbricas, fijaba en ella sus ardientes miradas; y al esclavo envilecido y torpe, incapaz de defenderla, díjose la desdichada: "¡Perdida soy! La maldiccion de Juan Ponce va á cumplirse; y sacrificada en este mundo, estoy para siempre ya en el otro condenada."

Ya no creia siquiera en la misericordia Divina, que es haber llegado al supremo límite de la impiedad; ya no brillaba para ella esa luz divina de consuelo y de esperanza que, cual remoto faro, alumbraba al pecador en las tormentas de esta vida; ya el arrepentimiento le parecia imposible, olvidando que en nuestra religion, y en ella sola, puede con verdad decirse:

"Dichoso aquel que aprovecha

"La eternidad de un instante!!!"

Entre tanto Corta-orejas, el Aguila de las llanuras, y el esclavo, formaban, cada cual silenciosamente, su respectivo proyecto, para aprovecharse de las diversas eventualidades que las circunstancias les ofrecian.

Conocemos á Corta-orejas y sus designios lo bastante para que no sea necesario decir, en cuanto á él, mas que muy pocas palabras: queria hacerse dueño de Catalina aquella misma noche, obligarla á regresar en su compañía á la mañana siguiente para incorporarse al patrón y marineros, quienes, segun sus cálculos, no se resolverian á embarcarse, aun cuando la tempestad cesara, dejando en tierra á dos pasajeros tan importantes, que para ellos solo se habia fletado el buque.

La presencia en la choza del indio y de su esclavo, era lo único que le estorbaba realizar en el acto la primera parte, á lo menos, de sus pèrdidos designios.

Hablemos ahora del cautivo europeo. llamábase Juan Fernandez, y si tal nombre parece vulgar, la persona lo era mucho mas todavía. Descendiente de judíos y usurero en Sevilla, habiase embarcado con la expedicion de Pánfilo Narvaez el año 28 de aquel siglo, en calidad de sota-factor del ejército, imaginando que en América se apaleaba el oro como el trigo en las eras de la fértil Andalucía, y sobre todo que el negocio de víveres habia de ser tan productivo allá cual solia y suele serlo en los países cultos, cuando *cultamente* se hacen unos á otros esterminadora guerra. Llegó, empero, á la Florida, y encon-

trándose con que lejos de poder especular con la racion del soldado, faltábale á él la suya propia diariamente, á la segunda marcha tuvo por conveniente desertarse y dar la vuelta á la costa, buscando la escuadra por su propia cuenta. Como es fácil de suponer, no se habia separado un cuarto de legua del ejército expedicionario, cuando ya eran dueños los indios de su miserable individuo; y tales fueron sus contorsiones, plegarias, alaridos y villanas lágrimas para salvar la vida, que por desprecio mas que por lástima, condenáronle los salvajes á que viviese esclavo, ya que de morir como bueno se declaraba indigno. Cerca de veinte años de servidumbre en el desierto completaron la degradacion de aquella sórdida codiciosa naturaleza, de forma que, cuando el bajel de Catalina Ponce aportó á las incultas playas de la Florida, Juan Fernandez tenia menos instinto y tan servil temor á su dueño como el menos inteligente y bravo de los individuos de la raza canina al mas brutal de los amos posibles. Sin embargo, la fuerza del natural es invencible: el ex-sota-factor, aun siendo esclavo de pobres y desnudos salvajes, halló medio, á fuerza de astucia y de sutileza, de hacerse un considerable peculio, comerciando súbrepitiamente en pieles de venado y otras alimañas, con las tribus mas civilizadas que en el Norte habitaban. Tenia, pues, reunida y enterrada en paraje de él solo conocido, cantidad considerable de oro en planchuelas y joyas diversas. Su proyecto era, calculando que aquel hombre y aquella mujer (Corta-orejas y Catalina), debian forzosamente de haber aportado en una nave cualquiera á la Florida, indagar el paradero del buque y acojerse á él con sus riquezas.

Llegamos, en fin, al jóven salvaje, perteneciente á la menos culta raza de las indómitas que aquella península poblaban entonces; raza que en el antiguo mundo pudiera pasar por descendiente de Nembrot, y en el nuevo imitaba fiel sus costumbres. De la caza vivia y se sustentaba; la guerra era su exclusivo deleite. Sin hogar fijo, una especie de tienda de campaña, consistente en una ligerísima armadura de arcos de madera, que se cubria con esteras y pieles, constituia su habitacion durante la noche, en el punto á donde el azar ó la necesidad llevaban al salvaje. Con la aurora plegaba su tienda como el árabe en el desierto; y la mujer ó el esclavo cargaban con ella.

Por eso el *Aguila de las llanuras*, así llamado porque ni en la tierra habia fiera, ni ave en el viento que á sus temibles flechas sustraerse lograra por fuerza ó por maña, desdeñando y repugnando hasta el lazo de la union conyugal, lazo hártó frágil entre aquellas bárbaras jentes, vagaba por las casi desiertas playas de la Florida, como el león en las arenas de la Libia, seguido por su esclavo, que al chacal reemplazaba.

Ver á Catalina, bella en realidad, y mas que bella lascivamente provocadora, aun en el estado de postracion en que se hallaba, y arder súbito en las venas del salvaje la activa llama de los deseos, fué

todo una misma cosa. "Esa mujer será mía," se dijo; y hé ahí su proyecto.

Pero ¡cómo había de ser suya!—Comb la cabaña ajena que le acomodaba, cuando el huracan arrebatara ó el uso consumiera la que hasta el momento le sirviera; como el venado que, por su desdicha, se le dejaba ver cuando los estímulos del hambre le afligian; como la vida del hombre que, hallándose en su camino, osaba resistirle ó no rendir párias á su valor y pujanza.—¿Cómo había de ser suya!—Por la fuerza y la astucia combinadas; porque la lealtad y el respeto á los ajenos derechos no son virtudes del estado salvaje, ni de sociedades corrompidas tampoco.

Nada mas sencillo, nada mas obvio para el Aguila de las llanuras que apoderarse de Catalina, porque un solo hombre se lo estorbaba, y á ese hombre fácil era matarlo. Un caballero provocara á su rival á duelo singular, con el piadoso objeto de quitarle la dama; un elegante de nuestra moderna sociedad tratara de hacerse amigo del propietario, para disfrutar luego, y gratis de su alhaja; parecióle al indio mejor medio la traicion para llegar á sus fines. Son tres sistemas distintos, entre los cuales tengo la debilidad de preferir el primero á cualquiera de los otros dos, por mas que se diga que eso de romperse los cascos por una mujer es locura digna de los tiempos bárbaros.

Pero volvamos al cuento diciendo que, mientras Catalina, vuelta en sí, meditaba amargamente sobre su deplorable suerte, y Juan Fernandez daba vueltas á un asador de palo, en el cual figuraba un suculento cuarto de venado, Corta-orejas, siempre con su paquete debajo del brazo, no apartaba los ojos del indio, espionando una ocasion á propósito para clavarle la daga en el pecho; y el indio mismo, fumando su *calumet* ó pipa, con gravedad imperturbable, acariciaba voluptuosamente con la mano derecha el mango de su hacha, esperando solo un momento propicio para hacerle saltar el cráneo á su huésped.

Situacion tan violenta no podia ser durable: mas un azar, providencial acaso, precipitó la catástrofe.

Trueno espantoso hizo temblar la tierra en que la choza insistia: Catalina, prorumpiendo en desesperado grito, levantóse, desnuda como estaba, del lecho, clamando:

—¡Perdon, Juan Ponce, perdon!!! ¡No fui yo, sino Bocanegra! ¡Perdon, perdon!!!

Como era natural, quiso Corta-orejas acudir en auxilio de la infeliz, y en el mismo instante el Aguila de las llanuras, haciendo silbar sobre la cabeza del bandido el hacha formidable, hubiérale tendido ec-sánime á sus plantas, si aquel, con serenidad de ánimo casi increíble, no esquivase el golpe, arrojándose sobre el salvaje, cuyo cuerpo en-

lazó estrechamente, y trabando con él á brazo partido encarnizadísima lucha.

Entonces la adúltera parricida mexicana, presa de atroz delirio, ó ya por las furias infernales atormentada, asiendo un tizon ardiendo del hogar, y dando feroces alaridos, clamó:—“¡Fuego! ¡Sí; el fuego ‘del infierno’ para nosotros los asesinos! ¡Malditos todos en este y ‘en el otro mundo!’”

Y con el abrazado flamífero leño azotaba los rostros de los luchadores que, rodando por el suelo enlazados cual dos ponzoñosas serpientes, rujian iracundos, y destrozábanse con manos y dientes, y por todos sus poros echaban rencor inextinguible.

Un solo viviente allí no lidiaba, ni proferia siquiera un solo acento: Juan Fernandez, quien á vista de tal escena, cuyo horror no acierta nuestra inhábil pluma á describir cumplidamente, arrojando lejos de sí el mecánico instrumento que manejaba, lanzóse sobre el paquete de las riquezas de Catalina, y dejando á esa caer sobre el indio y el bravo, salió de la choza á todo correr en busca de su escondido tesoro.

Brillaba ardiente el sol en la mitad de su carrera la mañana que siguió á la tremenda noche que hasta aquí nos ha ocupado. Despejado y sereno el cielo, no quedaba en él astro alguno de la pasada tormenta; y las verdes aguas del mar Atlántico, pacíficas, cual si pocas horas antes no hubieran intentado levantar sus olas al empuje, mecian blandamente un bajel que al paio permanecía tan inmediato á la costa, que apenas distaba de ella un tiro de mosquete.

La fortuna quiso que, si bien abandonado á sí mismo y solo en un áncora asegurado, se salvara el buque por D. Alonso fletado para salvar á Catalina, el patron y sus marineros, despues de haber, como dijimos, buscado con afán á sus dos pasajeros, aunque sin osar internarse en la tierra, embarcáronse al cabo, con propósito de permanecer cierto tiempo cerca de la costa, por si el bravo y la dama, estrañados acaso, acudian á ella.

En tal estado, y ya despues de medio dia, el vijía anunció que veia moverse en la playa algo entre fiero y hombre, á cuyo aviso, acudiendo el patron con su catalejo, divisó en efecto un bulto cubierto de pieles y arrastrándose por el suelo, pero con cabeza humana. Era Juan Fernandez, quien no osando andar como los racionales por temor de que algun salvaje le divisara, íbase á rastra acercando á la orilla, con la esperanza de que los del barco le acogiesen á su bordo. Y no salieron fallidos sus cálculos: hizo el patron armar una de las embarcaciones, y entrando en ella con los seis mas bravos de sus hombres, vogó á la playa, donde el ex-factor, palpitante de miedo y de esperanza, le recibió con humildes demostraciones, y locos estremos de gozo. Alegráronse los españoles de amparar á un compatrio-

ta desdichado, mas no por eso dejaron de preguntarle si habia visto á sus dos perdidos pasajeros, á lo cual respondió Fernandez con rotunda negativa: pero quiso su mala estrella que reconociese el patron el paquete de los efectos de Catalina, que fué tanto como descubrir su mentira. Entonces, y amenazado severamente, ya hubo el miserable de confesar la verdad toda, y hasta de prestarse á servir de guía á los del bajel, para que llevasen á cabo su proyecto, mas jeneroso que prudente, de acudir en auxilio de Catalina y Corta-orejas.

Y llegaron, en efecto, al sitio donde la tienda ó choza del Aguila de las llanuras habia estado; mas era tarde: un monton de cenizas, y algunos huesos mal calcinados fué lo único que encontraron.

¿Abrasó aquel albergue el fuego del cielo ó el de la tierra? Nunca pudo saberse.

Aterrado el patron, reembarcóse apresuradamente con Juan Fernandez, á quien, presumiéndole la tripulacion toda cómplice, si no autor del asesinato de sus pasajeros, se ahorcó solemne, aunque sumariamente de una antena.



CAPITULO III.

QUE ENTRE LOS PROVERBIOS DEL SAPIENTÍSIMO REY SALOMON PUDIERA FIGURAR EL CASTELLANO QUE DICE: *“Bien venido seas, Mal, si vienes solo.”*

SEPARÁMONOS de D. Fernando de Valdestillas en el momento en que el destino acababa de coronar la obra de su desventura con la mayor que acontecerle puede á un corazon amante, que es, sin duda, la de verse mal correspondido, sin que á la queja siquiera le quede algun derecho. Porque Elvira, siendo franca con él en tan críticas peligrosas circunstancias, procedia jenerosa y noblemente; porque Elvira, declarándose apasionada de Avila, cuando aquel se hallaba en peligro inminente de morir de mala muerte, daba en ello una prueba de la grandeza de su alma; porque Elvira, en fin, diciendo: *Amo á mi esposo*, cumplia una sagrada obligacion, y no le era lícito, ni posible al doncel acusarla y condenarla, ni aun en el secreto de su conciencia, por jenerosa, noble y santa!

Si alguna vez pudiera comprenderse el suicidio seria en circunstancias tales; pues muerta el alma, ¿cómo ha de vivir el cuerpo? Y cuando desaparece hasta la esperanza de que palpite unísono con el nuestro el corazon que nos cautiva, ¿no se ha muerto el alma, para este mundo caduco, para esta lóbrega prision, donde, entre penas, desengaños, culpas y remordimientos nos ajitamos!

Como quiera que sea, Fernando padecia un suplicio de esos que ni el consuelo tienen de ser comprendidos y de inspirar, por consiguien-

ta desdichado, mas no por eso dejaron de preguntarle si habia visto á sus dos perdidos pasajeros, á lo cual respondió Fernandez con rotunda negativa: pero quiso su mala estrella que reconociese el patron el paquete de los efectos de Catalina, que fué tanto como descubrir su mentira. Entonces, y amenazado severamente, ya hubo el miserable de confesar la verdad toda, y hasta de prestarse á servir de guia á los del bajel, para que llevasen á cabo su proyecto, mas jeneroso que prudente, de acudir en auxilio de Catalina y Corta-orejas.

Y llegaron, en efecto, al sitio donde la tienda ó choza del Aguila de las llanuras habia estado; mas era tarde: un monton de cenizas, y algunos huesos mal calcinados fué lo único que encontraron.

¿Abrasó aquel albergue el fuego del cielo ó el de la tierra? Nunca pudo saberse.

Aterrado el patron, reembarcóse apresuradamente con Juan Fernandez, á quien, presumiéndole la tripulacion toda cómplice, si no autor del asesinato de sus pasajeros, se ahorcó solemne, aunque sumariamente de una antena.



CAPITULO III.

QUE ENTRE LOS PROVERBIOS DEL SAPIENTÍSIMO REY SALOMON PUDIERA FIGURAR EL CASTELLANO QUE DICE: *“Bien venido seas, Mal, si vienes solo.”*

SEPARÁMONOS de D. Fernando de Valdestillas en el momento en que el destino acababa de coronar la obra de su desventura con la mayor que acontecerle puede á un corazon amante, que es, sin duda, la de verse mal correspondido, sin que á la queja siquiera le quede algun derecho. Porque Elvira, siendo franca con él en tan críticas peligrosas circunstancias, procedia jenerosa y noblemente; porque Elvira, declarándose apasionada de Avila, cuando aquel se hallaba en peligro inminente de morir de mala muerte, daba en ello una prueba de la grandeza de su alma; porque Elvira, en fin, diciendo: *Amo á mi esposo*, cumplia una sagrada obligacion, y no le era lícito, ni posible al doncel acusarla y condenarla, ni aun en el secreto de su conciencia, por jenerosa, noble y santa!

Si alguna vez pudiera comprenderse el suicidio seria en circunstancias tales; pues muerta el alma, ¿cómo ha de vivir el cuerpo? Y cuando desaparece hasta la esperanza de que palpite unísono con el nuestro el corazon que nos cautiva, ¿no se ha muerto el alma, para este mundo caduco, para esta lóbrega prision, donde, entre penas, desengaños, culpas y remordimientos nos ajitamos!

Como quiera que sea, Fernando padecia un suplicio de esos que ni el consuelo tienen de ser comprendidos y de inspirar, por consiguien-

te, lástima. ¡Quién compadece á un caballero jóven, bello, rico, robusto y entendido, porque de una mujer determinada no es amado! Algun sin ventura, quizá, de los pocos que saben por su desdicha sentir; los demas mortales, unos con la sonrisa del desprecio en los labios, otros con el irónico semblante de la incredulidad, pasan por delante de él, y ven sus lágrimas, y observan su profunda melancolía, y quizá advierten ya los síntomas de la consuncion que le devora, encogiéndose de hombros, con desden supremo, y á lo mas esclamando: "¡Lástima que ese hombre se ponga de tal modo en ridículo!"

Lector amigo, si alguna vez padece tu alma una de esas agudas dolencias morales que trastornan el ser humano y hacen envidiables los tormentos del infierno, ocúltala cuidadosamente; que no sepa el mundo que tal lepra te afije; reviste tu rostro de una máscara impenetrable de frivolidad escéptica; impregna tus palabras en un baño de insustancial indiferencia; disfrazas los sollozos de tu destrozado corazón, envolviéndolos en sardónica risa; ó cuenta con que los mas huirán de tí como de un apestado, y tus amigos—y eso es peor—te rodearán para sorprender el secreto de tus padecimientos, y hacerte, publicándolo, la fábula del universo.

Felizmente para Valdestillas hallábase solo, ó poco menos, en México, y tenia además que atender á negocios gravísimos; que de otra manera no sabemos si su cristiana educacion y piadosa índole fueran suficientes á resistir el peso de la cruz que le abrumaba. Pero despues de la cruel declaracion de Elvira, creíase, y á fuer de caballero estaba verdaderamente mas obligado que nunca á intentarlo todo por salvar á D. Alonso; y en efecto, dominándose en virtud de un esfuerzo de esos que se comprenden mejor que se esplican, dedicóse desde la misma noche de su conferencia con la marquesa y las otras señoras de su parcialidad, á poner por obra el pensamiento, mas poético que realizable, que en la propia junta esponer le vimos.

Los indios de Tlatelolco, recordará el lector que constituían uno de los principales elementos del proyecto de D. Fernando: Cristóbal, mas por obedecer á su *Amo chiquito*, que porque ya abrigase esperanza alguna de llegar á buen puerto, arrojóse con afán á la árdua tarea de encender el fuego de la rebelion, y avivar la llama del denuedo en aquellos corazones por la servidumbre abatidos. Vanos fueron sus esfuerzos con la jeneralidad: aterrados los mas de los indios por las recientes prisiones, y considerándose, y con razon, como átomos imperceptibles en el órden social, comparados á los que en las cárceles jerman, parciales delirio soñar siquiera en la resistencia; y otros pensaban, á la verdad con hartó fundamento, que siendo la lucha entre castellanos, en definitivo resultado, y cualquiera que el vencedor fuese, como á vasallos y no mas que vasallos habia de tratar á los indijenas. Miedo, pues, y razon aconsejaban de consuno á los indios que permaneciesen tranquilos espectadores de aquel trá-

jico drama; y cuando el miedo y la razon se ponen de acuerdo, difícil es vencerlos. Mas, á mayor abundamiento, hallaban los designios de Valdestillas un obstáculo todavía mas formidable en la religion. En la religion, sí; pues siempre, y especialísimamente desde que la célebre fiesta del bosque de Chapultepec reveló á sus ojos con claridad evidente los temerarios intentos de Avila y los demas caballeros del bando del marques, Fr. Diego de Olarte por sí, y por medio de los religiosos á su autoridad sometidos, emprendió una verdadera cruzada contra el espíritu de rebelion que amenazaba privar á España de la mas brillante joya de su corona. El púlpito de la capilla de San José, especialmente consagrada en el convento de los franciscanos á catequizar á los indios, esplicándoles los misterios de nuestra fé, fué desde la época á que antes aludimos, y sin perjuicio de su particular y santo fin, una cátedra además de moralidad política, desde la cual se proclamaron con evangélica elocuencia las cristianas máximas de sumision al César, de fidelidad á la madre patria, de aversion á las rebeliones, de resignacion al martirio primero que acudir á la fuerza brutal para rechazar la de los ministros del rey, aun cuando con evidencia fuesen tiranos.

Y como el indio converso no solo oia á su catequista en el púlpito, sino además en el confesonario; y como el fraile no solo entendia en los negocios puramente espirituales, sino además en los temporales del catecúmeno, viviendo con él familiarmente, interviniendo en las relaciones de familia, arreglando los matrimonios, endoctrinando á los hijos, casando á las hijas, siendo, en fin, para el pueblo conquistado un representante en la tierra de la Providencia, fácilmente se concibe que robusta fructificase la semilla de la obediencia pasiva, con incesante afán é incansable perseverancia difundida por los padres de la Orden Seráfica. Ciertó es que los demas eclesiásticos regulares y seculares predicaban en igual sentido: pero el clero catedral, escaso en número y sobrado rico, ejercia corta influencia en el pueblo; y los dominicos por su índole especial, agresiva y dura, repugnaban á los naturales. Así, y es hecho histórico demostrado hasta la evidencia, desde los principios de la conquista hasta el establecimiento de la Inquisicion en Nueva-España, el elemento religioso-civilizador predominante en los antiguos dominios de Moctezuma, fué la Orden de San Francisco, á cuyo celo apostólico y ejemplares virtudes se debe en su mayor parte la difusion del catolicismo en aquellas rejiones.

Consecuencia de tales premisas hubo de ser forzosamente un amargo desengaño para el infeliz deshauciado amador de doña Elvira: Cristóbal, con lágrimas en los ojos y rubor en la frente, declaróle al cabo de algunos dias de trabajos, no menos activos que inútiles, que apenas osaba contar con cincuenta indios para arrojar el guante á los doctores.

Y no fué tampoco mas dichoso el doncel en la parte del negocio

que manejó personalmente, es decir: en reclutar cierto número de bravos y aventureros europeos para secundar y utilizar por su medio el proyectado motin de los indios.

En efecto, muertos Absalon y Alma-negra, y ausente Corta-orejas, los tres hombres de mas importancia y popularidad entre la jente de armas tomar; dispersos los demas desde el 16 de Julio, por su justo temor á las pesquisas judiciales; y no pocos ya reclutados para el servicio de la audiencia por el activo ó infatigable Sámano, ¿qué podia conseguir D. Fernando, mozo de buena fama, pero como jóven inesperto, y como enamorado ignorante de los antecedentes mismos de la conjuración?

Consiguió solo despilfarrar no poco dinero, oír infinitas ilusorias promesas, y caminar de decepcion en decepcion, al tristísimo convencimiento de su absoluta impotencia: convencimiento siempre y para todos humillante; convencimiento en la posicion y carácter del mancebo que nos ocupa, capaz de conducirle á los límites de la desesperación, si ya pasar no se los hubiera hecho la mala estrella que á sus amores presidia.

Quizá un solo hombre pudiera entonces, ya que no salvar á los presos, al menos reunir y galvanizar, por decirlo así, los restos de la conjuración, hasta el punto de resistir á mano armada á los doctores triunfantes; pero á ese hombre la tierra, al parecer, se le habia tragado; pues de cuantas diligencias practicaron para indagar su paradero la amistad solícita de Fr. Diego, y el tierno amor filial de la esposa de Avila, no se obtuvo resultado alguno. Ni de D. Martin Suarez de Monroí, ni de su servidor el indio Francisco, daba razon persona alguna, aunque se despacharon mensajeros en su busca á todas las provincias del reino; á los valles como á las sierras; á las ciudades y lugares de castellanos, y de indios sumisos, como á los ranchos de los montaraces idólatras.

Que D. Martin huyese al riesgo la cara cobardemente; que presos sus amigos y su yerno tambien, y sumida en la afliccion su hija única, los abandonase á todos, era hipótesis tan absurda á todas luces, que ni por un momento se le ocurrió á nadie imaginarla.

Aquel hombre que con el título de *Mártir* se envanecía, cuya vida fué un prolongado, continuo y voluntario sacrificio de cuanto alhagar puede á humana criatura; aquel hombre que supo imponer silencio hasta el natural orgullo de la paternidad, y resignarse á que el mundo ignorase que una mujer tan de primer órden como Elvira era su hija; aquel hombre virtuoso, probo, señor de sus pasiones, despreciador de la propia vida, firme, enérgico, de incontrastable fuerza de ánimo, en fin, no podia haber huido. Su ausencia en tales momentos procedia sin duda, de enfermedad, prision ó muerte; y júzguese cuál seria la angustia de la desdichada Elvira, mas convencida que nun-

ca de que su padre no podia faltar de México, sino por una de las tres causas que dejamos ya indicadas.

Y á la verdad que nos pesa hacinar en estas páginas duelos y lágrimas, y aflicciones sin cuento: pero si así es la vida, ¿cómo pintarla de otro modo?

Elvira, privada á un tiempo de padre y esposo; Elvira infeliz siempre, y nunca en sus afecciones por la suerte lisonjeada, ¿qué habia de hacer sino llorar y orar, suplicando al que todo lo hizo de la nada que abreviasé el plazo á la horrible tribulacion de su afijido espíritu? Y eso hacia; y si ante sus compañeras de infelicidad era la mujer fuerte; si para Mencía hermana cariñosa; si para Fernando el conspirador varonil, ante Dios postrábase como criatura humilde de barro deleznable fabricada, como sér débil en llanto anegado, como alma en agonía, que aspira solo á descansar muriendo.

En las demas señoras, la afliccion, haciéndose crónica, y el poder de ilusorias esperanzas robusteciéndose con la costumbre de alimentarse de ellas de continuo, hacian hasta cierto punto tolerable el tormento; pero como en Elvira la pasion siempre fué poética, y el raciocinio claro á par que enérgica la voluntad, no habia para ella consuelo posible; y, sin embargo, alentaba á las otras, y hecha espuela del doncel, no le dejaba instante de reposo, sin que, al parecer, las decepciones le abriesen los ojos, ni los reveses abatieran su esfuerzo.

En tanto el tiempo corria como acostumbraba, sin que ni el furor de la impaciencia bastase á que su curso precipitara, ni las angustias de la agonía á detenerle en su carrera: el tiempo corria, sin que fuera de los muros de las cárceles traspirase nada de lo que en la lobreguez de sus calabozos pasaba. Impenetrables aquellas paredes á los suspiros y aspiraciones de los cautivos, guardaban solícitas, como un avaro su tesoro, la enérgica cólera de unos, los femeninos lamentos de otros, la resignacion cristiana ó filosófica del creyente y del sabio, lo mismo que el abatimiento del cobarde ó del apocado, y la desesperacion del incrédulo. Los carceleros, émulos de los mudos orientales, tan insensibles y mas crueles que las piedras, tampoco se prestaban á escuchar siquiera las súplicas de los parientes y amigos de las víctimas. Y los jueces, inescorables como el destino, envueltos en sus negras togas, encubriendo con el nombre de vindicta pública lo que á venganza personal se reducía, tambien callaban, y tampoco quisieron dar el menor alivio á la inquieta y ansiosa curiosidad de esposas y familias.

Tal era la situacion de los negocios y de las personas en México, el último dia del mes de Julio del año de 1566.

D. Fernando de Valdestillas, ya completamente desengañado de que no hallaba elementos para lidiar en las calles, ni brecha para penetrar en los calabozos, y advertido ademas por una alma caritativa de que sus manejos y los de Cristóbal comenzaban á llamar poderosamente

samente la atención del alguacil mayor, si bien el hábito de San Francisco que vestían siempre amo y criado, hasta el momento ocultaban quiénes eran en realidad; D. Fernando de Valdestillas, decimos, ya entrada la noche y en traje seglar, había acudido á la mansión de doña Elvira, para declararle de una vez y por última, que solo le quedaba el recurso de morir con su esposo, puesto que libertarle á mano armada pareciale de todo punto imposible.

Recibióle la hermosa señora en su habitación particular, en aquella misma en la cual puede el lector recordar que osó Fernando declarar su amor á la esposa de Avila. La mujer de Gil Gonzalez, la casta Mencía, se halló presente á la conferencia que á referir vamos.

Nuestro doncel, apenado, sí, pero con la serenidad que siempre asiste á aquellos cuya conciencia está tranquila, espuso en pocas palabras la situación de las cosas; las invencibles dificultades que á sus intentos se oponían; la imposibilidad, en fin, de luchar con cincuenta indios y quince ó veinte aventureros, que era lo mas con que contarse podia, contra la fuerza legal y material de la audiencia, del alcalde, del alguacil mayor, de D. Luis de Velasco y su ejército; en resumen, contra el terror y religiosas convicciones de los indios, y contra el servil egoísmo de los europeos.

Escucháronle Mencía y Elvira, deshaciéndose en lágrimas la primera, verdadera imájen ó mas bien personificación de la desdicha fatídica, la segunda.

—¿Es decir (articuló en ronco iracundo acento) que desistís de la empresa, D. Fernando?

—Os engañais, señora (respondió el doncel con desesperada serenidad), yo no desisto ni desistiré nunca de mi propósito. Lo que digo es que no tengo medios para promover un motin en Tlatelolco, ni fuerzas para escalar las prisiones de México.

—¡Palabras vanas! (insistió la dama). Tanto monta que digais *no puedo*, como si dijerais *no quiero*. Os damos las gracias por el tiempo que habeis perdido, y las molestias que os habeis tomado.

—Si D. Alonso pudiera oiros, señora, quizá y sin quizá se mostrara mas justo que vos conmigo.

—¡Ah! Si D. Alonso estuviese libre y vos preso, Sr. D. Fernando, no saldria de sus labios la palabra *imposible*, tratándose de libertaros.

—Ya yo sé, señora, que Dios no anduvo tan pródigo conmigo como con vuestro esposo: mas mi conciencia me dice ahora que no tengo de qué acusarme; y á vos, Elvira, el tiempo se encargará de probaros, con mis hechos, que me juzgais soberanamente injusta.

—Sr. D. Fernando, ni mi decoro ni mi conciencia, que tambien yo la tengo, si bien menos contentadiza que la vuestra, consienten entre nosotros mas relaciones que las indispensables para servir á mi esposo, y á nuestros demás amigos. Habeis ya encontrado que es imposible *ni intentar siquiera su libertad*: discreto y valiente sois; será co-

mo lo decís: pero no debemos hablarnos mas tiempo. Guardéos el cielo.

Si Fernando no hubiese ya entonces llegado al apojeio de la desdicha, la dureza y la injusticia del proceder de doña Elvira trastornáranle el juicio sin duda alguna: pero hay situaciones tales que, endureciendo el alma al fuego de la desgracia, nos hacen insensibles á todo infortunio que despues nos sobrevenga. Limitóse, pues, á contestar con un profundo saludo á la reverencia, que estamos por llamar insultante, con que la esposa de Avila había terminado sus últimas referidas palabras, y solo dijo al retirarse:

—Dios, que ve los corazones y penetra el secreto de las conciencias, nos juzgue á entrambos. Por mi parte, señora, os perdono todo el mal que me habeis hecho hasta ahora, y tambien el que me estais haciendo.

Mencía, menos altiva, menos poética y valerosa que su cuñada, no pudiendo menos de conocer, aun en medio de su aflicción inmensa, que Elvira se había mostrado con exceso cruel, exclamó apenas Fernando salia de la estancia:

—Llámale, hermana; llámale, que el pobre mozo no tiene la culpa de nuestra desdicha; y aun estoy por decirte que á costa de su vida rescatara él la de tu esposo.

—Por lo mismo no debo ni oírle, ni verle, Mencía (contestó Elvira con evidentes señales de profunda melancolía). Ese mancebo me amaba, y yo... ha habido un momento en que *quizá* le amé tambien: ¿quieres que cuando pierdo toda esperanza de salvar á mi esposo, y es el mismo Fernando quien viene á quitármela, no le despida para siempre de mi presencia? La mujer que nunca se sintió débil, puede ser alguna vez indulgente consigo misma; pero aquella que, con el pensamiento siquiera, fué una vez flaca, no puede, no debe en ningun caso capitular con su conciencia. Fernando no volverá á verme.

Aterrada la prosáica escelente Mencía por sentimientos de elevación tan grande, y no osando luchar con Elvira, guardó por entonces silencio; y las dos cuñadas permanecieron juntas algunos minutos, entregándose entrambas al mismo pensamiento, la triste suerte de sus esposos, cada cual segun su índole y carácter. Mas poco duró tal quietud, porque habiendo pasado, como decíamos, pocos minutos, sintieron pasos precipitados en la escalera, y antes de que tuviesen tiempo de informarse de quién causaba aquel rumor, aparecióseles de nuevo en la estancia D. Fernando de Valdestillas, pálido el rostro, en llanto inundados los ojos, y respirando apenas. A vista de tan alarmante espectáculo, levantáronse las dos hermanas simultáneamente, dirigiéndose al mancebo, mas él, sin darles tiempo á que le hiciesen pregunta alguna, y dominando, no sin trabajo, la dolorosa emoción que le afectaba, dijo en voz trémula:

—Armaos de todo vuestro valor, doña Elvira; y no me odieis porque mi desdichada estrella me condena á ser siempre para vos mensajero de malas nuevas...

—¡Acabad, por el cielo santo! (esclamó con ansia la dama). ¡Qué nueva desdicha acontece! ¡Ha muerto D. Martin! ¡Le han preso!

—Ni ha muerto, señora: ni le han preso...

—¡Pero se trata de él!

—¡Por desdicha!

—Explicaos, en fin, ¡qué es de él! ¡Dónde se halla! Yo quiero y debo volar en su auxilio.

—Deteneos, Elvira, vais á verle.

—¡Vendrá!

—Ha venido.

—¡Está ya en México!

—Está en vuestra casa.

—Mi padre en casa, y no en mis brazos!

—Pero viene...

—Oh! ¡Por piedad, no prolongeis mi suplicio!

—Viene herido, señora!

—¡Oh Dios mío, Dios mío! Este solo golpe me faltaba, y no ha quedado vuestra misericordia librarme de su furia!

En esto ya D. Martin Suarez de Monroi, apoyándose en los dos caballeros Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria, y seguido del indio Francisco, entraba por las puertas de la estancia de su hija: pero ¡en qué estado! ¡Quién había de reconocer, sin prolijo previo eesámen, al caballero que en lo aseado y compuesto de la persona revelaba ya la ascética severidad de sus principios, en aquel hombre medio desnudo, andrajoso, desaseado, larga la barba, en desórden el lácio cabello, macilento el rostro, y trémulo el paso, que sin fuerzas ni para tender los brazos á su hija amada, se dejó caer lánguido y casi moribundo en el primer lugar del aposento! Ni era mas brillante el aspecto del pobre Francisco: pero como la miseria encuentra menos que hacer en el esclavo que en el rico, sus estragos se advierten, en consecuencia, mas en el último que en el primero.

Como quiera que sea, Elvira, en aquella ocasion verdaderamente aterrada, sintiendo sobre su cabeza la mano irresistible de la desgracia providencial, sin hallar en su altivez recursos ni en sus ojos lágrimas, ni en su lengua palabras, cayó muda á los piés del autor de sus dias, y abrazándose á sus rodillas, quedóse como estatua de mármol inmóvil y helada.

Acudieron Mencía y D. Fernando al maltratado caballero; Francisco apoyóse en el dintel de la puerta, y los caballeros, por discrecion, retiráronse así que dejaron cómodamente sentado á D. Martin Suarez, quien, con la mano izquierda comprimiendo su corazon, con

la derecha apoyada sobre la frente de su hija, y los ojos como buscando el cielo, permaneció algun tiempo en profundo silencio.

Mientras ese dura, diremos nosotros al público que, al salir de casa de Avila D. Fernando, tan despechado como sin necesidad de que nosotros lo encarezcamos puede figurárselo el discreto, apenas habia andado veinte pasos tropezó con un grupo de cuatro personas, compuesto de D. Martin, el indio su servidor, y los dos caballeros de D. Alonso, uno de los cuales, conociéndole luego, llamóle para darle cuenta de cómo se habian hallado él y su compañero al conspirador misterioso, mal herido y en estado ademas bajo todos conceptos lamentable, en el bosque de Chapultepec, sin que ya ni él ni su esclavo tuviesen fuerzas para llegar á la quinta siquiera. Es de advertir que doña Elvira, dudando siempre, como suelen hacerlo los corazones apasionados, de haber perdido irrevocablemente al objeto amado, tenia dada órden á Nuñez y á Victoria, los mas leales y entendidos de los servidores de su marido, para que so pretexto de pasear los caballos, recorriesen incesantemente el bosque y sus cercanías; porque un presentimiento de esos que la lójica rechaza severa, pero el sentimiento acoje solícito, decíale siempre que en el bosque se hallaba su padre. Y en efecto, allí le encontraron la tarde del 31 de Julio, al ponerse el sol, los caballeros, quienes quisieran dejarle en la quinta; mas D. Martin solo consintió en pasar en ella las horas que faltaban hasta que la noche cerrase, mandándoles, luego que oscureció por completo, que á México le condujeran. Aunque con trabajos infinitos y dolores insoportables en una herida de flecha que el pecho le atravesaba, hizo el *Mártir* á caballo el camino desde la quinta á la ciudad; pero llegado á sus puertas, siempre cauto, aunque ya moribundo, quiso ir á pié hasta la morada de su hija, donde ya le tenemos en el momento á que con la narracion llegamos.

El fué quien interrumpió primero el silencio de la triste escena que vamos describiendo, para alentar á doña Elvira, no con vanas esperanzas de humano remedio en sus males, sino con frases de resignacion piadosa, con acentos de profunda sumision á los decretos de la Providencia; porque ya, hasta para aquel hombre á la exclusiva idea de la conjuracion durante largos años consagrado, toda ilusion habia desaparecido por completo. Los caballeros le enteraron de las ocurrencias de México en la noche del 15 al 16, ocurrencias que ya por el relato de lo que presenció Francisco sospechaba; y á tan claro entendimiento no podia ocultarse que para siempre se habia deshecho el fantástico edificio á costa de ímprobo trabajo y dolorosos sacrificios por él mismo levantado en el viento.

D. Martin no era ya, por tanto, en el instante en que le consideramos, ni el caballero audaz ni el conspirador infatigable que un tiempo conocimos, sino el hombre religioso, desengañado del mundo, convencido, en fin, de su pequeñez intrínseca, y que prócsimo al térmi-

no de su mortal carrera, mira desapasionadamente las cosas de este valle de lágrimas, y se dispone sereno al tránsito angustioso y solemne á mejor é interminable vida.

Así, despues de alentar á Elvira, tuvo tambien palabras de consuelo para la pobre Mencia, y volviéndose luego á D. Fernando, al traves de cuyo atribulado juvenil semblante diríase que D. Martin leia los sentimientos del alma, díjole enternecido:

—En cuanto á vos, mancebo, si por el dolor de vuestro infelice padre no fuera, dijérais yo que os felicitaba por el prócsimo fin de las horribles angustias que estais padeciendo. Almas como la vuestra, Fernando, solo están bien en el cielo!

A influjo de tanta resignacion y piedad tan sincera, fundiéndose la capa de hielo con que el esceso mismo de la pena habia revestido allí los corazones, enterneciéronse los pechos, y acudiendo el llanto á los ojos, desahogóse la aliccion en hondos suspiros y amargos sollozos, que D. Martin veia y escuchaba con una compasion semejante á la que el ángel de la guarda de un desdichado, sentirá sin duda en sus tribulaciones.

Pero si sus fuerzas morales superaban á las de todos los presentes, no así las físicas, por trabajos increíbles de reciente fecha, y los estragos de la herida agotadas; por manera que, tomándole subito un desmayo, hubo necesidad de llevarle al lecho mismo de su hija, y atender esclusivamente al cuidado de su persona.

Francisco, el indio fiel, hizo entonces, como habia hecho en la caverna del bosque, el papel de médico; mas veíase en su semblante que le faltaba la confianza que en el asilo subterráneo le animó constantemente.

—¿Es grave la herida! le preguntó con indescriptible angustia doña Elvira; y el indio bajó tristemente la cabeza.

—¿Pero no hay esperanza ninguna! insistió con desesperada energía la bella dama.

—En Dios siempre! replicó Francisco.

Ni el indio, aunque lánguido y estropeado, ni Mencia en lágrimas bañada, ni doña Elvira silenciosa y terrible como la desesperacion misma, ni D. Fernando sereno como el valor á la muerte resignado, se apartaron aquella noche un solo instante del lecho de D. Martín Suarez de Monroi, presa de ardiente fiebre, y visiblemente á su postrero instante apocsimándose con velocidad espantosa.



CAPITULO IV.

EN EL CUAL SE DA CUENTA DE QUIÉN ERA D. MARTIN SUAREZ DE MONROI, LLAMADO EL *Martir*.

FAMILIARIZADO ya el lector con nuestra manera de escribir, harto parecida á la existencia del árabe en los desiertos, estrañará poco que en este capítulo, que bien hubiéramos podido llamar retrospectivo, retrocedamos, en efecto, con la narracion nada menos que al año vijésimo octavo del siglo XVI de la era cristiana: mas por si algun escrúpulo le queda, alegaremos en nuestro favor la necesidad, gran señora, despótica soberana, á cuya voluntad absoluta y fuerza irresistible vivimos todos sujetos, desde el autócrata de todas las Rusias el mas abyecto de los esclavos africanos, ambos inclusive.

¿Cómo sin retrogradar á tiempos pasados, pudiéramos explicar hechos cuyas causas procedian de sucesos, no solo consumados, sino casi completamente olvidados cuando en las carceles de México vejetaban aherrrojados el marqués del Valle de Guaxaca, D. Alonso de Avila, y los demas caballeros sus amigos, de conspiradores acusados! —La cosa fuera imposible; y á tanto dicen los jurisperitos que ninguno está obligado.

Por tanto, volvámonos de un salto al año de 1528, y salvando los mares tan sin esfuerzo como si voláramos, conducimos al lector á cierta rica primorosa estancia de una casa que pudiera pasar por palacio, en la ciudad conquistada por el santo y gran rey D. Fernando III de Leon, cuya memoria, canonizada por la Iglesia, carece acaso de la importancia histórica que en realidad merece. Mas dejando eso aparte, decimos, en prosa lisa y llana, que la escena se traslada á Sevilla, y tiene lugar en un espléndido aposento, en el cual vemos

no de su mortal carrera, mira desapasionadamente las cosas de este valle de lágrimas, y se dispone sereno al tránsito angustioso y solemne á mejor é interminable vida.

Así, despues de alentar á Elvira, tuvo tambien palabras de consuelo para la pobre Mencia, y volviéndose luego á D. Fernando, al traves de cuyo atribulado juvenil semblante diríase que D. Martin leia los sentimientos del alma, díjole enternecido:

—En cuanto á vos, mancebo, si por el dolor de vuestro infelice padre no fuera, dijérais yo que os felicitaba por el prócsimo fin de las horribles angustias que estais padeciendo. Almas como la vuestra, Fernando, solo están bien en el cielo!

A influjo de tanta resignacion y piedad tan sincera, fundiéndose la capa de hielo con que el exceso mismo de la pena habia revestido allí los corazones, enterneciéronse los pechos, y acudiendo el llanto á los ojos, desahogóse la aliccion en hondos suspiros y amargos sollozos, que D. Martin veia y escuchaba con una compasion semejante á la que el ángel de la guarda de un desdichado, sentirá sin duda en sus tribulaciones.

Pero si sus fuerzas morales superaban á las de todos los presentes, no así las físicas, por trabajos increíbles de reciente fecha, y los estragos de la herida agotadas; por manera que, tomándole subito un desmayo, hubo necesidad de llevarle al lecho mismo de su hija, y atender esclusivamente al cuidado de su persona.

Francisco, el indio fiel, hizo entonces, como habia hecho en la caverna del bosque, el papel de médico; mas veíase en su semblante que le faltaba la confianza que en el asilo subterráneo le animó constantemente.

—¿Es grave la herida! le preguntó con indescriptible angustia doña Elvira; y el indio bajó tristemente la cabeza.

—¿Pero no hay esperanza ninguna! insistió con desesperada energía la bella dama.

—En Dios siempre! replicó Francisco.

Ni el indio, aunque lánguido y estropeado, ni Mencia en lágrimas bañada, ni doña Elvira silenciosa y terrible como la desesperacion misma, ni D. Fernando sereno como el valor á la muerte resignado, se apartaron aquella noche un solo instante del lecho de D. Martín Suarez de Monroí, presa de ardiente fiebre, y visiblemente á su postrero instante apocsimándose con velocidad espantosa.



CAPITULO IV.

EN EL CUAL SE DA CUENTA DE QUIÉN ERA D. MARTIN SUAREZ DE MONROI, LLAMADO EL *Martir*.

FAMILIARIZADO ya el lector con nuestra manera de escribir, harto parecida á la ecistencia del árabe en los desiertos, estrañará poco que en este capítulo, que bien hubiéramos podido llamar retrospectivo, retrocedamos, en efecto, con la narracion nada menos que al año vijésimo octavo del siglo XVI de la era cristiana: mas por si algun escrúpulo le queda, alegaremos en nuestro favor la necesidad, gran señora, despótica soberana, á cuya voluntad absoluta y fuerza irresistible vivimos todos sujetos, desde el autócrata de todas las Rusias el mas abyecto de los esclavos africanos, ambos inclusive.

¿Cómo sin retrogradar á tiempos pasados, pudiéramos explicar hechos cuyas causas procedian de sucesos, no solo consumados, sino casi completamente olvidados cuando en las carceles de México vejetaban aherrrojados el marqués del Valle de Guaxaca, D. Alonso de Avila, y los demas caballeros sus amigos, de conspiradores acusados! —La cosa fuera imposible; y á tanto dicen los jurisperitos que ninguno está obligado.

Por tanto, volvámonos de un salto al año de 1528, y salvando los mares tan sin esfuerzo como si voláramos, conducimos al lector á cierta rica primorosa estancia de una casa que pudiera pasar por palacio, en la ciudad conquistada por el santo y gran rey D. Fernando III de Leon, cuya memoria, canonizada por la Iglesia, carece acaso de la importancia histórica que en realidad merece. Mas dejando eso aparte, decimos, en prosa lisa y llana, que la escena se traslada á Sevilla, y tiene lugar en un espléndido aposento, en el cual vemos

con los ojos de la fantasía, y al traves del prisma de los siglos, á un hombre de madura edad, altivo continente, marcial semblante, y fascinador conjunto, sentado en un diván moruno, la frente apoyada en su mano izquierda, el brazo mismo sobre una mesa de papeles y pies cubierta, y con la diestra acariciando la cabeza de un niño á sus piés arrodillado. Detengámonos un instante á considerar la figura del adolescente, y sin necesidad de grandes conocimientos en la ciencia de Lavater, descubriremos entre ella y la del hombre maduro tales y tantas analogías, que nos resolveremos á afirmar positivamente que son padre é hijo los que estamos viendo.

Sin embargo, tiene la fisonomía del adulto ciertos caracteres de dureza y violencia que faltan en la del niño; y en cambio se nota en el conjunto del rostro de este, un no sabemos qué de melancólica ternura de que carece el de su padre.

Para explicar esas diferencias, sin atenuar la semejanza, bastará considerar las edades; porque en verdad, ni el hombre de cuarenta y tres años suele, jeneralmente hablando, ser tan tierno como el niño de catorce, ni es maravilla que al que comienza la vida le falte en el corazón la amarga hiel que de ordinario se revela en la espresion de la fisonomía del que lleva ya mas que mediada su mortal carrera.

Mas, en todo caso, es cierto que eran padre é hijo los dos personajes que hemos puesto en escena, contando el primero cuarenta y tres años de edad, mientras que catorce apenas el segundo; y rayando casi en la identidad su semejanza recíproca, salva la notable diferencia de espresion que ya notamos.

Aquellos dos hombres, célebre ya el uno, al paso que imberbe aun el otro, eran Hernan Cortés, el inmortal conquistador de México, y su hijo D. Martín, habido en Catalina Suarez, su primera esposa.

Engolfado mas que nunca en el proceloso mar de la ambicion, Hernando, llegado á España en Mayo de aquel año, no como un súbdito que acude á solicitar la gracia de su soberano, sino como un héroe que reclama la triunfal corona que le es debida, habia, si no perdido por completo de vista su punto de partida, habituándose por lo menos á considerarlo como un favor mas de la fortuna, persuadiéndose de que solo le hizo la voluble diosa comenzar desde tan baja esfera, para que al verle remontarse á las superiores admirase el mundo el vigor de sus alas y la jenerosa altivez de sus pensamientos. Y en efecto, difícil fuera reconocer al estudiante que, *ahorcando los hábitos*, se embarcó pobre y enfermizo en 1519, sin mas porvenir que el de una miserable escribanía de aldea, en el gran capitán que, habiendo conquistado en dos años, con menos de dos mil hombres, un reino digno del nombre de *Nueva-España*, arriba á las poéticas orillas del Guadalquivir, en poderosas naves cargadas de oro y plata y pedrerías y joyas de valor inestimable, animales desconocidos, hombres nunca vistos, con enanos y juglares que le solacen, capitanes y sol-

dados que le guarden, criados que le sirvan y esclavos que le adoren. Y así llegó Cortés á España: disipando, como el sol las nubes con su presencia sola, cuantas infames intrigas urdieran hasta entonces para perderle sus envidiosos, en horas conquistó la amistad de Carlos V, y en minutos la simpática benevolencia de la aristocracia española.

Mas la flaqueza humana se revela siempre aun en los mas privilegiados mortales; y así como dice cierto autor latino, de cuyo nombre no me acuerdo, que á Sócrates le creyéramos un dios si á la cicuta no sucumbiera: *Nisi morte ocubuisset, Deum crederes*; á Cortés pudiéramos llamarle completamente grande, á no haber incurrido en la debilidad misma que casi en nuestros dias ha repetido, en hora menguada para su propia fortuna, el prodigio de los tiempos modernos, Napoleón Bonaparte.

Y vive Dios que no rebajamos al glorioso emperador frances, comparándole con el inmortal conquistador español: cada uno de ellos fué el hombre de su siglo; y si la ocasion le consintiera, y á tanto osara nuestra humilde injenio, fácil y muy fácil fuera sostener el paralelo en lo grande, lo mismo que por desdicha podemos y debemos hacerlo en lo pequeño.

Napoleón, en efecto, imaginando que si á sutílame no llevaba una doncella de estirpe régia, nunca seria tenido por verdadero soberano, contrajo un enlace que no fué tal para él, sino lazo en que al cabo dejó la corona y la libertad, sin que la fuerza de la sangre moviese á sus augustos parientes á otra cosa que á contraer estrecha alianza con los mas encarnizados enemigos de aquel, á quien servilmente idolatraron triunfante, y como á dañna fiera trataron así que la fortuna le volvió la espalda.

Hernan Cortés, asimismo, pareciéndole que ser *grande hombre* no bastaba para ser *grande* en la corte, aspiró á enlazarse con una dama de alto linaje, cuya mano pudo hacerle domésticamente feliz, mas no alcanzó, por cierto, á preservarle ni de las intrigas palaciegas, ni de las ingraticudes régias.

¿Cómo explicar esos fenómenos! Solo admitiendo que la vanidad, como elemento moral del hombre, en todos hace su oficio mas tarde ó mas temprano, y con resultados tanto mas sensibles, cuanto mayor es la altura del que á sus impulsos peca.

En fin, Hernan Cortés tenia tratado en Junio de 1523 su casamiento con doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hermana del conde de Aguilar, uno de los señores mas nobles y bien emparentados de toda Andalucía, y quizá tambien de Castilla.

El conde, ya por las grandes riquezas que debia suponer en el conquistador de un reino, donde el oro y la plata, pensaban los españoles, eran tan abundantes como el trigo en su tierra; ya porque siendo persona de elevado carácter y altas miras, comprendiese que las hazañas de Cortés valian, por lo menos, tanto como la mejor ejecutoria

posible del mas encoquetado rico-hombre, prestóse con gusto á darle su hermana: pero no sin tomar antes los informes y precauciones que la mas ordinaria prudencia aconseja jeneralmente en tales casos, y en aquel eran quizá mas de rigor que en otro alguno.

Muy desde los principios del descubrimiento de las Américas, comenzó á decirse en España, y tal vez no sin fundamento, que entre los aventureros de todas clases y categorías que pasaban al Nuevo Mundo, habia algunos, y no pocos, que casados en Europa y dejando en ella á sus mujeres, repetian del sacramento del matrimonio en las tierras occidentales, ó por no perder la costumbre de vivir maritalmente, costumbre en realidad difícil de recobrar una vez perdida, ó por contribuir en cuanto de su parte estuviere á que preponderase la población cristiana sobre la raza idólatra de los indios. Ya, como el lector conoce, picaba en historia la tal costumbre; pero lo mas duro del caso es que (segun se decia) hubo quien dió en aplicarla recíprocamente, es decir en casarse primero en América con alguna mujer rica, solo para ahorrarse la molestia de hacer fortuna; y regresando despues á España, casarse tambien por no vivir sin compañía, ni esponerse á morir sin herederos europeos.

Los *indianos*, pues, considerábanse y eran, en calidad de novios, tan codiciados como sospechosos; porque en verdad, fuera chasco tomar gato por liebre, y salir, ya comido el pan de la boda, con que la pobre esposa no tenia derecho á tan honrado título, sino al poquísimo envidiable de Barragana.

Por tales razones, amen de la de no haberse dejado ya de traslucir algo acá en la corte del César de las travesuras de Hernando en punto á mujeres, entendemos y declaramos que el conde de Aguilar anduvo prudente queriendo averiguarle la vida á su futuro cuñado, antes de que lo fuese irrevocablemente. Que Hernan Cortés hubiese galanteado á mas damas que en primavera flores liba una abeja ó acaricia una mariposa, importábase poco al conde, que á fuer de español, de caballero, de gran señor, y de cortesano de un monarca tan poco escrupuloso en tales materias como lo fué siempre Carlos V, no pretendia ciertamente pasar por rígido moralista; en cuanto á hijos naturales, tampoco pensó nunca mostrarse inflexible, con tal de que se les hiciese á sus futuros sobrinos la parte del leon en el reparto de bienes; pero con lo que de ningun modo trataba de capitular era con que hubiese otra lejitima esposa allende los mares, ó con que el título que ya Cortés y él ambicionaban, pasara á otros que á los descendientes de su hermana.

En cuanto al primer punto la dificultad no existia: Catalina Suarez, tan amada un tiempo, y por la cual tantas y tan estremadas locuras se hicieron, era muerta en Cuba, sin haber vuelto á ver el rostro de su marido desde el año de 1519. ¡Dichosa ella, si ignorase tambien sus continuas infidelidades!

Pero Catalina dejaba en pos de sí un hijo lejitimo, un hijo habido pública y notoriamente, bautizado con gran solemnidad ante los primeros pobladores de Cuba, que la mayor parte aun vivian, y presentado á la fuente de gracia y rejeneracion por el Adelantado Diego Velazquez, á la sazón amigo y protector, mas tarde encarnizado enemigo de Hernan Cortés.

Ese hijo, ese D. Martin era indisputablemente el lejitimo heredero de su padre, segun el derecho de primogenitura, dado que aquel fundara un vínculo y á titularse llegase; y ese hijo vivia en 1528; y ese hijo estaba arrodillado á los piés de su padre solicitando su bendicion, en el momento en que á uno y á otro los hemos puesto en escena. ¡Cómo se hallaba aquel niño en Sevilla! ¡Cómo su padre, tan sagaz y previsor, no veia que la sola presencia del adolescente bastaba para hacer imposible el enlace que, con razon ó sin ella, ambicionaba ansioso!

Vamos á esplicarlo todo; mas para que sea con claridad, todavia tenemos que retroceder algunos años con el cuento. ¡Cómo ha de ser! Así lo esije imperiosamente el interes dramático de la novela.

Si Hernando no fué nunca muy fiel, ni algo fiel, ni nada fiel á su esposa, en cambio tampoco nunca olvidó que estaba en la obligacion de sustentar decorosamente á Catalina y á su hijo, y constantemente les hizo, por diferentes conductos, remesas de oro y joyas con que espléndidamente vivir pudiesen. Mas la primera esposa del héroe era una mujer poco á propósito para grandezas, muy recojida y hacendosa, modesta en sus hábitos y encojida en su trato, tierna y devota, sin grande enerjía, pero en cambio de sólida virtud; y así, en vez de hacer vana ostentacion de sus riquezas, prosiguió viviendo en Santiago de Cuba, con menos fausto acaso que cuando su marido rejentaba aquella alcaldía, y repartiendo el tiempo entre la educacion de D. Martin, sus obligaciones relijiosas, y el cuidado de su hacienda. Jóven aún, bella, casi viuda, peor que viuda, pues era esposa abandonada, vióse naturalmente espuesta á dos jéneros de tentaciones, ambos harto poderosos: el de la venganza y el del amor; mas resistiólos todos, y ni con el pensamiento siquiera se dejó ir nunca ni á murmurar del infiel ausente, ni á faltarle á la fe prometida. Antes por el contrario, hablando de continuo al niño, fruto de sus castos amores, de las altas dotes y heróicas hazañas del autor de sus días, llegó á conseguir que el amor y la veneracion de D. Martin á su padre corriesen parejas con la piedad cristiana profundísima, que tambien con su ejemplo logró inspirarle.

Feliz combinacion de las dos almas de Cortés y Catalina: el espíritu de D. Martin fué desde sus primeros años elevado y tierno, grande y virtuoso á la par; y si la fortuna no le volviera el rostro en la cuna misma, si sus propios sentimientos y eesaltadas virtudes no le atajaran luego invenciblemente el camino, de presumir es que hubiera lle-

gado muy alto. Mas de otro modo estaba escrito, y fué como el destino lo quiso.

Durante la expedicion de Hernando á las Hibueras, una enfermedad de languidez, fruto acaso del llanto de los ojos suprimido y en el corazon atesorado, de penas y zelos á costa de sobrehumanos esfuerzos ocultos, condujo á Catalina Suarez al sepulcro, que sin duda anhelaba para descansar de tantos y tan crueles padecimientos.

Sus últimas palabras fueron estas: "Martin, teme á Dios y sírvele fielmente; despues de Dios obedece á tu padre, sin escámen, sin réplica, por doloroso que sea el sacrificio que de tí esija. Adios, hijo mio; ruega por el descanso del alma de tu madre."

Y bendiciendo al desolado niño, echó el último suspiro, rindiendo blandamente el alma en brazos del ángel de su guarda, que sin duda lo llevó rápido á recibir en el cielo la recompensa debida á sus modestas, pero constantes virtudes.

Tenemos, pues, á D. Martin ya presa de la desgracia en la edad de la risa, de la imprevision y de los juegos; solo en un país recién poblado, en medio de los enemigos de su padre, y hasta ignorando si ese como á hijo le consideraba. Situacion mas triste, difícil es imaginarla, como no se añada la miseria á las desdichas que enumeradas dejamos; porque la pobreza, en efecto, es el remate y corona de toda desventura. Pero D. Martin no era pobre, ni mucho menos, sino en realidad muy rico; y lo que es mas, casi árbitro y señor absoluto de su hacienda, á pesar de sus cortos años. Esa circunstancia insolita y á primera vista inverosímil, requiere esplicacion, y vamos á darla.

Catalina Suarez, á quien la muerte no cojió de sorpresa, ni la posición futura de su hijo podia ocultarse, tuvo gran cuidado en ordenar sus negocios de manera que, al espirar ella, no interviniese la justicia para cosa alguna en los asuntos de su casa. Declarando, pues, á D. Martin heredero universal de los bienes y peculio de que era señora, en virtud de su carta dotal y las sucesivas jenerosas donaciones de su marido, nombró curador de su hijo, durante la ausencia de Hernando y mientras él no disponia otra cosa, á cierto eclesiástico, su capellan ordinario, hombre de vida ejemplar, moralidad severa y adhesión probada á la familia. Llamémosle el P. Asencio, y digamos de él que, con mediana capacidad y no gran fuerza de carácter, era mas á propósito para dirigir la conciencia de una mujer naturalmente timorata, que los primeros pasos en la vida, de un rapaz, religioso sí, pero tambien emprendedor, audaz, y en sus resoluciones perseverante. Sucedió, por tanto, que limitándose Hernan Cortés á responder de palabra al mensajero que le llevó á Nueva-España la noticia de la muerte de su esposa, que aprobaba en su totalidad las disposiciones testamentarias de aquella; y pasando meses y meses, sin que diese muestras de ocuparse en la suerte de su hijo, la razon precoz de D. Martin y su

esquisita sensibilidad alarmáronse á un tiempo, y no sin causa, justo es decirlo.

—¿Qué pecados cometi yo, decia el pobre niño á su curador, para que así me abandone mi padre! ¡Avergüénzase por ventura de mí, cual si fuese fruto de ilegítima union! ¡No era mi madre una santa! ¡No he sido yo siempre dócil á sus mandatos, cuidando al mismo tiempo de instruirme en las artes propias de un caballero, hijo de tan grande hombre como lo es aquel á quien venero, y por desdicha mia me abandona?

El pobre del capellan acudia, para responder á tan sentidos argumentos, al vulgar recurso de ocupaciones y negocios graves, que debían absorber entera la atención del héroe; y en verdad que si disculpa pudiera haber para olvidarse de los propios hijos, fuéranlo las molestias, trabajos, contradicciones y enemigos con que á la sazón luchaba Hernando.

Mas D. Martin, tenaz de suyo, y con el corazon herido, íbase afirmando mas cada dia en la idea de que motivos para él impenetrables y poderosos, sin duda, le tenían apartado del seno paternal, condenándolo á cruel abandono.

En tal estado llega á Santiago de Cuba la noticia de la partida de Hernan Cortés para España, viaje largo, azaroso siempre y mucho mas que ahora en aquella época; viaje que supone el proyecto de permanecer no poco tiempo ausente del teatro de sus hazanas; viaje, en fin, que interpone todo el Océano Atlántico entre el padre y el hijo... ¡Y sin embargo, ni una letra, ni un mensaje para D. Martin!

¡Habíase ya comenzado á tratar del enlace de Cortés con doña Juana Zúñiga, y fué estudiado tan singular olvido? No nos consta, mas sí nos parece probable, atendiendo, entre otras circunstancias, á la rapidez con que el matrimonio á que aludimos se verificó en España. Mas sea de eso lo que fuere, el hecho es que el niño D. Martin, sintiéndose hondamente humillado, y en lo mas esquisito de su caballerosa sensibilidad herido, *resolvió, sí, resolvió* á pesar de su corta edad, aclarar de una vez el misterio de su situacion, tan intolerable como incomprendible realmente. La precocidad natural en las rejiones tropicales, su educacion especial, y la sangre jenerosa que en sus venas circulaba, juntamente con las dotes que debió al cielo, pueden explicarnos lo singular y escepcional de haber resolucion razonada y propósito invariable en sugeto apenas de la infancia salido.

En todo caso, el bueno del P. Asencio, no acertando á resistirse á la elocuencia natural y firme voluntad de su pupilo, hubo de prestarle á ausiliarle en la ejecucion de sus proyectos, que realmente se llevaron á cabo sin la menor demora.

Realizada, en consecuencia, una considerable suma en oro y plata, puestas en arrendamiento las haciendas, y fletado un buque para la Española, trasladáronse á aquella isla D. Martin, el P. Asencio y

Garci-Perez, muchacho de la misma edad, poco mas ó menos, que D. Martin y en su compañía criado, como hijo que era de un servidor de la casa. Poco tiempo se detuvieron nuestros viajeros en Santo Domingo; su objeto al arribar allí fué esclusivamente el de que en Cuba se perdiere, por decirlo así, el rastro de su viaje, y poder llegar á España, bajo nombres supuestos, sin que nadie supiera quiénes eran realmente. ¡Y por qué y para qué tales precauciones! Porque de otro modo, fuera la ida á Castilla una provocacion á Hernan Cortés; para no embarazarle en sus proyectos, si acaso los tenia que escijiesen el destierro de su hijo.

No perdamos de vista un solo instante al adolescente, si hemos de comprender con claridad la conducta del hombre en lo sucesivo: D. Martin no buscaba á su padre para imponérsele, por decirlo así, sino para saber el mismo á qué atenerse, para enterarse de la voluntad de aquel á quien Catalina moribunda le mandara obedecer ciegamente en la tierra, y cumplirla en todo y por todo, sin escámen y sin réplica, por doloroso que fuera el sacrificio que de él escijiera. Predestinado al martirio, tomaba desde luego aquel niño la vestidura de los candidatos al tormento y al fuego, tendiendo sus brazos para recibir la dolorosa palma que el tiempo le preparaba; quizá presentia, si no gozaba ya su alma, la amarga voluptuosidad que, padeciendo, sienten ciertos espíritus tristemente privilegiados.

Como quiera que fuese, parece imposible conducirse con mas prudencia y respeto que lo hizo D. Martin, llegando á Sevilla sin que nadie sospechara su familia, y á la casa de su padre con su religioso curador, cual si fuera uno de tantos curiosos ó necesitados de los que á visitarle ó pedirle limosna iban de continuo.

Merced al hábito del padre Asencio, bienéronles entrar los criados á él y á su pupilo en una antecámara, para que en ella esperasen al conquistador, en el momento de su llegada ausente de casa, pero que no debía tardar en volver á ella, por acercarse ya la hora del medio día.

En efecto, poco antes de las doce un movimiento jeneral en la servidumbre hizo palpar aceleradamente el corazon de D. Martin, y helarse la sangre en las venas al tímido religioso; Hernan Cortés, volviendo de concertar definitivamente su boda con doña Juana de Arellano y Zúñiga, merced á la declaracion que hizo el conde de Aguilar de que Catalina era muerta sin posteridad, pues su hijo único habia fallecido antes que ella, acababa de apearse á la puerta de su alojamiento, y se despedia de la multitud de cortesanos y jente del pueblo, que siempre le acompañaba en su tránsito por las calles de Sevilla.

Pocos minutos despues, airoso, ágil, lozano como en sus verdes abriles, brillando en sus ojos un contento que de ocultar no trataba, entró Hernando en la antecámara donde trémulos le esperaban nues-

tros viajeros, y al verlos exclamé, dirijiéndose al padre Asencio, pero sin fijar en su rostro la atencion:

—Bien venidos son siempre los relijiosos á mi casa, pero nunca mejor que hoy. El cielo colma todos mis deseos; justo es que yo le pague haciendo bien á sus ministros. Diga lo que quiere, padre; y esté seguro de no salir de aquí con las manos vacías.

Como los frailes fueron siempre pediguéños, imaginó Cortés que aquel estaba allí en solicitud de alguna limosna; mas cuando el capellan de su difunta esposa le respondió balbuciente:

—Venimos de Cuba, Sr. D. Hernando....

Y fijando en él la vista, reconoció luego su persona, y á su lado echó de ver á un niño que, de rodillas, bañados en lágrimas los ojos, y con la ansiedad mas tierna que imaginarse puede pintada en el rostro, el ojo del águila penetró súbita y completamente la profundidad de aquel misterio.

En el primer momento la naturaleza triunfó del orgullo; involuntariamente los brazos del conquistador se tendieron hácia su hijo, á quien en nueve años consecutivos no habia visto; involuntariamente tambien se humedecieron sus ojos.—Mas ¡ay! que pagando aquel tributo indispensable á los sentimientos naturales, el orgullo y la ambicion recobraron sus derechos todos, sin que los circunstantes tuviesen tiempo de advertir que, por un momento, el *grande hombre* habia dejado de ser *grande*, para ser *hombre* con entrañas de padre.

—Despejad, dijo imperioso, volviéndose á los que le seguian; y así que vió ejecutada su orden, que fué apenas pronunciada, añadió, volviéndose al fraile y al niño: Seguidme vosotros.

Tambien en D. Martin hizo pronto su oficio el heredado orgullo; y sus lágrimas desaparecieron; y serenóse su corazon; y pudo contemplar sin miedo el rostro de su padre, ceñudo entonces; aquel rostro, sí, y aquel ceño que hicieron estremecerse á Moctezuma en su trono, á los ejércitos mexicanos en los campos de batalla, donde para cada español habia, no obstante, un millar de indios guerreros. Digno vástago de tan escelso tronco, el niño que á la ternura cedia, rebelábase instintivamente contra la fuerza; y al penetrar en la estancia reservada del grande hombre, decíase D. Martin: ¡Todo, menos mostrarme cobarde, madre mia!

En cambio el padre Asencio arrepentíase de todo corazon de haber sido tan en extremo indulgente con su pupilo, y hubiera deseado que la tierra se le tragase cuando Cortés, arrojando lejos de sí la toca, y descendiéndose precipitadamente espada y daga, como si de su propio furor recelase que á cometer un atentado podia conducirle, encaróse con él, y brotando llamas por los ojos, díjole con aterrador acento:

—“¿A qué venís á Sevilla? ¿Quién os mandó salir de Cuba? ¿Qué es lo que pretendéis de mí, mal fraile, tutor infiel, ambicioso hipó-

"crista! Responded pronto, ó vive Dios, que ni la corona ni el hábito os liberrarán de mi justicia!"

Semejante apóstrofe, poco á propósito para tranquilizar á nadie, y menos para alentar á un hombre pacífico y meticoloso á que su conducta defendiese con razones, acabó de ligar la ya trabada lengua del P. Asencio de tal modo, que por mas que lo procuraba fuéle imposible articular ni un solo acento; mas en cambio, D. Martin, á quien de propósito ni miraba siquiera su padre, adelantóse, y dijo resuelto, si bien profundamente respetuoso:

—"Si hay culpa, señor, en esta llegada, mia es toda. He querido "saber si soy huérfano ó tengo padre, y á eso no mas he venido."

Tanta entereza en tan pocos años, no pudo menos de sorprender y aun de cautivar á Hernando; y el rapaz era ademas tan gentil, tan airoso, tan semejante á su padre, que ese, mal que le pesara, hubo al cabo de mirarle con algun detenimiento y reconocerse en él reproducido.

—Y no pudiérais haberme escrito, mozo inconsiderado? preguntó despues de algunos instantes, y ya un tanto dulcificado.

—Juzgué, señor, que fuera tan inútil como cuando repetidas veces lo hizo mi santa madre y vuestra esposa, que Dios haya.

Imposible formular una acusacion tan tremenda con mas claridad, sin perjuicio de la veneracion siempre á un padre debida; imposible tomar nunca criatura humana tan por completo la voz del remordimiento.

Así Hernando, en cuyo espíritu jeneroso no consiguió nunca la ambicion, aun arrastrándole en pos de sí las mas veces y alguna harto lejos, sofocar por completo los instintos del bien y de la justicia que en él depositara el cielo, conmovido hondamente por la presencia y palabras de su hijo, sintióse dominado por la razon, y para no confesarlo de plano tuvo que guardar silencio y ponerse á pasear con ajitacion de uno á otro extremo del aposento.

En tanto el fraile se encomendaba á todos los santos del cielo; y el niño, puesta la confianza en Dios y su derecho, permanecia impávido, esperando la resolucion del autor de sus dias.

Qué fué lo que pasó en el alma del conquistador durante los minutos de su paseo, lo ignoramos completamente: tremenda, empero, debió de ser la lucha entre la ambicion y el amor paternal, á juzgar por la angustia que se vió pintada en el rostro de aquel hombre tan habituado á los grandes riesgos como á las desesperadas resoluciones.

Al cabo, sereno ya el semblante y sosegada la voz, dijo al P. Asencio:

—Dejadnos solos, y volved dentro de una hora. Ni una sola palabra de quién es este niño á quien quiera que sea, ó... ya me conocéis. Retiraos.

Del purgatorio no saliera con mas prisa y satisfaccion el atribulado

fraile que lo hizo de aquella estancia, sin haber desplegado sus labios, y dejando, en fin, solos al padre y al hijo, en situaciones relativas harto embarazosas, y de solucion, si no imposible, dificilísima cuando menos.

Es fenómeno constantemente observado, y lógico á nuestro entender, que la mayor parte de los hombres grandes sean débiles con las mujeres y los niños; así como, recíprocamente los que hacen alarde de no rendirse á la belleza, ni ser con la infancia complacientes, suelen pecar de estúpidos, de feroces, y aun de cobardes las mas veces. Arma terrible es la debilidad contra el fuerte, porque hay al parecer cierto jénero de villanía en usar de la fuerza misma contra aquellos que solo sus lágrimas pueden oponerle; y por eso quizá, si por la conciencia de su culpa no, Hernan Cortés á solas con un niño de catorce años, sentíase irresoluto y aun cobarde, habiendo hecho frente ya, y siendo capaz de hacérselo todavía en lo sucesivo, á las situaciones mas difíciles y peligrosas. Si D. Martin desembarcara en Sevilla y viera á su padre dos dias antes que lo hizo, acaso retrocediera el conquistador de México en su propósito relativo al enlace con doña Juana: mas los desdichados, así como madrugan siempre para la desventura, llegan tambien tarde á las felicidades. Ya la palabra de Cortés estaba empenada, ya su honra comprometida en sostener lo que afirmó su lengua; y retroceder fuera, en verdad, infamarse. Un hombre de índole brutal ó un intrigante, colocados en tal apuro, abusaran de su fuerza ó valiéranse del engaño, medios al parecer obvios que habia encadenado emperadores y sometido reinos. Hernando, con las pocas palabras que de boca de su hijo habia escuchado, conociéndose á sí mismo y á Catalina Suarez ademas, fácilmente adivinó que el camino mas corto y seguro para llegar á sus fines, era dirijirse al corazon del infeliz mancebo, interesando su precoz poética jenerosidad, y obligándole, por decirlo así, á ser él mismo su propio verdugo.

Sentóse, pues, en el divan, hizo que el niño se le acercase, acaricióle sincero, y luego que dió tiempo á la efusion de los tiernos filiales sentimientos de D. Martin, díjole grave, si bien cariñoso:

—Ahora, D. Martin, quiero trataros como á un hombre, pues en realidad de tal me parece vuestra razon, á pesar del corto número de años que habeis vivido. Escuchadme bien, y preparaos á responderme como conviene á quien me debe la vida.

Miró el niño á su padre con atencion, pero sin sorpresa; arrodillóse á sus plantas, como reo que á escuchar su sentencia se prepara, y el conquistador prosiguió diciendo:

—Martin: yo no soy, por mi cuna, mas que un simple hidalgo: mis hazañas me han engrandecido, pero á los ojos de los cortesanos no paso por grande.

—¿Y qué os importa? (interrumpió el inocente rapaz.) ¿Qué os importa, cuando vuestra gloria llena dos mundos!

—¿Su madre! (esclamó Cortés, recordando con triste placer los días de sus desinteresados amores con Catalina Suarez). ¡Siempre en los espacios imaginarios y á dos mil leguas de la tierra! Pero escuchad, Martin, y no me interrumpais. Vasallo nació, y vasallo moriré.... Yo necesito el favor de la corte, para que encarnizadas persecuciones no sean el premio de mis servicios.... Mientras yo descubro tierras, convierto razas y conquisto imperios, es preciso que haya en las antecámaras del monarca quien me defienda, quien impida que la prision ó el suplicio quizá me castiguen por el delito de no ser un áulico adulador y miserable.... ¡Tú no comprendes eso, pobre niño....! ¡Quiera el cielo que nunca lo comprendas tampoco! En fin, aquí á *mas servir menos valer*, Martin: el mérito es nada, los servicios poco, la flecsibilidad mucho, y el favor todo. Pues bien: hay un medio de que el bajel de mi fortuna no zozobre, sin obligarme á doblar de continuo la cerviz ante los validos del César, ni á respirar la atmósfera mefítica de las antecámaras. Ese medio es un casamiento; y ya le tengo concertado.

—Madre mia! ¡Madre mia! (esclamó con dolor inmenso el desdichado niño). Mas Cortés, prescindiendo de aquella interrupcion, prosiguió de esta manera:

—Un gran casamiento que, entroncando mi linaje con uno de los mas ilustres del reino, me asegura, Martin, el favor que necesito en la corte para llevar á cabo los inmensos proyectos que en mi cabeza jermanan; porque México no es solo el imperio del Nuevo Mundo, ni mi espada embotó sus filos al destruir el trono de Moctezuma. ¡Querás tú oponerte al engrandecimiento de tu padre!

—¿Yo, señor! ¡Yo, que daría toda la sangre de mis venas por una sola hoja de vuestros laureles! ¡Presérveme el cielo de tal desdicha!

—Pues bien, hijo, en vuestras manos quiero poner mi suerte.

—¿En mis manos, señor?

—En vuestras manos; quiero que solo, y libremente, decidais lo que haya de ser, Martin amado. Mi boda está tratada, pero se me esije que del mayorazgo que fundo y del título que espero, sean herederos exclusivos los descendientes de mi futura esposa.

—¿Y bien, padre mio?

—¿No me comprendéis aún?

—No señor.

—Vos sois mi hijo lejítimo, mi primojénito: consentir en lo que me piden es privaros de una gran parte de vuestros bienes y de un título ademas....

—¿Y qué importa eso?

—Niño, ¿qué dices?

—Que yo he venido á Sevilla á buscar un padre, no riquezas ni títulos,

Al escuchar tan sublime respuesta, con todo el candor y sencillez de la inocencia pronunciada, sintióse el grande hombre muy pequeño al lado del niño débil y casi huérfano; y entonces sus lágrimas corrieron sin freno; y entonces, estrechando á D. Martin contra su pecho, fué padre, y mil veces dichosísimo padre.

Al cabo de algunos instantes de mútuas caricias prosiguió Hernando:

—Acepto, hijo mio, tu jeneroso sacrificio, pero no sabré renunciar al orgullo de llamarme tu padre.

—Ni yo al de deberos la vida.

—Pasarás por uno de mis hijos naturales....!

Oir tales palabras, arder toda su sangre como si el fuego celeste la inflamara súbito, apartarse horrorizado de su padre, y trocar la ternura en eesaltacion furiosa, todo fué para el niño D. Martin obra de un solo rapidísimo instante.

Mirábale atónito Hernan Cortés, y él á Hernan Cortés con mas ira que asombro todavía; pero incapaces ambos, por el momento, de articular una sílaba siquiera, solo con las miradas se entendieron durante mas de un minuto.

Pasado ese tiempo, D. Martin fué quien rompió el silencio, diciendolo en voz por el dolor y la cólera enronquecida:

—¿Yo hijo natural! ¡Yo infamar la memoria de mi santa madre! Señor, antes moriré mil veces; mil veces, sí, primero que consentir en tal villanía. Vuestra es la vida que me disteis, tomadla en buen hora, pero dejadme morir tan honrado como nací.

Era tanta la justicia del pobre niño, y tal la celeste vehemencia con que su derecho y el honor de Catalina Suarez defendia, que el conquistador, sintiéndose subyugado, contestó:

—Bien, Martin: no hablemos mas del asunto. Vuestro padre desmentirá, por vez primera de su vida, su palabra, y....

—¿Vos, señor, desmentiros, y por mí! No, señor, no: eso es imposible.

—No hay medio, Martin: ó reconoceros por lo que sois, y me desmiento, ó bien....

—Por piedad, no volvais á pronunciarlo.... Pero ¿no ha de haber algun medio....? ¿No le ha de haber, Dios mio, no le ha de haber! Inspírame, madre mia: haz que, cumpliendo tu postrimera voluntad, pueda yo obedecer sin deshonorar tu memoria al que tanto amaste en la tierra hasta eeshalar el último suspiro.

Y dejándose caer de rodillas en el suelo, elevábase al propio tiempo en espíritu D. Martin á la celestial morada, buscando en ella la inspiracion del martirio. Su padre padecía, en tanto, insoportable tormento.

Súbito un rayo celeste ilumina la mente del hijo de Catalina Suarez, y por su llama reanimado, levántase el niño, corre al conquistador, y dícele:

—Todo sería fácil si yo me hubiera muerto, ¿no es verdad, señor? Ruborizóse la frente y estremecióse el corazón de Hernando oyendo tales palabras, á las cuales solo acertó á responder:

—Gracias al cielo, vivís, D. Martin.

—Pero decidme, os ruego, si es cierto que si yo no existiera...

—No tendríamos dificultades.

—Pues bien, señor, si en pasar por vuestro hijo natural no puedo consentir, con respecto á la memoria de mi madre, yo también soy Cortés, padre mío, y no temo á la muerte.

—No deliremos, niño: la vida y la muerte en manos de Dios solo está dadas.

—Padre mío, mi vida os estorba.

—Silencio, os digo: mi boda es imposible; no hablemos ya de esto.

—Una palabra más, por piedad!

—Ya os escucho.

—Mi pobre madre, sin duda apiadada de entrambos, me inspira en este instante un medio de conciliarlo todo. Nadie me conoce en Castilla; de Cuba he desaparecido sin anunciar el término de mi viaje; ¿qué significa yo en el mundo, para que haya quien se ocupe en averiguar si vivo aún, ó terminé ya la existencia? Supongamos que he muerto; bendecidme, señor, por vez postrera, y yo os juro por la memoria de vuestra primera desdichada esposa, por la honra que tengo de ser de vuestra sangre, y por el Dios uno y trino que adoro humilde, que de hoy más *D. Martin Cortés de Suarez* no vive para el mundo.

En tal momento hemos presentado en escena á padre é hijo al comenzar este capítulo, cuya extensión escije ya que brevemente le pongamos término, como lo haremos, limitándonos á resumir el resto de aquel penoso diálogo.

La posición de Hernán Cortés era tal, que de no aceptar el generoso espontáneo sacrificio de su primojénito, tenía que resignarse á pasar por un falaz intrigante para con las poderosas familias de los Zúñigas y de los Aréllanos, ó lo que es lo mismo, primero ante la corte, y después ante el reino y el universo entero. Por lo que hace al héroe niño, Dios, que le había formado en la previsión de su fatal destino, dióle la abnegación suficiente para inmolarse; y por consiguiente fácil fué la avenencia.

Hernán Cortés hizo mucho más rico que ya lo era al hijo de Catalina; presúmesese que le reveló dónde en Nueva-España se ocultaban inmensos tesoros: mas renunciando también á su paternidad, recibióle juramento de no revelar nunca, ni á nadie, á quién debía, después de Dios, la vida.

Desde aquel momento *D. Martin Cortés de Suarez*, se llamó hasta el de su muerte, *D. Martin Suarez de Monroi*; del resto de sus aventuras trataremos en el próximo capítulo.



CAPITULO V.

OTRO DE LOS EPISÓDICOS, QUE ACLARA MÁS DE UN MISTERIO, REVELANDO EL ORIGEN DE LA BELLA DOÑA ELVIRA.

Con dificultad puede imaginarse situación más singularmente excepcional que la de *D. Martin*, solo en el mundo, cual la palmera en el desierto, á la edad de catorce años; inmensamente rico, realmente de ilustre linaje, pero condenado, no como el espósito á ignorar sus padres, sino á negar el más glorioso de cuantos la aristocrática ambición imaginar pudiese.

El *P. Asencio* y *García-Pérez*, juramentados solemnemente, eran únicos dueños de su secreto, y ellos también exclusivamente su familia y amigos.

Ya dijimos, y aun probamos la precocidad de *D. Martin*, pero á mayor abundamiento, la desgracia sazona la razón tan de prisa como gasta el alma: aquel niño, árbitro absoluto de sus acciones, yendo á establecerse en Salamanca, hizo educar como pudiera el ayo más severo. Ciencias, letras humanas, armas, ejercicios gimnásticos y devociones, consumieron su tiempo durante cuatro años consecutivos; y entonces, teniendo ya diez y ocho de edad, y sintiéndose capaz del mundo y sus azares, resolvió militar como á varón de su linaje convenia.

Soldado voluntario en Italia, distinguióse luego, no solo por el valor que heredara, sino por su militar instinto, por su probidad acrisolada, y por una rigidez de costumbres insólita en tales años y ejercicio.

—Todo sería fácil si yo me hubiera muerto, ¿no es verdad, señor? Ruborizóse la frente y estremecióse el corazón de Hernando oyendo tales palabras, á las cuales solo acertó á responder:

—Gracias al cielo, vivís, D. Martin.

—Pero decidme, os ruego, si es cierto que si yo no existiera...

—No tendríamos dificultades.

—Pues bien, señor, si en pasar por vuestro hijo natural no puedo consentir, con respecto á la memoria de mi madre, yo también soy

Cortés, padre mío, y no temo á la muerte.

—No deliremos, niño: la vida y la muerte en manos de Dios solo está dadas.

—Padre mío, mi vida os estorba.

—Silencio, os digo: mi boda es imposible; no hablemos ya de esto.

—Una palabra más, por piedad!

—Ya os escucho.

—Mi pobre madre, sin duda apiadada de entrambos, me inspira en este instante un medio de conciliarlo todo. Nadie me conoce en Castilla; de Cuba he desaparecido sin anunciar el término de mi viaje; ¿qué significa yo en el mundo, para que haya quien se ocupe en averiguar si vivo aún, ó terminé ya la existencia? Supongamos que he muerto; bendecidme, señor, por vez postrera, y yo os juro por la memoria de vuestra primera desdichada esposa, por la honra que tengo de ser de vuestra sangre, y por el Dios uno y trino que adoro humilde, que de hoy más *D. Martin Cortés de Suarez* no vive para el mundo.

En tal momento hemos presentado en escena á padre é hijo al comenzar este capítulo, cuya extensión escije ya que brevemente le pongamos término, como lo haremos, limitándonos á resumir el resto de aquel penoso diálogo.

La posición de Hernán Cortés era tal, que de no aceptar el generoso espontáneo sacrificio de su primojénito, tenía que resignarse á pasar por un falaz intrigante para con las poderosas familias de los Zúñigas y de los Aréllanos, ó lo que es lo mismo, primero ante la corte, y después ante el reino y el universo entero. Por lo que hace al héroe niño, Dios, que le había formado en la previsión de su fatal destino, dióle la abnegación suficiente para inmolarse; y por consiguiente fácil fué la avenencia.

Hernán Cortés hizo mucho más rico que ya lo era al hijo de Catalina; presúmesese que le reveló dónde en Nueva-España se ocultaban inmensos tesoros: mas renunciando también á su paternidad, recibióle el juramento de no revelar nunca, ni á nadie, á quién debía, después de Dios, la vida.

Desde aquel momento *D. Martin Cortés de Suarez*, se llamó hasta el de su muerte, *D. Martin Suarez de Monroi*; del resto de sus aventuras trataremos en el próximo capítulo.



CAPITULO V.

OTRO DE LOS EPISÓDICOS, QUE ACLARA MÁS DE UN MISTERIO, REVELANDO EL ORIGEN DE LA BELLA DOÑA ELVIRA.

Con dificultad puede imaginarse situación más singularmente excepcional que la de *D. Martin*, solo en el mundo, cual la palmera en el desierto, á la edad de catorce años; inmensamente rico, realmente de ilustre linaje, pero condenado, no como el espósito á ignorar sus padres, sino á negar el más glorioso de cuantos la aristocrática ambición imaginar pudiese.

El *P. Asencio* y *García-Pérez*, juramentados solemnemente, eran únicos dueños de su secreto, y ellos también exclusivamente su familia y amigos.

Ya dijimos, y aun probamos la precocidad de *D. Martin*, pero á mayor abundamiento, la desgracia sazona la razón tan de prisa como gasta el alma: aquel niño, árbitro absoluto de sus acciones, yendo á establecerse en Salamanca, hizo educar como pudiera el ayo más severo. Ciencias, letras humanas, armas, ejercicios gimnásticos y devociones, consumieron su tiempo durante cuatro años consecutivos; y entonces, teniendo ya diez y ocho de edad, y sintiéndose capaz del mundo y sus azares, resolvió militar como á varón de su linaje convenia.

Soldado voluntario en Italia, distinguióse luego, no solo por el valor que heredara, sino por su militar instinto, por su probidad acrisolada, y por una rigidez de costumbres insólita en tales años y ejercicio.

Rico y jeneroso, más ordenado en su vida; campeón audaz en el campo de batalla, pero convidado sóbrio en la mesa; y hombre, desde mozo, de tan buen consejo como extraño á la galantería, no pudo menos de llamar desde luego y poderosamente la atención de sus camaradas y caudillos, para quienes era y debía ser un animado enigma. Mas de uno pretendió aclararlo, ya con insidiosas preguntas, ya con provocativos sarcasmos; las primeras le hallaron impenetrable, á los segundos respondió dos ó tres veces con la espada, y de modo que, por una parte, muertos sus adversarios no pudieron volver á molestarle, y por otra el escarmiento de tal castigo hizo que no hallasen imitadores los primeros provocativos.

Entonces, y como acontece siempre que el público curioso encuentra insuperable barrera que la verdad le oculta, la fantasía de los noveleros, inventando sin freno, hízole sucesivamente hijo natural ó bastardo de rico ó de grande, de príncipe, y aun de rey, ó emperador; sin faltar quien le tuviese por disfrazado heredero de Preste Juan de las Indias, ó por un Morisco de alta jerarquía.

En situación tan delicada solo una conducta ejemplar, como la suya, pudo salvarle de incurrir en jeneral desprecio; solo un valor á todo prueba hacerle respetable; solo hazañas heroicas darle la consideración social de que la falta de una familia le privaba.

Dios le otorgó fuerzas para todo, y en dos años de campaña D. Martín, contando apenas veinte de vida, logró adquirir fama de gran soldado, de perfecto caballero y de varón virtuoso, amén de infinitos partidarios, mas bien que amigos, entre la soldadesca, cuyo amor supo ganarse dándole siempre ejemplo de bizarría en los combates, de sufrimiento en los trabajos, de modestia en los triunfos, de constancia en las derrotas, y tratándola además afable y jeneroso.

Como ya por entonces las ingratitudes de la corte con Hernán Cortés eran notorias, y por la correspondencia que el P. Asencio entretenía sin interrupción con personas importantes en Nueva-España, estaba D. Martín al corriente de los sucesos de aquellas apartadas regiones, parécenos probable que comenzasen en la misma época á jermínar en su corazón y en su cabeza los sentimientos y las ideas que mas tarde le arrastraron á tramar la conjuración que nos ha dado asunto para este libro.

Nada mas natural, en afecto, ni mas lógico, supuestos los antecedentes que conocemos, que el ocurrírsele á D. Martín el pensamiento de llevar su heroica abnegación al estremo, no solo de condenarse á pasar en el mundo por un ser aislado, sin padres ni familia, sino de consagrar su ingenio, caudal y existencia al engrandecimiento de aquellos á quienes ya tanto habia sacrificado, y sobre todo á la gloria de un nombre que no le era lícito llevar perteneciéndole legítimamente. Es opinión comun que solo en la carrera del crimen ó del vicio se engolfan los hombres de manera que, dado el primer paso,

los andan todos irremisiblemente, sin detenerse hasta el postrero posible: nosotros pensamos de otra manera. La virtud tiene tambien, una vez sincera y perseverantemente practicada, irresistibles atractivos; y si el voluntario sacrificio de las pasiones llega á hacerse pasión él mismo, como sucede con frecuencia, entonces el alma se precipita cesaltada al fuego santo de la abnegación, hallando inefables delicias y voluptuosos goces en lo que, á los ciegos ojos de los materialistas, pasa por cruel martirio.

Tal, por lo menos, era el caso de D. Martín; y parécenos que anduvo lógico, porque en esta vida pararse es siempre retroceder, y eso perder el fruto de cuanto anteriormente se ha sembrado.

No obstante, debía de ser indistinto aun en su mente el pensamiento de la conjuración al anunciarse la expedición de Carlos V contra Túnez, pues dejando la Italia, acudió á España para tomar parte en aquella guerra mas santa que venturosa.

En las arenas del Africa, como á las orillas del Arno, mostróse D. Martín digno hijo de su ilustre padre, hasta el punto de que el Águila Imperial fijase en él su vista perspicaz, recompensando sus servicios con la jineta de capitán de infantería, grado con que regresó á Europa despues de la pérdida de la Goleta.

Prolijo seria seguirlo paso á paso en su vida militar, bastando á nuestro propósito consignar que se distinguió en ella durante largos años, y en cuantas guerras sostuvo en el continente europeo y sus mares, la ambición ó el deseo de gloria de Carlos V, mereciendo por sus servicios esclusivamente, que aquel grande hombre le promoviese al cargo de maestro de campo, equivalente, como dijimos otras veces, al de oficial jeneral en nuestros dias.

Detendrémonos, sin embargo, á referir todavía un suceso de aquella época de la vida del hijo de Catalina Suarez, ya porque en él hallaremos la esplicación de algun misterio, ya para dar idea del espíritu caballeresco, moribundo á la sazón en Europa, que aun dominaba en los ejércitos españoles, cuando los regia el vencedor de Francisco I; ya, en fin, en justificación de los elogios que á D. Martín hemos prodigado.

Tres años antes de abdicar el cetro, esto es, en el de 1552, sitiaba el emperador á Metz, en Francia, cuyo rey Enrique II, ambicionando la corona imperial y sin fuerzas para conquistarla, habíase hecho protector de ciertos príncipes alemanes, rebeldes á la sazón á su legítimo soberano. Era en el rigor del invierno, y sus hielos, tanto si no mas que las armas de Guisa, Nevers, y Alberto de Brunswick, opusieron invenciblemente á la alta capacidad del imperial caudillo, y al valor de los españoles, alemanes, flamencos ó italianos que su ejército componian. Vano es luchar contra el cielo: la estrella de Carlos V palideció ante los muros de Metz como palidecido habia la de Alejandro bajo el abrasado cielo de la India, y como estaba escri-

to tambien que palideciese la del gran Napoleon en las yermas llanuras de Moscou. Helábanse los hombres, perecian los caballos, faltaban los víveres, y con ellos las municiones; ya no el cañon, ni el mosquete, ni la lanza, ni la espada, sino el frio y el hambre y las enfermedades, diezmaban sin tregua á los sitiadores; y el desaliento cundia, y la desercion era tan jeneral como continua. Un solo Tercio, el peor compuesto del ejército, atendido al vario origen y detestable procedencia de la mayor parte de sus soldados, acertó á resistir sin notables bajas las calamidades de aquel sitio; y ese tercio mandáballo nuestro D. Martin Suarez de Monroi.

Al ordenar el César que del ejército de Italia se le enviasen tropas para aquella campaña, los que allá en su nombre gobernaban aprovecharon la ocasion para desembarazarse de un sin número de aventureros y bravos de todos países, condiciones y aun relijiones, que, procedentes de las guerras anteriores, habian ido, por decirlo así, hacinándose en el antiguo Lacio y devastaban su fértil suelo al propio tiempo que su poblacion desmoralizaban. Alistarlos no fué difícil, porque con el cebo de un buen enganche y la esperanza de saquear los dominios del rey cristianísimo, acudieron mas de los que se buscaban: pero no era tan obvio hallar un jefe para tales bandidos.

Consultado el duque de Alba sobre el negocio, respondió: "Si D. Martin Suarez de Monroi no manda ese tercio, tanto valiera enviar "nos la peste;" y en efecto, quizá solo él que habia de llamarse el *Mártir* era capaz de imponer respeto y ajustar á las reglas de la militar disciplina á una herda de bandidos, para el mas dócil y escrupuloso de los cuales pasaba por cosa de juego hollar de palabra y obra todos y cada uno de los preceptos del decálogo.

Mas D. Martin á quien el *gran duque de Alba* se digno escribir para que tomase aquel mando, hizolo desde luego, y con tan buen éxito, que quien bajo sus órdenes viera á hombres, sobre poco mas ó menos todos de la especie de tres que hemos conocido, á saber: Absalon, Alma-negra y Corta-orejas, creyéralos soldados de alguna orden relijiosa, como los templarios, por ejemplo, allá en los tiempos de su mayor ascetismo, tales se mostraban de sumisos y poco ladrones los domesticados aventureros.

Cuando la desercion minaba las filas del ejército, el tercio cosmopolita contó apenas tres ó cuatro prófugos, merced á la perseverante vijilancia de su maestro de campo, y á la severidad inflexible con que aplicó desde luego todo el rigor de las leyes militares al que en lo mas mínimo osaba infringirlas. Víveres y combustibles faltaban en todos los cuarteles: D. Martin, acometiendo con aquellos desalmados empresas que, con otros y para otros, pasaran por desesperadas, ya contra la plaza misma, ya contra la caballeria lijera del duque de Nevers que interceptaba los convoyes, consiguió que á lo menos de lo estrictamente necesario no careciesen nunca los suyos, y en muchas

ocasiones abasteció á sus mas necesitados compañeros, y hasta al emperador mismo. Quizá y sin quizá, viérase prisionero y pereciera de hambre ó de frio un noble y muy jóven caballero que en aquel sitio hacia su primera campaña, soportando con mas alientos morales que fuerzas físicas el rigor de la estacion y las continuas privaciones. Flaco, estenuado, y cadavérica la faz, pero negándose á retirarse al cuartel de los enfermos, el caballero á que aludimos, contando apenas veinte años de edad, y siendo simple voluntario en la caballeria, vióse cierto dia envuelto en una vigorosa salida que inopinadamente hizo de la plaza el duque de Guisa; y faltándole, no el valor, pero sí las fuerzas, hiciéronle su prisionero los franceses. D. Martin, que mandaba aquel dia la trinchera, contento, y no sin causa, de haber rechazado á su poderoso enemigo con pérdida considerable, bien echó de ver que se le llevaban un hombre prisionero, mas no obrara como cuerdo jeneral si por tan insignificante pérdida comprometiera las tropas de su mando, ó consintiese que la caballeria dejara de recojerse al campamento, como acababa de mandársele. Llevábanse, pues, los franceses al voluntario, cuando aquel, desesperando del socorro y perdiendo la paciencia al ver que los suyos se retiraban, comenzó á decir en altas voces:—*¿No hay quien liberte á D. Martin Cortés? ¿No hay quien rescate al hijo del marques del Valle?*

Como los huesos de toda la especie humana surjan un dia del polvo al escucharse el son tremebundo de la trompa que ha de anunciar-nos el juicio final, así el hijo de Catalina Suarez, oyendo la voz del que nombre y herencia inocentemente le usurpaba, saltó fuera de sus reales clamando:—*¿Sus! A ellos, mis valientes! ¿Sus! Trompetas, tocad á degüello! ¿A ellos, que se nos llevan al hijo del conquistador de México!*

Y electrizada la tropa por la voz y ejemplo de su caudillo, cargó intrépida á los contrarios, acuchillándolos hasta las puertas de la plaza, y rescatando, por de contado, al prisionero, á quien Suarez hizo llevar á su propia tienda, cuidándole hasta su completo restablecimiento con la misma ternura que si fuera su propio hijo. De aquel dia fechaba una amistad íntima, sincera y nunca interrumpida entre el que tenemos preso en México, llevando el título de Marques del Valle, y el que realmente llevarlo debiera.

Decidióse Carlos V, no sin resistencia y aunque personalmente enfermo, á levantar el sitio; y como era natural, sus tropas fueron vigorosamente atacadas durante toda su marcha hasta Thionville. En aquella retirada D. Martin Suarez, siempre con su tercio en la retaguardia, peleó de dia y de noche, á pié y á caballo, reproduciendo los prodijios de su padre en Nueva-España; y prendado el César de tanto denuedo y tan rara pericia, quiso darle una muestra de aprecio concediéndole el hábito de Santiago.

—V. M. se dignará perdonarme, señor (respondió pálido como la muerte, el agraciado), mas no puedo admitir.

Miróle Carlos de Gante, que conocia mucho á los hombres, y adivinando, en parte al menos, la secreta causa de tan estraña negativa, dijo:

—Vive Dios que teme las pruebas. ¿Seríais plebeyo, D. Martin?

—Noble, señor, y por respeto no digo que tanto como el primero; mas... no puedo, en efecto, hacer probanza de mi nobleza.

—Vuestras hazanas son la mejor ejecutoria; yo os dispense las pruebas.

—Hábito, sin ellas, sería, señor, un Sambenito.

—Por mi vida que no os entiendo.

—Señor, yo soy noble, pero un juramento me obliga á encubrir linaje y nacimiento, aunque ilustre el primero y legitimo el segundo.

—Bien está: ya os dije que dispensaba las pruebas; y ahora añado que os mando vestir el hábito.

—Dígnese V. M. otorgarme una gracia mas.

—Hablad.

—No esjir que la roja espada de Castilla figure en mi pecho hasta que á V. M. conste con evidencia que por mi nacimiento no soy indigno de tal honra.

—Ya me consta por vuestros bizarros hechos; de otra manera, ¿cómo, si ignoro vuestro linaje?

—Hay un hombre, señor, vasallo de V. M., pero vasallo tal, que su palabra vale todas las informaciones imaginables. Dígnese V. M. preguntarle, y su respuesta decida.

—¿Y quién es ese tan singular vasallo?

—El conquistador de México.

Carlos V, que era hombre de corazon, prestóse á la esjencia de D. Martin Suarez, mandando escribir á Hernan Cortés sobre el asunto, y siendo su respuesta la siguiente:

“Sacra, Cesárea, Real Majestad: D. Martin Suarez de Monroi es tan noble como yo; y si esto que digo no bastare á satisfacer á V. M. ó al mismo D. Martin, yo le absuelvo por la presente de su juramento y promesa.”

D. Martin vistió de allí adelante el hábito de Santiago.

Poco despues de la abdicacion del emperador, dejó Suarez el servicio militar, no conviniendo á su carácter un reinado como el de Felipe II; y el año de 56 hizo á México su primer viaje.

Mas antes de hablar de ese punto, y terminada la historia de su vida militar, debemos dar cuenta de sucesos de la privada que atañen directamente al asunto de este libro.

Unos diez años del sitio de Metz hallábase D. Martin Suarez, con su bandera, empleado en el ejército de Flandes, y convaliente de una peligrosa herida en Amberes, cuando derrotado á las inmedia-

ciones de Brescott el príncipe de Oranje, puso sitio á aquella famosa ciudad el jeneral dinamarqués Rosen, que en union con las tropas francesas y las alemanas del duque de Cleves, hacia la guerra entonces en los Países Bajos á Carlos V.

Contaba á la sazón siete lustros de edad el hijo de Catalina Suarez; su aspecto, naturalmente agradable por la armonía y regularidad de su conjunto y pormenores, embellecido por cierto aire varonil y resuelto fruto de los hábitos militares, y realzado además por una tinta de melancólica preocupación, dícese que hizo palpar acelerado á mas de un pecho femenino; pero él, indiferente á todo menos á la gloria de las armas, ó no advertia sus triunfos, ó dábales tan poca importancia que para nada los tomaba en cuenta.

Sin embargo, seríamos injustos suponiendo á Suarez insensible al amor: semejante monstruosidad era harto impropia de persona de su linaje y prendas morales, para admitirla solo en virtud de las apariencias, en aquello como en otras muchas cosas á la realidad contrarias. D. Martin, en efecto, religioso por índole y por crianza, y con la piedad al fuego de la desdicha acrisolada desde sus primeros pasos en la vida, era, sí, declarado enemigo de todo libertinaje en los demás, y para sí mismo incapaz ni de concebir la posibilidad de un amor que honesto, casto, y al matrimonio encaminado no fuese. Hombre, además, de su siglo, y por su escepcional posición mas aferrado aún que otros á las ideas aristocráticas, creyera pecar mortalmente pensando en unir su destino al de mujer que á tan noble linaje como el suyo no perteneciera; y, en consecuencia, si á enamorarse llegara, había de ser forzosamente para casarse, y de una dama de alta prosapia. Relaciones amorosas, fuera de esas condiciones, pasaban por delito á sus ojos; y dentro de ellas vedábaselas su mala suerte; porque ¿cómo había de obtener nunca la mano de una ilustre doncella, quien el nombre de sus propios padres revelar no podia?—Reflexiónese un momento sobre la situación singular de aquel hombre, y se verá que mas le valiera mil veces ser en realidad un triste espósito, que haber nacido hijo de un grande hombre, y no poder, sin embargo, confesarlo.

Como quiera sea, repugnándole el libertinaje instintivamente, profesando por principios horror profundo á la seducción, y de casarse poco menos que imposibilitado, Suarez evitaba cuidadosamente el trato de las mujeres hermosas y jóvenes, trato que solo á quebrantar los preceptos de la moral podia conducirle, cuando no á padecer inútiles dolores.

Mas contra las leyes de la naturaleza se lucha en vano: ellas han dotado el corazon del hombre de un instinto que invenciblemente le arrastra á rendirse á los piés del seco débil; ellas quisieron que el amor fuese el agente universal de la reproducción de los seres; y mas

tarde ó mas temprano, menos ó mas profundamente, fuerza es que todo ame en este mundo y aun en el otro.

Residia por aquellos tiempos en Amberes una familia, noble y bien acomodada, á juzgar por el decoro de su porte en todos conceptos, compuesta de un caballero de edad mas que madura, una señora anciana, y una jóven de rara hermosura, que al primero llamaba tio, y abuela á la segunda. Aquellas tres personas pasaban por castellanas, en razon á su idioma, trages y hábitos; pero en realidad ignorábanse su origen y procedencia, pues apenas tenian trato en la ciudad con persona alguna, fuera de sus principales majistrados Lanceloto Ursulo y Nicolás Shermer, hombres ambos á cuyo temple de alma poco comun debió el César la conservacion de Amberes en aquella desdichada campaña, y que dispensaban á la incógnita familia que nos ocupa todo jénero de miramientos y consideraciones.

Sin embargo, al retirarse á la ciudad los maltratados restos del ejército del príncipe de Orange, á consecuencia de la derrota de Brescott, siendo indispensable alojar aquellas tropas, sin perjuicio de las que ya guarnecian la plaza, forzosamente hubo de contarse con la casa de los desconocidos, como con las de todos los demas habitantes. Mas tales eran el respeto y la consideracion de los majistrados á las personas que nos ocupan, que en medio de los afanes consiguientes á la entrada en su ciudad de un ejército, y ejército vencido, que es aun harto mas peligroso é indisciplinado que el vencedor, y habiendo de atender, como lo hicieron, á la defensa de la plaza ya por las armas de Rosen asediada, hallaron tiempo y tuvieron sangre fria para tratar de que la carga del alojamiento fuese lo menos molesta posible á sus misteriosos protegidos. Y en efecto, deseando mandar á la tal casa un hombre grave, mesurado y de buenas costumbres, eligieron á nuestro D. Martin Suarez de Monroi, á quien, segun la voz pública, faltaba solo para santo el estar canonizado. Nicolás Shermer fué en persona á notificar á la retirada familia la necesidad en que se hallaba de recibir un alojado, y esplicarle al propio tiempo qué persona era la que tal honra obtenia. No obstante, los desconocidos, es decir, la señora anciana y el maduro caballero, resignáronse y no mas á recibir tal huésped, llevando tan lejos la suspicacia ó la prudencia, que con haberles asegurado Shermer que Suarez era la virtud misma, alojáronle en un cuarto del piso bajo de la casa que habitaban, cuarto cómodo y elegante, mas en completa y absoluta comunicacion con el resto de la familia. Un esclavo africano instaló al capitán y á Garci-Perez en su alojamiento, escusando, á pretexto de una dolencia crónica, al amo de la casa, pero ofreciéndose en su nombre á cuanto el alojado necesitar pudiese. Por lo demas, nada faltaba en el retirado aposento: ricos tapices, cómodas almohadas, bufetes y escritorios de primoroso trabajo, buenas pinturas, sillería de lujo, ropa blanca exquisita y perfumada, lecho mullido, todo, en una palabra,

todo cuanto al material bienestar de un hombre contribuye, otro tanto halló Suarez, y de otro tanto gozó con esa indiferencia filosófica que llega á hacerse en el soldado de oficio segunda naturaleza. Garci-Perez, por su parte, se vió respectivamente tan bien tratado como su amo, y quizá mejor, pues al preguntar dónde y cómo podria el coeínero (D. Martin se trataba como un gran señor que era) ejercer su oficio, respondiéronle que no se inquietara por tal cosa, y que el señor capitán seria servido como á su calidad correspondia. Calló discretamente el escudero aquella novedad, presintiendo que su dueño, de saberla, rehusaria recibir tales obsequios de personas para él completamente estrañas, y aun desconocidas; y como no acostumbraba Suarez ni á mezclarse en las atribuciones de su maestresala, ni á tomar cuentas, sentóse á la mesa, cuando se la pusieron, y comió de los manjares verdaderamente exquisitos que le presentaron, dando al concluir las gracias al que nos da el pan cotidiano, mas omitiendo, por ignorancia, las en el caso debidas á sus magníficos invisibles huéspedes.

De estos, el caballero y la anciana señora, despues de haber ordenado á sus servidores lo conveniente para el buen trato del capitán, y tomadas cuantas precauciones creyeron conducentes á incomunicarle con su familia, tan severamente como si de la peste padeciera, cesaron de pensar en su persona; mas la dama jóven, que si no se desesperaba, aburríase por lo menos en su claustral reclusion, aguijoneada por el espíritu de la curiosidad, que es demonio gran señor en los infiernos y en la tierra poderoso príncipe, entró en tentacion irresistible de conocer al hombre contra el cual se tomaban tales precauciones, sin embargo de asegurarse que era un cumplido caballero y perfecto cristiano. Ausiliada, pues, por una doncella—¿Cuándo faltan doncellas para tales ministerios!—y practicando con las tijeras de su costura un orificio en cierto tapiz del aposento del alojado, consiguió fácil, y al parecer impunemente, su deseo, mirando, en efecto, á su sabor y sin ser vista, á D. Martin Suarez de Monroi, mozo entonces de veintiocho años, aparentando apenas veintidos, merced á su ejemplar conducta; de marcial agraciado porte; de fisonomía varonil y espresiva al propio tiempo que melancólica; y que vestia el traje militar con esa elegancia sin aparato, con esa soltura sin ordinariéz, con esa arrogancia sin fanfarronada, que distinguen siempre al valiente de buena ley del maton baratero. ¡Ahora, dígasenos de buena fé, si para una mujer bella, sensible, de altos pensamientos, y murada en su casa como si fuera fortaleza, semejante espectáculo podia ser cosa indiferente! Y no lo fué, en efecto; aquella noche la hermosa incógnita soñó mucho, y en todos sus ensueños tuvo papel de primer galán el ascético militar; y á la mañana siguiente el orificio del tapiz dobló su diámetro; siendo ya casi ventana la segunda noche, en el momento de cenar solo y silencioso D. Martin Suarez.

Serán como dos horas antes de la fatídica y solemne en que canta el gallo y se aparecen las temerosas visiones: la ciudad reposaba, descansando en la vigilancia de una parte de su milicia municipal que, en union con algunos pocos soldados veteranos, guardaba sus muros; cuando súbito resonaron á un tiempo los cavernosos ecos del cañon de alarma, los agudos sonos del clarin, el ronco estrépito de los atambores, y el clamoreo de las campanas tocando á rebato.

Suarez, como si tal suceso esperase, limpióse la boca con la servilleta, levantó la cabeza, y dijo á su escudero:—Las armas, Garcí-Perez; pronunciadas cuyas palabras, púsose en pié sosegadamente, y desnudóse la ropa que vestia, para ceñir coraza y capacete, con espada y daga; y jineta en mano, encaminarse á las murallas seguido por Garcí-Perez y otro eriado, cada uno de los cuales llevaba su respectivo arcabuz, mecha encendida, por decontado.

Menos belicosa la bella observadora, mas dominándose lo bastante para no revelar su presencia con algun indiscreto grito, asistió palpitante el seno, pálida la color, y atribulada el alma, al militar tocador de Suarez, y vióle salir del aposento con la misma pena que si al suplicio le llevaran. ¡Pobre niña! ¡Aquel hombre que ni de vista la conocia, llevábasele el alma entera!

La causa del rebato fué que Rosen, á cuyas intimaciones de rendicion contestaron Ursulo y Shermer con las lombardas que la plaza artillaban, y que sin fruto, ademas, la habia cañoneado durante dos dias, quiso antes de levantar el asedio probar fortuna en un asalto, quizá con la esperanza de que, dirigida la defensa por unos pobres mercaderes (Oranje no estaba en la ciudad), le habia de ser fácil sorprenderlos, y acaso intimidarlos. Engañóse solemnemente: los soldados ciudadanos fueron, como por regla jeneral suelen serlo siempre que se trata de la defensa de sus hogares, guardas vijilantes de la ciudad, y los dinamarqueses, franceses, y alemanes luteranos, que al asalto se lanzaban con cierta confianza, hallaron que el acero de los mercaderes y oficiales flamencos era jénero de mucha mejor calidad y mas duro temple de lo que ellos presumian y quisieran.

No obstante, Rosen, buen soldado y tereo y picado al juego, no dándose por vencido á la primera repulsa, volvió á la carga dos y tres veces, sosteniendo con vivísimo fuego de artillería y mosquetería sus columnas de ataque; y como por su parte los antuerpienses hicieron punto de honra de quedar con la palabra en aquella mortífera discusion, la noche fué, en realidad, lo que en la tecnología de los campamentos se llama *caliente*, sin embargo de lo frio del clima.

Al amanecer tuvo el jeneral dinamarqués que tocar retirada, dejando a no pocos de los suyos muertos en los fosos de Amberes, y levantado definitivamente el campo; los ciudadanos, entonces, pudieron apreciar su victoria y los dolorosos sacrificios que les costaban. Treinta ó cuarenta muertos, y hasta doscientos heridos tuvo la plaza en

aquella jornada gloriosa: muertos y heridos la mayor parte vecinos del pueblo, cabezas ó hijos de familia, jentes industriosas, á quienes sus padres entendieron criar para el manejo de la lanzadera que no de la lanza: mas el hombre propone y Dios dispone.

En la parte, por menos fuerte, mas combatida del muro, habia de hecho tomado el mando aquella noche un guerrero, á quien no conocian la mayor parte de los que voluntaria é instintivamente le obedecieron sumisos; y merced, tanto á lo acertado de sus disposiciones, cuanto á la firmeza de su ánimo, y al esfuerzo de su irresistible brazo, fueron siempre rechazados los obstinados ataques del enemigo: mas al retirarse aquel, una bala perdida, bala de hierro y por un mosquete disparada, dió en tierra con el valeroso adalid, llenando de dolor y espanto á cuantos le rodeaban.

¡Oh! y con cuanta razon (perdone mi noble profesion primera) esclama el ingenioso Hidalgo en su inmortal discurso sobre las armas y las letras, diciendo: “Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería (1), á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa á que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valiente caballero, y á quien sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó al resplandor que hizo el fuego al disparar la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y la vida de quien la merecia gozar luengos siglos!”

¡Qué pudiéramos añadir nosotros á tales y tan elocuentes palabras, del hombre de mas claro entendimiento de cuantos vieron la luz en los dominios españoles, para deplorar la desgracia de D. Martín Suarez, que él era el guerrero desconocido á quien la bala de un prófugo tendió, al parecer escánime, sobre los propios recién conquistados laureles! Nada que no fuera redundante ó tibio; para evitar cuyos escollos, diremos lisa y llanamente que, recojido por Garcí-Perez y un gran número de los que á sus órdenes pelearon durante la noche, llevóronle á su alojamiento, donde los primeros físicos de Amberes acudieron á curarle, y á informarse de su estado quizás la ciudad entera, comenzando por sus majistrados y concluyendo por los aprendices de sus fábricas.

La herida fué en la cabeza, dichosamente superficial, y la bala, aunque amortiguada en parte su velocidad por la resistencia del morion, conservando la fuerza necesaria para no quedarse dentro del

(1) Cervantes usa aquí de la palabra *artillería* en su genuina primitiva acepcion, aludiendo á las armas de fuego en jeneral, ó mas bien á la invencion del pólvora.

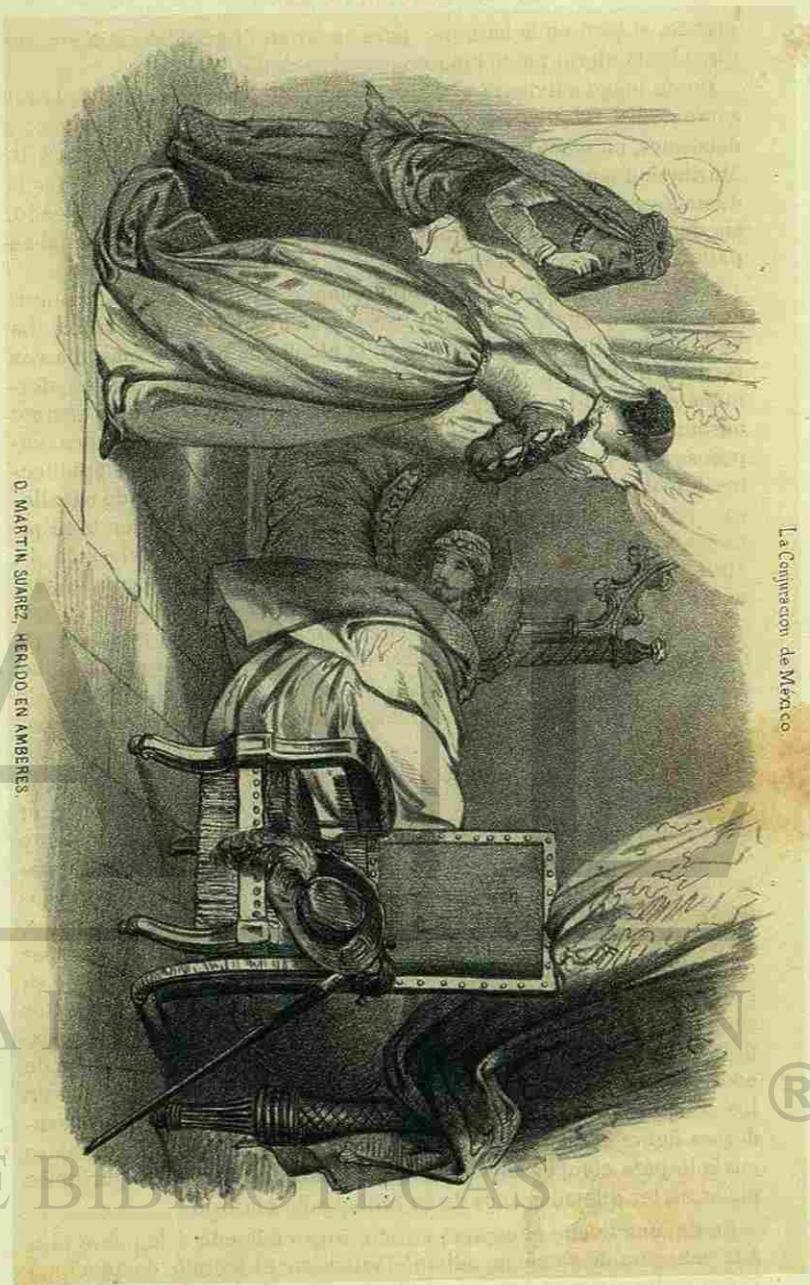
cráneo, si bien no la bastante para hacer en él grandes estragos, arduo hasta cierto punto piadosa con el paciente.

Desde luego adivinará el discreto que en tales circunstancias la reserva de los misteriosos huéspedes debió relajarse notablemente; y débeseles, en efecto, de justicia la declaración de que asistieron á D. Martín con tanto amor y esmero cual si fuera su propio hijo. Mas la dama jóven fué completamente escluida de tales cuidados, creyendo, sin duda, el caballero y la anciana, que ellos y los criados bastaban para la asistencia del herido.

¡Precauciones vanas son siempre cuantas se toman contra el amor, como el corazón de una mujer esté verdaderamente interesado! La bella reclusa no figuraba de día en la alcoba de Suarez: mas una vez recojida la familia, y acomodados Garcí-Perez y cierta dueña enfermera en la estancia inmediata, abríase, silenciosa como el secreto mismo, una puerta falsa del dormitorio, y una niña rubia, blanca, vaporosa y trémula, aparecíase, cómo quizá los ángeles á los predilectos del Omnipotente, á la cabecera de la cama del mal herido caballero. ¡Con qué ansiedad observaba la tímida pudorosa vírgen la respiración difícil, el estupor calenturiento, la inquietud nerviosa de D. Martín, durante el período ascendente de la crisis! ¡Con qué delicia, mas tarde, los claros síntomas de una evidente mejoría, revelándose en lo plácido del sueño, y en lo fácil y acompasado del respirar! ¡Y cómo y cuán invenciblemente iba infiltrándose en todo su ser la llama activa de un amor volcánico, en las largas silenciosas horas de aquellas veladas tan llenas á un tiempo de amargo placer y voluptuosos padecimientos!

Si no temiéramos el desprecio de los espíritus fuertes, y la burla de los escépticos, diríamos una cosa.... ¡Y por qué no decirla! ¡Por qué avergonzarnos de crear, en virtud del sentimiento, lo que hoy desconoce y afecta despreciar la ciencia, pero acaso proclamará mañana cual axioma inconcuso, como ha tenido ya que hacerlo con infinitas verdades que negó un tiempo su necio orgullo? Digamos, pues, alto, y resueltamente, que el *magnetismo*, ese poder indefinible á par que para muchos ya innegable, ese fenómeno que para mal de su crédito ha caído ya en poder de charlatanes, esa causa de los efectos simpáticos, ese efecto de causas desconocidas, envolvía en su irresistible atmósfera al hijo de Catalina Suarez; digamos sí, que antes de conocer á la bella apasionada jóven, comenzaba á amarla; y que en los deliquios de su dolencia aparecíasele la blanca, indistinta, y candorosa figura de la desconocida, como la del de un celeste mensajero enviado para compensar, con algunas horas de inefables purísimos placeres, los dilatados años de su prolongado martirio.

En fin, una noche el capitán herido, sorprendiendo á la pobre niña á la cabecera de su cama, adivinó fácilmente el secreto de aquel corazón pudoroso; y en breve le rindió también el alma sin condiciones.



D. MARTIN SUAREZ, HERIDO EN AMBERES.

La Conjuración de México.



Dos seres puros de todo vicio, ajenos á las artes de la galantería, solitarios en el universo (pronto veremos cómo), y vaciados por el Supremo Hacedor en la privilegiada turquesa de la virtud piadosa, pronto estuvieron de acuerdo; porque ni pretendian ocultarse su amor, ni gozarlo sino lejitimamente, á la faz del cielo y de los hombres.

Restablecido, pues, D. Martin de su herida, y llamando al caballero su huésped, declaróle sin omitir circunstancia cuanto hasta entonces mediara entre él y la bella incógnita, y terminó pidiéndole su mano.

—¡Su mano! (esclamó el caballero.) ¡Mucho pedís! ¡Quién sois!

—Un caballero, un capitán de la infantería española, un hombre que debe al cielo caudal bastante para sustentar á *Elvira* como á princesa.

—*Elvira* (que así se llamaba la dama), *Elvira* es de tan alto linaje...

—Cualquiera que él sea, no ha de deshonrarse enlazándose al mío.

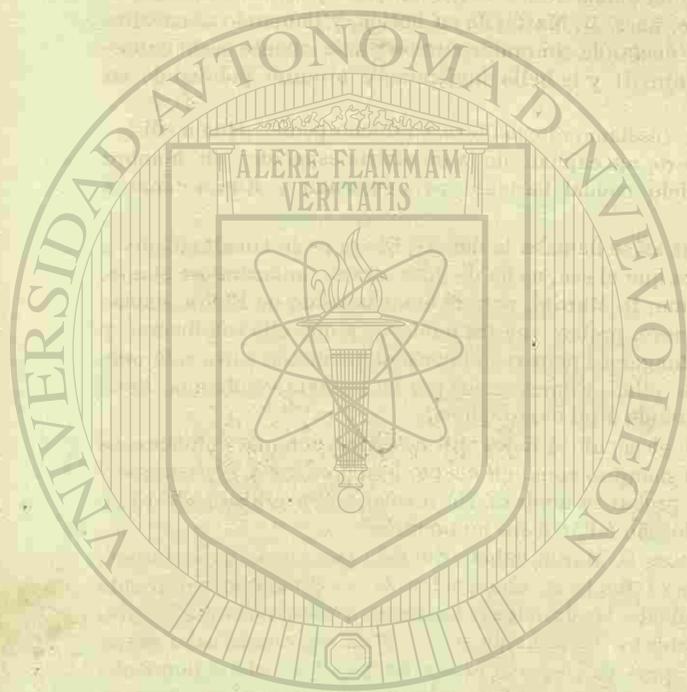
—Eseuchadme, D. Martin: para obtener la mano de *Elvira* habeis menester primero, probar vuestra nobleza, y que ella sea ilustre; y luego, que obtengamos para vos el consentimiento de *quien* solo puede disponer de ella. Comencemos por la primera condicion; hena que sea, la segunda á mi cargo queda.

El perpetuo obstáculo á todos sus designios detenia entonces su carrera, como siempre, como en cuanto á su corazon y gloria importaba. ¿Cómo probar su nobleza, sin revelar quién era su padre? ¿Y cómo revelarlo, sin faltar á sus juramentos?

Hasta entonces D. Martin habia triunfado fácilmente de sí mismo; porque tal era el fondo de abnegacion de su alma, que sin grande esfuerzo sacrificaba las grandezas humanas, y daba tortura á los propios sentimientos en obsequio de su involuntaria, mas al cabo sagrada obligacion; pero ya en aquel momento no era él solo el inmolado, sino *Elvira* niña, inocente y apasionada, la que á padecer iba tambien el horrible martirio. Y Suarez, ademas, estaba enamorado, profundamente enamorado; y su corazon, en resumen, rebelóse con tal fuerza contra la idea de renunciar á *Elvira*, que en realidad ni el pensamiento de hacerlo se le ocurrió un solo instante.

En tal conflicto, solo una resolucion estrema podia salvarle, y D. Martin supo tomarla y ejecutarla. Obtenida fácilmente una licencia para convalecer de sus heridas, voló Suarez á España y al rincón de Andalucía donde su padre vejetaba, por los cortesanos aborrecido, por el emperador olvidado, y echóse á sus piés, y confesóle su pasion, haciéndole árbitro de su destino.

No era Cortés de los hombres que olvidan en la vejez lo que fueron en la juventud. D. Martin, ademas, pesaba de continuo sobre su alma como un remordimiento. ¿Cómo habia de tener corazon para mostrarse insensible á sus penas, sordo á sus ruegos, egoista hasta el punto de hacer imposible la felicidad de aquel hijo que todo y tan jo-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

nerosamente se lo habia sacrificado? No: el conquistador de México, incapaz de todo sentimiento villano, ni pudo ni quiso condenar á su hijo á eterna soledad en el mundo; y lejos de ser inflexible, concedió mas de lo que se le pedia.

De su propio puño escrito, y con su firma y sello autorizado, entregó á D. Martin un papel declarando la legitimidad de su nacimiento, y amen de ese todos los documentos justificativos de su matrimonio con Catalina Suarez, que fué como darle la llave del paraíso terrenal.

Pleno de júbilo y de esperanzas, regresó el enamorado capitán á Amberes, y previo juramento de eterno secreto, mostró á los guardadores de Elvira los papeles que la legitimidad y nobleza de su nacimiento acreditaban; papeles realmente bastantes á satisfacer al mas escrupuloso en la materia, y que, por tanto, llenaron cumplidamente los deseos de los misteriosos personajes. Pero faltaba el consentimiento de la persona que *sola podía disponer de la mano de doña Elvira*, consentimiento indispensable, y acaso no fácil de obtener, pues que la tal persona era nada menos que la del emperador Carlos V.

Si, la del emperador Carlos V; porque doña Elvira, fruto de uno de los infinitos galanteos que tuvo en los diversos países de Europa á su dominio sometidos, estaba encomendada al caballero y anciana que conocemos, y eran parientes de su madre, noble señora alemana, en Castilla establecida, y á poco de dar á luz el fruto de su fragilidad, difunta. Mas cauto ó menos apasionado que algunos de sus sucesores, quizá bastante profundo político para adivinar lo que el prestigio monárquico pierde con ciertos escándalos, Carlos de Gante, sin derechos ni aspiracion al renombre de casto, abstúvose constantemente, así de tener favorita titular y declarada, como de reconocer públicamente y de dar en el mundo lo que hoy llamaríamos *posición oficial* á sus hijos naturales ó bastardos. D. Juan de Austria mismo, el inmortal vencedor de Lepanto, ignoró quién era su ilustre padre, hasta que ya en la tumba reposaban los huesos del que fué señor de entrambos mundos. Nada mas natural y lógico, en consecuencia, que el misterio de la crianza y vida de la amada de D. Martin Suarez.

Escribió al emperador el pariente de Elvira, noticiándole que solicitaba la mano de aquella un caballero noble y valeroso, ocultando el nombre á ruego del interesado, que deseaba no declararlo, en su caso, sino de palabra y al César mismo. La respuesta, que no se hizo esperar, fué la siguiente: "Cásese doña Elvira con ese caballero, pues que vos me respondeis de su nobleza, y ella le ama: pero jure "su esposo, antes de serlo, no revelar á nadie el secreto del nacimiento de la que va á honrarle con su mano. Yo les doy mi bendición á entrambos, y á ella en dote cien mil ducados, que os haré "entregar por mano de mi tesorero. Guárdeos el cielo.—C. I."

Casi inútil nos parece añadir que, ocho días despues de recibida la contestacion del César, era D. Martin feliz esposo de la amantísima

Elvira, y en realidad, aunque le mundo lo ignorase, hijo casi del hombre mas grande de su siglo. ¡Así es la fortuna: caprichosa y bizarra en todo! Por una parte haciendo de D. Martin un ser en peores condiciones que los espósitos mismos, y por otra levantándole hasta el trono de ambos mundos.

Mas no eran las riquezas ni la ilustre prosapia lo que al dichoso capitán cautivaba en Elvira, sino la ternura de su corazón, la virtud sincera de su alma, y la anjélica igualdad de su carácter. Dichoso, como pocas veces logran serlo en vida los hijos de Eva, Suarez habia dejado el servicio activo, yendo á establecerse á Nápoles, bajo cuyo poético cielo se prometia pasar el resto de su existencia en brazos del amor, y atendiendo á la enseñanza de sus hijos; pues para que nada faltase á su felicidad, á poco tiempo de ser dueño de Elvira, ya en la bella esposa se echaron de ver los síntomas de la maternidad precursores. ¡Ay, triste condicion la del hombre! ¡Oh fragilidad deleznable la del edificio de las terrenales venturas! De aquello mismo en que fundaba D. Martin la presuncion de llegar al estremo límite de la posible bienaventuranza, procedió la mayor y mas amarga de las aflicciones de su vida: al dar á luz el primer fruto de sus amores Elvira dejó este mundo, por indigno quizá de poseer dos ánjeles á un tiempo.

¡Será preciso que digamos que la Elvira que en México conocemos, es la hija de aquella cuya breve historia dejamos rápidamente compendiada!

D. Martin, merced á su piedad cristiana y al innato amor paternal, acertó á dominar el incurable desconsuelo que su corazón afligia; á dominarlo, decimos, hasta el punto de soportar la vida, y hacer frente á sus eventualidades, y consagrarse á humanos intereses; mas nunca pudo ni quiso extinguir, con el recuerdo de su amada esposa, la causa perenne de la llaga profundísima en su pecho para siempre abierta.

La muerte, empero, de su esposa, produjo en aquel espíritu, de suyo melancólico y ecsaltado, notables estragos, apartándole irrevocablemente de la trillada senda del proceder comun, lanzándole con vigoroso impulso á la region de las empresas poéticamente absurdas; á esa region en la cual buscan los entendimientos puramente especulativos la fórmula de lo *absoluto*; los científicos la *cuadratura del círculo*; los codiciosos la *pedra filosofal*; los filósofos ascéticos la *perfeccion*; y los políticos *un buen gobierno*.

Entonces maduró en la cabeza de D. Martin el pensamiento de fundar en México una monarquía independiente, y de colocar en su trono, no á sí mismo ni á su descendencia, sino á los hijos de su padre habidos en la muger para enlazarse con la cual hubo Hernando de aceptar, ya que otra cosa no fuese, el sacrificio de su primogénito. Y obsérvese bien que Suarez, aun en aquello mismo á que pocos se ar-

rojan sin miras personalísimas, proponíase continuar la obra de abnegación inaudita desde sus más tiernos años comenzada.

Claro en su mente el proyecto, calculados los medios, apreciadas las dificultades, y hecha la resolución de no economizar persona, tiempo, ni dinero, comenzó Suarez por separarse de su tierna hija, mandándola á establecerse en México, bajo la salvaguardia del pariente de la esposa que de perder acababa; pariente que, siendo por su naturaleza como las plantas parásitas, necesitaba siempre un árbol de cuyos jugos se alimentara. Confióle D. Martin á Elvira, conociéndole por hombre probo y religioso; hízole pasar por padre de la niña; y mandólos á entrambos á México, punto que era el blanco final de sus miras y pensamientos.

Entretanto él, volviendo al servicio activo, y atendiendo á ganar amigos ante todas cosas, formábase una clientela de hombres tan avezados á los peligros, como dispuestos á emprender cuanto se les mandase, con tal de que en perspectiva viesan oro y placeres; y á sí mismo se adiestraba en las artes del gobierno y de la milicia.

Murió el conquistador de Nueva-España el año 54; abdicó Carlos V el 56, y ya entonces creyó Suarez llegado el tiempo de regresar al Nuevo-Mundo, con objeto de poner por obra su colosal temerario proyecto.

Diez años de incesantes trabajos, de gastos dispendiosos, de reserva impenetrable, de habilidad consumada, de audacia invencible, condujeron el negocio al punto que el lector conoce; quizá le apremiaron al triunfo: pero faltóle la fortuna en el momento crítico, ó mas bien, no estando en sazón el fruto, justo fué que quien intentaba cogerlo se estrellase. Ya lo dijimos una vez, pero no estará demás repetirlo: en política tan malo es anticiparse á los tiempos, como volver á lo pasado; por eso las *conspiraciones* son, poco menos que constantemente, infelices, y las *revoluciones* arrollan cuanto locamente se atreve á oponerles resistencia.



CAPITULO VI.

DE CÓMO SE ACABARON LAS DESDICHAS DEL MÁRTIR.

Doña Elvira Suarez, ó mas bien *Cortés*, educada en México con el mismo severo recojimiento que lo fué su madre en Europa; creyéndose hija, en efecto, del caballero que por su padre pasaba; y hasta ignorante de las inmensas riquezas que poseía, porque D. Martin así lo quiso, mostróse no obstante desde sus primeros años altiva y entera quizás con exceso. Circulaba en sus venas, mezclada con la sangre jenerosa de Hernán Cortés, la ilustre de la casa de Austria. ¿Qué mucho que en su cabeza jermínaran pensamientos heroicos, y en su carácter fermentase la innata soberbia de los príncipes de la casa de Hasbbourg! Su individualidad, por otra parte, fué siempre una excepción á la ley comun de la naturaleza. Así, desde que la razon comenzó en ella á desarrollarse, dejó por completo de ser niña, ó mejor dicho, hasta jóven, y aun mujer; porque Elvira nunca se entregó á juegos infantiles, ni á labores de su sexo propias; jamas á galanteos por honestos que fuesen, sino á la reflexión; á la lectura de libros ascéticos, y al estudio de la historia. En las horas de recreo, sola en su jardín, ya contemplando la bóveda del cielo, ya fijos los ojos en el inmenso horizonte, y dejando que libre vagase su fantasía, la hija de Suarez no se entregaba á voluptuosas esperanzas, ni á risueñas ilusiones; su aspiracion constante, si tal puede llamarse el deseo de lo imposible, era haber nacido en los que imaginaba felices tiempos de la edad media, señora independiente de algun feudal castillo, solicitada por antipático poderoso baron, y negándole su mano, y de-

rojan sin miras personalísimas, proponíase continuar la obra de abnegación inaudita desde sus más tiernos años comenzada.

Claro en su mente el proyecto, calculados los medios, apreciadas las dificultades, y hecha la resolución de no economizar persona, tiempo, ni dinero, comenzó Suarez por separarse de su tierna hija, mandándola á establecerse en México, bajo la salvaguardia del pariente de la esposa que de perder acababa; pariente que, siendo por su naturaleza como las plantas parásitas, necesitaba siempre un árbol de cuyos jugos se alimentara. Confióle D. Martin á Elvira, conociéndole por hombre probo y religioso; hízole pasar por padre de la niña; y mandólos á entrambos á México, punto que era el blanco final de sus miras y pensamientos.

Entretanto él, volviendo al servicio activo, y atendiendo á ganar amigos ante todas cosas, formábase una clientela de hombres tan avezados á los peligros, como dispuestos á emprender cuanto se les mandase, con tal de que en perspectiva viesan oro y placeres; y á sí mismo se adiestraba en las artes del gobierno y de la milicia.

Murió el conquistador de Nueva-España el año 54; abdicó Carlos V el 56, y ya entonces creyó Suarez llegado el tiempo de regresar al Nuevo-Mundo, con objeto de poner por obra su colosal temerario proyecto.

Diez años de incesantes trabajos, de gastos dispendiosos, de reserva impenetrable, de habilidad consumada, de audacia invencible, condujeron el negocio al punto que el lector conoce; quizá le apremiaron al triunfo: pero faltóle la fortuna en el momento crítico, ó mas bien, no estando en sazón el fruto, justo fué que quien intentaba cogerlo se estrellase. Ya lo dijimos una vez, pero no estará demás repetirlo: en política tan malo es anticiparse á los tiempos, como volver á lo pasado; por eso las *conspiraciones* son, poco menos que constantemente, infelices, y las *revoluciones* arrollan cuanto locamente se atreve á oponerles resistencia.



CAPITULO VI.

DE CÓMO SE ACABARON LAS DESDICHAS DEL MÁRTIR.

Doña Elvira Suarez, ó mas bien *Cortés*, educada en México con el mismo severo recojimiento que lo fué su madre en Europa; creyéndose hija, en efecto, del caballero que por su padre pasaba; y hasta ignorante de las inmensas riquezas que poseía, porque D. Martin así lo quiso, mostróse no obstante desde sus primeros años altiva y entera quizás con exceso. Circulaba en sus venas, mezclada con la sangre jenerosa de Hernán Cortés, la ilustre de la casa de Austria. ¿Qué mucho que en su cabeza jermínaran pensamientos heroicos, y en su carácter fermentase la innata soberbia de los príncipes de la casa de Hasbbourg! Su individualidad, por otra parte, fué siempre una excepción á la ley comun de la naturaleza. Así, desde que la razón comenzó en ella á desarrollarse, dejó por completo de ser niña, ó mejor dicho, hasta jóven, y aun mujer; porque Elvira nunca se entregó á juegos infantiles, ni á labores de su sexo propias; jamas á galanteos por honestos que fuesen, sino á la reflexión; á la lectura de libros ascéticos, y al estudio de la historia. En las horas de recreo, sola en su jardín, ya contemplando la bóveda del cielo, ya fijos los ojos en el inmenso horizonte, y dejando que libre vagase su fantasía, la hija de Suarez no se entregaba á voluptuosas esperanzas, ni á risueñas ilusiones; su aspiración constante, si tal puede llamarse el deseo de lo imposible, era haber nacido en los que imaginaba felices tiempos de la edad media, señora independiente de algun feudal castillo, solicitada por antipático poderoso baron, y negándole su mano, y de-

fendiendo ella misma su libertad al frente de sus vasallos, vestida la coraza, el bruñido casco en las sienas, y empuñando la cortante espada. No negaremos que en el campo de batalla apareciese cierto novel desconocido caballero, blancas las armas y sin empresa el escudo, que lanzándose, como el huracan sobre los mares, al centro de las huestes enemigas, y siendo su paso para los que detenerle intentaban, lo que la guadaña del segador para las mieses, llegara hasta el brutal pretendiente, y trabando con él encarnizada lucha, le arrancase la vida, mereciendo cenir por tan alta victoria corona de laureles y mirtos tejida. Tampoco podemos ocultar que el pecho de la belicosa castellana se ablandase á vista de tantas proezas y tan singular varonil hermostura, pues ya se entiende que forzosamente habia de ser bello el incógnito. Ni omitiremos que el tal caballero, despues de durísimas pruebas y fabulosas hazañas, llegando á oír de los rojos labios de la hermosísima pudorosa dama el dulce sí á que aspira todo amante, confesábase, como de un delito, de ser hijo de reyes y á reinar predestinado: pero en resumen, si amor habia en las imaginaciones de Elvira, porque juventud sin amor viene á ser como dia sin luz, lo cual es simplemente absurdo, era aquel un amor tan á lo heróico, tan en batallas, tronos, y laureles envuelto, que así se parecia al comun entre los mortales, como un grande hombre á un ministro moderno.

De tal mujer pretendió ser esposo D. Alonso de Avila, contando apenas de 28 á 29 años de edad, unos seis antes de aquel en que tuvieron lugar los sucesos hasta aquí referidos, es decir: no pasando Elvira de los diez y siete abriles.

D. Martin entonces vagaba por las provincias internas de México, reclutando jente entre los indios; y el marques del Valle aun no era ido á establecerse en Nueva-España.

Sabemos ya que la villana conducta de Catalina habia lanzado á D. Alonso en la mas completa disolucion imaginable; tambien que, prendado de Elvira, solicitó su mano, y que ella, libre de otra pasion, y no enamorada de su pretendiente, limitóse á prestarse á lo que su padre dispusiera. Mas el que Elvira creia su padre, era solo su curador, y como en negocio tan grave claro está que no podia resolver por sí mismo, hubo de acudir á Suarez noticiándole lo que pasaba.

Boda que mas cuadrase á los designios políticos del hijo de Catalina Suarez no podia presentársele á Elvira; porque D. Alonso, á pesar de sus notorios defectos, poseia altas dotes, inmensa fortuna, y una influencia, ademas de la suya personal, histórica, por decirlo así, en el vireinato de Nueva-España. Pocas líneas nos bastarán para que se comprenda bien lo que á primera vista parezca tal vez enigmático.

Alonso de Avila, hermano del padre del D. Juan Tenorio mexicano, fué uno de los pocos españoles que, combinando el denuedo casi temerario con el espíritu de prevision mas perspicaz, y la franqueza

del soldado con la prudencia del mercader, lograron á un tiempo enaltecer su fama y enriquecerse en el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Primero contador en la isla española, y socio en la famosa compañía mercantilmente conquistadora del licenciado Casas, pasó ya acaudalado á Cuba, y fué uno de los tres capitanes que acompañaron á Juan de Grijalva en su expedicion á Yucatan. Mas tarde, uniéndose á Hernan Cortés, vémosle primero mandando una compañía en el ejército expedicionario, luego rejidor de la Veracruz al fundarse aquella villa, despues contador del ejército, y sin perjuicio de las funciones de tal, tomando parte muy señalada en la guerra, y siendo uno de los mas fieles amigos y mas importantes subalternos del conquistador. Compañero del célebre Sandoval en mas de una expedicion, y autor del pensamiento, al propio tiempo que audaz ejecutor de la resolucion de atacar y destruir á Pánfilo Narvaez, cuando aquel menguado quiso atajar los pasos de Cortés en la magnífica senda de sus victorias, puso en él los ojos su caudillo para enviarle á la corte en calidad de negociador y mensajero, haciéndole, en efecto, embarcarse con otros para Castilla. Avila, contrariado por los elementos de la fortuna, pierde una gran porcion del espléndido tributo de que era portador, y parte de sus naves en las Azores; el resto lo deja en poder de ciertos corsarios franceses que le conducen prisionero á la Rochela; mas recobra al cabo su libertad, llega á España, y aunque pobre y por la fortuna maltratado, se hace oír, obtiene justicia y mercedes para Hernan Cortés y para sí mismo, y vuelve al Nuevo Mundo á proseguir la obra del descubrimiento y de su personal negocio. Tenaz en ambas hasta sus últimos años, hállasele siempre combatiendo en primera línea, administrando en las rejiones mas incultas, conservando su fama, y no perdiendo el tiempo, sin embargo, para aumentar su hacienda. Su nombre, en consecuencia, era inmensamente popular entre los conquistadores, respetado ó temido por los indios, y considerado con razon y universalmente como sinónimo de afecto y lealtad á la persona, gloria y posteridad de Hernan Cortés.

Ahora bien, como el D. Alonso que conocemos era quien habia recibido la herencia, así moral como tangible, de su esforzado tío, realmente pensó bien D. Martin Suarez, que ningun yerno podia presentársele que mas cuadrase á sus designios políticos.

Verdad es que la fama del desenfrenado libertinaje de aquel manco debiera retraer á persona tan timorata como Suarez, de otorgarle la mano de la inocente Elvira: mas conviene tener presente que viviendo D. Martin por entonces mucho mas en los campos que en las poblaciones, ignoraba en gran parte los desórdenes de la vida del D. Alonso, desconociendo positivamente los pormenores de sus escandalosas aventuras, y atribuyendo al natural hervor de la sangre y

falta de madurez consiguiente á los pocos años, aquellas de las calaveradas del noble caballero que á sus oídos llegaron.

Añádase á tales consideraciones el inmenso poder que ejerce, hasta en el hombre mas sensato, la preocupacion de una idea esclusiva y fija, y comprenderáse desde luego que, prescindiendo de escrúpulos que en otras circunstancias le parecieran invencibles, otorgase su consentimiento para el enlace de doña Elvira con D. Alonso, sin mas condiciones que las que brevemente espondremos.

Fué la primera, y es justo consignarlo aquí, revelar á la desposada cuál era su origen, y explorar su voluntad en cuanto al matrimonio mismo. A la revelacion de su ilustre cuna, Elvira creyóse trasportada al quinto cielo; y como tambien para ella lo difícil era lo único que valia la pena de hacerse, prestóse sin resistencia á jurar que ni á su propio marido revelaria tal secreto, sino con expresa autorizacion para ello del autor de sus dias. Por lo respectivo á casarse, repitió que no amando ni aborreciendo á su pretendiente, estaba pronta á obedecer á su padre.

D. Martín no quiso tampoco que Avila conociese la verdadera familia á que se enlazaba, hasta que diera pruebas de discrecion bastante para confiarle un secreto de tal importancia; y esa fué la segunda y última de las condiciones esijidas para consentir en aquel enlace, supuesta la aquiescencia de la interesada.

Otro hombre, en el siglo y circunstancias mismas, rehusara tomar por esposa á una mujer, por seductora que en realidad fuese ella misma, y alta que su estirpe pareciera, desde el momento en que se le dijese: "noble es; pero no queremos ni explicarte cómo, ni menos revelarte quiénes son sus padres." D. Alonso le halló un atractivo mas al matrimonio en lo singular de tan escepcionales condiciones. Y por otra parte, queria humillar á Catalina Ponce; presentarse ante sus ojos traidores, dueño de una mujer con evidencia mas hermosa que ella; y hacer ostentacion de sus riquezas en el lujo de su esposa; y en una palabra, vengarse de la infiel que por la esperanza, nunca realizada, de vivir nadando en oro, le habia vendido.

Pasando, pues, por todo, casóse con Elvira, ignorante de quien era por linaje, y sin curarse de inquirirlo ni saberlo, hasta que á consecuencia del lance del 23 de Abril, fué menester para demostrar la inculpabilidad de su esposa, probarle tambien que el hombre con quien la sorprendió hablando desde la reja no era su amante, sino su padre.

Y ahora que hemos llegado otra vez al punto mismo en que la narracion principal interrumpimos para poner en claro sucesos anteriores, sin cuya intelijencia fuera imposible la total de los que podemos llamar corrientes, razon es que prosigamos nuestra marcha directa.

Todo el dia primero de Agosto del año 1566 lo pasó D. Martín Cortés de Suarez entre congojas y desmayos, incapaz de pronunciar dos palabras seguidas, ni, por consiguiente, de entrar en esplicaciones

sobre el origen de tan lastimoso estado; y si bien el indio Francisco pudiera darlas, no estaban para pedírselas, ni la aflijidísima Elvira, ni la abatida Mencía, ni el desesperado Fernando de Valdestillas. Del último conviene advertir que no perdiendo de vista sus ocultos importantes designios, hizo mas de una salida de la casa de Avila, ya para el convento de San Francisco, ya para conferenciar con su inseparable fidelísimo Acates, el buen Cristóbal.

Como puede presumirse, lo primero que á Elvira se ocurrió fué la idea de llamar en auxilio de su padre á los mas notables facultativos de la ciudad; pero el paciente, adivinando tal designio, opusose á él con resolucion tan enérgica, que hubo necesidad de obedecerle.

—Seria inútil! (añadió melancólicamente Francisco á las palabras de su amo): la flecha estaba emponzoñada, y hace mas de veinticuatro horas que su veneno inficiona la sangre de señor amo. ¡Seria inútil, completamente inútil la asistencia de los médicos!

El día 2 los síntomas de la agonía se hicieron tan evidentes que, al frisar el sol en la mitad de su carrera, creyó Elvira quedarse huérfana: mas súbito comenzaron á ceder las siniestras afecciones, disminuyendo sensible y rápidamente el malestar del herido, y dejándole espedito y libre el uso de su razon, de que hasta entonces estuvo casi del todo privado.

¡Engañosa mejoría! La naturaleza vencida renunciaba á la lucha, sí, mas en cambio el veneno, enseñoreándose sin oposicion de su víctima, muy en breve iba á borrarle del número de los vivientes.

Si el amor filial de Elvira pudo un momento hacerse ilusion sobre el estado del enfermo, no así el ánimo sereno del Mártir mismo, quien presintiendo su prócsimo fin y queriendo aprovechar el brevísimo plazo que la muerte le otorgaba para el arreglo de sus negocios así temporales como espirituales, apresuróse á decir, luego que pudo:

—“Que llamen, Elvira mía, á Fr. Diego de Olarte; y tú, mi dulce prenda, tú, pobre, maltratado y postrero vástago de una familia á todo linaje de penas predestinaba, oyeme en tanto que llega el ministro del Altísimo á recibir la confesion de mis culpas, preparándome dignamente á reunirme en la mansion de los justos con el ángel á quien tú debes la vida, y yo los únicos momentos de ventura que gocé en esta vida.”

Cumplida la órden del moribundo, mandando á llamar al provincial de San Francisco, corrió Elvira, en lágrimas silenciosas anegada, á postrarse de hinojos á la cabecera de la cama; Mencía en un sitial, parecia el emblema de la angustia; y D. Fernando, ya entonces en hábito de fraile otra vez, de pié á los del lecho, cruzados los brazos y fija la mirada en el mal herido caballero, ofrecia tal contraste con las tiernas figuras de ambas señoras, que no osamos encomendar su descripcion á nuestra inhábil pluma.

D. Martín tomó la palabra, y en frases lacónicas, como su estado lo

requería, recapituló, sin embargo, por completo los azares de su vida, acusándose de haber sacrificado á Elvira en aras de su ambición del martirio, como á él mismo le inmolará su padre en las de la ambición. No le pesaba de la conjuración en sí misma, sino de haber comprometido en ella á tantos desdichados, y singularmente á D. Alonso y al joven Valdestillas; y en resumen, si no arrepentido del pensamiento, mostró estarlo mucho de las consecuencias de sus quiméricos planes. Habló luego de sus riquezas, indicando con claridad los puntos y personas en que las tenía depositadas, y quiso que si su hija moría sin sucesión, como era mas que probable, pasaran todas á los pobres, haciendo especial señalamiento de pensiones á la familia de Garcí-Perez, á Francisco, á Cristóbal, á las viudas y huérfanos de los que perecer pudiesen ajusticiados á causa de la conspiración, y á la Orden Seráfica igualmente. Orillado ese punto, y queriendo también satisfacer la curiosidad mas que natural de su hija, relativamente á todo el tiempo que de México había faltado en la última para todos funesta temporada, esplicóse de este modo:

—“Cuando ya restablecido de la herida que recibí en la cárcel de México, procurando en vano la libertad del infeliz Bocanegra, mandé á Francisco á la ciudad con carta para D. Alonso tu esposo y mi desdichado hijo, una impaciencia de que ordinariamente adolezco poco, se apoderó aquella noche de mi espíritu, obligándome á salir de la caverna que hasta entonces me albergara. La mano de Dios, que ciega á los hombres cuando su ruina conviene á los altos designios providenciales, pesaba sobre mí aquella noche. Apenas hubo penetrado en el bosque, tan sin objeto racional como innecesariamente, caí en el lazo que de luengos días me preparaba el rencor inestinguible del idólatra Poyahuitl, á quien, con Alonso y D. Fernando, impedí la noche de la fiesta consumir un horrible sacrificio. Aquel tigre, con la tenaz perseverancia propia de su raza, con la paciencia de la vileza, con la astucia de la venganza, con el encarnizamiento de Satanás su dueño, había constantemente seguido mis pasos, espiado mis acciones, y preparado mi destrucción, que al fin ha conseguido.

“Unos cuantos indios bravos, por él fanatizados, y ocultos en las cavernas de los Toltecas, arrojándose de improviso sobre mí, aprisionáronme fácilmente, ó porque no tuve tiempo de empuñar la espada, ó mas bien porque era llegada mi hora. Una vez en sus manos, creí que á morir iba sin tardanza, aunque tan ferozmente atormentado como es costumbre de los salvajes hacerlo con sus enemigos: pero el exceso mismo del rencor del indio, y un refinamiento de su crueldad dilataron por algunos días el fin de mi vida.

“Sabia el malvado el descubrimiento de la conjuración; acaso ha contribuido á él eficazmente, y quiso que antes de morir supiera yo no solo la muerte afrentosa de mis amigos, sino que con ellos es-

“pirase en el suplicio. Mas atento siempre á los intereses de su fama idolátrica, llegó á persuadirse de que en premio de haberme capturado y de entregarme indefenso en manos de los doctores, pudieran esos otorgarle permiso para practicar libremente los misterios del nefando culto, en algun rincón siquiera de esta tierra, templo toda ella no ha muchos años de los falsos dioses.

“En mi presencia discutí el consejo de los indios todos esos estremos: estuvieron discordes los pareceres, y en tanto que alguno triunfara, teníanme, como á bestia indómita, atado en el fondo de una cueva húmeda y lóbrega, alimentándome lo bastante no mas para que sintiera bien todo lo miserable de mi estado.

“Mas como en tanto los soldados de la audiencia, por una parte, y tus mensajeros, Elvira mia, por otra, recorrían incesantemente los alrededores de la ciudad, buscándome aquellos para el cadalso, los últimos para salvarme, los indios, temiendo siempre la furia de los castellanos armados, no osaron salir de sus cavernas, ni aun para venderme á mis encarnizados enemigos.

“Así trascurrieron una y otra semana, sin dejarme ya otra esperanza de salvación que la de la misericordia Divina; y mientras el fiel Francisco, esquivando el encuentro de indios y de españoles, y alimentándose exclusivamente de silvestres frutas, buscábame con afán incansable dentro del bosque. La mano del Señor le condujo en fin á la cueva en que yo jemía; su conocimiento de las costumbres de los indígenas, á cuya raza pertenece, y una inspiración providencial verdaderamente, le proporcionaron los medios de llegar hasta mí.

“No ignorando Francisco ni que yo no estaba preso en México, ni que el rencor de Poyahuitl me perseguía implacable, figuróse desde luego que el idólatra ó me había ya sacrificado, ó me guardaba preso, lo cual precisamente era en alguna de las cavernas del bosque, que, por ser muchas y á largas distancias unas de otras, daban desdichadamente lugar á interminables dudas. Hubo, pues, de correrlas todas sucesivamente hasta dar con la que ocultaba á mis perseguidores; hallada la cual, restábale aún la dificultad de averiguar si en ella me tenían cautivo, en efecto, amen de la de escogitar medio para libertarme. En tal conflicto, su ingenio y amor á mi persona le sugirieron la mas discreta astucia que imaginarse puede, y fué la que voy á referirte. Había Francisco observado que, en busca de alimento, salían ordinariamente dos de los indios de Poyahuitl todas las mañanas, regresando con la provision por la tarde; y haciéndose el enconadizo con ellos, díjoles: “Hermanos, gran número de blancos armados recorren el bosque, y héles oido que buscan á ciertos mexicanos ocultos en las cavernas de los toltecas vecinas al arroyo (precisamente mi cárcel). Si en manos de los españoles caen, su vida no será larga.” Dichas tales palabras, prosiguió mi fiel ser-

“vidor su camino como si á la ciudad fuese, pero en realidad, dando un rodeo, á colocarse en observacion de mi mazmorra. Su estratagemá produjo todo el efecto que de ella esperaba Francisco: los dos indios dieron la alarma á sus compañeros que, aterrados todos, dispersáronse en el acto, dejándome á mí abandonado, y conviniendo en volver á reunirse aquella misma noche en otro punto del bosque. Apenas mi libertador vió desembarazada la caverna de mis enemigos, apresuróse á penetrar en ella; y gracias á su fidelidad ingeniosa y valiente, tu padre, Elvira, recobró de nuevo la libertad y sus armas, que los indios no osaron llevarse consigo por no llamar, sin duda, la atencion de los españoles, si alguno encontraban. Pero eran tales mi debilidad y entumecimiento, que durante algunas horas no pude ni moverme del sitio en que estaba, siendo ya el amanecer del día que siguió inmediatamente á la heroica empresa de Francisco, y fué el postrero de Junio, cuando, algun tanto reparadas mis fuerzas á beneficio de la libertad y el alimento, pude resolverme á salir de la caverna. En su lóbrega boca estábamos aún, cuando se nos presentaron delante Poyahuil, el salvaje chichimeca á quien él mismo iba á inmolar en el bosque, como puede recordarlo D. Fernando, y no sé bien si seis ú ocho indios bravos, además. Acometiles resueltamente con la espada, mientras Francisco con piedras primero, y mas tarde con una *Macana* que acaso halló en la cueva. Poyahuil fué uno de los primeros que sucumbieron á mis golpes; dos ó tres le acompañaron á los infiernos; los restantes huyeron despavoridos; y en fin, nos hallamos un momento sanos salvos, y libres á mayor abundamiento. Entonces resolví pasar aun lo que restaba de aquel día en el bosque, esperando la noche para venir, Elvira, á estrecharte contra mi corazón, y concertar contigo los medios, si alguno quedaba, ya que no de llevar á cabo nuestra malograda empresa, al menos de salvar al marques del Valle, á tu esposo, y á los demas caballeros, de las garras de los doctores. ¡Dios lo dispuso de otra manera: así convendrá á sus santos designios!—Silenciosos y descuidados de todo riesgo, reposábamos Francisco y yo no lejos del sitio en que estuvo la *Torre del Cuzadero*, y á la sombra de los frondosos árboles que lo circundan, cuando súbito desgarró mi pecho dolor agudísimo, y un grito, feroz como el abullido del lobo, resonó en la espesura, y mi servidor, tomándome la espada, lanzóse, como el neblí sobre la garza, al paraje de donde partió la flecha que mortalmente me dejaba herido; por que, en efecto, hija amada, á traición muere tu padre. Francisco, alcanzando á mi asesino, vengóme arrancándole en el acto la vida: era el indio chichimeca, D. Fernando, era el indio chichimeca que, no pudiendo perdonarme el haberle sustraído al cuchillo del sacerdote idólatra, y ebrio de rencorosa ira con la reciente pérdida de su fanático maestro, quiso y logró vengarse tan villana como comple-

tamente. Si Gonzalo Nuñez y Juan de Victoria no me hallaran en el bosque, donde yacia moribundo, allí pereceria en brazos de mi fiel servidor, incapaz tambien ya de trasportarme ni á la quinta de mis hijos: pero el cielo quiere que muera, al menos recibiendo los ausilios de la religion santa que humilde profeso. ¡Bendita sea una y mil veces la Misericordia Divina!”

Apenas pronunciadas por D. Martin tan edificantes palabras, presentóse en la estancia Fr. Diego de Olarte con el desconsuelo que escusamos encarecer, mas siempre por su constante conformidad con los decretos del Omnipotente sostenido.

Dejáronlos solos á él y al moribundo los demas circunstantes, y durante algunas horas permanecieron juntos aquellos dos hombres, dignos el uno del otro por sus virtudes, si bien en las del fraile habia mas de humilde y resignado que en las del antiguo maestro de campo de Castilla, y jefe de una conjuracion en México.

¿Sabia el provincial quién era en realidad D. Martin?—Fiel á su juramento el hijo de Catalina Suarez, abstúvose de revelar á Fr. Diego el secreto de su nacimiento; mas Olarte, como familiar que fué de Hernan Cortés, no hubo menester de grandes esfuerzos de imaginacion para adivinar el á sus ojos trasparente enigma. La semejanza, primeramente entre padre é hijo; luego la edad; despues los apellidos *Suarez y Monroi*, de su madre aquel, de uno de sus abuelos paternos el otro; y la especie de fanatismo, en fin, con que aquel hombre se consagraba en cuerpo y en alma al servicio de la familia de Hernan Cortés, mas que á voces decian la verdad del caso al conquistador en religioso trasformado. No obstante, jamas se dió por entendido, ni con el interesado ni con persona alguna, de que tal secreto no ignoraba, y solo el día de su muerte, y al absolver de sus culpas al padre de Elvira, le declaró que le conocia por hijo del que ganó á México para la corona de Castilla.

—Triste suerte (esclamó D. Martin estrechando la mano de Fr. Diego), triste suerte nos cabe á los hijos de Hernan Cortés; yo muero asesinado; el marques, si se salva como espero, del suplicio, vejetará oscuro.... El vástago de doña Marina.... Me estremeezo al pensar en su destino.... Los demas por insignificantes se librarán de las persecuciones.... Pero nuestra raza no dará de sí otro grande hombre!!!

—Solo Dios es grande, D. Martin (interrumpió el religioso). ¡Qué importa, en su presencia, la gloria del mundo!

—¡Oh, eso es cierto, padre mio! ¡muy cierto! Y sin embargo, pésame de no haber sido lo que mi padre, pésame tan de corazón como de las ofensas que hice al que en breve va á juzgarme.

Poco tiempo despues de dichas esas palabras, y de haber tiernamente bendecido á su hija, entregó D. Martin Suarez su alma al Criador, con la serenidad del justo que en su misericordia, y no en los

propios méritos contía. La tumba ofreció descanso á su cuerpo, el cielo sin duda recompensa á sus virtudes.

Doña Elvira recibió el tremendo golpe con tanta entereza como resignacion: sus manos cerraron por vez postrera los ojos del autor de sus dias; ella le cubrió el rostro con rico cendal; ella quiso encender los blandones que el fúnebre lecho rodeaban; y ella tambien, de rodillas, asistió al provincial de San Francisco en las oraciones que, en conmovido acento, recitó largo tiempo sobre el cadáver del primojénito de su amigo y caudillo.

Mencia y Fernando de Valdestillas, admirando valor tan grande, resignacion tan sublime, no se apartaron un solo instante de la mortuoria estancia; y el pobre Francisco, abrazando los helados piés del que fué su amo, interrumpia solo de cuando en cuando con amargos sollozos, ya la venerable voz del ministro del altar, ya el lugubre silencio que allí reinaba.

Tal y tan triste fué el cuadro, que al penetrar sin anunciarse en la estancia de doña Elvira, entonces en capilla funeral convertida, contemplaron con asombro los ojos del alguacil mayor Juan de Sámano.... ¡Del alguacil mayor Juan de Sámano....! Sí, lector benévolo, el mismo; que, en persona y con escaso acompañamiento, pero como si entrase en real enemigo, acababa de penetrar en casa de D. Alonso de Avila, llegando hasta la habitacion de la esposa de aquel caballero, sin que ninguno de los criados, todos aturcidos con la prision de su amo, y por el reciente fallecimiento de Suarez trastornados, tuviera valor suficiente para impedirselo.

Era ya entrada la noche del 2 de Agosto cuando tan inopinadamente se aparecía aquel heterojéneo y antipático personaje ante el lecho de muerte de un hombre por cuya captura hubiera él dado una buena parte de su hacienda, y habia hecho en realidad muchos y repetidos aunque inútiles esfuerzos; quien primero echó de ver su presencia en la estancia mortuoria, fué dichosamente Fr. Diego de Olarte. Y decimos *dichosamente* Fr. Diego de Olarte, porque si antes que él le viera D. Fernando de Valdestillas, parecenos, no solo posible, sino mas que probable que, olvidando todo jénero de consideraciones, en el acto se arrojara sobre él ahogándole quizá sobre el cadáver de su asesinado amigo. Juan de Sámano era en México la impopularidad personificada; para todos los plebeyos temible, cuanto para los nobles odioso; y en el momento á que nos referimos, considerado con razon como el mas implacable de todos los enemigos de los presos.

¿Qué podia, pues, llevarle, y tan inoportunamente á casa de D. Alonso de Avila, el hombre cuya vida estaba mas en peligro en aquellas circunstancias?

Sospechar que en busca de D. Fernando de Valdestillas iba, habiendo averiguado su disfraz, era lo mas natural y fué realmente lo

que se le ocurrió á Fr. Diego; pero como aun cuando así fuese, el único medio posible, si alguno habia, de sustraer al doncel á tan inminente riesgo, consistia en burlar á fuerza de serenidad las pesquisas del alguacil mayor, hubo el santo provincial de resolverse á hacer frente á la tormenta confiando solo en la Misericordia Divina.

Encaróse, pues, con Juan de Sámano, y díjole con entereza:

—Respetemos el reposo de los muertos, señor alguacil mayor; no son momentos los presentes para que visiteis vos esta casa.

Al oír tales palabras, á un tiempo volvieron á la puerta los ojos Mencia, doña Elvira y D. Fernando, quien por fortuna ocupaba un ángulo del aposento, al cual daba sombra la cabecera misma del lecho en que D. Martin yacia, siendo por tanto imposible que Sámano distinguiese sus facciones, en gran parte además ocultas por la capucha del hábito franciscano. Mas á mayor abundamiento, absorto el magistrado municipal en la contemplacion del fúnebre cuanto inesperado espectáculo á que asistia, ni remotamente se acordaba entonces del hijo del comunero.

Ni para detenerse á ecsaminar una por una las sombrías figuras de aquel cuadro tuvo tiempo el alguacil mayor; porque reconocer la esposa de Avila al perseguidor de su marido, y arder inflamada la sangre en sus venas, lanzarse al lecho, levantar el cendal que el cárdeno rostro de Suarez cubria, y esclamar con un rujido de leona herida:

—¡Juan de Sámano, este es el cadáver de mi padre! ¡Venís á buscarme para que amortaje el ya mutilado de mi esposo!

Fué todo tan simultáneo, rápido y violento, que á ninguno de los circunstantes dió lugar á movimiento, palabra, ni imaginacion siquiera.

¡Cuán bella y aterradora á un tiempo parecia Elvira á los que absortos y estremecidos la contemplaban! ¡Y cuán grande debe ser el poderío de un movimiento de esos que espontáneamente parten de lo mas profundo de las almas privilegiadas, pues que á veces logran humillar al tirano ante su víctima, como, en efecto, consiguió el de la aflijida señora que nos ocupa, no solo dar esfuerzo á la débil Mencia é imponer silencio al venerable prelado, sino tambien refrenar el cinico descaro del alguacil, y paralizar la ira del doncel valeroso cuanto enamorado!

Nadie osó responder á sus palabras; todos, clavando en el suelo los ojos, esperaron palpitantes á que continuara le pluguiese, ó hablar les mandara.

—¿Qué nos queréis, Sámano? (prosiguió diciendo Elvira despues de una breve pausa). ¿Qué podeis ya buscar en esta casa, si no es algun cadáver, despues de haberos llevado al que, como su dueño, era aquí el alma de todos? Decid qué mas desea vuestra saña, y libertadnos de vuestra odiosa presencia.

Un tanto recobrado, aunque no del todo sereno, respondió el magistrado:

—Ignoraba, señora, la nueva desgracia que os aflige....

—¡Oh! ¡No la llameis desgracia! (repuso Elvira): mas vale que mi padre haya muerto en mis brazos, que al filo del hacha de vuestros verdugos! En fin, ¡qué es lo que me quereis!

—Anunciaros, en nombre de la real audiencia, que se os concede permiso para visitar á vuestro esposo....

—¿Y no podré yo ver al mío? (interrumpió presurosa Mencía).

—Tambien, señora, tambien podeis: pero ha de ser esta noche misma.

—¿Y por qué esta noche misma? (preguntó Elvira.)

—Lo ignoro (replicó el alguacil mayor): soy mandado, y ejecuto lo que se me previene. No sé mas. Si os place, seguidme ahora....

—¡Ahora! (esclamaron á un tiempo las dos cuñadas, señalando el cadáver de D. Martín, y fluctuando entre el natural deseo de ver á sus maridos, y el no menos justo de no separarse de aquel cuerpo aún no completamente helado.)

—Ahora y conmigo (volvió á decir el inflexible Sámano).

—Pues bien, ahora y con vos, (esclamó Elvira; y arrodillándose en seguida, y estampando un ardiente beso en la yerta mano del Mártir, dijo:) Perdonad, padre mío, si vuestra hija os abandona en tales momentos.—Triste suerte la vuestra, pues hasta vuestro cadáver se mira condenado á la soledad y al desamparo!—Perdonad si os dejo: mis deberes de esposa me llaman á un calabozo y al lado de aquel á quien ¡ay de mí! no me será dado tal vez cerrar con piadosa mano los ojos, cual he cerrado los vuestros. ¡Adios, padre amadísimo! ¡Adios!

Levantóse dichas esas frases, y volviéndose á D. Fernando, que cubierto el rostro con la capucha, y en una agonía de espíritu indescriptible, permanecía inmóvil, díjole:

—Os confío este sagrado depósito: velad y orad á su lado, para que el espíritu del *Mártir* inspire y santifique el vuestro!—Vamos, Mencía; vamos á la cárcel. Os seguimos, Sámano.

Separóse el alguacil mayor de la puerta, con indeliberada galantería, para dejar paso á las dos atribuladas esposas, y ya iba á marchar en pos de ellas, cuando le detuvo Fr. Diego asiéndole por el brazo; y mirándole de hito en hito con ojos penetrantes, como si en el rostro quisiera leerle los pensamientos, preguntóle en voz baja, pero con firmeza:

—¿No puedo yo, Sámano, acompañar á las esposas de D. Alonso y de Gil Gonzalez, á visitar á sus maridos? Quizá la presencia de un religioso no fuera inútil hoy en los calabozos de la cárcel de México.

—Por hoy sí; mañana.... no sé! respondió bruscamente el ministro de las iras de los doctores, y salió de la estancia mortuoria, desprendiéndose con violencia de las manos del santo religioso.



CAPITULO VII.

EN EL CUAL SE REFIERE CÓMO PREGUNTABAN LOS DOCTORES Y RESPONDIAN LOS CABALLEROS CADA CUAL CON DISTINTO OBJETO, Y HACIENDO TAN POCO CASO LOS PREGUNTANTES DE LAS RESPUESTAS, COMO LOS RESPONDENTES DE LAS PREGUNTAS.

PENSANDO algunas veces, mas de las que imaginan muchos que, viéndome dotado de alguna mayor actividad de la comun entre nosotros los hijos de Pelayo y del Gid, me juzgan mucho menos meditabundo de lo que en efecto soy, acaso para mi desdicha; pensando, digo, profunda y detenidamente sobre la singular entidad que los naturalistas llaman *el hombre*, confieso haber fluctuado entre la opinion que le supone inteligente y libre sobre todos los seres de la creacion, y la doctrina del fanatismo que le considera, en resumen, como á un autómeta, mas ó menos perfecto, pero reducido á moverse segun leyes á su existencia anteriores, de su voluntad independientes, y tan precisas y obligatorias que le encadenan siempre, en lo grande como en lo pequeño, durante su breve y nada ameno tránsito de la cuna hasta el sepulcro. Relijion aparte, porque como dice el Casti: *Dove é feda non bisogna ragione*, ni los aciertos de los tontos, ni los desatinos de los sabios, ni la fortuna de los incapaces, ni la desdicha de los grandes hombres, se esplican mas que por el fatalismo; y una de dos: ó el hombre que ha llegado á saber á punto fijo lo que pesan Júpiter y Saturno, noticia que por cierto le interesa poco, es incapaz de conocer á su propia especie; ó bien el talento es inútil para la vida, la ciencia estéril para la felicidad, y la jenerosidad del ánimo una car-

Un tanto recobrado, aunque no del todo sereno, respondió el magistrado:

—Ignoraba, señora, la nueva desgracia que os aflige....

—¡Oh! ¡No la llameis desgracia! (repuso Elvira): mas vale que mi padre haya muerto en mis brazos, que al filo del hacha de vuestros verdugos! En fin, ¡qué es lo que me quereis!

—Anunciaros, en nombre de la real audiencia, que se os concede permiso para visitar á vuestro esposo....

—¿Y no podré yo ver al mío? (interrumpió presurosa Mencía).

—Tambien, señora, tambien podeis: pero ha de ser esta noche misma.

—¿Y por qué esta noche misma? (preguntó Elvira.)

—Lo ignoro (replicó el alguacil mayor); soy mandado, y ejecuto lo que se me previene. No sé mas. Si os place, seguidme ahora....

—¡Ahora! (esclamaron á un tiempo las dos cuñadas, señalando el cadáver de D. Martín, y fluctuando entre el natural deseo de ver á sus maridos, y el no menos justo de no separarse de aquel cuerpo aún no completamente helado.)

—Ahora y conmigo (volvió á decir el inflexible Sámano).

—Pues bien, ahora y con vos, (esclamó Elvira; y arrodillándose en seguida, y estampando un ardiente beso en la yerta mano del Mártir, dijo:) Perdonad, padre mío, si vuestra hija os abandona en tales momentos.—Triste suerte la vuestra, pues hasta vuestro cadáver se mira condenado á la soledad y al desamparo!—Perdonad si os dejo: mis deberes de esposa me llaman á un calabozo y al lado de aquel á quien ¡ay de mí! no me será dado tal vez cerrar con piadosa mano los ojos, cual he cerrado los vuestros. ¡Adios, padre amadísimo! ¡Adios!

Levantóse dichas esas frases, y volviéndose á D. Fernando, que cubierto el rostro con la capucha, y en una agonía de espíritu indescriptible, permanecía inmóvil, díjole:

—Os confío este sagrado depósito: velad y orad á su lado, para que el espíritu del *Mártir* inspire y santifique el vuestro!—Vamos, Mencía; vamos á la cárcel. Os seguimos, Sámano.

Separóse el alguacil mayor de la puerta, con indeliberada galantería, para dejar paso á las dos atribuladas esposas, y ya iba á marchar en pos de ellas, cuando le detuvo Fr. Diego asiéndole por el brazo; y mirándole de hito en hito con ojos penetrantes, como si en el rostro quisiera leerle los pensamientos, preguntóle en voz baja, pero con firmeza:

—¿No puedo yo, Sámano, acompañar á las esposas de D. Alonso y de Gil Gonzalez, á visitar á sus maridos? Quizá la presencia de un religioso no fuera inútil hoy en los calabozos de la cárcel de México.

—Por hoy sí; mañana.... no sé! respondió bruscamente el ministro de las iras de los doctores, y salió de la estancia mortuoria, desprendiéndose con violencia de las manos del santo religioso.



CAPITULO VII.

EN EL CUAL SE REFIERE CÓMO PREGUNTABAN LOS DOCTORES Y RESPONDIAN LOS CABALLEROS CADA CUAL CON DISTINTO OBJETO, Y HACIENDO TAN POCO CASO LOS PREGUNTANTES DE LAS RESPUESTAS, COMO LOS RESPONDENTES DE LAS PREGUNTAS.

PENSANDO algunas veces, mas de las que imaginan muchos que, viéndome dotado de alguna mayor actividad de la comun entre nosotros los hijos de Pelayo y del Gid, me juzgan mucho menos meditabundo de lo que en efecto soy, acaso para mi desdicha; pensando, digo, profunda y detenidamente sobre la singular entidad que los naturalistas llaman *el hombre*, confieso haber fluctuado entre la opinion que le supone inteligente y libre sobre todos los seres de la creacion, y la doctrina del fanatismo que le considera, en resumen, como á un autómeta, mas ó menos perfecto, pero reducido á moverse segun leyes á su existencia anteriores, de su voluntad independientes, y tan precisas y obligatorias que le encadenan siempre, en lo grande como en lo pequeño, durante su breve y nada ameno tránsito de la cuna hasta el sepulcro. Relijion aparte, porque como dice el Casti: *Dove é feda non bisogna ragione*, ni los aciertos de los tontos, ni los desatinos de los sabios, ni la fortuna de los incapaces, ni la desdicha de los grandes hombres, se esplican mas que por el fatalismo; y una de dos: ó el hombre que ha llegado á saber á punto fijo lo que pesan Júpiter y Saturno, noticia que por cierto le interesa poco, es incapaz de conocer á su propia especie; ó bien el talento es inútil para la vida, la ciencia estéril para la felicidad, y la jenerosidad del ánimo una car-

ga y no un privilegio. Suprimamos por un momento la vida eterna; y ¿qué nos quedará en esta? fatalismo, fatalismo puro, ó lo que es peor, el triunfo del principio de todo mal. Por todas partes sucumbiendo el valor á la traicion; donde quiera la ignorancia presuntuosa triunfando de la ciencia modesta; pobre la virtud y perseguida; opulento y lisonjeado el crimen: los gobiernos estraviando á los pueblos; los pueblos, soportándolo todo menos un buen gobierno! Fatalismo ó injusticia, no hay arbitrio, no hay medio entre esos dos extremos, cuando no se humilla la cerviz ante el poder incomprendible que todo lo ha creado.

Mas, de veras, no fué nuestro ánimo decir cosa alguna de las que dejamos escritas al tomar hoy la pluma: dejámoslas en el papel porque ya las tenemos estampadas, y concretámonos á nuestro real pensamiento; y decimos *real*, por lo efectivo, no porque seamos príncipes, ni grandes, ni siquiera títulos de Castilla, circunstancia verdaderamente singular en España y en los liberalísimos tiempos que alcanzamos.

Nuestro pensamiento, pues, al empezar el presente capítulo, con cierta repugnancia que luego esplicaremos, era y es ahora que necesariamente hay en la vida del hombre algo de fatídico y obligatorio, algo que les arrastra por determinado sendero, algo que le aparta de ciertas cosas y le lleva á otras; ese algo, en fin, que llamamos *las inclinaciones*, y traducirse pudiera por fuerza de nuestra voluntad independiente.

Mesmer con el magnetismo, Gall con la frenología, Lavater con la fisonomía, Fourier con su teoría de las vocaciones; antes que todos esos sabios, los jentiles con el destino, y los astrólogos con sus horóscopos, ¿qué han intentado, sino formular la razon del fenómeno incomprendible, aunque universal, de las inclinaciones?

Un niño canta siempre que puede; otro llora á despecho de la misma alegría; este convierte en arma ofensiva el abanico de su madre, y el otro en incensario el morrion del autor de sus dias. ¿Por qué así? ¡Ah! ¡La diferencia de las inclinaciones! ¿Y qué es eso mas que la fatalidad?

En fin, sea lo que quiera, nosotros tenemos nuestras inclinaciones y nuestras repulsiones, nuestras simpatías y nuestras antipatías, como cada hijo de vecino; y entre las últimas se cuenta la invencible que profesamos á cuanto huele á proceso y jurídicas actuaciones. La golilla del alguacil nos horripila; la toga de un juez nos da sudores y frios; y sin perjuicio del respeto que, seriamente hablando, se debe á los que ejercen el santo cuanto terrible ministerio de administrar justicia á los pueblos, hemos deseado siempre, y continuamos deseando de todo corazon, no vernos nunca envueltos en papel sellado, ni civil, ni criminalmente.

La justicia militar es, no lo negamos, espeditiva, pero menos me-

lancólica en sus formas que la ordinaria; un hombre comparece ante un consejo de guerra, y en horas traslada su domicilio á la eternidad, ó se ve en la calle absuelto y libre: pero si cae en poder de letrados, le frien la sangre de tal modo con autos, traslados, pruebas, alegatos y réplicas, que al llegar el momento de ser ahorcado, casi se da por bien servido, con la esperanza de que no han de volver á importarle ni el procurador ni el escribano.

Y por eso, es decir: por la aversion que tenemos á los procesos, nos repugnaba comenzar este capítulo, y hemos divagado tanto y tan sin tino antes de entrar en materia.

Pero ya es forzoso hacerlo; ánimo, pues: manos á la obra, y salgamos del paso lo mas pronto posible.

Desde la prision del marques del Valle y sus parciales, aunque nada pudieron averiguar los parientes de los cautivos, ocupóse la audiencia, sin levantar mano ni un solo instante, en la instruccion del proceso contra los acusados; mas, á la verdad, no con el criterio imparcial, no con el ánimo desapasionado que tales negocios ecsijen. Los doctores fueron enemigos, no jueces de los acusados; y sentimos menos escribirlo así, de lo que, si de otro asunto se tratara, lo sentiríamos; porque en materias políticas nunca acontece de otro modo: siempre hay un vencedor que proscribire al vencido, jamas un juez imparcial que aplique friamente las leyes. Toda sentencia política es por eso, y jeneralmente hablando, una iniquidad en quien la dicta, y una ejecutoria de martirio para el que á ella sucumbe.

Sin embargo, y á pesar de su decidida voluntad de hallar criminales donde el crimen se premeditó, sin duda, por algunos, no por todos, mas por ninguno llegó á tener ni un principio siquiera de perpetracion, no hallaban los doctores medio de condenar á nadie á la pena capital, con apariencias al menos de justicia.

Separadamente y repetidas veces interrogados los cautivos caballeros, protestaban siempre de su personal inocencia y absoluta ignorancia de que nadie en México conspirase contra el rey ni la audiencia. Si se les reconvenia con la fiesta de Chapultepec, contestaban que tambien los doctores habian acudido á ella; que si la dejaron antes de terminarse fué por su voluntad propia; que si hubo brindis desatinados en la cena, culpa seria del vino; que en fin, á menos de suponerlos dementes, no podia acusárseles de reunirse para conspirar entre millares de personas, ó en un comedor con las puertas abiertas y los criados sirviendo á la mesa. Los honores tributados al marqués (decian) estaban todos dentro del círculo de las costumbres españolas, y mas bien que desacato á la autoridad del monarca, debian reputarse como muestras de respeto al trono, del cual procedian todas las distinciones aristocráticas.

Hablar mal de los doctores, murmurar de sus providencias y sostener los fueros de la nobleza, ni era cosa peregrina en ninguna de las

dos Españas, la nueva y la antigua, ni se habia considerado nunca como delito de lesa majestad; y en todo caso no tocaba á los interesados calificar tal hecho ni aplicarle pena, sino recurrir al rey para que su autoridad soberana resolviese.

En cuanto á las fiestas del bautismo, no probaban mas que la riqueza y jenerosidad del marques, así como lo bien quiso de su persona y familia entre el pueblo y la nobleza, cosa harto natural donde tan insignes fueron y tan conocidos eran los servicios prestados al rey por su ilustre padre.

Tales, en resumen, fueron constantemente las respuestas y descargos de la mayoría de los acusados; mas de lo ocurrido con algunos de ellos, preciso es que hagamos especial mencion, comenzando por D. Bernardino Pacheco de Bocanegra, implicado en el proceso de la conspiracion por su carta á D. Martin Suarez de Monroi.

En ella, el infeliz amante de Catalina Ponce, despues de pedir á su unico amigo consejo y auxilio en el difícil trance en que á la sazón de escribirla se encontraba, decíale que, una vez desembarazado de aquel negocio, regresaria á cumplir su palabra de morir lidiando, si necesario fuese, *contra la tiranía de la audiencia y en obsequio del marques, no obstante lo que le repugnaba ligarse para nada con D. Alonso de Avila.*

En disculpa de tan enorme imprudencia solo pudiéramos alegar, defendiendo á Pacheco, primeramente el desconcierto natural en sus ideas al escribir aquella carta, pues que lo hizo, como sabemos, en su alquería de la Veracruz, acabando de sustraer á Catalina á su dueño y señor Juan Ponce, y no sabiendo aún á dónde llevarla para libertarla del castigo que su culpa merecia; y en segundo lugar, pudiéramos decir que, confiando su misiva al malaventurado Chacon, de cuya fidelidad tenia largas y evidentes pruebas, nunca pudo figurarse que aquellas letras llegasen á manos de sus enemigos.

Cuánto se engañaba, los hechos lo probaron: la mejor carta, en materia de conspiraciones, es la que no se escribe.

Pero aquella estaba escrita, y el doctor Ceinos se la presentaba á Bocanegra, quien le respondió con estóica indiferencia:

—Doctor, yo no soy un conspirador, sino un *asesino alevoso*; la horca, no la cuchilla, es ya el termino natural de mi vida. Ni niego ni confieso que esa carta sea mia; pero no sé nada de conjuracion, y ni por alhagos ni por amenazas, ni por ayunos ni por tormentos, diré otra cosa.

Y en efecto: aunque se le amenazó con el potro, llegando hasta á desnudarle como si en él fueran á ponerle, no desplegó mas sus labios. Otro tanto hiciera si con tenazas ardiendo le despedazaran; porque D. Bernardino no era hombre de rendirse mas que á sus propias pasiones.

No anduvo mucho mas decidir en sus declaraciones D. Martin Cortés, el hijo de Marina.—“No conspiré; no he conjurado.—El marqués

del Valle no es, ni ha sido, ni será nunca traidor; y miente quien tal diga.—No sé nada de conjuracion.—D. Alonso de Avila es un *cumplido caballero*; su delito esserlo tanto.—Os desprecio, y no me canseis “con mas preguntas.” Sobre poco mas ó menos esas fueron constantemente sus respuestas.

En cuanto al Dean D. Juan Chico de Molina, diremos que adoptó un sistema diametralmente opuesto al de Bocanegra y del bastardo, diluyendo cada palabra del juez que le interrogaba en un golfo insondable de corolarios sin teorema, comentarios sin testo, tergiversaciones metafísicas, y distinciones teológicas; y prolongando así sus respuestas hasta rendir el brazo del escriba que la notaba, y marear al golilla que presidia el acto. Imposible de toda imposibilidad estracar un solo pensamiento de aquel cúmulo de frases, ni dilucidar un hecho á la luz de sus embrolladas indicaciones: la audiencia, dándose por vencida, propúsose decidir sobre la suerte del locuaz eclesiástico sin oírle nuevamente.

Por lo que hace al marqués del Valle de Guaxaca, debémosle la justicia de consignar aquí que, una vez preso y á sus solas con su grandeza, mostróse entero y digno como al ilustre nombre bajo cuyo enorme peso sucumbia, era debido.

Firme sin jactancia, reservado sin afectacion, leal con sus amigos, inflexible con sus contrarios, rechazó el marqués todas las acusaciones, sin dejarse arrastrar por la cólera, ni dominar por el miedo.

Nadie, segun él, conjuraba en México, como no fuese contra la familia de su inmortal conquistador, cuyos enemigos, dueños del poder, convertian en crímenes las inocentes demostraciones de amor á su memoria, y de respeto á los que el ser le debian. Pronto á responder al rey, ó á los jueces imparciales que S. M. nombrase, de todos los actos de su vida, el marqués protestaba la incompetencia de los doctores, recusándolos por apasionados y ofendidos; y solo violentamente compelido, se prestaria nunca á presentarse en los estrados de la audiencia.

Lo escasajero de la persecucion hizo casi un héroe de aquel hombre que, si en su casa le dejaran tranquilo, pasara por la tierra como la golondrina por el espacio, sin dejar de su vuelo rastro alguno.

Y ahora hablemos ya de los hermanos Avilas, objeto privilegiado de la saña de los vencedores, con causa hasta cierto punto el uno, sin visos de ella el otro, pero ambos, por una fatalidad inesplicable, perseguidos con odio inestinguible.

El bueno de Gil Gonzalez, si bien caballero en el fondo del alma como el que mas lo fuese, rudo labrador en sus formas, así que de conjuracion y planes subversivos comenzaron á hablarle, cortó el reverso al preguntador, diciéndole:

—Apenas ha dos dias que llegué á México; en ellos solo he visto á mis hermanos, y no he hablado mas que de asuntos de familia. La

conjuracion la soñó vuestro miedo: los Avilas contribuyeron, sí, á la conquista de estos reinos, y por eso mismo los detestais vosotros, que en perderlos estais empeñados. Ninguno de nosotros supo nunca qué cosa es traicion.

—Algo habreis oido á vuestro hermano D. Alonso....

—No es cierto; y cuando lo fuera, ¡presumís, seor doctor, que soy tan villano que mi propia sangre os entregara cobarde, por temor á esas cuerdas y garfios que para amedrentarme, sin duda, me poneis á la vista!

—¡Sabeis la pena de los traidores!

—Sé que nací caballero, y que debo morir antes que deshonrarme. No perdais el tiempo; de mis labios no escuchareis ya mas palabras que estas: *los Avilas no saben ser traidores, ni pueden ser cobardes.*

D. Alonso fué el único que, por decirlo así, entró de lleno en las miras de los doctores, prestándose á contestar lacónica, pero terminantemente á todas sus preguntas, con una franqueza sin límites, y un vigor hartó natural en su carácter.

—¡Teneis (le preguntaron) noticia de que se trama una conjuracion en México?

—Sí; (respondió sereno).

—¡Contra quién?

—Contra vosotros.

—¡Conoceis á sus autores?

—Sí.

—Nombradlos.

—El primero soy yo: D. Alonso de Avila.

—Pero ¡tendreis cómplices?

—Los tengo.

—¡Quiénes son?

—Vosotros los primeros; luego todos los hombres honrados de México.

—El acusado olvida con quién habla.

—No por cierto, sé muy bien quiénes sois, y voy á probároslo. Vos, doctor presidente, sois un viejo rencoroso, que me hareis degollar porque los papeles de mi escritorio os han probado que....

—Deslenguado! Si no calla, le haré poner una mordaza.

—Y se acabará el interrogatorio, y no habrá proceso. Por mi parte me es indiferente; que traigan la mordaza.

—Dejadle hablar (interrumpió Villalobos); los intereses personales deben ceder á los públicos.

Mordióse los labios Ceinos, pero hubo de resignarse á tragar la conyugal amarga píldora que el incorregible D. Alonso acababa de propinarle; y mal que le pesara dijo:

—Prosiga.

—Prosigo (insistió con irónica flema el esposo de Elvira). Decia-

mos, doctor Ceinos, que tratáis de degollarme en odio de vuestra consorte, la un tiempo bella doña Beatriz; y tambien debo añadir que por el delito de haber yo nacido noble, siendo vos plebeyo. Ya veis que os conozco.

En cuanto al doctor Villalobos, sus motivos son mas puros: primeramente, mi difunto tío tuvo con él ciertas diferencias de maravedies; y en segundo lugar, el amor paternal....

—¡Haced que calle ese desalmado! (esclamó, rojo como un cangrejo bien cocido, el irritado golilla.)

—Perdonad (replicó lleno de júbilo el presidente): pero, como vos deciais no ha mucho, los intereses públicos son antes que los personales. Prosiga el acusado.

—Prosigue el acusado y confiesa que en el doctor Orozco el odio es simple, pues no le conozco mujer, ni hija, ni hermana, ni aun criada que valga la pena de ofenderle. Quiere degollarme porque soy caballero y valiente, mientras que él pechero y cobarde. Ya veis, señores, que os conozco; y ahora voy á probaros, ademas, que sois vosotros mis principales cómplices. Digo mal: sois los únicos conspiradores eficaces, resueltos y perseverantes que en Nueva-España trabajan sin tregua para separarla de la antigua. Vosotros, enviados acá para gobernar segun las leyes de Indias, tiranizais, sin mas regla que vuestra voluntad caprichosa, á grandes y pequeños, ricos y pobres, nobles y plebeyos. Vosotros, nacidos del polvo, y elevados sobre el cúmulo de vuestras bajas incesantes humillaciones, sois mas altaneros que la soberbia misma; y fieras insaciabiles, convertís en pasto de vuestra codicia á un pueblo entero de indios y castellanos. En vez de trabajar en la propagacion de la fé, os afanais en acumular mal adquiridas riquezas; vendeis la justicia, prostituís la autoridad, insultais á los débiles, adulais al poderoso, corrompeis las costumbres con vuestro mal ejemplo, sobornais á los ministros del rey, y haceis granjería de sus vasallos. ¡Y osais preguntarme por mis cómplices en la conjuracion! Pues bien: yo os digo que sois vosotros, y serán todos aquellos que la inicua senda por vosotros trazada sigan, los que hareis que un dia deje México de ser y llamarse Nueva-España.

—No os engañeis: el verdugo, al segar mi garganta, aplazará el día de la rebelion; mas para sofocar sus jérmes no hay mas que un medio: gobernar con equidad, gobernar honradamente, gobernar, en suma.

—Y ahora no os asombreis de que todos aquí os aborrezcan, fuera de aquellos que comparten el fruto de vuestras rapiñas.

—Y ahora oidme lo que bajo solemne juramento os declaro: Gil Gonzalez de Avila está inocente del crimen de que á mí me acusais, y yo confieso haber proyectado. Entregándome al verdugo, no se-

reis mas que crueles y vengativos; mas si á mi hermano sacrificais, sereis ademas asesinos.

Como cualquiera puede figurárselo, diéronse los doctores por mas que satisfechos con el interrogatorio de que sumariamente acabamos de dar cuenta, y no trataron de renovar una escena en que moralmente llevaban, sin disputa, la peor parte, y la hubieran siempre llevado; porque D. Alonso, á morir resuelto, ya sabian ellos que no era hombre de cederles el terreno mientras alentar pudiese.

Lo peor del caso para aquellos benévolos jueces era que, esprimido el jugo de todo el proceso, no daba de sí bastante veneno para degollar con apariencias de justicia á persona alguna; y de galeras, como del destierro, vuelven los hombres, andando los tiempos, muchas veces para vengarse de los que los han maltratado. Si acudieran al tormento, la cosa mudara de aspecto, porque muy desdichados habian de ser para que entre tantos acusados no hubiese dos ó tres, cuando menos, que declarasen cuanto pluguiera al verdugo: pero D. Luis de Velasco amenazaba con retirar por de pronto sus tropas de México, y dar ademas cuenta circunstanciada al soberano, si á tal extremo llegaban los doctores contra los caballeros. Fuese humanidad, espíritu de corporacion, ó cálculo político, el capitán jeneral, virey futuro, salvó entonces indudablemente muchas cabezas del hacha, y todos los cuerpos de los acusados de la presión de las cuerdas, las heridas del hierro, y la accion de las llamas.

Terminada la causa, y á punto de pronunciarse la sentencia, teníanla suspensa los jueces desde los últimos dias de Julio, cuando el primero de Agosto recibió Ceinos una carta que, por espreso ganando horas, le mandó su agente en la Veraacruz, anunciándole que acababa de desembarcar en aquel puerto D. Gaston de Peralta, marqués de Falces, virey electo de México. El corresponsal del doctor presidente concluía diciendo:

“Héle visto (al marqués) al saltar en tierra, y habládole de la conjuracion; su respuesta fué literalmente la que sigue: *La audiencia sueña con esas cosas hace tiempo: en habiendo un caballero al frente del gobierno, no conjurará la nobleza.*—Pero hay presos, le repliqué, se está instruyendo un proceso.—*En abriendo las puertas de la cárcel*” (respondió), *no habrá presos; ni en quemando los autos, proceso.*—Sir: “vaos de gobierno.—Tres dias piensa D. Gaston detenerse aquí, que, con dos que le aventaja en el camino mi correo, son cinco, los cuales bien aprovechados bastan para mucho.”

—Bastarán (esclamo Ceinos ardiendo en ira) á que las puertas de la cárcel se abran inútilmente, y los autos se quemen en vano, para alguno, cuando menos.

Y convocados sus colegas inmediatamente, fallaron que debian condenar, y condenaron á ser degollados por traidores á los dos infelices hermanos D. Alonso y Gil Gonzalez de Avila.—¡A Gil Gonzalez! ¡y

por qué!—Porque era del aborrecido linaje, y para completar el argumento.

Indudablemente la opinion pública achacaria la muerte de D. Alonso á ruina venganza de los doctores, por aquel caballero siempre humillados en todo y por todo; indudablemente se hablaria mas de las aventuras galantes de la galantísima dona Beatriz y de la culta Inés, que de la conjuracion política. ¡Cómo responder á tan palmarias acusaciones y evidentes cargos! ¡Cómo! Sencilisimamente: degollando tambien á Gil Gonzalez, quien, viviendo siempre en el campo, á nadie habia humillado, y amante de su esposa, no galanteaba á ninguna otra dama. Tal lójica parece, sobre feroz, absurda; y sin embargo, es mas comun de lo que puede creerlo el lector, por su dicha ajeno á los negocios políticos.

¿Y por qué no condenaron los doctores á muerte ni á otra pena mas suave al marqués del Valle, á su hermano D. Martin, al Dean Molina, á los Castillas, á Bocanegra, ni á ninguno de los restantes caballeros! ¿Qué importaba matar á los Avilas, si la bandera de la conjuracion se dejaba ilesa, y capaces de defenderla á los mas ilustres campeones!

Porque no presidia un pensamiento de gobierno, ya que de justicia no fuese, á los actos de aquellos majistrados; pues para evitar las contingencias de una conjuracion, en aquellos tiempos de éscito imposible, bastara tomar en tiempo oportuno algunas medidas preventivas, lo cual les escusara llegar al extremo en que se hallaban, y aun en el cual pudieran dejar bien puesta su autoridad sin bañar sus manos en sangre inocente.

Porque los Avilas, poco simpáticos á D. Luis de Velasco, no contaban con su poderosa proteccion; mientras que, si el capitán jeneral viera amenazadas las cabezas de los principales ó de los mas de los nobles de México, sin duda alguna habia de acudir á defenderlas.

Porque el libertinaje, galanterías, disipaciones, despilfarros, duelos y aventuras estrepitosas del malaventurado D. Alonso, hacíanle pasar en concepto de las jentes timoratas por un bandido sin Dios y sin ley; porque, en fin, era preciso que se vengasen en la sangre del esposo de Elvira las fragilidades de las esposas y de las hijas de infinitos habitantes de México, entre los cuales sabemos que figuraban con har-to derecho dos de sus jueces.

Víctima espiatoria y casi voluntaria de la conjuracion de México, oyó D. Alonso indiferente su sentencia, que le fué notificada al comenzar la noche del 2 de Agosto; mas al escuchar que tambien á su hermano Gil Gonzalez condenaban á muerte los doctores, helósele de horror y cólera la sangre en las venas.

—¡Asesinos! (esclamó iracundo). ¡No os dije, y no sabeis vosotros que mi hermano está inocente!—¡Que su sangre caiga sobre vuestras cabezas, que la maldicion de Dios oprima vuestras frentes por toda

la eternidad! ¡Oh, padre mio, padre mio! ¡Bien veis que no tengo yo culpa de la iniquidad de estos verdugos! ¡Bien sabeis que ni aun defenderme he querido por no envolver en mi ruina al hijo de vuestra justa predileccion, al honrado hermano que entrañablemente adoro!— Sin duda la muerte de Gil es el castigo de todas mis culpas: Dios se apiade de mi alma, tomando en cuenta el dolor agudísimo que mi corazon destroza!!!

Pero ¡qué valen declamaciones ni racionios contra la venganza, si profanando la espada de la ley se arma con ella? Insensibles los doctores á las sentidas justísimas quejas de D. Alonso, prosiguieron su obra notificando también á Gil Gonzalez la sentencia inicua que á morir le condenaba sin fundamento alguno.

—*Es un asesinato!* dijo friamente el caballero labrador, cuando hubo terminado el escribano la fatal lectura; y no añadió palabra á tan lacónica como merecida calificación de aquel acto de barbarie inaudita.

Quisieran los dos hermanos pasar juntos las horas que de vida les quedaban; pero, á pretexto de que atendieran mejor á la salvacion de su alma, y en realidad por temor de que reuniéndose, aun en la capilla, y aherrojados, y con centinelas de vista, fraguasen y llevaran á efecto algun proyecto de fuga, negóseles rotundamente aquella gracia; ofreciéndoles, sin embargo, que antes de salir al patíbulo se les permitiría darse el postrer abrazo.

Tales y tan tristes escenas ocurrían dentro del recinto de la cárcel, sin que el público tuviese noticia ni siquiera de que el proceso de la conjuracion se habia fallado; pues la audiencia, temiendo siempre el amor ó por lo menos la inclinacion del pueblo á los conjurados y singularmente á D. Alonso de Avila, á nadie instruyó de su resolucíon mas que á D. Luis de Velasco, y aun á ese despues de haber entrado en capilla los reos.

Sobresaltósele el corazon al noble caballero al escuchar tan furibunda nueva; sobresaltósele, sí, no pudiendo menos de esclamar á sus solas:

—“Desdichada la nobleza, si algun dia cae en manos de estos letrados! ¡Degollar así á dos ilustres caballeros!—Viven los cielos que estoy por arrancárselos de entre las garras á esos tigres. . . . No; eso fuera salvar á los Avilas á espensas mías: los doctores me pintarian al rey como cómplice en la conjuracion, y á Felipe II le basta con la sombra de un recelo para proscribir á un hombre! . . . Luego ese marqués de Falces, que llega de un momento á otro, chocará con la audiencia precisamente, y del choque es posible que resulte mi vireinato. Lo siento, mas no puedo evitarlo: que los doctores respondan á Dios y á los hombres de la vida de los Avilas, que yo en tal negocio ni entro ni salgo.”

Racionio de hábil político, lector amado; racionio de equili-

brista discreto; de Poncio Pilatos, en fin, que es uno de los mortales mas diestros en eso de *jugar con la candela* sin abrasarse los dedos en este mundo, aunque sí el alma en el otro, de que la historia nos conserva recuerdo.

D. Luis, pues, respondió á la audiencia que á él no le tocaba juzgar á los reos, ni menos á los jueces; que la sangre de los vasallos del rey, y sobre todo la de los nobles, era preciosa; mas que el tribunal podia con derecho dictar las sentencias que le pluguiese, salvo el dar cuenta en su dia al monarca de ambos mundos primeramente, y luego al Rey de reyes.

Con eso, y negarse redondamente á dar de su ejército escolta que condujese las víctimas al suplicio, mas no á que permaneciesen las banderas que capitaneaba sobre las armas hasta despues de la ejecucion; montando á caballo, salió de la ciudad para el campo, y creyóse al abrigo de toda reconvençion y remordimiento.

Juan de Sámano, en cambio, empleando toda la fuerza armada de que disponia, hizo ocupar con intelijencia y oportunidad todos los puntos que pudieran llamarse estratégicos en la metrópoli del Anáhuac; y repartiendo el enjambre de sus esbirros por calles y plazas, respondió confiadamente á la audiencia de que ni una mosca podia volar en México sin que él lo supiese á tiempo para apoderarse de ella antes de que llegara á donde estorbar pudiese.

Ni Manuel de Villegas estaba ocioso; antes, como alcalde ordinario convocando la hueste municipal, estendía una vasta red de rondas sobre la ciudad que, asombrada y de pavor llena, contemplaba tan extraordinarias precauciones presintiendo vagamente, quizá, su objeto, mas ignorantes del número y nombres de las víctimas, y por lo mismo pintándose el porvenir con negros durísimos colores.

Tal estaba México durante la agonía de D. Martín Suarez de Monfoi, á quien el cielo, una vez con mortal tan desdichado piadoso, quiso economizar la angustia de saber antes de salir de este mundo que en él estaban ya irrevocablemente condenados al martirio el inocente Gil Gonzalez, y el simpático culpable, de intencion al menos, D. Alonso de Ayila, su yerno y en los últimos tiempos también su amigo.

Ignorantes de cuanto ocurría las personas asistentes al lecho mortuorio del hijo de Catalina Suarez cuando ante ellas apareció Juan de Sámano, dieron en el primer instante al mensaje de que aquel su enemigo fué portador, si no grata, por lo menos no tan lúgubre interpretacion como en realidad tenia; esceptuando, sin embargo, á Fr. Diego de Olarte, quien desde luego receló de qué se trataba.

Elvira y Mencía hallaron natural y justo, además, que al cabo de diez y ocho dias de incomunicacion, se permitiese á los presos recibir en la cárcel á sus esposas; y si bien no dejaron de parecerles irritantes, así el señalamiento de aquel determinado momento, como la forma en que la comunicacion se concedía, atribuyendo esas circuns-

tancias al mal querer y pequenezes de los doctores, pensaron solo en aprovechar el tiempo y volar á los brazos de los pobres cautivos.

Por lo que respecta á D. Fernando de Valdestillas, su ánimo no estaba para reflexiones ni ratiocinios de especie alguna; su corazón, hondamente lacerado, ya no podía recibir ni impresion que sus padecimientos aumentara, ni alivio que su dolor mitigase. Con la pérdida de toda esperanza de ser correspondido, con la seguridad de que Elvira amaba á su esposo, con la íntima convicción de serle imposible salvar á sus amigos, el triste doncel solo anhelaba una ocasion de sacudir la pesada carga de su insoportable vida, asistiendo en tanto á los acontecimientos de este mundo, como quien escucha un discurso en lengua á sus oídos peregrina.

Pero, menos apasionados nosotros, y mas curiosos que el infeliz hijo del comunero, naturalmente quisimos indagar la razon del paso dado por el alguacil mayor, y he aquí lo que á nuestra noticia ha llegado.

D. Alonso, de quien sabemos y conviene siempre tener presente que no solo preveía de mucho tiempo atrás su muerte, sino que de veras la deseaba por aburrimiento de la vida, que es, de paso sea dicho, la mas incurable de las desesperaciones posibles; D. Alonso, cuando le hubieron notificado su sentencia, cruzóse de brazos y púsose á pasear por el calabozo donde quedó en capilla, no acertáremos á decir si haciendo exámen de conciencia en el ascético genuino sentido de la frase, si recordando sus aventuras; mas, en efecto, trayendo á la memoria los sucesos de su varia azarosa existencia. Pero Gil Gonzalez, que tenia poquísimas ganas de salir del mundo, aunque le sobraba corazón para morir dignamente, y cuya vida podía resumirse en pocas palabras, diciendo: *Honrado labrador, cumplido caballero, buen esposo y excelente padre*, carecía, en consecuencia, de aventuras que recordar, y lo primero en que pensó fué en ver por última vez á su amada Mencía.

Es de advertir que, una vez condenados y en capilla puestos los pretendidos reos, entrególos la audiencia á la custodia y voluntad de Juan de Sámano, como alguacil mayor que era de México, y por tanto, encargado de todo lo concerniente á la ejecucion de la justicia; por manera que á él, en la cárcel constituido para atender mejor y mas de continuo á la guarda de personas de tamaño importancia, hubo de dirigirse Gil Gonzalez en solicitud de que se permitiese á su esposa verle en capilla.

Por todo lo que hasta aquí dijimos de Sámano, ha podido comprenderse que ni sus entrañas pecaban de blandas, ni sus intenciones de seráficas: mas con todo, hombre de armas él mismo, y conocedor en materia de valientes, cautivábale hasta cierto punto la serenidad pasmosa con que aquellos sus enemigos se disponian á morir en el cadalso. Por otra parte, el alguacil era persona de esas en quienes

lo cruel de los sentimientos no excluye lo cortés y blando en las formas; y así, cuando llamado por Gil Gonzalez acudió á su capilla, hízolo ya vestido de negro, y con aire y modales correspondientes á la deferencia debida á un caballero en tan amargo trance puesto.

—Parece (le dijo el reo) que tratan los doctores de hacernos morir como á perros, sin muchas ceremonias. ¿No hemos de ponernos bien con Dios, antes de comparecer en su presencia, ni de dar un abrazo á nuestras familias al separarnos de ellas para siempre?

—Perdonad (repuso Sámano, afectado ó aparentando estarlo); la real audiencia ha querido dejaros en libertad completa para que elijais confesor ó confesores....

—¿No es poca su condescendencia!

—En cuanto á las familias....

—Veamos, ¿en cuanto á las familias?

—No he recibido órdenes.

—¡Ah! ¿Conque no podemos verlas! ¿Temeis que nuestras esposas os arranquen la presa de entre las manos?

—Digo que no he recibido órdenes, mas, sin embargo, tomaré sobre mí traerlos á vuestra familia.

—A mi esposa, Juan de Sámano; mi pobre hijo es demasiado niño para ver á su padre en capilla.

—Debo advertiros que mañana....

—¡Ah, mañana! Bien: hoy para mi esposa; mañana para Dios. ¿Cuándo veré á Mencía?

—Antes de una hora.

—Os lo agradezco.

—Pluguiera á Dios que estuviera en mi mano....

—Bueno está, señor alguacil mayor; traedme á Mencía, y Dios juzgue en lo demas vuestras intenciones.

—¿No querrá D. Alonso ver tambien á su esposa?

—Sí querrá: traed tambien á Elvira.

Y en efecto, Sámano, sin consultar á D. Alonso, con quien deseaba tener en tales circunstancias el menor contacto posible, resolvió conducir personalmente á la cárcel á las dos desdichadas esposas de los infelices hermanos.

Ya dijimos que entraba en el plan de los doctores que del amago al golpe mediara brevísimo tiempo, esto es, que México ignorase la sentencia de los Avilas hasta poco antes del instante de presenciarse su ejecucion; pues presumian aquellos majistrados, y no sin fundamento, que de tener tiempo para concertarse lo que de la nobleza quedaba en libertad, el estado llano, y la plebe misma, pudiera acontecer que intentasen, ya por vías pacíficas, ya con las armas en la mano, libertar á los reos del suplicio, consiguiéndolo tal vez, ó cuando menos dilatando su muerte lo bastante para dar lugar á escándalos y conflictos gravísimos.

Que, si para aquel caso contaran los gobernantes con la decidida cooperación de D. Luis de Velasco, lejos de arredrarse ante la notoria merecida impopularidad de su sentencia inieua, hicieran alarde del escándalo mismo, y con deleite aprovecharan la ocasion de cebarse en nobles, ciudadanos y plebeyos, no admite duda, en nuestro concepto: mas Velasco *toleraba* la ejecución de los Avilas, sin aplaudirla, ni menos aconsejarla: y por otra parte, un motin en visperas de la llegada del marques de Falces, fuera darle á aquel caballero un arma poderosa contra la audiencia misma.

Por eso fué el secreto indispensable en todos los preliminares del trájico suceso, y por lo mismo, hallándose los intereses de Juan de Sámano completamente identificados en la materia con los de los doctores, á quienes en la apariencia obedecia y en realidad gobernaba, al deferir á los justos naturales deseos de Gil Gonzalez, y anticiparse á los de D. Alonso, obró atinadamente yendo él en persona á buscar á doña Elvira y á Mencía, y no diciéndoles ni aun á aquellas señoras mismas de qué se trataba, y por qué con tal premura eran á la cárcel llamadas.

Quizás haya persona á quien admire que el alguacil mayor no negará á los reos el consuelo por uno de ellos solicitado, siendo, como era aquel funcionario, su mayor enemigo, y habiendo mas que nadie contribuido á provocar y precipitar la cruel sentencia que á muerte los condenaba; pero quien así ratiocine conoce poco á los hombres, y menos á los de la especie de Sámano. Cuanta mayor es la iniquidad esencial de las acciones de los tales, con tanto mas esmero procuran revestir blandas formas, y aparentar filantrópicos sentimientos. El fanatismo suele ser brutal, la crueldad siempre suave, siempre páfidamente hipócrita.



CAPITULO VIII.

EN EL CUAL SE PINTAN MELANCOLICAS ESCENAS, MAS COMUNES EN LOS DESENLACES DE LAS CONJURACIONES DE LO QUE Á LOS CONJURADOS CONVINIERA.

DURANTE el camino de su casa á la cárcel, que hicieron á pié las dos cuñadas por no detenerse á esperar que les preparasen una silla de manos, precediéndolas el alguacil mayor, y seguidas del primer criado que á verificarlo estuvo pronto, iban asidas una de otra, en profundo silencio y ansiedad creciente á medida que al término de su breve viaje se aprocsimaban.

Desde luego las rondas y patrullas que en el tránsito fueron encontrándose, y la tristeza evidente en el aire de las pocas personas que por las calles discurrían, y ese indefinible aspecto que una ciudad toma en momentos tan lúgubrement críticos como los que nos ocupan, fueron sucesivamente infundiendo pánico terror en los ya contristados corazones de las aflijidas esposas: mas cuando al aprocsimarse á la prision que guardaba á los Avilas para no entregarlos mas que al verdugo, advirtieron el sin número de centinelas que rodeaban el edificio, y las estraordinarias precauciones de no dejarlas adelantar un paso sin que antes diera el santo el alguacil mayor, y luego se nombrara, y despues pusiese de manifiesto la persona, para que de su identidad no cupiera duda, ya los recelos, convirtiéndose en evidencia, acongojaronlas de modo que Mencía en particular estuvo á punto de perder el sentido.

Que, si para aquel caso contaran los gobernantes con la decidida cooperación de D. Luis de Velasco, lejos de arredrarse ante la notoria merecida impopularidad de su sentencia inieua, hicieran alarde del escándalo mismo, y con deleite aprovecharan la ocasion de cebarse en nobles, ciudadanos y plebeyos, no admite duda, en nuestro concepto: mas Velasco *toleraba* la ejecución de los Avilas, sin aplaudirla, ni menos aconsejarla: y por otra parte, un motin en visperas de la llegada del marques de Palces, fuera darle á aquel caballero un arma poderosa contra la audiencia misma.

Por eso fué el secreto indispensable en todos los preliminares del trájico suceso, y por lo mismo, hallándose los intereses de Juan de Sámano completamente identificados en la materia con los de los doctores, á quienes en la apariencia obedecia y en realidad gobernaba, al deferir á los justos naturales deseos de Gil Gonzalez, y anticiparse á los de D. Alonso, obró atinadamente yendo él en persona á buscar á doña Elvira y á Mencía, y no diciéndoles ni aun á aquellas señoras mismas de qué se trataba, y por qué con tal premura eran á la cárcel llamadas.

Quizás haya persona á quien admire que el alguacil mayor no negará á los reos el consuelo por uno de ellos solicitado, siendo, como era aquel funcionario, su mayor enemigo, y habiendo mas que nadie contribuido á provocar y precipitar la cruel sentencia que á muerte los condenaba; pero quien así ratiocine conoce poco á los hombres, y menos á los de la especie de Sámano. Cuanta mayor es la iniquidad esencial de las acciones de los tales, con tanto mas esmero procuran revestir blandas formas, y aparentar filantrópicos sentimientos. El fanatismo suele ser brutal, la crueldad siempre suave, siempre páfidamente hipócrita.



CAPITULO VIII.

EN EL CUAL SE PINTAN MELANCOLICAS ESCENAS, MAS COMUNES EN LOS DESENLACES DE LAS CONJURACIONES DE LO QUE Á LOS CONJURADOS CONVINIERA.

DURANTE el camino de su casa á la cárcel, que hicieron á pié las dos cuñadas por no detenerse á esperar que les preparasen una silla de manos, precediéndolas el alguacil mayor, y seguidas del primer criado que á verificarlo estuvo pronto, iban asidas una de otra, en profundo silencio y ansiedad creciente á medida que al término de su breve viaje se aprocsimaban.

Desde luego las rondas y patrullas que en el tránsito fueron encontrándose, y la tristeza evidente en el aire de las pocas personas que por las calles discurrían, y ese indefinible aspecto que una ciudad toma en momentos tan lúgubrement críticos como los que nos ocupan, fueron sucesivamente infundiendo pánico terror en los ya contristados corazones de las aflijidas esposas: mas cuando al aprocsimarse á la prision que guardaba á los Avilas para no entregarlos mas que al verdugo, advirtieron el sin número de centinelas que rodeaban el edificio, y las estraordinarias precauciones de no dejarlas adelantar un paso sin que antes diera el santo el alguacil mayor, y luego se nombrara, y despues pusiese de manifiesto la persona, para que de su identidad no cupiera duda, ya los recelos, convirtiéndose en evidencia, acongojéronlas de modo que Mencía en particular estuvo á punto de perder el sentido.

—¡Animo, hermana mia! (dijole la valerosa Elvira, sacando fuerzas de flaqueza). ¡Animo, Mencía! Mostrémonos dignas del nombre que llevamos; y que no vean esos miserables sopistas que flaquean las esposas de los Avilas!

—¡Ah! (replicó la mujer de Gil Gonzalez). ¡No ha de flaquear la hiedra cuando es derribado el tronco á que vive asida!

El dolor hizo poética á la mujer mas prosáica del mundo en circunstancias ordinarias. . . . Pero ya con férreo tétrico son se movian cerrojos y candados; ya, rechinando en sus duros goznes, abríanse las macizas pesadas puertas de la cárcel; ya, patente el ingreso de aquella mansion del crimen y de la desgracia, del llanto y de la desesperacion, mostraba sus lóbregas sinuosidades, donde moribundas lámparas con vacilantes llamas, ardian solo para que el horror de tan miserable espectáculo fuese perceptible, mas no para disipar las negras nieblas que allí estaban como en su alcázar y natural asiento. Al crujir de las armas de las centinelas que acompasadamente se paseaban, al resonar de la pesada marcha de los llaveros que iban y venian silenciosos como fantasmas; al gruñir, en fin, de los feroces perros que al fabuloso cancerbero reemplazaban en el vestibulo de aquella infernal morada, penetraron trémulas, en sus mantos envueltas, y opreso el corazon por la helada mano de la congajosa duda, Elvira y Mencía, guiándolas el alguacil mayor con solícita cortesía y melancólico continente.

Ni aquella alma endurecida por la codicia, ni aquel espíritu avezado á todas las crueldades de la conquista y de la guerra civil, ni aquel hombre, en fin, que con la muerte de los Avilas lograba sus deseos de muchos años, y recojia el fruto de intrigas incesantes, pudo permanecer insensible en el solemne instante á que nos referimos.

Por dicha, pocas veces llegan los mortales á sofocar del todo en sus corazones los jenerosos instintos de la naturaleza; la humanidad no se borra completamente ni de los mas duros pechos; y la mano misma del asesino alevoso se estremece al clavar el puñal en él seno de su indefensa víctima.

Sámano, pues, al conducir á las dos esposas, cuya viudez estaba tan próxima, á los calabozos en que, contando por instantes el breve tiempo que de la eternidad los separaba, yacian los hermanos Avilas, sentia una opresion y desasosiego, un descontento de sí propio, un temor al porvenir que, como precursores de la justicia divina, preludiaban ya á los remordimientos que mas tarde ó mas temprano acosan á todo delincuente, á menos de que una bestia bruta sea.

¡Oh, cuántas menos crueldades cometieran los tiranos, si todas hubiesen de perpetrarlas por su mano, ó cuando menos de asistir siempre á la agonía de sus víctimas!—Pero ya saben ellos lo que hacen matando solo con la palabra, y dejando á sus viles sicarios que la cuchilla descarguen, ó el dogal aprieten!

En fin, volvamos á la cárcel de México, si bien no quisiéramos haber llegado á tan melancólicas escenas con nuestro cuento, al comen-zarse festivo, alegre y ligero. Así es la vida; así tambien el tiempo: risa en la juventud, flores en primavera; y en invierno yelos, y en la vejez tristezas!!!

El alguacil mayor caminaba á espacio, temiendo el instante en que con solo ver cada una de aquellas señoras á su esposo, habia de hacerse cargo de la situacion en que le encontraba; porque un calabozo entapizado de negro, y en él un altar con Crucifijo y cirios encendidos, revelan tan á voces su objeto, que una sola mirada sobra para que el menos avisado lo adivine.

—¿Dónde están? (preguntó Elvira, mas impaciente ó menos abatida que su cuñada.)

—Vuestro esposo, (respondió Sámano, dirijiéndose á Mencía y haciendo seña al llavero que le precedia de que abriese un calabozo) vuestro esposo en esa estancia: entrad, señora.

Y apresurando su marcha, para no presenciar los primeros trasportes de dolor de la mujer de Gil Gonzalez, llevóse en pos de sí á la de D. Alonso, hasta conducirla á la capilla de aquel, que estaba en el extremo de la cárcel opuesto al que ocupaba la de su hermano.

—Aquí es: dijo al llegar á la puerta, y retiróse precipitadamente antes de que el llavero concluyese de tirar los cerrojos.

En el discurso de su vida, sembrada de contradicciones y amarguras, el autor de estas páginas ha presenciado muchas catástrofes, asistido á no pocos dolorosos espectáculos, y vistose él mismo mas de una vez ya en calabozos, ya en grave riesgo de sucumbir al furor de enconadas pasiones políticas: pero nada, gracias al cielo con él piadoso, ha superado las fuerzas de su espíritu mas que la consideracion de lo que padecen, no aquellos que mueren á mano airada, sino los que, dependiendo de ellos y amándolos tiernamente, se quedan en el mundo aislados en medio de una multitud que al primer dia dice:—“¿Qué lástima de jentes!”—El segundo: “¡Es preciso consolarse; la cosa no tiene ya remedio!”—Y el tercero esclama con impaciencia: “¡Estais importunos! ¿Quién se acuerda ya de eso!”

Todo lo cura el tiempo; no hay herida que el tiempo no cicatrice: cierto, esceptuando, sin embargo, aquellos á quienes el dolor mata antes de que el tiempo los cure: pero el tiempo tampoco le da á la esposa la consideracion que pierde, ni el amparo que le falta al morir su esposo; ni á la doncella la sombra paterna, antemural poderoso de su honra, garantía de su virtud, y espanto de viles seductores; ni al mancebo la enseñanza y ejemplo, el consejo autorizado, el guia práctico en los escabrosos caminos de la vida. ¡Oh, no! Nada ni nadie reemplaza en el hogar doméstico al jefe natural de la familia, al padre y al esposo; y eso lo sienten, mas que lo saben, las mujeres y los hijos; y por eso, en trances como el que nos sujere estas melancólicas escenas, si bien no quisiéramos haber llegado á tan melancólicas escenas con nuestro cuento, al comen-zarse festivo, alegre y ligero. Así es la vida; así tambien el tiempo: risa en la juventud, flores en primavera; y en invierno yelos, y en la vejez tristezas!!!

cólicas reflexiones, hasta el hijo desobediente, hasta la esposa infiel misma, acuden, desgarrada el alma y en pedazos deshecho el corazón, á decir el último adiós al que en vida ofendieron, y moribundo reconocen ser el alma de su social existencia.

Y si tal acontece á las que á sus deberes faltaron, ¿qué será de aquellas que, limpia la conciencia, pueden estrechar á su acongojado seno, antes de que pase al poder del verdugo, al hombre cuyo apellido llevan honradamente?

Si nuestra pluma fuera ahora la que envidiamos á Young ó á Cadalso, bastara apenas á bosquejar los dos fúnebres cuadros que nos esperan; porque en verdad no hay palabras suficientes á encarecer, ni el dolor humilde de Mencía, ni la pena altiva de doña Elvira. Supla la fantasía del lector lo que nuestro inseguro pincel á retratar no alcanza, y ponga la sensibilidad sus esquisitas tintas allí donde las de la pobre paleta del autor manchan inhábiles el lienzo.

Abriese el calabozo donde Gil Gonzalez, sentado cabe el altar, meditaba con melancólica serenidad sobre el cruel capricho de la fortuna que, de la quietud de su pacífico retiro, le arrojaba tan sin culpa suya bajo el hacha judicial; herir los ojos de Mencía el resplandor opaco de los amarillentos cirios, y el triste, aunque piadoso aspecto del Redentor crucificado: y esclamar la infeliz:—*Van á matarle!!!* y caer sin conocimiento en brazos de su esposo, no sabemos qué cosa fué primero.

—Mencía de mi vida! (Murmuró Gil asiendo á la desmayada señora:) vuelve en tí: piensa en nuestros hijos!

¿Nuestros hijos! Quien no los tiene ignora seguramente el poder invencible de esa frase, talisman omnipotente en el corazón de una madre, iris de paz en las tormentas conyugales, norte de la vida cuando cesan todos sus demás atractivos; báculo con cuyo apoyo soporta el hombre hasta la carga misma de la miseria, lazo con que la posteridad nos une, único antídoto contra la gangrena del egoísmo.

¿Nuestros hijos! Esas palabras son á un tiempo la historia y el porvenir de los padres; el resumen de sus afectos; el símbolo de su honra; el cimientito de su orgullo; el consuelo de todos sus males, y el origen también de todas sus penas.

¿Nuestros hijos! ¿Pues, si por ellos no fuera, cómo habian de soportar los desheredados de la fortuna la ruda lid y desesperada lucha contra las escijencias de la necesidad, y las tentaciones del vicio á que nacen de por vida condenados!

¡Oh, sí! La voz de Gil Gonzalez, recordando á Mencía sus hijos, penetró en el alma de la aflijida esposa, rompiendo las tinieblas de su angustia, como desgarró el rayo solar el seno de la mas densa nube; y apareciendo en aquel mísero lacerado corazón la imájen de las inocentes prendas de una unión hasta entonces tan feliz como casta, diéronle fuerzas para soportar su martirio.

Y recobró Mencía los sentidos; y cayendo de rodillas ante el que en el Gólgota derramó su sangre por redimir á la humanidad culpable, mereció que el ángel de la resignacion confortara su espíritu con el bálsamo de la esperanza en Dios; y luego, sentada en el banco del preso, enlazando cariñosamente su cuello, bañando con lágrimas sincerísimas el rostro del padre de sus hijos, pudo hablar de ellos y de su futura suerte, si no con serenidad, al menos sin desesperacion, y de manera que Gil Gonzalez llevase á la tumba el consuelo de saber que, aun muerto él, seguiríanse sus consejos en cuanto á la enseñanza de los que el ser le debían.

De vez en cuando rebelábase Mencía contra la iniquidad de la sentencia, negándose á creer que fuera posible la perpetracion del jurídico asesinato de su marido; mas Gil Gonzalez le decía:—“Es una atroz injusticia, sin duda, la que en mi persona va á cometerse; pero no podemos evitarla, amada de mi corazón, ni soy yo el primero de los hombres que muere traídonamente asesinado. No perdamos, pues, el tiempo en inútiles declamaciones y vanas quejas; hablemos de tí y de nuestros hijos, para que despues me queden libres algunas horas, á fin de prepararme al juicio del Hacedor Divino.”

Entonces, volviendo el diálogo, como un arroyo estraviado, á su primitivo cauce, Gil dictaba otra vez reglas de conducta á Mencía, y ella de nuevo protestaba con sinceridad profunda consagrarse á llorar al que idolatraba, y dar tan cristiana cuanto hidalga educacion á sus hijos.

Notemos aquí un fenómeno en el orden moral importantísimo, á saber: que una vida ajustada siempre á las reglas de la sana moral, y la ausencia en ella de pasiones violentas, si no siempre aseguran el posible bienestar en la tierra, producen al menos la inmensa ventaja de preparar el espíritu de manera que en las mas desecha tempestades y crueles tormentas, halla siempre recursos en sí mismo para resignarse, y cruzar, ilesas su dignidad y entereza, el piélago insondable de las desdichas humanas.

La escena que nos ocupa lo prueba así con evidencia: en los dos esposos que en ella figuraban, la afliccion era honda sin duda alguna, mas también serena sin altivez, también digna sin teatral aparato; preparándose él á morir en el suplicio, y ella á la viudez, con resignacion cristiana y heroica conformidad.

¿Qué pasaba en tanto en el calabozo-capilla de D. Alonso de Avila! Allí no menos fortaleza, quizá mas elevacion de ánimo, pero también mucha menos ternura, infinitamente menos humildad ascética.

—En fin! (esclamó Elvira entrando en la lúgubre estancia). En fin, Alonso, esos malvados van á satisfacer en la vuestra, la sed de sangre noble que los devora!

—En mí, Elvira mía (respondió Avila besando la mano de su esposa), importara poco: pero tambien asesinan á mi pobre Gil....

—Es hermano vuestro, Alonso, y es caballero. ¡Parceos poco delito!

—No puedo, Elvira; no puedo avenirme con la idea de que mi hermano, inocente de toda culpa en este caso, ignorante de mis proyectos, tan ajeno á mis gloriosos malogrados pensamientos, como á mis locas mocedades, haya de morir en el cadalso. Os digo—y perdóname Dios—que hay para dudar de la justicia de la Providencia, si tal acontece.

—No blasfemeis, esposo mio, en tales momentos: la Providencia ofrece á los buenos en el martirio el medio de conquistar la gloria eterna....

—Es cierto, Elvira; así lo creo, respetando humilde, en cuanto á mí sobre todo, los inescrutables designios del Altísimo: pero ¡qué que-rais que os diga! Me rebelo contra el inicuo asesinato de Gil Gonzalez. Sí; es un infame villano asesinato el que esos hombres cometen; es, en fin, porque quiero descubrirlos hasta lo mas profundo de mi pensamiento, es matar mi alma al propio tiempo que mi cuerpo.

—¿Por qué, Alonso, por qué?

—¿No comprendéis, Elvira, que la sangre de mi hermano va á caer sobre mi cabeza, al hacer rodar entrambas el hacha del verdugo? ¡No comprendéis que voy á comparecer ante el Juez Supremo con el nefando sello de los fraticidas estampado en la frente!

—No deliréis, Alonso mio; no deliréis, por el cielo santo. ¡Seria posible que á vos, el mas valiente caballero de Nueva-España, os abandonase el esfuerzo, cuando esta flaca mujer, cuyas entrañas destroza el dolor de perderos, se muestra serena?

—¿Qué decís, Elvira? ¡El dolor de perderme!

—Alonso, ¿es vuestra esposa, por ventura, alguna despiadada panta?

—Sois una dama honrada y quizá sensible tambien; habeis sido casta y fidelísima esposa; vuestra virtud fué siempre harto superior á mis merecimientos; y no dudo de que sinceramente deplorais mi mala suerte: pero....

—Acabad, Alonso: por duras que sean vuestras palabras, mas merezco.

—Séame testigo *aquel* que dentro de breves horas va á juzgarme, de que no me creo con derecho, Elvira, para reconvenir: antes quiero y debo implorar de vos el perdón de ofensas que no merecisteis nunca: pero, vuelvo á decirlo, entre la compasion que vuestra alma noble y jenerosa, como lo es, no puede negarme, y el dolor que debe sentir nuestra hermana Mencia al perder un esposo amado y digno de serlo, hay harta diferencia, Elvira!

Mientras así hablaba melancólicamente D. Alonso de Avila, deplora-

rando allá en lo íntimo de su corazón la desdicha de no haber acertado nunca á inspirar á mujer alguna, y menos á la suya que á las restantes del largo catálogo de las que poseído habia, un amor de esos que, identificándose con la existencia, refunden dos almas en sola una, contemplábale Elvira, depuesta su altivez nativa, con lágrimas en los ojos, y palpitante el alabastrino seno.

—¿Y quién *te ha dicho* (esclamó al concluir Avila, articulando con dificultad las voces por continuos sollozos interrumpidas), quién te ha dicho, Alonso mio, que no eres tú tanto y mas digno de ser amado que tu hermano? ¡Quién te ha dicho que tu esposa, que tu Elvira no te ama con toda la ternura de su corazón, con todo el fuego de su alma, con toda la exaltación propia de la sangre del guerrero ilustre que en sus venas discurre! Mírame á tus piés de rodillas, Alonso amado, pidiéndote perdón de mis locas altiveces y orgullosos desdenes, causa quizás única, como con dolor profundo lo confieso, de muchos de tus extravíos; y ofreciéndote tarde—muy tarde, sí, para nuestra ventura—el amor de esposa, la pasión de amante, la obediencia de esclava, el arrepentimiento de culpable!

—¿Oh mi Elvira, mi bien, mi dulce señora! ¡Qué estás diciendo? ¡Sueño yo, por ventura, ó estoy ya mas allá del cadalso y de la tumba en la celeste morada, y ha revestido las formas de mi Elvira alguno de los ángeles del Señor predilectos! Habla, mi bien: vuelve á decir que me amas; que tu dulce voz, que tu májico acento penetren de nuevo en mi alma. Habla otra vez, y ven á mis brazos, y dure los siglos de la eternidad mi engaño, si es ilusión del sueño la ventura que gozo!

—Verdad es, Alonso mio; verdad es; yo te amo, sí; yo te adoro. Tu valor, tu desinterés, tu grandeza de ánimo; la caballerosidad, la nobleza de tu corazón, triunfaron de la esquividad del mio y de las sugestiones del orgullo, y.... porque debo decírtelo todo, sí, todo.—Triunfaron tambien de otro amor, culpable por ilícito, pero que nunca llegó á manchar mi honra.

—¿Ven, ven otra vez á mis brazos, ¡oh la mas bella como la mas sublime de las mujeres! ¡Por qué te he conocido tan tarde! ¡Quizá los espíritus celestes solo á los moribundos se revelan!

—¿Me perdonas, Alonso?

—¿Te adoro, Elvira! ¡Es mio, enteramente mio, tu corazón!

—Como de Dios la fé que profeso. Y tú, Alonso ¿eres ahora de tu Elvira completamente?

—¿Oh mi bien, soy tan tuyo, tan del todo tuyo, como será mañana mi cuerpo del verdugo!

Y en aquel calabozo entapizado de negro, sin mas luz que la de las fúnebres antorchas que sobre el altar ardian, sin mas testigos que la imájen angustiosa del Hijo de María en la cruz enclavado, sin mas porvenir que el de algunas horas de agonía, y con el cadalso en proc-

sima perspectiva, aquellos dos esposos que en largos años de libertad, opulencia y magnífico estado nunca pudieron avenirse, trocaron sus almas, encadenaron sus voluntades, y estrechamente enlazados, sintieron palpar unísonos sus dos magnánimos corazones.

¡Oh, sí! Cuanto Elvira había soñado de grandezas y quiméricos triunfos; cuanto D. Alonso gozado, en voluptuosas orjías, fué humo, vanidad, viento y decepción, comparado á la ventura celeste de sus almas uniéndose al borde de la tumba, y entreviendo en la eternidad un mundo donde para siempre vivir en lazo indisoluble, sin sobresaltos ni temores.

Avila y Elvira fueron dichosos, completamente dichosos algunos instantes; mas dichosos que ellos mismos lo creían posible, en la capilla de la cárcel de México.

Tanto peor para él que lo dude, pues en tal caso nos permitirá decirle que tiene sentidos, pero no un alma sensible, prenda, á la verdad, mas importante para figurar en una novela que para sacar partido de este pícaro mundo.

No faltará tampoco quien acuse á Elvira de inconsecuencia, y al autor de su historia de no haber sostenido como debía su carácter, pues no se consiente en libros como el presente que la heroína ame nunca mas de una vez, y esa tan de veras que, si de amor no muere, al menos llegue á necesitar la unción santa. Ya no recuerdo en qué parte ó capítulo probé, á mi modo, que es un absurdo decir que solo se ama una vez en la vida, siendo el amor un sentimiento innato, una dote propia, lo mismo que el talento y que el valor, de que cada cual usa en el discurso de su existencia, aplicándola segun los casos y las circunstancias; ya dije, y repito porque así lo creo, que puede amarse, y mucho y sincera y apasionadamente, veces distintas y sucesivas, mientras duran las facultades amatorias, lo mismo que un hombre no gasta su valor en la primera hazaña, ni su ingenio en el primer caso difícil que salva, y los encuentra y usa siempre que el peligro lo exija ó la ocasión lo requiere. Mas por lo que á Elvira en particular respecta, hay que tener presente su posición escepcional en todos sentidos, y que si naturalmente hubo de apartarse de su marido mientras vió en él al libertino desenfrenado, al ocioso insustancial, nada mas lógico que el que la cautivase luego que se hizo precisamente todo lo contrario.

El infeliz D. Fernando de Valdestillas tuvo la desgracia de ser el instrumento destinado á despertar en el corazón de Elvira el adormecido perezoso instinto amoroso; si las circunstancias por una parte, y la sólida virtud de la esposa de Avila por otra, no los separasen invenciblemente, no dudamos de que la bellísima nieta del conquistador de México le amara hasta el fin de sus días; mas Elvira, que nunca sacrificó sus deberes ni por un instante al amor de D. Fernando, que jamás le miró sino como imposible, que siempre se consideró á

sí misma culpable en el hecho de no amar á su esposo; sin violencia ninguna, sin ser inconsecuente á su carácter, lejos de eso conforme á él, pudo y debió entregarle su corazón á D. Alonso en los momentos en que lo hizo.

¡Y qué momentos! En verdad los mas á propósito para cautivar un alma como la de aquella hermosura, dotada de una exaltación entusiasta y sin límites, y por el cúmulo de desdichas que en pocos días cayeron sobre ella, á un estado de excitación violenta casi inconcebible llegada.

Y si, como lo dijimos muy desde que de Elvira á hablar comenzamos, su corazón no podía rendirse á una pasión vulgar, su alma necesitaba un amor imposible: ¿cuál mas imposible que aquel que, á un hombre á muerte condenado y ya en capilla puesto, se consagra?

Finalmente, si todos esos argumentos no bastan, alegaremos el decisivo, la última ratio de los historiadores; así fué, lector carísimo; así fué, y contra los hechos no hay raciocinio que valga.

Volviendo ahora á nuestros amantes esposos, digamos que, no por entregarse, como lo hicieron, á su lícito exaltado amor, olvidaron del todo las amargas circunstancias en que se encontraban, ni los deberes que ellos les imponían.

D. Alonso, atormentado siempre por el recuerdo del sueño ó aparición en que la sombra de su padre le había hecho responsable de la vida de su hermano Gil Gonzalez, insistió mas de una vez en lamentarse de la sentencia inicua que al inocente confundía con el culpable; y ya, por último, dijo á su esposa:

—¡No ha de haber, Elvira amada, medio alguno de sustraer á mi hermano á la horrible inmerecida suerte que le aguarda! ¡Ah, si nuestro padre estuviese en México! ¡Ah, si Fernando de Valdestillas no nos hubiera dejado!

La infeliz Elvira, que por no afijir inútilmente á su marido, había le hasta entonces ocultado el reciente fallecimiento de D. Martin Suarez; y por no despertar en el corazón de D. Alonso la memoria de los antiguos zelos, evitado tambien hablar del hijo del comunero, no pudiendo, al oír que así invocaba el generoso sentenciado aquellos dos nombres, reprimirse mas tiempo, exclamó con doloroso acento:

—¡Ay, Alonso mio, tu Elvira, que mañana será viuda, es huérfana ya de pocos momentos acá...

—¡Cielos! ¡D. Martin ha muerto!

—¡En mis brazos, Alonso!

—¡Cómo, Elvira, cuándo!

—Alevosamente asesinado por un indio fanático; y su cuerpo aun no estaba frio cuando de él me he separado para venir á darte el último adiós!

—¡Oh fatalidad incomprensible la que sobre nosotros pesa! ¡oh rigor implacable de la suerte con la descendencia de un hombre por su

grandeza para siempre ilustre!—¡Pobre esposa mia! ¡Infeliz Elvira! Todo lo pierdes en un momento mismo: Dios te dé fuerzas para soportar tanta desdicha.

—Y á tí, mi Alonso, para morir á un tiempo como cristiano y como caballero!

—No me faltarán, mi dulce señora, no me faltarán, yo te lo juro por tus divinos ojos: pero ¿qué va á ser de tí, una vez terminada la tragedia de mi vida?

—¿Qué va á ser de mí, Alonso? ¡Y tú no lo adivinas? ¡Puedo yo vivir en medio de los asesinos de todo cuanto en el mundo he amado? ¡Puedo en realidad ni aun vivir, cuando nada me es posible amar!

—¡Habré yo de recordarte, amada esposa, que la vida no es nuestro bien, sino nuestra carga, y que no nos es lícito soltar la cruz que en suerte nos cabe, por inmensa que sea su pesadumbre!

—No, Alonso mio, no he menester que me recuerden mis obligaciones de cristiana.

—No te entiendo, entonces.

—Así que, dejando este valle de lágrimas, vuela tu espíritu generoso á la mansion de los bienaventurados, Alonso, tu esposa entrará en un claustro para no salir nunca de aquel retiro.

—¡Tan jóven y tan bella, y tan noble y tan rica, amada de mi alma, reducirte á la estrechez de una celda y á la soledad de un monasterio! No, mi bien, no: yo no puedo consentirlo. Inmensa es y debe ser ahora tu afliccion; quiero lisonjearme con la esperanza de que mi memoria no se borre de tu pecho; pero... en fin, Elvira, no hay pena que el tiempo no alivie, no hay melancolía que á los años no ceda, no hay corazon de mujer hermosa que mas tarde ó mas temprano... ¡No te rebelés hoy contra tu esposo, y óyete paciente por la vez postrera!—Pasarán años, quizá, sin que otro amor te sea posible; al cabo de ellos un día pudiera parecerte lo contrario. Huye de México, vete á Europa, llevándote contigo á nuestros criados, sobre todo á Juan de Victoria y Gonzalo Nuñez, que celosa y honradamente nos sirvieron siempre...

—No mas, Alonso: mi resolucion está tomada y es invariable: un convento para siempre: y ese convento cerca de tu sepultura.

—Elvira mia, esa resolucion es un delirio. ¿Sabes tú lo que son dias, y meses, y años de soledad constante?

—¡Oh, no será larga esa soledad que tú tanto temes para tu Elvira, y ella anhela con toda su alma! No será larga, no: mi pena es compasiva; es de las que matan pronto.

—No me digas tal, si no quieres que el dolor acabe antes que el verdugo con mi vida!

—¡Tanto temes reunirte de nuevo con tu Elvira! Antes de un año, el corazon me lo dice, estaré contigo, Alonso amado!

—¡Y morir cuando soy tan dichoso! ¡Morir cuando así y tan de ve-

ras me ama la mas perfecta de las mujeres! ¡Morir cuando por vez primera amo sin culpa! ¡Morir, Dios mio, al saber que un ángel poseo!

—Alonso, resignémonos con la voluntad de Dios: nuestro amor no es de la tierra: solo en el cielo puede gozarse!

Otra vez al llegar el diálogo al punto en que lo interrumpimos, sofocó la pasion todos los demas penosos sentimientos que aquellos dos amantes corazones no podian menos de agitar en tan amargas circunstancias: otra vez, olvidando, estrechamente enlazados, el sitio en que se hallaban y el tremendo dia que á pasos ajigantados iba acercándoseles, fueron momentáneamente felices los dos esposos.

Mas tal ilusion no podia prolongarse mucho; y en efecto, Avila volvió pronto á la idea que le atormentaba; la sentencia de su hermano, con cuya evidente injusticia no acertaba á resignarse, ni era fácil en verdad hacerlo.

Dominado, pues, como por un remordimiento, por aquella preocupacion, volvió á decirle á Elvira:

—Mi muerte es sin duda espiacion, dura quizá, mas al cabo merecida, de mis culpas y extravíos: pero la de Gil... la de Gil, una infamia... la crueldad mas gratuita, mas inútil que cupo nunca en corazon de tigre.

—Cierto, Alonso. ¿Mas es nuestra la culpa por ventura?

—Mia es hasta cierto punto, y lo será mas, si no consagro lo que de vida me resta á salvar la de mi infeliz hermano. ¿Qué es de Fernando de Valdestillas? O yo le conozco mal, ó si él está en México, no ha de consentir que impunemente asesinen á Gil.

Elvira, en respuesta, refirió á su marido puntual, aunque brevemente, todo lo que el lector conoce de las aventuras ó mas bien desventuras del hijo del comunero desde que, separándose en Tlaxcala de su anciano padre, acudió á México en hábito de novicio de la Orden Seráfica, hasta el momento en que le habia dejado velando, con Fr. Diego de Olarte, el cadáver de D. Martin Suarez de Monroi. Conocia demasiado bien D. Alonso á los hombres en jeneral y á la jente de México en particular, para que le sorprendiera de ningun modo el jiro que, á causa de la prision del marqués y los principales de su parcialidad, tomaron los negocios políticos, ni menos que el terror se hubiese apoderado de los ánimos de nobles y plebeyos, de indios y castellanos igualmente: pero al mismo tiempo, teniendo fé profunda en la hidalguía de los sentimientos, y en el valor resuelto de D. Fernando, érale imposible persuadirse de que aquel poético esforzado mancebo se rindiese como los demas al poder de las circunstancias.

—“Tú, Elvira [decia], eres injusta con ese mozo: le faltan instrumentos, sí; quizá por carecer de esperiencia, y estar por su desventurada pasion preocupado, no halla en sí mismo los recursos que un hombre como yo encontrara para salvar á sus amigos: pero abando-

narlos, pero contentarse con verter estériles lágrimas sobre sus tumbas...! No, Elvira, no: Fernando es incapaz de tal cobardía!

—¡Oh! ¡Sin ser cobarde puede hoy desesperar de salvaros!

—A mí no es posible: pero á mi hermano...

—¿Por qué á Gil mas bien que á tí, Alonso mío!

—Porque yo soy aquí la víctima predilecta, y mas diré, predestinada. Dios quiere que yo muera en el cadalso, y será. No así de Gil, Elvira. Es preciso que yo vea á Fernando.

—¿Y cómo!

—Fácilmente.

—Espíciate...

Al decir así la bella Elvira, resonaron los cerrojos y abrióse la puerta del calabozo, apareciendo en ella, pálido como un cadáver, Juan de Samano, quien dijo con voz balbuciente:

—Comienza á amanecer, señora, y es preciso que os retireis.

—¿Tan pronto! [esclamó aterrada la bellissima dama.]

—Necesito algun descanso, Elvira amada, si no he de comparecer ante el pueblo ojeroso y caído, cual si tuviera miedo. Retírate ahora,...

—¿Volveremos á vernos!

—Sí, Elvira: todavía una vez para despedirme de tí. ¿No es verdad, Sámano!

—Como gustáreis, D. Alonso.

—Ya lo oyes, mi bien: retírate.

Quiso Elvira hablar y no pudo: los sollozos anudaron las voces en su garganta; y cediendo, en fin, por completo á la humana debilidad, siendo una vez en su vida mujer, y no mas que mujer apasionada y sensible, desmayóse en brazos de su esposo. Entonces Avila, hondamente conmovido, mas dominándose con heróico esfuerzo, dióle un tiernísimo beso en los apagados ojos, y dijo á Juan de Sámano:

—Aprovechad ahora la ocasion de llevaros á esta desdichada; haced que á mi quinta de Chapultepec la conduzcan para que el clamoreo de las campanas no hiera sus oídos, y que no vuelva... que no vuelva á verme. Si esta escena se repite, puede privarnos á mí del valor que tengo, y á ella misma de la vida.

Dos llaveros ejecutaron la orden de Avila, procurando suavizar sus rudas manos para sustentar en ellas el cuerpo desmayado de la bella Elvira, el Alguacil mayor, que ya en el mismo lastimoso estado habia tenido que sacar á Mencía del calabozo-capilla de Gil Gonzalez, murmuró entre dientes:

—¡Maldito encargo me dieron los Doctores! ¡Matar á un hombre con la espada, es un juego en comparacion de hacerle agonizar tan penosamente en capilla! ¡Alcanzará la misericordia de Dios á los que á tanto se arrojan!

Ya el espíritu inflexible del remordimiento comenzaba á esgrimir su duro azóte contra los asesinos de los Avilas!



CAPITULO IX

DE UNA APARICION QUE TUVO DON FERNANDO DE VALDESTILLAS, Y DE LA MALA NOGHE QUE PASARON LOS DOCTORES CEINOS Y VILLALOBOS LA DEL DOS AL TRES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1566.

SALGAMOS un momento de la mefítica lóbrega atmósfera de cárceles, calabozos y capillas, á respirar el puro ambiente del clima mexicano, ya que no en el campo como quisiéramos, y nuestro angustiado pecho necesita, al menos en un, no sabemos si llamarle jardín ó cementerio del convento de San Francisco de Tlatelolco; pues aunque á la verdad no es alegre el espectáculo que nos espera, al cabo variamos de escena, y por triste que ella sea, nunca puede ser tan ingrata y repugnante como lo será siempre considerar de cerca á infelices condenados por la Justicia [así la llaman] á morir en el patíbulo, ya por culpas propias, ya por ajenos errores, si no en satisfaccion de las rencorosas pasiones de sus pretendidos jueces, y en realidad asesinos.

Habia en la época de nuestro triste relato un gran patio interior en el convento de San Francisco, poblado de cedros y cipreses en distintas calles repartidos, y bajo cuya melancólica sombra estaban las sepulturas de los religiosos que el Señor se dignaba llamar á mejor vida.

En ese, como decíamos, jardín ó cementerio, porque las funebres cruces alternábanse allí con árboles y flores; en ese cementerio, repetimos, de ordinario sombrío y silencioso durante las altas horas de

narlos, pero contentarse con verter estériles lágrimas sobre sus tumbas...! No, Elvira, no: Fernando es incapaz de tal cobardía!

—¡Oh! ¡Sin ser cobarde puede hoy desesperar de salvaros!

—A mí no es posible: pero á mi hermano...

—¿Por qué á Gil mas bien que á tí, Alonso mío!

—Porque yo soy aquí la víctima predilecta, y mas diré, predestinada. Dios quiere que yo muera en el cadalso, y será. No así de Gil, Elvira. Es preciso que yo vea á Fernando.

—¿Y cómo!

—Fácilmente.

—Espíciate...

Al decir así la bella Elvira, resonaron los cerrojos y abrióse la puerta del calabozo, apareciendo en ella, pálido como un cadáver, Juan de Samano, quien dijo con voz balbuciente:

—Comienza á amanecer, señora, y es preciso que os retireis.

—¿Tan pronto! [esclamó aterrada la bellissima dama.]

—Necesito algun descanso, Elvira amada, si no he de comparecer ante el pueblo ojeroso y caído, cual si tuviera miedo. Retírate ahora,...

—¿Volveremos á vernos!

—Sí, Elvira: todavía una vez para despedirme de tí. ¿No es verdad, Sámano!

—Como gustáreis, D. Alonso.

—Ya lo oyes, mi bien: retírate.

Quiso Elvira hablar y no pudo: los sollozos anudaron las voces en su garganta; y cediendo, en fin, por completo á la humana debilidad, siendo una vez en su vida mujer, y no mas que mujer apasionada y sensible, desmayóse en brazos de su esposo. Entonces Avila, hondamente conmovido, mas dominándose con heroico esfuerzo, dióle un tiernísimo beso en los apagados ojos, y dijo á Juan de Sámano:

—Aprovechad ahora la ocasión de llevaros á esta desdichada; haced que á mi quinta de Chapultepec la conduzcan para que el clamoreo de las campanas no hiera sus oídos, y que no vuelva... que no vuelva á verme. Si esta escena se repite, puede privarnos á mí del valor que tengo, y á ella misma de la vida.

Dos llaveros ejecutaron la orden de Avila, procurando suavizar sus rudas manos para sustentar en ellas el cuerpo desmayado de la bella Elvira, el Alguacil mayor, que ya en el mismo lastimoso estado habia tenido que sacar á Mencía del calabozo-capilla de Gil Gonzalez, murmuró entre dientes:

—¡Maldito encargo me dieron los Doctores! ¡Matar á un hombre con la espada, es un juego en comparacion de hacerle agonizar tan penosamente en capilla! ¡Alcanzará la misericordia de Dios á los que á tanto se arrojan!

Ya el espíritu inflexible del remordimiento comenzaba á esgrimir su duro azóte contra los asesinos de los Avilas!



CAPITULO IX

DE UNA APARICION QUE TUVO DON FERNANDO DE VALDESTILLAS, Y DE LA MALA NOGHE QUE PASARON LOS DOCTORES CEINOS Y VILLALOBOS LA DEL DOS AL TRES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1566.

SALGAMOS un momento de la mefítica lóbrega atmósfera de cárceles, calabozos y capillas, á respirar el puro ambiente del clima mexicano, ya que no en el campo como quisiéramos, y nuestro angustiado pecho necesita, al menos en un, no sabemos si llamarle jardín ó cementerio del convento de San Francisco de Tlatelolco; pues aunque á la verdad no es alegre el espectáculo que nos espera, al cabo variamos de escena, y por triste que ella sea, nunca puede ser tan ingrata y repugnante como lo será siempre considerar de cerca á infelices condenados por la Justicia [así la llaman] á morir en el patíbulo, ya por culpas propias, ya por ajenos errores, si no en satisfaccion de las rencorosas pasiones de sus pretendidos jueces, y en realidad asesinos.

Habia en la época de nuestro triste relato un gran patio interior en el convento de San Francisco, poblado de cedros y cipreses en distintas calles repartidos, y bajo cuya melancólica sombra estaban las sepulturas de los religiosos que el Señor se dignaba llamar á mejor vida.

En ese, como decíamos, jardín ó cementerio, porque las funebres cruces alternábanse allí con árboles y flores; en ese cementerio, repetimos, de ordinario sombrío y silencioso durante las altas horas de

la noche, al sonar la última campanada del reloj anunciando el término del día dos y el principio del tres de Agosto, pudiera ver el curioso, si alguno lo fuese tanto que hasta aquel recóndito parage llevara sus indagaciones, entrar dos hileras paralelas de religiosos, gravemente melancólicos los rostros, con encendidos cirios en las manos, en voz sumisa, mas con solemne ritmo, entonando uno de los salmos del oficio de difuntos. La cruz con manga negra, los ciriales, los turiferarios, el hisopo y calderilla, precedían á un ataúd por seis frailes llevado, y en pos del cual iban tres sacerdotes revestidos con ornamentos de luto, cerrando el acompañamiento hasta media docena de indios cristianos, á cuya cabeza figuraba nuestro buen amigo el tlaxcalteca Cristóbal; y otro tanto número de europeos de condicion media, á juzgar por sus trajes.

Mas por cumplir con las formas que por necesidad, decimos que el cuerpo en el ataúd encerrado, era el de D. Martin Cortés de Suarez, el del hijo de Catalina la primera esposa de Hernando; el del padre de Elvira; el del *Mártir*, en fin, inventor y autor de la funesta conjuración que tan desastrosamente estaba á punto de desenlazarse.

Luego que las mugeres de los dos hermanos Avilas salieron de la estancia mortuoria para seguir á Juan de Samano á la cárcel de México, Fr. Diego de Olarte y Fernando de Valdestillas, en una conversacion que ante el cadáver de su infeliz amigo tuvieron, despues de haber convenido en que indudablemente anunciaba la condescendencia de los doctores con las esposas de los presos algun gravísimo y no fausto cambio en la suerte de aquellos, creyeron tambien oportuno, tanto para evitar que se renovase el dolor de Elvira, cuanto para no dar pretexto á mas persecuciones y pesquisas judiciales, proceder desde luego á la inhumacion del cuerpo de D. Martin. Acordado así, dictó el provincial las disposiciones convenientes para improvisar un funeral, piadoso al menos, ya que en la ostentacion no correspondiera á la categoría que en el mundo debiera ocupar el primogénito del conquistador de Nueva España; y en efecto, llevado el cadáver al convento en una silla de manos por los criados de D. Alonso, hiciéronsele á puerta cerrada exequias de cuerpo presente, y condujosele en seguida al cementerio de la comunidad, concediéndole los honores de aquella sepultura, tanto por los beneficios que la órden debía á su ilustre padre, cuanto por la piedad cristiana y amor á los frailes franciscanos que tuvo y probó con hechos durante su vida, el asesinado caballero mismo.

D. Fernando de Valdestillas quiso ser uno de los que con sus propias manos cavaran el hoyo en que para siempre iba á descansar el cuerpo de D. Martin, y tambien él, en ausencia de todo pariente, se abrogó el privilegio de arrojarle encima el primer puñado de tierra, diciendo mas con el corazon que con la lengua:

"BLANDA TE SEA, al derramarla encima."

Ya el lector supondrá que Fr. Diego seria el oficiante en la triste ceremonia, concluida la cual, y pronunciado el postrer voto que los hombres pueden hacer por sus semejantes, voto que bellamente expresa la Iglesia con estas sencillas palabras: "*En paz descansa!*" retiráronse todos los del fúnebre cortejo, quedando solo ante la sepultura el desesperado doncel hijo del comunero.

¿Y qué pretendia, qué buscaba, qué era lo que esperar podia Fernando á tales horas, en aquel parage y en tan tristes circunstancias?

Pretendia recoger un instante su agitado espíritu; buscaba la calma necesaria para meditar con fruto; esperaba una inspiracion del cielo para salvar á sus amigos. ¿Y de quién mas que del cielo, y dónde mas que en la sepultura del mártir podia prometerse lo que mas que vivir anhelaba? En México no halló mas que egoistas empedernidos, ó espíritus aterrados; de Fr. Diego no habia que esperar sino palabras de paz, consejos de resignacion, preceptos de obediencia pasiva; y así no era posible salvar á los que ya sobre sus gargantas tenian suspendida de un cabello la espada de la justicia, en arma de venganza convertida.

Y por otra parte, Elvira le habia encomendado la guarda del cadáver de su padre, y Elvira tambien aconsejado que procurara inspirarse del espíritu del mártir. ¿Dónde podia cumplir mejor el precepto, y seguir con mas puntualidad el consejo que allí en el cementerio y sobre la tumba apenas cerrada?

Quedóse, pues, solo cuando se retiraban todos; y echando atras la cogulla del hábito, dejóse caer de hinojos sobre la sepultura, levantó los ojos á la estrellada bóveda celeste, y con acento de dolor profundo á par que de fe sincera, exclamó:

"Alma generosa del pobre mortal cuyos caducos restos descansan
"bajo mis rodillas, si hasta el asiento inmortal que á tus virtudes y
"padecimientos otorgó sin duda la justicia divina, llegan los débiles
"acentos de una atribulada frágil criatura, vuelve á mí tus ya incor-
"ruptibles ojos, atiende á mis humildes ruegos y dignate inspirarme
"un pensamiento que salve á mis infelices amigos, ó me haga al
"menos morir con ellos. Morir, sí; morir, que será nacer para quien
"desde que la luz del sol ha visto, solo á padecer está avezado, para
"quien ama sin esperanza, para quien teme de continuo dejarse ir á
"la desesperacion misma.—Oyeme, D. Martin; así la prenda de tu
"amor, la para mí en funesto dia nacida Elvira, salga tambien de es-
"te valle de lágrimas, donde inocente apura hasta las heces el cáliz
"de la amargura.—Oyeme, sí, mártir de tí propio, modelo de abne-
"gacion y de virtudes; óyeme y envía á mi espíritu un rayo de la ce-
"leste luz que el tuyo iluminaba!"

Entonces.... pero, antes de escribirlo, detengámonos un instante siquiera á considerar que hablamos de un mozo de apenas veinte años de edad, poéticamente organizado, creyente y religioso por educa-

cion y por índole; esclavo de un amor desdichado; envuelto, por decirlo así, en una atmósfera de muerte y trágicos sucesos, casi desde que saltó de la cuna; y en fin, que se hallaba en un cementerio, de noche, solo, sobre la tumba de un hombre venerable, padre de su amada, ejemplar modelo de increíbles virtudes, y que acababa de espirar ante su vista.

Todas estas circunstancias, justificando un grado de exaltación fuera de las reglas ordinarias de la vida, harán admisible también un alucinamiento, sin tales datos absurdo sin duda en concepto de aquellos que, ratiocinándolo todo, consideran con escéptico desden el mundo de los sucesos fantásticos. Por lo que respecta á los corazones humildes que no se avergüenzan de creer aunque no comprendan, así como á las fantasías verdaderamente poéticas, no tenemos recelo alguno de que de inverosímil tachen nuestro relato, que proseguimos, una vez hecha la anterior é indispensable salvedad.

Y decíamos, ó á decir íbamos, que al terminar D. Fernando de Valdestillas su apasionada invocación al espíritu del mártir, siempre con los ojos fijos en el cielo, vió, sí, *vió*, ora fuese realidad, ora ilusión de su exaltada mente, vió que una estrella errante, desprendiéndose del firmamento, cual suelen de la tormenta los rayos, descendía directamente sobre la tumba de D. Martín: mas antes de llegar á ella suspendió de súbito su precipitada carrera. Entonces, abriéndose el lucero, y convertido en radiante círculo de infinitos brillantes astros, dejó ver en su centro la figura magestuosa de un ser que en lo general de las formas, hombre parecía, pero que en la plácida magestad de su semblante, y en la expresión de inefable amor y misericordia de sus miradas y sonrisa, revelaba mas alta procedencia que la de los hijos de Adán. Cándida vestidura le cubría, boreal aurora le servía de trono, y una palma empuñaba su diestra.

—*D. Martín!* Esclamó Fernando con asombro, mas sin temor alguno.

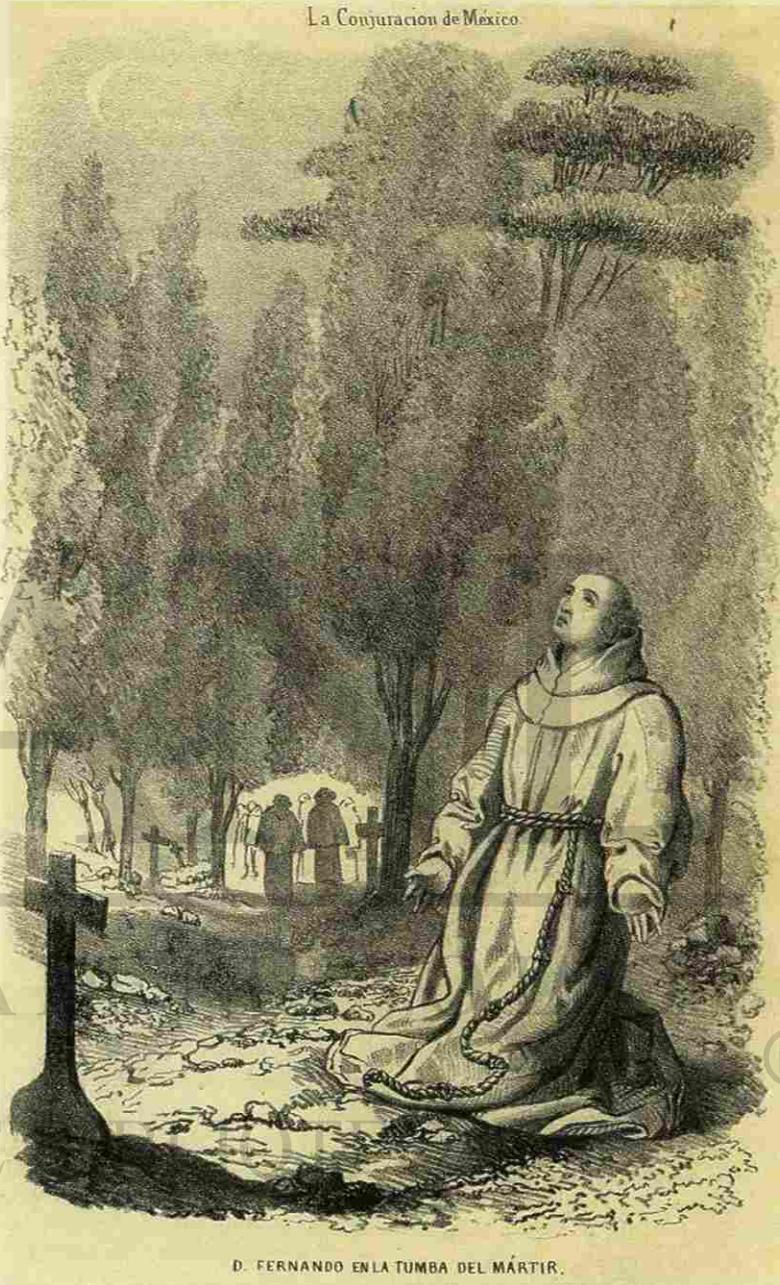
—*D. Martín!* reconociendo en la aparición los rasgos característicos de la fisonomía del padre de Elvira.

—*El mártir!* (respondió el aparecido con un acento que compendia todas las armonías de la naturaleza.) ¡El mártir que viene á ofrecerte su palma, Fernando!

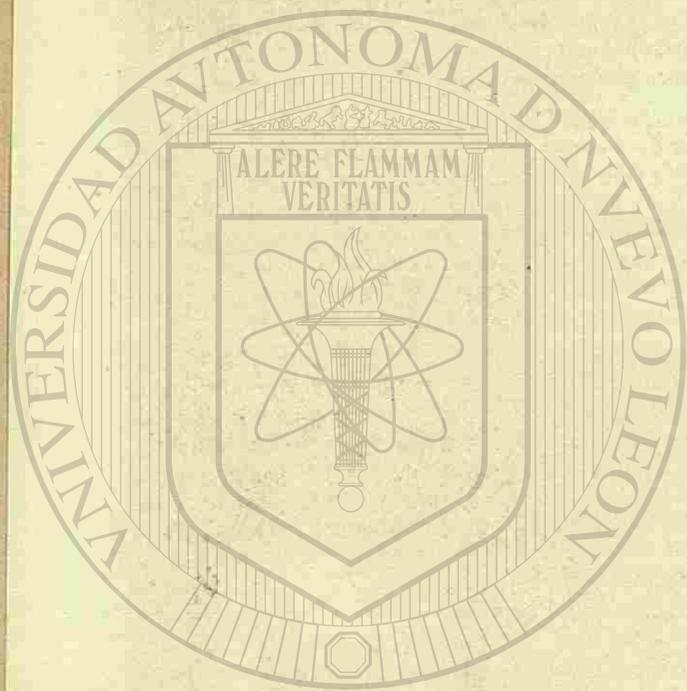
—Si la palma es la muerte (repuso el doncel), bien venida sea.

—“La muerte es la vida! (volvió á decir la aparición): tu hora se acerca; ya el coro de los ángeles te aguarda. . . Evita el escollo de “la desesperación; prepara tu espíritu á comparecer ante el Juez Supremo. . . Tú también serás inscrito en el número de los *mártires*. . . “Tú también á costa de breve tiempo de tu voluntario suplicio en la “tierra comprarás la beatitud eterna. . . . Mi espíritu será contigo hasta el postrer instante. . . . Rescatarás la sangre inocente, y la tuya

La Conjuración de México



D. FERNANDO EN LA TUMBA DEL MÁRTIR.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

"será fecunda como la del cordero.... Fé y esperanza en Dios, que "su caridad no ha de faltarte."

Y al pronunciar tales acentos desapareció la vision, y Fernando, fuerte, sereno, intrépido, como el campeón que seguro de la bondad de sus armas salta á la arena del combate, levantóse de la tumba y salió del cementerio repitiendo:

—“;Fé y esperanza en Dios, que su caridad no ha de fallarme!”

Sin negar, ni mucho menos, el poder de Dios para hacer milagros cuando a sus altos fines conviene, creemos, no obstante, que cuanto de referir acabamos debe considerarse como un fenómeno de alucinacion, producido por las circunstancias dolorosas y sinsabores amargos que al hijo del comunero abrumaban; fenómeno escepcional, sin duda, mas no tanto que no nos fuera fácil citar aquí, si la ocasion lo consintiera, mas de un caso análogo para demostrar hasta qué punto puede estenderse el poderío de una imaginacion eesaltada.

Por otra parte, en el XIV siglo, era doctrina corriente entre los teólogos, y creencia universal en los cristianos, que, ya en espiacion de culpas en este mundo no satisfechas, ya por especial permission de la Providencia y para determinados fines, soljan aparecerse entre los vivos las almas de los finados, eesigir de ellos á veces sufragios, otras restituciones, y aun darles consejos, cuando no anunciarles su próximo fin, eeshortándolos á prepararse cristianamente para la muerte. Las apariciones, en consecuencia, tanto para los espíritus humildes y crédulos ó eesaltadamente fanáticos, cuanto para el vulgo ignorante y supersticioso, pasaban en los tiempos á que nos referimos, no como quiera por hechos innegables, y por consiguiente posibles, sino por fenómeno frecuente; tan frecuente, que pocas personas de la especie indicada dejaban de creerse mas ó menos víctimas de las *Almas en pena*; y para libertarse de su encarnizada persecucion gastaban muchos en sufragios y obras pias gran parte de su hacienda, y todos tiempo infinito en oraciones y penitencias. Verdad es que ya entonces la civilizacion comenzaba á hacer justicia de muchas supersticiones, y que no faltaban hombres que, sin dejar de ser por eso muy buenos cristianos, negasen crédito á los mas de los hechos á que aludimos, atribuyéndolos, con sobrado fundamento, á estravío de la imaginacion de los pacientes de buena fé, y á la supercheria de los charlatanes que, para vivir á costa del prójimo, de todo se aprovechan. Calderon en su *Dama Duende* nos ofrece una muestra de razonada incredulidad, que no podemos resistirnos á copiar aquí, siquiera para que el tono filosóficamente festivo de aquel gran poeta dramático alivie el ánimo del lector de la tristeza que nuestro pendiente relato debe causarle á la altura en que hoy se encuentra.

D. Manuel (el galán) encuentra su estancia revuelta, habiéndola dejado cerrada; recibe papeles sin saber cómo; y en una palabra, es, Tomo III.—16.

en sentir de su criado *Cosme*, juguete de algun duende ó cosa parecida; en tal estado discurren así los dos nombrados personajes:

MANUEL.

En duda tal
El juicio podré perder,
Pero no, *Cosme*, creer
Cosa sobrenatural.

COSME.

¡No hay duendes!

MANUEL.

Nadie los vió.

COSME.

¡Familiares!

MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

¡Brujas!

MANUEL.

Menos.

COSME.

¡Hechiceras!

MANUEL.

¡Qué horror!

COSME.

¡Hay súcubos!

MANUEL.

No.

COSME.

¡Encantadoras!

MANUEL.

Tampoco.

COSME.

¡Mágicas!

MANUEL.

Es necesidad.

COSME.

¡Nigromantes!

MANUEL.

Liviandad.

COSME.

¡Energúmenos!

MANUEL.

¡Qué loco!

COSME.

¡Vive Dios que te cogí!

¡Diablos!

MANUEL.

¡Sin poder notorio!

COSME.

¡Hay *almas del purgatorio*!

MANUEL.

¡Qué me enamoren á mí!

Y véase en ese pasaje, el mas claro y aun osado que contra las supersticiones jeneralmente admitidas conocemos en la literatura española de aquellos tiempos, á Calderon negando [medio siglo muy largo despues de la época que en este libro describir procuramos,] y negando resueltamente *Duende*, *Familiares*, *Brujas*, *Hechiceras*, *Súcubos*, *Encantadoras*, *Mágicas*, *Nigromantes* y *Energúmenos*, que no fué negar poco; y llevando su astucia hasta sentar que los *diablos carecen de poder notorio*: pero deteniéndose, si bien no de muy buen grado, delante de las *almas del Purgatorio*, y para no negarlo que todos creian, forzado á valerse de un ingeniosísimo subterfugio; porque D. Manuel no contradice las apariciones de los espíritus, sino que se entretengan en enamorarlo á él.

Resulta, pues, á nuestro entender, probado no que debemos hoy creer en los *Aparecidos*, sino que al juzgar á los que sí creian en ellos hace tres siglos, forzoso es tomar en cuenta el estado de la civilizacion de su época, las ideas entonces universalmente admitidas, y en resúmen, que las palabras *creyente* y *supersticioso* son, como todas, representación de ideas relativas á los tiempos y circunstancias, no fórmulas de un pensamiento absoluto.

Por tanto, D. Alonso de Avila, dando entera fé á la aparicion de su padre, que debió ser en realidad un ensueño y no otra cosa; así como el jóven D. Fernando de Valdestillas, creyendo, como en su propia existencia, en la vision del espíritu del Mártir, no deben parecernos ni supersticiosos fanáticos, ni crédulos ignorantes; sino simplemente hombres de su siglo, hombres que dotados ambos, cada cual en su jénero y á su manera, de apasionados ánimos y ardientes fan-

tasas, ambos tambien en posiciones en que forzosamente llegaron al grado máximo de la exaltación posible de todas sus facultades, creían ver de bulto y personificadas las elucubraciones de su imaginación calenturienta.

Así el esposo de Elvira se resignó á la muerte sin intentar siquiera la defensa de su cabeza, no porque en realidad le faltara el ánimo, ni porque en sus instintos estuviera el martirio, sino porque creía obedecer los preceptos del mismo Dios, de la boca de su padre oídos; y así D. Fernando de Valdestillas recobró súbitamente su valor sereno, su fuerza moral incommensurable, un momento antes abatido aquel y paralizada esta, en el instante en que creyó tambien que el cielo estaba de su parte, y que el espíritu del Mártir le alentaba.

Que ese poder de los sentimientos poéticos, porque poesía es en resumen hasta la fe misma; que ese poder, decimos, de los sentimientos poéticos en el corazón del hombre, debilitado hoy por lo que se llaman progresos de la civilización, valga más ó menos que el dominio absoluto del cálculo, viven los cielos que no lo discutiremos. Crea cada cual lo que mejor le parezca: pero lo que sí afirmamos, es que sin mucha poesía en el alma (cuenta que decimos poesía, no versificación), ni se acometen, ni se llevan á cabo las grandes empresas. ¡Es tanto más fácil y lucrativo especular en carbon, ó prestar dinero sobre prendas, que consumir la vida investigando la verdad moral, ó arriesgarla en escalar las montañas para arrancarle al firmamento sus secretos y á la atmósfera sus arcanos, ó perderla defendiendo los derechos de todos contra la tiranía de algunos!

Pero ¡á dónde vamos, Dios poderoso! ¡A dónde vamos!—Tiempo es ya de volver al canto llano, prosiguiendo en la relación de las desventuras de los personajes que tenemos ha mucho tiempo en escena, y tan tristemente van roturándose de la del mundo.

D. Fernando, pues, alucinado ó sereno, cada cual juzgue lo que quiera, salió del cementerio del convento y dirigióse á la celda que en él ocupaba, llegado á la cual tendióse en el cenobítico lecho, encomendándose fervorosamente á Dios, y durmióse.... “¿Cómo! ¡En tales circunstancias durmió aquel poético mancebo!—¡Ah, señor autor, señor autor! ¡No sabéis que el sueño es lo más prosaico que imaginarse puede!”—Lo siento mucho, señor crítico, pero fuera de los encantados que, según dice el ingenioso hidalgo, no cierran nunca los ojos, y de los locos que apenas duermen, á todos los demás hijos de Eva nos somete el sueño, más ó menos tiempo, á su soporífico ceño. Dormirse ó morir, no hay más arbitrio; y las vijilias del misero doncel eran ya muchas y largas; y á mayor abundamiento, el sueño huýe de los párpados del irresoluto, pero no se niega nunca á refrescar con sus alas el espíritu de los que, tomada ya una resolución estrema, son capaces de llevarla á cabo tan sin pensamiento de retroceso, como sin posibilidad de flaqueza, llegado que sea el momento crítico.

Tal era el caso de D. Fernando; necesitaba dormir algun tiempo para equilibrar las fuerzas del cuerpo con las del alma; y se durmió cuando quiso dormirse, y profunda y sosegadamente, seguro de despertarse en tiempo oportuno, y de que la máquina puramente física, tendría entonces el vigor necesario para obedecer los impulsos del agente imperecedero que la mueve.

Si, el sueño de la inocencia que, divorciada ya del mundo, tiene en el cielo fijo el pensamiento, descendió á refrigerar el corazón anjélico de Fernando, al propio tiempo que el del valor constante á prestarles fuerzas á los hermanos Avilas para entregar en breve sus gargantas á la segur homicida, sin que el vulgo atónito viese en sus rostros el menor signo de cobardía ó flaqueza. Dios, que es el padre común de los desgraciados; Dios á quien son más gratas las lágrimas del bueno que los incienso del hipócrita; Dios, en fin, que es la misericordia suprema, quiso que durmieran las víctimas, mientras que los sacrificadores triunfantes velaban inquietos, ya temiendo que aun se les huyesen de entre las manos sus míseros enemigos, ya presintiendo lo que abruma el peso de una sola gota de sangre inocente.

Porque, en verdad, los Doctores velaron aquella lígubre noche, inquietos, desasosegados, temerosos, como si ellos fueran los que el cadalso esperaba, y no á los dos caballeros contra quienes la injusta sentencia fulminaron en su rencor inestinguible.

Velaron, sí; Orozco en su estudio solitario, leyendo y releýendo la ley contra los delitos de lesa Majestad, y diciéndose: “*Son traidores: deben morir!*” ¡Como si palabras bastasen á borrar iniquidades! Ceinos, en su lecho, pero atormentado incesantemente por el temor de una sublevación del pueblo; Villalobos, sin osar retirarse á su estancia, haciendo hablar en culto á su hija, y escuchando en vez del acento de Ines, la voz de los Avilas que ante el tribunal divino le emplazaban.

Los tres jueces, de común acuerdo, callaban religiosamente el secreto de la sentencia de los Avilas al público por temor de sublevaciones á sus familias y amigos, ya por evitar indiscreciones, ya por cierta especie de rubor que á todos nos obliga á encubrir, á nuestros dandos y personas íntimas más que á nadie, las flaquezas ó crímenes en que incurrir podemos.

Y sin embargo de tanta reserva, á poco más de la media noche, vió con asombro el Doctor Ceinos entrar en su alcoba á su esposa doña Beatriz, desgredado el cabello, pálido el semblante, encendidos los ojos, hecha, para decirlo de una vez, una furia del Ayerno, sin que le faltase ni la tea incendiaria, pues llevaba en la diestra una luz encendida.

—¿Qué horas de venir son estas! [esclamó el presidente de la Audiencia, años hacia desacostumbrado á nocturnas visitas de su consorte.] ¡Qué me queréis, doña Beatriz!

—¿Qué os quiero? [replicó la furia acercándosele tanto, que le chamuscó los bigotes con la luz.] ¿Qué os quiero, Doctor Ceinos? “Quiero que no consuméis el horrible asesinato que estais preparando. Quiero deciros que si haceis degollar á D. Alonso de Avila, sereis un villano cobarde, y que yo, vuestra esposa, yo misma seré la primera que proclame á la faz del universo vuestra infame alevosía; yo misma, yo iré á echarme á los piés del rey, para decirle por qué disteis muerte al desdichado caballero, y á pedirle que haga justicia. Eso quiero, Doctor Ceinos; eso haré, si ahora, en este mismo instante, no revocais la iniqua sentencia que esta mañana firmásteis.”

Todo lo esperaba, todo lo temia el presidente, menos que su mujer supiera que D. Alonso iba á morir, y mucho menos aún que, de llegar á saberlo, tuviera voluntad y audacia bastantes para impetrar su perdón. Figúrese el lector cuál sería su asombro al contemplar á aquella mujer, convicta y confesa, además, de infidelidad con Avila, y oírle, no pedir, sino esijir amenazando la revocacion de la sentencia de los reos ya en capilla á la sazón puestos.

Al ocupar Villegas los papeles de D. Alonso, consistentes solo, como dijimos en tiempo oportuno, en documentos de familia y administracion de sus bienes, y en billetes galantes, halló largas, eruditas, apasionadas y muchas epístolas de la culta Inés; y menos en número, no muy elegantes en el estilo, pero sí tan significativas como aquellas, unas cuantas de doña Beatriz, entre las cuales descollaba la escrita hallándose herido el infiel galán, para avisarle del peligro que corría por parte de la audiencia.

Avila, harto de Inés, y hastiado de Beatriz, no leyó, como sabemos, sus postreros billetes; pero Manuel de Villegas y Juan de Sámano, no contentos con profanar ellos con sus prosáicas miradas los misterios de la doctoral galantería, tuvieron la feliz ocurrencia y sana intencion de poner en manos de Villalobos las epístolas de su hija, y en las de Ceinos las cartas de su esposa, que fué probarles á los dos la liviandad de entrambas señoras.

Mas á Villalobos le quedaba el recurso de achacar á la inocencia y á la seducción las fragilidades de su sapientísima hija; y á ella el arbitrio de llorar elejicamente para obtener el perdón de sus culpas. Luego, el corazón de un padre, aunque sea juez, suele ser de suyo blando y á la compasión indulgente con sus hijos inclinado: por manera que, con graznar Villalobos cuatro vulgaridades por la perversidad del siglo, y jeremiarse una docena de párrafos ininteligibles sobre los engaños de los hombres y las decepciones de un corazón sencillo, hicieron las paces el padre y la hija, volviendo el primero á creer que era una Lucrecia, y la misma Inés á oírse llamar recatada doncella con serenidad imperturbable. Lo único grave que de aquella tempestad resultó, fué la resolución firme que hizo Villalobos de encontrar culpable á D. Alonso y degollarle por ende.

Difícilísima, empero, fuera la soldadura del negocio en casa del doctor Ceinos, si los años, los achaques y la posicion que ocupaba en el mundo, no enfrenaran su iracunda condicion; porque ni las fragilidades de Beatriz admitían la disculpa de la ignorancia ó de la inesperienza, ni el carácter de su marido era de los que fácilmente se avienen á sufrir resignados un notorio agravio. Ceinos, entregado esclusivamente á la ambicion, á la codicia y á los negocios, curábase en verdad poco de escudriñar la conducta de su mujer, á quien no amaba, y sin cuyo cariño podia vivir satisfecho. A su edad, el corazón entra por muy poco en la felicidad de la vida. Mientras pudiese ignorar que era infamado, seguramente no se diera el doctor por entendido de su afrenta; pero las cartas á D. Alonso llegaron á poder de Ceinos por conducto de Villegas y con conocimiento de Sámano, y el testimonio de aquellos papeles era de tal naturaleza que un ciego tuviera que rendirse á su evidencia. En el primer instante, pues, el presidente de la audiencia resolvió encerrar para siempre á la culpable en un claustro, y aun, si necesario fuese, considerarla complicada en la conjuracion y juzgarla ni mas ni menos que á los demas acusados; pero Beatriz, que era lo que los franceses llaman *une maîtresse femme*, armándose de su propia culpa, opuso resuelta el escándalo á la justa cólera del ofendido esposo. El escándalo, cabeza de Medusa de la ejida tras de la cual se hacen invulnerables las mujeres de mala índole; el escándalo, que aterra al honrado como al ambicioso, al escéptico como al timorato; el escándalo, ante el cual se le caen al valiente las armas de la mano, y triunfa la prudencia hasta de la cólera del mas orgulloso.—“Publica tu ofensa con mi fragilidad, castigándome; y el mundo me compadecerá reclusa, y á tí te escarnecerá engañado. Publica tu agravio en buen hora: mientras yo gimo en un convento, tú serás la fábula del universo. A mí, encerrada, no podrán escarnecerme; á tí, libre, la sociedad te arrojará á la cara de continuo, y siempre, la deshonra que tú mismo proclamaste.”—¿Qué oponer á semejante racionio!—Una de dos: ó sufrir en silencio, ó clavar un puñal en el corazón de la culpable. Lo primero es mas fácil: lo segundo en nuestros tiempos, fuera de moda, y además medio seguro de morir en el patíbulo, lo cual nada remedia.

Así Ceinos, hallando á su mujer invulnerable, no pudiendo por su edad y profesion acudir al espediente de ensangrentar la escena, y convencido además de que el marido viejo que se confiesa engañado por su esposa, si no niña, mucho mas jóven que él, notoriamente todo lo que logra es dar que reír á las jentes, hubo de resignarse á una reconciliacion aparente con Beatriz, no sin llamar antes á Villegas y á Sámano para declararles que las cartas que le habian entregado no eran de su virtuosa consorte, sino finjidas por el infame D. Alonso, el cual, no habiendo podido abrir brecha en la fortaleza de su castidad, quería sin duda alguna vengarse calumniándola por medio de tan vi-

llana invencion. El alguacil mayor y Manuel de Villegas, sabiendo por una parte á qué atenerse en cuanto á la virtud y castidad de Beatriz, y por otra importándoles poco de lo que ser pudiese, no solo se dieron por satisfechos, sino que, entrando completamente en las miras del doctor, felicitaronle por su dicha en poseer dama de tan relevantes dotes.

En tal estado vivia aquel matrimonio, casi en absoluta recíproca incomunicacion, fuera de los actos indispensables para cubrir las apariencias, cuando doña Beatriz, llevando al extremo su audacia, osó presentarse en la alcoba de Ceinos a deshora de la noche y para pedirle la revocacion de la sentencia de D. Alonso. Pero ¿cómo supo aquella señora lo que tan cuidadosamente encubrian los doctores! Porque Fortun, el paje favorito, el huron de novedades, el personaje por insignificante en todas partes introducido y en ninguna mirado, llegó á saber aquella noche por uno de los llaveros de la cárcel, su grande amigo, que los Avilas estaban ya en capilla; y tambien aquella noche, al ir á tomar, como lo acostumbraba, las últimas órdenes de su señora despues de recogido el doctor, refirióle punto por punto á Beatriz lo que acontecia.

Seamos justos con todo el mundo: la mujer liviana, la que con un pajecillo se consolaba de la pérdida de un caballero tan apuesto como el esposo de Elvira, la que con audaz cinismo le imponia á su marido la carga de evidentes agravios, al escuchar que el infiel á quien con encarnizamiento habia perseguido, iba á morir á manos del verdugo, sintió en su corazon el fuego de esa compasion ardiente de que el cielo ha dotado al seco debil, en compensacion sin duda de su debilidad misma. Y apartando de sí á Fortun, y posponiéndolo todo á su dolor, y resuelta á obtener á costa de su libertad y fama, si necesario fuese, la vida de D. Alonso, mandó primero al paje á casa de Villalobos para que á Ines enterase de lo que pasaba, y fuese ella misma en seguida á interpelar á Ceinos tan vigorosamente como lo hemos ya visto.

Incorporóse el doctor en el lecho, y despues de mirar fijamente algunos instantes á su esposa, exclamó:

—¿Estás loca, Beatriz!

—No, Ceinos, contestó ella; pero quizá lo esté si vuestro crimen llega á consumarse. Encerradme, si quereis, en un convento: yo diré que voluntariamente me retiro al claustro; vestidme con áspero cilicio, condenadme á perpetuo ayuno: todo lo acepto, todo con gratitud, si á D. Alonso perdonais la vida que le quereis quitar, á traicion y sin justicia. ¿Os estorba ese hombre! ¿Le odiais porque yo le he amado! ¿Le temeis porque es el valor mismo! Condenadle entonces á perpetuo encierro, lejos, muy lejos de Nueva-Espana: así vuestra cólera quedará satisfecha, vuestro temor asegurado, y no os manshareis, al menos, con la sangre de un inocente!

La elocuencia de la pasion movia los labios de Beatriz: Ceinos, aterrado ante la expresion sublime del heroismo con que aquella mujer, vulgar hasta entonces, se le ofrecia en reemplazo de la víctima al sacrificio destinada; heroismo que superaba su intelijencia y no podia menos de superarla, porque el racionio se queda siempre corto siguiendo al sentimiento, porque las mujeres, cuando sienten, valen infinitamente mas que los hombres, así como cuando de sensibilidad carecen, son el mas despreciable de todos los seres creados; Ceinos, deciamos, ni á responder ni á resolverse acertaba.

Pero redimir la cabeza de D. Alonso de la cuchilla del verdugo, fuera ya imposible para el presidente mismo de la audiencia, aun cuando en su empedernido corazon caber pudiese algun jeneroso sentimiento; y Beatriz, al mismo tiempo, cumpliria su palabra de escandalizar el universo, si en aquel momento, sobre todo, no se le daba alguna esperanza. ¿Cómo salir de tal apuro!—Mintiendo.

Ceinos, pues, finjió primero cólera, despues enternecimiento, luego opuso dificultades que él propio iba desvaneciendo, acabando por ofrecer que propondria á sus colegas que suspendieran la ejecucion de los Avilas hasta que, consultado el rey, decidiese definitivamente su suerte.

En cambio Beatriz, sinceramente conmovida, fué una vez tierna con su anciano esposo, arrodillándose á los piés del lecho, besándole la mano, y prometiéndole la enmienda de las pasadas culpas; con lo cual por aquella noche se aplacó la tormenta, y pudo el doctor recoger un tanto su espíritu, ya que no conciliar el sueño, que huyó, naturalmente mas que nunca, de sus párpados.

¿Qué acontecia, en tanto, en casa del doctor Villalobos! Poca cosa: Fortun, despues de penetrar, no sin dificultades por lo avanzado de la hora, en el santuario de la décima Musa, revelábale el triste secreto de la sentencia; Inés, llorando antes algunos minutos medio en latin, medio en castellano, con el mensajero de Beatriz, despedíale pudorosa; y luego, vistiéndose primero de luto, y recordando las clásicas lamentaciones de Artemisa y Dido, pasaba á la estancia de su padre, de quien pocos minutos antes se habia separado, y declamábale con jesto académico y acento de actriz trájica, un trozo tan culto y embrollado que el buen doctor hubo de rogarla que se esplicase en romance si queria ser entendida.

En resumen: Ines sintió que se tratara de degollar á D. Alonso, pero siendo como era culta y sabidora, dejóse seducir un tanto por lo trájico de la situacion, que en realidad podia ser para ella fecundo manantial de tiernas elejías y desesperadas canciones. La mujer culta es una especie de monstruo, cuando no dañino, extravagante al menos.

Villalobos esplicó á su hija cómo las Leyes de Partida, y antes que ellas las góticas, y todavia antes las romanas, y el derecho de jentes,

y la costumbre universal de todos los pueblos, condenaban á los *traidores*, entendiéndose por tales no solamente los que faltaban á sus juramentos, desertaban de sus banderas, vendian á su patria, ó á los enemigos prestaban servicios, sino tambien á todo el que no hallando bueno el gobierno que le oprimia, intentaba cambiarlo; y el que descubria las iniquidades de los gobernantes; y el que, perseguido, no se dejaba hacer tranquilamente; y el que se burlaba de sus ridiculeces; y en fin, cuantos de una ú otra manera oponian obstáculo al libre uso y abuso de la autoridad suprema. A tan cómoda y luminosa teoría no halló Inés que oponer otro argumento que el de preguntar cómo se le probaba á D. Alonso que habia incurrido en caso de traicion: á lo cual fácilmente respondió Villalobos, contestando que era notorio que Avila se mofaba de continuo de los doctores, poniendo en ridículo sus providencias, y no respetándoles las mujeres ni las hijas, como la doncella lo sabia por propia esperiencia. Replicó la culta que las traiciones amorosas, incluidas las del

“Traidor Vireno, y fermentido Eneas,”

no constaba que se castigasen con pena tan grave como la degollacion, á menos de que llegaran al punto que la de Gomez Arias con la *niña* que vendió á los moros de Benamejí.

Pero Villalobos insistia en que degollar á D. Alonso no era por sus fechorias galantes, sino por la conjuracion, de la cual faltaban á la verdad pruebas materiales, mas en cambio eran abundantísimas las morales.

Reducido el negocio á discurso, claro está cuál seria el resultado: Inés fué vencida, y preparóse á llorar su viudez lo mas clásicamente que pudiera.

Véase la diferencia de la mujer galante á la culta: la primera, frágil sin duda, no abdica el sentimiento; la segunda, sin ser necesariamente un modelo de castidad, sacrifica en aras del saber los impulsos de la ternura y aun de la compasion misma.

En caso de optar forzosamente, nuestra eleccion está hecha: venga la frágil pero sensible; cargue el que quiera con la doctora suficiente.



CAPITULO X.

QUE DA RAZON DEL MERCADO DE TLATELOLCO Y DE LO QUE EN ÉL ACONTECIÓ EL DIA 3 DE AGOSTO DE 1566.

HAY un género de anteojos que estuvieron muy en moda años hace, llamados *Kaleidoscopios*, palabra compuesta, cuya significacion, segun los helenistas, es: *formas bellas veo*, pero que en realidad debiera haber dicho *varias* en lugar de bellas, pues realmente lo que acontece se reduce á que, dándole vueltas al instrumento, unos mismos objetos se presentan á la vista de infinitas variadas maneras combinados, formando dibujos bellos unas veces y otras quizá lo contrario. Pues ahora bien: el mundo para el observador curioso viene á ser lo que un Kaleidoscopio en manos de cualquier desocupado: especie de linterna mágica que, variando sus cuadros sin gran respeto á las leyes de la lógica y de la consecuencia, ora con apacibles espectáculos recrea, ora con tremebundas apariciones espanta; ya provoca la risa, ya excita el llanto; ya da lugar, y es para nosotros lo peor del cuento, al soporífero bostezo. Hombres y sucesos, naciones y épocas, siglos y razas, todo presenta distintos y aun entre sí contrarios aspectos, segun el jiro que da el observador al tubo óptico que maneja; y si así no fuese, ¿cómo esplicariamos la simultaneidad con que lloran unos y rien otros, y gozan estos cuando aquellos padecen? ¿Cómo, si en el punto de vista no estibara todo, habia de ser constantemente la vida un río que, recibiendo á un tiempo sus aguas de manantiales salobres y dulces fuentes, ora por las primeras, y mas tarde por las segundas solas, nos parece formado?

y la costumbre universal de todos los pueblos, condenaban á los *traidores*, entendiéndose por tales no solamente los que faltaban á sus juramentos, desertaban de sus banderas, vendian á su patria, ó á los enemigos prestaban servicios, sino tambien á todo el que no hallando bueno el gobierno que le oprimia, intentaba cambiarlo; y el que descubria las iniquidades de los gobernantes; y el que, perseguido, no se dejaba hacer tranquilamente; y el que se burlaba de sus ridiculeces; y en fin, cuantos de una ú otra manera oponian obstáculo al libre uso y abuso de la autoridad suprema. A tan cómoda y luminosa teoría no halló Inés que oponer otro argumento que el de preguntar cómo se le probaba á D. Alonso que habia incurrido en caso de traicion: á lo cual fácilmente respondió Villalobos, contestando que era notorio que Avila se mofaba de continuo de los doctores, poniendo en ridículo sus providencias, y no respetándoles las mujeres ni las hijas, como la doncella lo sabia por propia esperiencia. Replicó la culta que las traiciones amorosas, incluidas las del

“Traidor Vireno, y fermentido Eneas,”

no constaba que se castigasen con pena tan grave como la degollacion, á menos de que llegaran al punto que la de Gomez Arias con la *niña* que vendió á los moros de Benamejí.

Pero Villalobos insistia en que degollar á D. Alonso no era por sus fechorias galantes, sino por la conjuracion, de la cual faltaban á la verdad pruebas materiales, mas en cambio eran abundantísimas las morales.

Reducido el negocio á discurso, claro está cuál seria el resultado: Inés fué vencida, y preparóse á llorar su viudez lo mas clásicamente que pudiera.

Véase la diferencia de la mujer galante á la culta: la primera, frágil sin duda, no abdica el sentimiento; la segunda, sin ser necesariamente un modelo de castidad, sacrifica en aras del saber los impulsos de la ternura y aun de la compasion misma.

En caso de optar forzosamente, nuestra eleccion está hecha: venga la frágil pero sensible; cargue el que quiera con la doctora suficiente.



CAPITULO X.

QUE DA RAZON DEL MERCADO DE TLATELOLCO Y DE LO QUE EN ÉL ACONTECIÓ EL DIA 3 DE AGOSTO DE 1566.

HAY un género de anteojos que estuvieron muy en moda años hace, llamados *Kaleidoscopios*, palabra compuesta, cuya significacion, segun los helenistas, es: *formas bellas veo*, pero que en realidad debiera haber dicho *varias* en lugar de bellas, pues realmente lo que acontece se reduce á que, dándole vueltas al instrumento, unos mismos objetos se presentan á la vista de infinitas variadas maneras combinados, formando dibujos bellos unas veces y otras quizá lo contrario. Pues ahora bien: el mundo para el observador curioso viene á ser lo que un Kaleidoscopio en manos de cualquier desocupado: especie de linterna mágica que, variando sus cuadros sin gran respeto á las leyes de la lógica y de la consecuencia, ora con apacibles espectáculos recrea, ora con tremebundas apariciones espanta; ya provoca la risa, ya excita el llanto; ya da lugar, y es para nosotros lo peor del cuento, al soporífero bostezo. Hombres y sucesos, naciones y épocas, siglos y razas, todo presenta distintos y aun entre sí contrarios aspectos, segun el jiro que da el observador al tubo óptico que maneja; y si así no fuese, ¿cómo esplicariamos la simultaneidad con que lloran unos y rien otros, y gozan estos cuando aquellos padecen? ¿Cómo, si en el punto de vista no estibara todo, habia de ser constantemente la vida un río que, recibiendo á un tiempo sus aguas de manantiales salobres y dulces fuentes, ora por las primeras, y mas tarde por las segundas solas, nos parece formado?

Así, lector benévolo, si la diferencia de tonos, la diversidad de estilos, y el contraste, á veces duro, de los cuadros que en este moribundo libro te ofrecemos, llegan por ventura á disgustarte, rogámoste humildemente que no descargues tu enojo sobre el autor de la *Conjuración de México*, sino sobre el KALEIDOSCOPIO QUE MANEJA, haciéndote cargo de que el prisma de la novela solo alcanza, en buena ley, á poetizar el mundo un tanto cuanto, mas no debe extenderse á trocar su ídole tan por entero que parezca lo que no es, ó deje de parecer lo que fué siempre.

Y si ahora se quiere saber la razon de ese introito, dirémosla con solo anunciar que, cambiada la escena, ni vamos á la cárcel, ni al convento de San Francisco, ni á la quinta de Chapultepec, donde doña Elvira y Mencía, durante sus desmayos allá trasportadas, deploraban los rigores del hado; ni proseguimos escudriñando los misterios del hogar doméstico en las casas de los doctores, sino que, para respirar libremente y dejarnos de ceremonias, damos con nuestras personas en el mercado de Tlatelolco, antes de que completamente se hubiese el sol desprendido de los brazos de Tétis, y coloreando aún el cielo mexicano las rosadas tintas de la aurora, el dia 3 de Agosto de 1566.

Figurémonos una plaza de vastas dimensiones, cuyo regular cuadrilátero perímetro circuyen por completo tres frentes con soportales y tiendas bajo de ellos, formando el cuarto y principal lienzo el convento de San Francisco, consagrado bajo la advocacion del apóstol Santiago, glorioso patron de España. En el centro de aquella plaza, levantábanse dos pilares macizos y paralelos: la *horca*, instrumento de muerte y símbolo de jurisdicción que nuestros mayores omitian raras veces entre los adornos municipales; y vecina á ella veíase una fuente, obra de los misioneros, que al colocarla en aquel sitio no parece sino que quisieron ponerse en evidente oposicion con los que, mientras ellos pensaban en satisfacer las necesidades físicas y espirituales del pueblo, curábanse solo de aterrarlo con los suplicios.

Tal era el *Tianquiztli*, *Tianguez* en el lenguaje franco de los conquistadores, y mercado en idioma castellano, de Tlatelolco, un tiempo el primero, mas principal, abundante y rico de los dominios de Moctezuma, y ya en la época á que nos referimos reducido á mínimas proporciones, relativamente hablando, por el establecimiento de otros dos sus rivales en las plazas de San Juan y San Hipólito. Conservaba, no obstante, aquel sitio en el año 66 del siglo XVI, todavía muchos de sus antiguos caracteres: entre otros la division completa de los diferentes comercios entre sí, y el respeto con que cada cual se abstenia de ocupar puesto que por costumbre perteneciera á otro, sin necesidad de que para ello interviniere precepto de las autoridades, ni sancion penal de ninguna especie.

Por lo que respecta á las tiendas, la mayor parte pertenecian á

castellanos de raza, mestizos ó mulatos, que, unos con pequeño, otros con mayor caudal, se dedicaban á comercios que podemos llamar permanentes, por hacerse en objetos de uso constante en la sociedad mexicana, y necesitar de un fondo de razonable cuantía; mas las vituallas de todos jéneros, y las obras de mano esencialmente indíjenas, así como las de escaso valor, eran objeto del tráfico de los naturales de la tierra misma.

No se crea por eso ni que el mercader ambulante ú ocasional dejaba de comerciar en los artículos que constituian el fondo del sedentario, ni que este no especulara con las mercaderías propias del negocio de aquél; antes por el contrario, si la peletería, plumería, mantas, y obras de oro y plata, jeneralmente hablando, debian buscarse en las tiendas, solian tambien hallarse en poder del indio á quien la necesidad de otras cosas, ó la falta de alimento, ó los apremios del recaudador del tributo personal, obligaban á deshacerse de aquellos objetos que sirvieron un tiempo á su lujo y comodidades; y en compensacion no faltaban tiendas donde se vendieran aves y comestibles, que de ordinario eran la granjería de los pobres.

En todo caso, la abundancia y diversidad de jéneros que al mercado concurrían antes de la conquista, y que, en mengua de la civilizacion, debemos confesar que fué gradual y rápidamente disminuyendo despues de ella, son irrefragable testimonio de la fecundidad del bello clima del Anáhuac, y si no de la industria tal como hoy la entendemos, al menos de la capacidad para ejercerla de sus naturales.

Veíanse allí, en efecto, las bellas y finas esteras llamadas *petates*, con tal primor labradas, que las de colores se equivocaban fácilmente con las alfombras de Persia, y reemplazábanlas sin menoscabo de la grandeza de sus dueños en las estancias de los mas encopetados magnates; cueros de venado crudos y curtidos, con pelo y sin él, á propósito para broqueles, rodelas, forros, correaje y calzado; pieles de otros animales y de aves, conservando en estas, con la pluma, la natural riqueza de su esmalte y la varia diversidad de sus colores; y en fin, los tejidos de algodón que impropiamente se conocian por los conquistadores con el nombre jenerico de *mantas*, pues los había de infinitas especies, y servian para multitud de diferentes variados usos, como *mantas*, en efecto, colchas, tapicerías, mantos de aparato y abrigo, maxtales, alfombras, y todo lo que hoy se llama ropa blanca. Combinado aquel tejido con el pelo de conejo, y plumas, y aun despues de la conquista con hilos de seda, plata y oro, formábanse telas de gran coste y precio, con que se engalanaban las indias ricas, y tambien las damas españolas en los saraos y festines. Con la pluma sola se tejian otros paños de abrigo sin peso, que segun Torquemada, parecieran bien *aun en la cama de cualquier señor*.

Adelantado y mucho debia de estar en los dominios de Moctezuma el arte de los alfareros, pues que una gran parte del mercado lo

ocupaban con sus productos, incluyendo en ellos desde la porcelana trasparente hasta el barro mas grosero, y desde la tinaja al salero, dice el coronista, todo de buen gusto en el dibujo, calidad excelente en pasta y cocido, y bello aspecto en los colores.

Piedra, madera, cal, ladrillo y cuanto á la construccion de edificios atañe, llevábanse en barcas desde las lagunas, por los canales de las calles, hasta la inmediacion del mercado, al cual iban los dueños ó corredores en busca de marchantes; mas la leña, el carbon y la ceniza, vendíanse en puestos sobre la plaza misma.

Seccion especial y estensa fué la de la volatería antes del descubrimiento, y aun despues de él algunos años, hasta que disminuyendo los indios en número, decayendo de ánimo, y no pudiendo sufrir las vejaciones de los europeos que, con bárbaro abuso de la fuerza, les destruian las redes y causaban otros semejantes perjuicios, quizá por mero capricho, fué disminuyendo rápidamente aquel artículo. Herrera atribuye tal fenómeno á la *demasiada libertad que los indios tenían*, asercion absurda á que con santa indignacion contesta el historiador franciscano, diciendo: *aun no les ha quedado bastante (libertad á los indios) para dormir en sus casas muchos de ellos, segun andan huyendo de servicios inmensos que sobre ellos pesan.*

Lo cierto en la materia, ademas de la degradacion y casi esclavitud de la raza indijena, es que con la aclimatacion del ganado europeo debieron agotarse en gran parte los pastos que antes servian casi exclusivamente al sosten y mantenimiento de la volatería; que introducidas otras industrias mas lucrativas, naturalmente se redujo á menores proporciones la de la caza; y que con las nuevas costumbres y manera tambien nueva de alimentarse y vestirse, cesaron las aves de constituir el fondo, por decirlo así, del comercio mexicano como antes lo eran. Mientras de ellas se comia, se vestía, y se tomaban hasta los adornos y distinciones sociales, claro está que habian de buscarse con mucho mas afán que al quedar reducidas, mas tarde, á ser un artículo secundario entre otros muchos principales.

Si añadimos que las manufacturas de oro y plata, en objetos primorosamente fundidos ó labrados á mano, hicieron la admiracion de nuestros mas entendidos y diestros plateros, los cuales sin embargo, descollaban entonces entre los mas famosos del orbe civilizado, no habremos hecho escaso elogio de la habilidad de los mexicanos; pues debe tenerse presente que, careciendo de hierro, faltábales en consecuencia la primera materia para la construccion de herramientas, ó lo que es lo mismo, el principal agente de todo artefacto.

Inútil sobre prolijo fuera enumerar aquí la multitud de semillas, pastas y otros comestibles ya en crudo, ya preparados, que se vendian en todos los mercados de indios; bástenos decir, por memoria, que tenian muchas tiendas á manera de nuestros cafés, cuyo comercio esclusivo consistia en el *atole*, especie de pasta de harina de maíz

mas ó menos densa, que unas veces era comida y bebida otras, semejante á las gachas ó puches; y al *chocolate*, orijinariamente compuesto de una mezcla del atole de maíz con el cacao. De esta última simiente, como en Europa de la almendra, y del chocolate mismo, hacian grandísimo y continuo consumo los indios, por cuya causa no solo se vendia en tiendas, como dijimos, sino por las calles en puestos ambulantes. Con rapidez se propagó entre los conquistadores el uso del chocolate, si bien mejorado, sustituyéndose al atole la mezcla del azúcar y la canela, mas agradable, si bien mas estimulante que las glutinosas gachas con que los indijenas se contentaban.

Careciendo los indios, por regla jeneral, de monedas, trocaban en sus tratos mercancia por mercancia, segun las necesidades de cada cual; pero como semejante método, con permiso de los socialistas, ha parecido siempre y es en efecto embarazoso en alto grado, á falta del dinero, valíanse las mas veces aquellos naturales del cacao, jénero abundante y de primera necesidad para todos. En algunos pueblos usaron para signo representativo de la riqueza, de ciertas mantas pequeñas de algodón que ellos llamaban *Patolquachtli*, y los españoles, corrompiendo el vocablo, *Patoles coacheles*; pero ademas consta que, aun antes del descubrimiento, comenzaban á servirse los mercaderes de ciertas planchuelas de cobre muy cargado de oro, en forma de T, anchas de tres ó cuatro dedos, y de espesores correlativos al valor convencional que representaban, siendo ese ya un jénero de moneda, como tambien lo eran ciertos canutos del mismo metal que igualmente daban y recibian en cambio de las mercaderías.

Para completar esta breve noticia sobre los mercados, réstanos solo consignar el hecho de haber entre los indios corredores que andaban de unos en otros, llevando á cada parte lo que en ella mas falta hacia, para el buen orden y arreglo de las diferencias entre los mercaderes, dependientes subalternos de justicia en las plazas mismas; y en un edificio de la de México, un tribunal á manera de jurado, compuesto de doce ancianos, quienes verbal y sumariamente fallaban los pleitos á medida que iban ocurriendo.

En los tiempos de nuestra historia, sin embargo de la decadencia del *Tianguez de Tlatelolco*, los alguaciles castellanos circulaban de continuo en él, no sabemos, ni sabia Torquemada tampoco, si para conservar el orden ó hacer su negocio; pero, en fin, circulaban de continuo; y en la *Tecpan* ó casa del cabildo, frontera al convento, residia el gobernador de aquel barrio, quien sumariamente administraba justicia [manera de decir] á indios y europeos.

Los primeros albores del crepúsculo matutino comenzaban á clarrear apenas en la solitaria plaza, haciendo perceptibles los duros contornos del horrible símbolo de la jurisdiccion soberana en Tlatelolco, cuando de la portería del convento de Santiago salieron los indios, envueltos en sus mantas de algodón hasta los ojos, silenciosos y mi-

rando en torno de sí cautelosamente, antes de resolverse á tomar marcada direccion en su camino. Mas así que se hubieron persuadido de que ni una alma habia en el mercado; de que ni un solo baleon habia abierto; de que ninguna tienda, ni las de atole y chocolate siquiera, daban señales de comenzar su comercio, encamináronse á la fuente, y colocándose entre ella y la horca, de manera que la sombra proyectada por ambas masas los ocultaba completamente, entablaron en voz sumisa el siguiente diálogo.

—Y bien, Cristóbal, ¿qué me quieres?

—Francisco, que me ayudes en una empresa....

—¡Empresa! ¿Y cuál podemos acometer nosotros, viejos y esclavos, que no sea un delirio.

—Déjate de razones, Francisco: al servidor le toca solo ejecutar las órdenes de su dueño.

—¡De su dueño! ¡Ah! El pobre Francisco no tiene ya dueño. El *Mártir* descansa al lado de sus padres.

—Pero los hijos, los hermanos, los amigos del *Mártir* viven aún, y viven oprimidos, y el verdugo tiende ya las manos á sus cuellos.

—Silencio, Cristóbal: no hables del verdugo. ¿Ignoras dónde estamos?

—Bien lo sé, Francisco: *estamos al pie de la horca!*

—¡Silencio, por Dios santo! La sangre se me hiela....

—¡Temería Francisco á la muerte!

—A la muerte no: Francisco ha vivido bastante para no estar enamorado de la vida: ¡Pero al verdugo! ¡Pero á la horca!

—¿Qué importa el género de muerte, si al cabo se muere? Que el castellano, que cree deshonrados á sus hijos cuando el verdugo le mata, tiemble el suplicio en buen hora: pero á nosotros, Francisco, á nosotros que ni tenemos hijos, ni patria, ni honra, porque los esclavos nada tienen, ¿qué nos importa espirar en brazos del verdugo ó en los de una enfermedad?

—En fin, Cristóbal, ¿qué me quieres?

—Ya te lo dije, que me ayudes en una empresa difícil, arriesgada, quizá imposible.

—¿Y cuál es esa empresa?

—Salvar á los caballeros presos.

—La Serpiente de Tlaxcala se olvida de su prudencia....

—La Serpiente de Tlaxcala es siempre la misma. ¡No te digo que vamos á acometer una empresa quizá imposible!

—¿Por qué acometerla entonces?

—Porque *él* lo quiere.

—¿El? ¿Quién?

—*Amo chiquito.*

—¿D. Fernando?

—Sí: el hijo del comunero y de la *flor de Chalco*; el amigo de los hijos de Hernán Cortés y de D. Alonso de Avila.

—¿Por qué no acude á los castellanos, Cristóbal?

—Porque los mejores están en las cárceles.

—Y los demas acobardados.

—Acaso baste una chispa para provocar un incendio.

—¿Y los indios han de ser la chispa?

—Sí, Francisco.

—La Audiencia la apagará, pisándola! Cristóbal y Francisco acabarían cerca de donde estamos, si fuesen tan locos que se arrojaran á intentar lo que no osan ni imaginar los conquistadores.

—Es preciso, Francisco, servir á nuestros amos, y suceda de nosotros lo que Dios quisiere.

—Francisco no tiene amo: el *Mártir* le ha dejado libre, y además, Francisco y Cristóbal son dos ancianos, buenos en el consejo, inútiles con las armas en la mano. ¿Qué han de hacer dos viejos?

—Cristóbal y Francisco son hombres de consejo: sus hermanos de Tlatelolco oyen sus palabras con atención, y los mancebos seguirán sus inspiraciones.

—Sepa yo de una vez tu pensamiento.

—Francisco ayudará á Cristóbal!

—Francisco es leal, y no revelará en ningún caso ni á persona alguna el secreto de su amigo.

—Pues bien: *Amo chiquito* presume que la muerte de algunos de sus amigos está próxima; que acaso hoy mismo perezca D. Alonso en el suplicio. Fr. Diego de Olarte teme lo mismo.

—¡Oh, sí! Los Doctores matarán á D. Alonso! Eso es cierto.

—Y D. Fernando quiere y debe impedirlo á toda costa. Si hoy nuestros hermanos se rebelasen en Tlatelolco, si la Audiencia tuviera que emplear aquí sus soldados, acaso se suspendería el suplicio de Avila, acaso fuera posible libertarlo de la cárcel asaltándola con algunos bravos.

—¿No me ha dicho Cristóbal que ese mismo pensamiento se trató ya, sin fruto, de poner por obra?

—Sí, Francisco; pero entonces el tiempo no apremiaba como ahora; entonces ante lo escaso del número vacilamos....

—Ahora los pocos de entonces serán todavía menos, y las dificultades mayores.

—¡Oh, por misericordia, Francisco, no me desalientes! Si D. Alonso muere en el suplicio, morirá de dolor *Amo chiquito*, y *Amo viejo* morirá también.

—Francisco quisiera redimir á D. Alonso y á D. Fernando, y á su padre; pero Francisco no puede, y se resignará con la voluntad de Dios, como dicen los misioneros.

—Probemos antes fortuna: hablemos á los que van á venir al mer-

cado, de la enormidad de los tributos, de la dureza con que se cobran, de las iniquidades de la Audiencia. Quizá al presentarse el rejidor á poner la tasa y acudir los alguaciles á despojarles de una parte de su trabajo, se indigne su ánimo, ya por nosotros predispuesto á la rebelion. Una palabra trae otra, y de las palabras se pasa fácilmente á las obras: un indio conocido preso, una piedra arrojada á los corchetes, pueden acaso producir un conflicto; y ¿quién sabe....?

—Francisco sabe que desde el pié de la horca hasta colgar de ella, no hay mucho camino.

—¿Si Francisco abandona á sus amigos en el peligro, Cristóbal sabrá morir con ellos!

Tales palabras pronunciaba el jeneroso anciano tlaxcalteca, cuando le obligaron á interrumpir su discurso, primero el rumor de acelerados pasos de caballo, y luego la aparicion de un corchete de los de Sámano, que caballero en su rocín se encaminó en derechura al convento de Santiago. Dichas por aquel hombre, sin apearse, algunas palabras al portero, apenas las hubo oido el hermano lego, tapándose el rostro con las manos en señal de horror, entróse apresuradamente por los claustros adelante en demanda nada menos que del padre provincial.—Fr. Diego oraba ya, ó mas bien oraba aún, pues no se habia acostado aquella noche, para que Dios se dignase asistir al espíritu de D. Alonso en su última hora, de cuya proximidad inmediata no le dejaron la menor duda las palabras de Sámano la noche anterior al salir de la estancia en que yacia el cadáver de Suarez.

Así cuando el atribulado portero le dijo:

—Reverendísimo padre, los señores de la audiencia requieren á vuesa paternidad para que vaya inmediatamente á la cárcel de corte, con los religiosos que le plazca, á fin de ayudar á bien morir á dos hombres que van á ajusticiar.

El santo religioso, sin manifestar sorpresa, ni mas sentimiento del que ya tenia, respondió:

—Diga, hermano, que iremos á donde la voluntad del Señor nos llama, dentro de breves instantes.

Y en efecto, el portero trasmitió al corchete la respuesta de su prelado; partióse con ella el alguacil; y en tanto mandaba Fr. Diego reunirse á su comunidad entera para darle cuenta del suceso, y hacer que pasara en el acto al coro á ponerse en oracion por las almas de los infelices á quienes la llamada justicia humana obligaba á comparecer prematuramente ante la divina.

Terminadas sus disposiciones en la materia, eligió tres religiosos para que le acompañaran; y mandándoles que le esperasen en la iglesia, fuese á la celda donde D. Fernando de Valdestillas meditaba en su suerte y proyectos, aguardando el resultado de las jestioncs que poco tiempo antes encomendara al celo de su buen Cristóbal.

Qué pasó entre el hijo del comunero y el provincial de San Fran-

cisco durante la media hora que á solas estuvieron en acalorada conferencia, no hemos podido averiguarlo á pesar de nuestras esquisitas diligencias, por lo cual habrá de contentarse el lector con que le digamos que, al cabo del tiempo dicho, salieron ambos de la celda del primero, y deteniéndose solo algunos minutos para orar en el templo, tambien del convento, en compañía de tres religiosos por Fr. Diego elejidos.

En el breve espacio que medió entre la llegada al monasterio del corchete portador del mensaje de la audiencia, y la salida de los frailes para la cárcel de corte, el aspecto de la plaza del mercado habia variado completamente, pues el lector recordará que primero estaba sola y desamparada, y ahora le diremos que, no sin asombro, la vieron ya los franciscanos llena de hombres armados, los cuales, distribuidos metódicamente en grupos, ocupaban todas sus bocacalles, cual si temieran una invasion enemiga.

En efecto, Juan de Sámano y Manuel de Villegas, no pudiendo, ni acaso queriendo oponerse á que los sentenciados se confesaran, como terminantemente significaron ser esa su voluntad, con religiosos de la Orden de San Francisco, y muy en particular con su prelado, temian, sin embargo, que aquellos frailes, ya conocidos por su adhesion á la parcialidad del marques, y temibles ademas por su influencia en el pueblo, concitasen los ánimos de los indios contra la audiencia. No satisfechos, pues, con el cúmulo de fuerzas desplegadas hasta el momento, pues ya desde la noche antes las tropas de Velasco ocupaban todos los caminos que á México conducian, y las escuadras municipales con la jente allegadiza los puntos principales de la ciudad, creyeron oportuno posesionarse del Tianguetz de Tlatelolco, centro de aquel barrio, lugar ocasionado á trastornos por la reunion de jentes en el mercado, y sitio ademas del convento, que sirvió mas de una vez, en épocas anteriores, de asilo y fortaleza á los del bando entonces vencido.

En consecuencia, al corchete mensajero seguia de cerca un centenar de hombres de armas, que sin dar tiempo á Cristóbal y Francisco para que de su escondite saliesen, sentaron sus reales en la plaza, ocupando sus bocacalles y no dejando entrar en ella á los mercaderes mas madrugadores, que tardaron poco en comenzar á presentarse.

Por lo que respecta á los frailes, los hombres de armas tenian orden de dejar libre el paso á los que con el provincial fuesen, y en efecto, permitiéronles salir de la plaza; mas un sarjento, con una docena de soldados, echó en seguida á andar tras ellos.

—¿Qué significa esto? exclamó Fr. Diego, advirtiendo á los pocos pasos tan extraño acompañamiento.

—Significa (respondió el sarjento), que se me ha mandado acompañar á su paternidad hasta la cárcel.

—¿Acompañarnos ó guardarnos?

- Acompañar, he dicho.
- En ese caso, podeis volveros.
- Perdone vuesa paternidad; pero he de cumplir lo que se me ha ordenado.
- ¡Villanos! (murmuró Valdestillas, no pudiendo contenerse).
- ¡Silencio, hermano! (se apresuró á interrumpirle Fr. Diego). Acordémonos que hay quien sufre mas que nosotros.

Dichas esas palabras y algunas otras á D. Fernando en voz tan baja que no pudieron oírse, prosiguió el grupo religioso su marcha, y detrás de él su escolta, cuidando de que ninguno de los raros transeuntes que en el camino hasta la cárcel encontraron, se acercara á los frailes.

En tanto Francisco y Cristóbal, al abrigo de los pilares de la horea ocultos, hallábanse en difícilísima posición, pues de permanecer en ella, claro estaba que mas tarde ó mas temprano habian de ser descubiertos; y pensar en que ni hasta el convento les fuera posible llegar sin ser antes vistos, detenidos y presos, no cabía dentro de los límites de racional discurso.

Para cualesquiera otros dos indios redujérase el riesgo á soportar algunos pescozones ó palos de mano de los soldados, ó cuando mas, á la perspectiva de pasar una semana en la cárcel, dado que como delito se considerase la costumbre, harto comun en los de su raza, de haber pasado la noche con el pavimento por cama, y el cielo por techado, pero los dos ancianos eran conocidos por servidores de personas tan declaradamente enemigas de la audiencia, que con razon sobrada temian ser desde luego implicados, cuando menos, en el proceso de la conjuración, por el mero hecho de hallarse juntos en aquel paraje y á tales horas. Francisco, en honor de la verdad, yendo mucho mas lejos que Cristóbal con el discurso, recelaba que verle los soldados y colgarle de la horca que tan azorado le tenia, serian cosas casi simultáneas.

Sudando, por tanto, de congoja, y maldiciendo la hora en que por su entusiasta compatriota se habia dejado sacar del convento, permanecía el prudentísimo servidor del infeliz D. Martín Suarez, echado boca abajo en el suelo entre los dos pilares, mientras que el tlaxcalteca, sentándose á su lado, y apoyando la cabeza en las manos, meditaba intensamente en la indagación de algun ingenioso espediente para ponerse en franquía y en punto donde pudiera obedecer las instrucciones del doncel su amo.

La verdad es que, en semejantes situaciones, el discurso es inútil; la facultad lo hace todo; y no hay como echarse en brazos de Dios, y dejar que las cosas sigan su curso.

Poco mas de una hora era trascurrida desde que las fuerzas de la audiencia ocuparon la plaza, cuando precisamente aquella medida de precaucion comenzó á realizar lo que acaso, y sin acaso dada

las circunstancias, intentara inútilmente la astucia de la serpiente de Tlaxcala; porque, en efecto, los primeros indios que al entrar en el mercado fueron detenidos, siendo pocos, hubieron de resignarse silenciosos; pero á los primeros sucedieron no solo otros, sino otras, y esas otras irritables y chillonas; por manera que en breve comenzaron las voces, las quejas, las reconvenciones y los clamores en todas las calles afluentes al por entonces vedado Tianguetz.

Reflexiónese que *no vender era no comer* para aquellas pobres jentes y sus familias, sin que ni aun por eso se les escimiera de ninguna de las cargas que los abrumaban; y se comprenderá fácilmente que con rapidez se propagara á los varones el descontento de las hembras, mas bullicioso desde luego en ellas, pero en cambio mas iracundo y concentrado en ellos.

Al principio los hombres de armas, tomando la cosa á burla, respondieron con chocarrerías á las quejas, con desvergüenzas á los denuestos, y con blasfemias á las maldiciones; mas á medida que el número de los vendedores crecía, y sus clamores subían de punto, naturalmente hubo de hacerse mas vigorosa tambien la resistencia, y acudióse á las amenazas para llegar lógicamente á las obras.

Una verdulera, mas espresiva en su pantomima que ninguna otra, quiso arañar á un soldado, el cual dió con ella en tierra de un empujon. —¡Al asesino!—clamó la caída; y—¡al asesino!—respondieron en coro centenares de voces. Entonces el cabo que guardaba la bocacalle donde ocurría el lance, formando en masa su jente, cargó alabarda en ristre á los indios, que precipitadamente le cedieron el terreno; pero que desde las esquinas comenzaron tambien á lanzar un diluvio de guijarros y piedras sobre la tropa, hasta obligarla á replegarse á la carrera sobre la plaza.

Bastó aquel incidente para que se hiciese jeneral la conflagración, y se tratara ya nada menos que de hacer uso de las armas de fuego, como lo solicitaban hostigados los que entre aquella milicia las llevaban; mas su jefe, que habia recibido instrucciones terminantes de la audiencia para evitar á toda costa una lucha abierta con el pueblo, tuvo fuerza de carácter suficiente para mantener á los improvisados guerreros dentro de los mas estrictos límites de la defensa. Hizo, pues, que sus hombres se pusieran al abrigo de las piedras, dejando á los indios dueños de gritar en las calles cuanto les pareciera conveniente.

Era ya tarde, sin embargo, para que la prudencia sola bastase á cortar el fuego de la sedición, tanto mas temible, cuanto menos de político tenia; porque los intereses materiales, y el hambre sobre todo, no las ideas, son los que lanzan resueltamente á los pueblos en las vias revolucionarias. Y cuenta que no decimos que no sean las ideas las que en la esencia hacen las revoluciones; sino que los inte-

reses son los que empujan á las masas ignorantes contra el réjimen que las oprime.

Crecian, pues, la indignacion y la audacia de los defraudados vendedores, lejos de calmarse con la prudencia del jefe de las tropas; la masa popular iba ganando terreno hácia la plaza, como la marea tierra adentro; la soldadesca bramaba de ira; Francisco estremeceíase pensando que naturalmente se retirarían al centro de la plaza, y le descubrirían y... *la horca* era su idea fija; en cuanto á Cristóbal, dábasele gracias á Dios de haberle enviado como llovido del cielo aquel motín, sin cuidarse de lo que pudiera ser de su persona.

Así las cosas, y previos algunos instantes de esa engañosa calma que precede siempre á las tempestades y á la crisis, tanto morales como materiales, los amotinados, que carecian absolutamente de plan determinado, y de jefes, y hasta de objeto, porque aun cuando en la plaza entrasen, no era posible que acudiese á ella marchante alguno; los amotinados, decimos, movidos por la cólera, como las olas se ajitan á impulso del huracan, impeliéndose unos á otros, y ganando siempre terreno solo por no retroceder en su marcha, llegaron, en fin, á emparejar con las bocas de las calles que del mercado partian, ó lo que es lo mismo, á penetrar en la plaza misma.

Ya entonces los hombres de la audiencia y su jefe mismo comprendieron que las contemplaciones pudieran serles funestas, y resueltos á repeler con toda su fuerza, y usando de sus armas todas, la invasion que inminentemente les amenazaba, comenzaron por donde era natural, y el previsor Francisco temía que comenzasen, es decir: por replegarse todos al centro del Tianguetz, para formar allí una masa. El centro del Tianguetz, significa la *frente y la horca*, significa el asilo de nuestros dos indios, significaba para el que fué servidor del Mártir, un dogal á la garganta y el verdugo sobre sus hombros. Así, cada paso de los armados era un golpe en su corazon; así, á medida que sentía aprocsimarse la tropa,abase adhiriendo de tal modo al suelo, que, si en su poder estuviera, hundiérase en él siete y aun catorce estados. Por el contrario Cristóbal, ebrío de júbilo con el espectáculo á su corazon grato, de la inesperada insurreccion, hizose todo él ojos y oídos, para no perder ni un movimiento, ni una sílaba del tumulto, pensando tan poco en su personal riesgo, que casi le tocaban los armados con las hastas de sus alabardas, cuando llegó á hacerse cargo del peligro.

Confesemos que la situacion era crítica para entrambos indios, y tanto mas desagradable para Francisco, cuanto menos por su parte la habia provocado; pero tambien es justo decir que con estarse tendido boca abajo, respirando apenas, cerrados los ojos, y ajitándose como un epiléptico, no parecia probable salir de tan angustioso lance. No fué tal el proceder del servidor de los Valdesillas, quien conformándose al proverbio que dice: "*A mal tiempo buena cara:*" en

vez de esperar á que algun soldado, advirtiendo su presencia en tal paraje, le saludara acaso introduciéndole entre costilla y costilla algunas pulgadas de acero, si no machacándole la mollera con la culata del mosquete, levantóse de pié derecho y púsose delante del jefe de la tropa. Digámoslo de paso, en semejantes aventuras vale mucho mas habérselas con los jefes que con los subalternos; y el instinto del tlaxcalteca le guió por consiguiente tan bien ó mejor que pudiera la mas consumada ciencia.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Cuánto tiempo hace que estás oculto? ¿Por dónde has venido? Responde presto y la verdad, ó te cuelgo irremisiblemente de esa horca: exclamó el capitán de los municipales apenas vió á Cristóbal; y Francisco, en cuyos oídos resonaron sus palabras como los ecos de la trompa de los cazadores en los del ciervo acosado y moribundo, djóse allí en sus adentros:

—¿No lo decia yo? Antes de cinco minutos están nuestras almas en la eternidad, y nuestros cuerpos columpiándose entre esos dos maldecidos pilares! ¡Dios tenga misericordia de nosotros!

En tanto el tlaxcalteca respondia sosegadamente:

—Mi compañero y yo, porque no estoy solo....

—¿Esto me faltaba! ¡Ahora ese menguado me delata! (pensó Francisco estremeceíndose, pero sin variar de postura).

—Mi compañero y yo (proseguia diciendo Cristóbal) somos dos pobres indios, ancianos como veis, y pobres como todos. Esta noche la hemos pasado aquí, y esperábamos la caridad de los religiosos para desayunarnos, cuando aparecísteis en la plaza con vuestros soldados: tuvimos miedo y nos escondimos.

—¿Capitan, (interrumpió un cabo) esa jente se nos viene encima!

—Dos hombres para custodiar á estos indios, y que no los pierdan de vista; si intentasen fugarse, clavarlos contra el suelo. Ahora, vamos á enseñarles los dientes á esa canalla! respondió el jefe; y apartándose de Cristóbal, puso en órden su jente para cargar á los vendedores que, en efecto, invadian la plaza tan acelerada como bulliciosamente.



UNIVERSIDAD
NOMIA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XI.

DE CÓMO EL INDIO CRISTÓBAL DESPEJÓ EL MERCADO DE TLATELOLCO, Y D. LUIS DE VELASCO RAZONABA EN EL GÉNERO DIALECTICO DE PONCIO PILATOS.

Dividida la hueste municipal en dos porciones, menos numerosa la una que la otra, pero aquella compuesta de los arcubuceros y mosqueteros, mientras que la última de piqueros y alabarderos exclusivamente, dispuso su caudillo que las armas de fuego quedasen en reserva, mientras él con las blancas, marchando en orden compacto, procuraba despejar la plaza, ó cuando menos tener á respetuosa distancia á los amotinados indios.

Estos, inermes, embarazados por sus mercancías, y mezclados con las mujeres, con evidencia se comprende que no pudiendo oponer resistencia á picas y alabardas, hubieron de abrirse delante de la pequeña falange de los de la audiencia, como al tajamar de un buque se abren las aguas que aquel surca, mas tambien apenas pasado el escuadron, apiñábase de nuevo la masa popular, y de nuevo comenzaba el clamoreo, y con mas furia que nunca se repetía el diluvio de guijarros, piedras y aun frutas, porque de todo hizo proyectiles la saña de los vendedores.

Dos ó tres veces corrió la plaza en diferentes sentidos la falange de los municipales, sin hallar resistencia inmediata; viendo deshacerse delante de sus armas á los amotinados, como fantasmas cuando mano temeraria intenta asirlas: mas al regresar á la fuente, donde la re-

serva permanecía á pié firme y mecha encendida, las cosas estaban lo mismo que antes ó peor, pues con la impunidad iban subiendo de punto la insolencia de los amotinados, y con el cansancio decayendo el ánimo de la soldadesca.

¿Por qué no hacer uso de las armas de fuego, á cuyo solo estruendo era mas probable que, como banda de perdices, se dispersaran aterrados los indios? ¿Por qué contemporizar con los rebeldes, sabiéndose que hacerlo conduce solo á envalentonarlos, y llevar las cosas á punto de que se convierta en guerra civil una lucha que acabara fácilmente en su principio?

Así raciocinarán muchos de nuestros lectores, á los cuales nos tomaremos la libertad de hacer presentes algunas consideraciones, en descargo del hombre que mandaba las fuerzas del gobierno en la plaza de Tlatelolco la mañana á que nos referimos.

En primer lugar, y eso lo tenemos dicho, prevínosele terminantemente que evitase á toda costa cualquier conflicto sério con el pueblo, y singularmente con los indios; porque la audiencia, conociendo ya su impopularidad de una parte, y de otra recelosa de que D. Luis de Velasco habia, si no de abandonarla por completo, sí al menos de mostrarse tibio en aquel lance, pues la ejecucion de los Avilas se hacia muy contra su dictámen; la audiencia, decimos, temblaba siempre que, si ocurría un motín serio en Tlatelolco, pudiera extenderse á México, propiamente dicho, el incendio revolucionario, y malograrse su venganza, al propio tiempo que naufragar el poder y las personas que lo ejercían.

Pero amen de sus instrucciones, detenían al capitán las circunstancias en que se encontraba, y la calidad del enemigo contra quien combatía. Las circunstancias, porque las fuerzas de Velasco, todas ó casi todas hallábanse en el campo, aunque inmediatas á la ciudad; y el resto de las propias de la audiencia y sus parciales, empleadas en la custodia de los presos, avenidas de la cárcel, &c., &c., á mas que razonable distancia del arrabal de Santiago; por manera que contar con pronto refuerzo, fuera sueño de la esperanza y no cálculo fundado. Cien hombres, pues, de los cuales apenas treinta con armas de fuego, y hombres allegadizos, soldados bisoños, en resúmen, tenía el capitán para oponer á todos los indios de Tlatelolco y de las cercanías de México, que al mercado acudían ordinariamente; y frontero al convento de San Francisco, en el cual podían muy bien estar ocultos pocos ó muchos castellanos parciales del marqués, y que en todo caso serviría de asilo á los revoltosos. ¿Fuera prudente, ni cuerdo siquiera, comprometerse, no siendo absolutamente indispensable, en desesperada lucha?—Y á mayor abundamiento, los amotinados eran jentes de baja esfera, y estaban desarmados, y habia entre ellos mas ancianos, niños y mujeres, que varones capaces del combate.

Romper contra tales enemigos el fuego de la mosquetería fuera un

acto de barbarie tan cruel, que con no ser aquellos tiempos y en tales materias modelos de filantropía, repugnaba instintivamente al capitán de los municipales, y parécenos debía repugnar á todo corazón bien templado. Esto sea dicho sin ofensa de los que en nuestra edad civilizada opinan que siempre y en todo caso, cuando el pueblo tiene la audacia de levantar la voz, aunque sea para pedir justicia, debe respondersele preliminarmente á cañonazos, salvo el escaminar luego el negocio, para . . . fusilar á los que de la asonada escapen con vida, y á mayor abundamiento infamar la memoria de los muertos.

Cada cual tiene su opinion: nosotros las respetamos todas, y deseáramos que se hiciese lo mismo con la nuestra, valga lo que valiere.

Mas todo tiene sus límites en este mundo; y así como no nos parece absolutamente justo que á las peticiones populares se responda por regla general á tiros, tampoco opinamos que los soldados deban dejarse hacer pedazos teniendo en las manos las armas con que vender al menos caras las vidas, ya que llegan circunstancias en que á salvarlas de otro modo no acierten. Así, pues, al cerrarse en torno de los que en la plaza de Tlatelolco tenemos, la masa de los indios del modo mismo con que cuando el fuego prende en las *sábanas* de los desiertos de aquel clima, circunda al extraviado solitario caminante, no dejándole mas arbitrio para salvarse, que oponer incendio á incendio [*], entendemos que era llegado el caso de acudir á los recursos estremos, y salió á toda costa de posición tan angustiosa. Tal fué la resolución del jefe de las tropas, recibida con unánime aclamación por aquella, ya causada de oír denuestos, y de correr inútilmente en pos de un enemigo á quien nunca alcanzaba.

Ya las bocas de arcabuces y mosquetes se dirijian á la rebelde masa popular, y las primeras filas de esa, estremeciéndose, quisieran huir, mas en vano, porque la multitud á su espalda apiñada no se lo permitia; ya las ardientes mechas iban á descender sobre el inflamable cebo; ya levantada en alto su jineta, movia el candillo los labios para pronunciar esa terrible voz de *¡fuego!* que envia el espanto como precursor de la muerte á los escuadrones contrarios, cuando Cristóbal, hasta entonces al parecer espectador indiferente de toda aquella escena, sustrayéndose con rápido movimiento á la vijilancia de sus guardas, á la verdad mas atentos al combate que á los presos, púsose delante del capitán y dijo:

[*] Suele, en efecto, prenderse fuego á las yerbas secas que cubren las *sábanas* ó llanuras desiertas en América, y entonces no le queda mas recurso al viajero de tal calamidad amenazado, que trazar en torno de sí un círculo tan vasto como puede, despojarlo de todo combustible, y luego incendiar los vegetales que forman el perimetro. De ese modo el fuego va alejándose sucesivamente de su persona, en vez de acercársele.

—“Con primera descarga matar indios pocos ó muchos: siempre tienes miles con furia y venganza, contra castellanos ciento, sin rayo.”

El argumento, hiciéralo quien lo hiciera, no tenia réplica ninguna: indudablemente caerian algunos de los amotinados, ya heridos, ya muertos, y el espanto seria grande al dispararse contra ellos arcabuces y mosquetes: pero ascendian ya á mas de dos mil personas las reunidas en la plaza, y era muy posible que el miedo mismo les aconsejase una resolución desesperada; y como de veras cargasen á los castellanos, solo un milagro los salvara! Por tanto el capitán, mirando á Cristóbal de hito en hito, respondióle:

—¡Y bien! Cuando eso sea, supongo que no vienes á aconsejarme que me deje ahogar aquí por esa canalla.

—¡Por qué capitán no hablar con indios!

—La mayor parte de ellos ni entenderán siquiera.

—Si capitán querer, no faltar quien hablar en indio á indios.

—¡Tú, por ejemplo!

—Yo poder.

—¡Y qué les dirias!

—Lo que capitán mandar.

—¡Y qué interes te mueve á darme ese consejo y ofrecerme tus servicios!

—Si capitán matar indios, y si indios matar soldados; indios ó soldados poder matar mí en batalla.

—No está mal hilado eso para un salvaje.—Veamos: diles que por hoy no hay mercado, que se vuelvan á sus casas, y que nadie se meterá con ellos.

—¡Y si no querer ir!

—Que les haré fuego sin misericordia.

—¡Y si no tener miedo!

—Los esterminaré á todos desde el primero hasta el último.

—Capitán no estar blando, y el indio estar terco. ¡Por qué no decir palabras de paz!

—¡Qué les dirias tú, en tal caso!

—Decir que capitán y soldados no tener culpa de lo que mandar audiencia; que si indios querer mercado, pedir á doctores.

—Oyes, indio, me parece que eres pájaro de cuenta!

—No estar pájaro, estar hombre.

—Pájaro y muy pájaro de cuenta; pero, en fin, diles lo que quieras con tal de que me dejen la plaza despejada en diez minutos; al cabo de este tiempo hago fuego, y salga lo que saliere!

—Si quieres que hablar yo á indios, das orden.

—La daré; pero escucha antes lo que tengo que advertirte: en el momento en que en tus palabras, acciones ó gestos advierta el menor síntoma de traicion, empiezo por colgar de esa horca á tu compañe-

ro, á quien el miedo tiene ya casi cadáver; y en cuanto á tí, mucho has de correr si una bala no te alcanza. ¿Me entiendes?

—Mucho bien entiendo tí, capitán.

—Pues entonces anda bendito de Dios, y cuenta con una buena recompensa, si me despejas pronto la plaza.”

Diciendo así, el capitán mandó á un tiempo que se dejara paso franco á Cristóbal, sin perjuicio de que dos de sus mejores arcabuceros le siguieran siempre con su puntería, como el cazador á la perdiz que al vuelo se propone matar; y que á Francisco se le acomodase un dólal al cuello para guindarlo de la horca en el momento en que en su compañero se advirtiese el menor síntoma de traición.

Cuáles serian el espanto y tribulación del último, cualquiera lo imaginará fácilmente; pues en primer lugar, digan lo que quieran ciertos facultativos sobre la estrangulación, el hecho es que á todos nos repugna pasar por ella; y en segundo, como para Francisco, una vez muerto D. Martín Suarez, cesó todo interés en los negocios de los castellanos, era doblemente cruel verse arrastrado tan insólita como inopinadamente al suplicio de los malhechores. Fiel á un amo que le habia tratado bien constantemente, mientras se trató de servirle, no se detuvo nunca el indio que nos ocupa, ante fatiga ni riesgo de ninguna especie: mas cuando Suarez ya no ecsistia, ¿á qué ni por qué cansarse ni esponerse? Francisco, pues, en el lance que tan mal para su persona iba disponiéndose, considerábase, y era en realidad víctima de ajenas culpas, y sobre todo de la complacencia indiscreta que le movió á salir del convento y seguir hasta *el pié de la horca* á la serpiente de Tlaxcala.

Ahora diremos que la razon que Cristóbal tuvo para hacer teatro de su conferencia con Francisco aquel sitio de mal agüero, fué primeramente el recelo de que en el convento oyese algun fraile curioso la conversacion, y la revelara indiscreto ó cobarde; y en segundo lugar y á mayor abundamiento, parecióle preferible llevar desde luego á su compatriota al paraje que habia de serlo de la escena.

Hecha esa esplicacion, volvamos al asunto principal diciendo, que mientras Francisco se encomendaba á Dios, dándose ya por ahorcado, Cristóbal sin curarse de los dos arcabuces, cuyas bocas seguian sus movimientos con la misma perseverancia que los ojos de la enamorada Clicie el rastro luminoso del esplendente carro de Apolo en los cielos, encaminóse sosegadamente hácia sus compatriotas amotinados, cubierta la cabeza con su manto, alta la mano derecha en señal de parlamento, limpia la mirada, animado el semblante, y lleno, en fin, de magestuoso decoro en su porte.

Desapareció el siervo, eclipsado por el patriota ardiente ó por el conspirador ecsaltado; dijérase que la vejez misma les cedia el puesto al vigor de pensamiento, y á la juventud de corazón que á nuestro buen Cristóbal animaban.

—“¡Escuchadme! (esclamó en la lengua mexicana que hablaba tan elocuentemente como con torpeza la de Castilla). ¡Escuchadme!

“Los castellanos me envian de paz á vosotros; que algunos de vuestros ancianos y mas esforzados varones vengan á oír mis palabras.”

El propio idioma ejerce en todos los hombres una influencia mas fácil de sentir que de explicar, en virtud de la cual aquella turbulenta muchedumbre, casi frenética minutos antes, se prestó sin dificultad al parlamento, consintiendo mas bien que diputando á algunos de los que en ellas pasaban por personas de mas importancia, que fueran á tratar con Cristóbal, hombre, por otra parte, muy conocido y respetado de los indios del pueblo.

Reunidos los prohombres en torno del parlamentario, esplicóles aquel sucintamente el estado de los negocios en México, algo como en verdad era, mucho mas cual á sus intentos convenia. Los caballeros presos lo estaban, segun Cristóbal, mas por su deseo de aliviar las cargas de los indios, poniendo coto á las esacciones del fisco y de los doctores, que por haber intentado coronar al marques del valle: los que iban á ser inmolados aquel dia, por consiguiente, eran víctimas de su amor al pueblo, y en prueba de ello ya se veía que la audiencia preludiaba á sus persecuciones estorbando el mercado, medida equivalente á privar á unos de las provisiones indispensables á su alimento, y á otros de vender el fruto de su trabajo.

Una vez ajusticiados los principales, proscritos los importantes, y por el terror sujetos los demas nobles de origen castellano, ¿quién protejeria á los misioneros contra los oficiales reales y los jueces? Y cuando los misioneros sucumbiesen, ¿qué escudo, qué amparo, qué consuelo les quedaban á los míseros indios?—En vez, por consiguiente, de encarnizarse contra un centenar de hombres, mandados al cabo en aquella ocasion, y mercenarios siempre, ya que el yugo les parecia intolerable, lo que hacer debian era abandonar por entonces el mercado, donde solo balazos y golpes de pica podian prometerse; marchar á Méjico, y con voces al menos, oponerse á las ejecuciones que sin duda en aquel mismo dia ó en el siguiente iban á verificarse de órden de la audiencia. Ningun riesgo mas grave que el hasta entonces corrido iban á buscar los indios, y quizá su sola presencia y voces bastarian para detener á los doctores en el curso de sus crueldades, que en definitivo resultado refluirian sobre los pobres, pues faltando los ricos faltaria el trabajo, y con él tambien el preciso sustento.

Tal fué, en sustancia, el habilísimo discurso de Cristóbal á sus compatriotas, los cuales, ya cediendo á lo especioso del razonamiento, ya obedeciendo al natural instinto que hace siempre preferible el peligro remoto al que presente se mira, entraron por completo en sus miras, y vueltos á la multitud, sin dificultad consiguieron que en poco tiem-

po desocupara la plaza de Tlaltelolco, para dirigirse silenciosa, amenazadora y compacta, al antiguo Tenuchtitlan.

—“¡Indio cumplir su palabra,” dijo Cristóbal al capitán que, con no menos asombro que placer, contemplaba las oleadas de la muchedumbre agolpándose á las bocacalles para salir de la plaza, tan presurosa como para entrar en ella se había mostrado.

—Cierto (replicó al cabo), y también el castellano cumplirá la suya. Pide la recompensa que quieras, y como esté á mi alcance, júrote á fé de bueno concedértela en el acto.

—Indio, no pedir más que libertad de compañero y libertad suya.

—¡Soltad á ese hombre! (gritó el capitán.) Ya estais libre el uno y el otro, aunque tú, amigo, no me pareces tan inocente como quisieras; pero en fin, me has hecho un gran servicio, y tienes mi palabra. Andad con Dios, y él os guíe para no venir de nuevo á parar allí.”

El bueno del jefe de los municipales señalaba, diciendo así, á los pilares de la horca, y eso en tono, como dicen los italianos hablando de ciertas óperas, *semiserio*. Cristóbal respondióle con una sonrisa que así podía significar: “No la temo, como *“poco me importa;”* pero Francisco, tocándose y retocándose el cuello para convencerse de que, en efecto, ya no llevaba el dogal funesto, no pudo menos de exclamar sentidamente:

—“Junto horca no me verás á mí, si demonio no traer por los cabellos!”

Y en el acto, sin esperar á su camarada, ni volver atrás la vista, ni mirar donde la planta sentaba, dió á correr con prisa tan cómica, que los soldados, gente siempre alegre y regocijada, le acompañaron hasta perderle de vista con una salva de gritos y silbidos, tal como la que en nuestras plazas de toros acoge ordinariamente á los alguaciles.

En contraposición de tal conducta, el servidor de los Valdestillas con sosegado paso y severo continente, atravesando la plaza, metióse en el convento de los franciscanos, no con ánimo de buscar allí un asilo para su persona, como erradamente lo presumió el capitán, sino con el propósito de salir luego por una puerta falsa, para incorporarse en Méjico con los indios amotinados, y encender más y más su cólera, y llevar la asonada tan lejos como pudiese, ya para salvar, ya para vengar á los caballeros.

Y véase cómo se frustran á veces los más atinados cálculos de los profundos políticos; véase cómo no siempre es absolutamente cierta en la práctica la máxima de que, abatiendo las cabezas más altas, es como se sofocan las rebeliones; pues que un siervo osado y desconocido se hallaba casi á punto de inutilizar las providencias y burlar las previsiones del gobierno de Nueva-España.

Pero dejemos el punto doctrinal á la consideración del discreto, así como los pasos de Cristóbal á la ventura por algún tiempo, y veamos qué sucedía en otros parajes de la metrópoli del Anáhuac y sus cer-

canías la madrugada misma del 3 de Agosto, día tristemente memorable en la historia de la conjuración de Méjico.

La quinta de Chapultepec nos llama primeramente: en aquella, un tiempo morada del placer y foco del fausto de los Avilas, reinaban á la sazón el llanto el desconsuelo, la soledad y el abandono más completo. Desiertos los magníficos salones, solitarios los deliciosos jardines, sólo en la estancia de D^a Elvira quedaba rastro de la humana vida; pero ¡qué rastro! Sollozos sin término, fúnebres plegarias, desgarradores ayes, y suspiros que el corazón partían. La servidumbre, ya de luto como por encanto vestida, retrataba en sus rostros la humillación y abatimiento de la poderosa familia sobre la cual descargaban los hombres el golpe de villana venganza, retirándole, al parecer su protección la Divina Providencia; todo, en una palabra, conspiraba á la aflicción, nada había que un rayo de remota esperanza ofreciese.

Así se pasó la noche: doña Elvira casi toda ella de rodillas y orando, Mencía en un estado de postración parecido á la muerte, ó entregándose á frenético delirio; porque, si la nieta de Hernán Cortés tenía, como su cuñada, mortalmente herido el pecho, también infinita más fuerza de carácter, también un fondo de resignación en el alma, un caudal de magnánimas ideas en el entendimiento, que la ayudaban á soportar aquella desdicha estrema con un esfuerzo de que era incapaz la escelente, pero vulgar, esposa de Gil González.

Así se pasó la noche, decíamos, entre lágrimas, oraciones, sollozos y votos estériles, hasta que ya abatidas las fuerzas de entrambas las aflijidísimas señoras, al romper el alba, una y otra, sin cesar de padecer, sin que el sueño hiciese tregua en realidad á sus dolores, quedaron, no sabemos si decir durmiendo ó aletargadas, durante el espacio de una ó dos horas. Aprovechando la ocasión las camaristas y dueñas que hasta entonces las asistieran, salieron de la estancia para procurarse ellas algún descanso efectivo; que pocas veces sienten los criados por sus amos de modo que les falten el apetito y el sueño.

Elvira, volviendo en sí antes que Mencía, acudió á buscar en la galería que conocemos lo que siempre hace falta mientras al mundo visible pertenecen las criaturas de barro, aire que respirar, luz que nos ilumine; y contemplando el sol que, entre nacaradas nubes y rubios celajes, comenzaba á elevarse majestuosamente sobre el horizonte, no pudo menos de exclamar con dolor profundo:

—¡Ay! Tú no luces para el mísero Alonso; ¡ay de mí! Que mañana tus rayos se levantarán sobre su tumba, quizá—¡Qué horror!—sobre su cadáver insepulto, y á las feroces miradas de sus enemigos espuestos en el patíbulo!—¡Pobre Alonso mío! ¡Tan caballero, tan valeroso, tan magnánimo, tan bizarro en sus juveniles extravíos mismos, y va á morir á las villanas manos de un verdugo!... ¡Va á morir, digo!... ¡Y por qué? ¡Quién me dice que no ha muerto!... ¡Oh, sí, ya le ma-

taron lo miserables doctores! ¡Ya le mataron! ¡Por qué, si no, haberme traído á Chapultepec?... Y yo, mujer cobarde, esposa desnaturalizada, yo me estoy aquí jimiendo en vez de acudir á sus brazos por vez postrera, ó al menos á tributar á sus mortales restos las últimas honras!—¡A Mexico! ¡A México! Allí al lado de mi Alonso, allí es mi sitio.... ¡Mencía! ¡Mencía! ¡Vamos á México!!!

Al escuchar la voz de Elvira que enérgicamente la llamaba, saliendo Mencía de su estupor, prestóse á emprender á la ciudad su jornada, como se prestara á arrojarse de cabeza al mar, ó á cualquiera otra cosa que le propusieran; pues tal la tenia el sentimiento que no daba razon ni de sí misma.

En pocos minutos estuvieron ensillados cuatro caballos, montando en los cuales las dos hermanas políticas, de negro vestidas y los rostros cubiertos con antifaces del mismo color, y los caballeros Nuñez y Victoria, salieron todos á galope tendido en direccion á México, por aquel mismo camino en que poco tiempo antes triunfó Elvira de los doctores, hubo el populacho de arrollar á Juan de Sámano, y fué con ovacion triunfal, ó mas bien con réjia pompa recibido el marques del Valle de Guaxaca, á la sazón preso de Estado. Mas no tenian las esposas de los Avilas serenidad suficiente, ni tiempo que lugar les diera á considerar el hondo cuanto doloroso contraste entre las escenas de la famosa malhadada fiesta, y la que entonces en su mismo teatro representaban: llegar á México y llegar pronto, ese era y debia ser entonces su esclusivo pensamiento. Volaban, pues, los corceles de las damas, sin misericordia por el látigo escitados, y en pos de ellos volaban á impulso del férreo acicate las monturas de los dos fieles caballeros, servidores aun mas celosos en la desgracia que durante la prosperidad lo habian sido de aquella familia. Volaban los cuatro caballos, marcando apenas su huella en el camino, levantando en torno de sí una densa nube de polvo, y hendiendo el aire cual si comprendieran que en su lijereza estribaba la vida de dos ilustres caballeros. Volaban, y casi al recinto de la imperial ciudad eran llegados, cubierta la piel de sudor copioso, y en blanca espuma bañados los pretales, cuando súbito una voz grosera exclamó: "¡Alto, vive Dios!" Y dos jinetes armados de punta en blanco, atravesándose en el camino, obligaron á nuestros caminantes á detenerse mal que les pesara.

- ¡Atrás! (dijo el mismo soldado que primero habló).
- Vamos á México (repuso Elvira).
- Pues por eso (insistió el milite).
- Somos de allá.
- Seais de donde quisiéreis: esta es la orden. ¡Atrás!
- ¡Conocéisme!
- Ni me importa.
- Soy (esclamó la irritada señora) doña Elvira, la esposa de D.

Alonso de Avila! Y diciendo así descubrióse el pálido bellissimo rostro.

¡Qué encanto tiene, qué májica influencia ejerce la desgracia estrema é inmerecida, dignamente soportada, para imponer respeto á los mas groseros entre los hombres, y obligar á la consideracion hasta á nuestros mas encarnizados enemigos!

Sea la causa la que quiera, el fenómeno es constante: la historia reputa monstruos y como á tales infama á los pocos que la desdicha insultan viéndola de cerca; y los dos soldados que á las esposas de los Avilas detuvieron, aunque fieles en la observancia de su consigna, estaban muy lejos de pertenecer á la especie de los monstruos. Así, al nombrarse doña Elvira, sabiendo aquellos hombres la desdicha que la abrumaba, como la tropa sabe siempre las cosas mas secretas, ambos inclinaron las armas en señal de respeto, y adelantándose el que desde luego llevó la palabra, dijo suavizando la voz cuanto pudo:

—Tenemos, señora, órden espresa de no dejar que nadie entre hoy en México por esta parte, y como soldados no podemos menos de obedecerla: pero no están lejos nuestros cabos, y si vuesa merced lo desea, uno de nosotros irá á consultarles.

—Lo deseo y os lo ruego encarecidamente. Cada minuto perdido puede acaso costar una vida.

—Ortuño, parte al galope á informar al cabo de lo que pasa.

Y en efecto, el segundo soldado, obedeciendo á su camarada, salió á escape sin pérdida de tiempo.

Cinco minutos despues volvió diciendo:

—El jeneral viene en persona, señora, á responder á vuesa merced.

Así era la verdad: la audiencia inquieta, y D. Luis de Velasco no muy seguro del efecto que el suplicio de los dos infelices caballeros produciria en Nueva-España, velaban incesantemente, cada cual por su parte, aquella en lo interior, este en las afueras de la ciudad, por lo que en casos tales se ha convenido en llamar la conservacion del órden público. Inundadas como la ciudad estaban sus cercanías de hombres de armas; porque segun tenian miedo (dice Torquemada) *los que ejecutaban esta justicia, aun con guarda no se aseguraban*; y entre otras providencias se tomó la de interrumpir la comunicacion de la metrópoli con el resto del pais durante todo aquel dia con su noche, tratándose, en resúmen, á México entero cual si en la conjuracion fuese cómplice.

Velasco, como todos los equilibristas, jénero de hombres políticos del cual nos libre Dios como encarecidamente se lo rogamos, imaginábase libre de toda responsabilidad en el asesinato jurídico de los Avilas, ya negándose á dar auxilio para su ejecucion, ya evitando el presenciarlo, ya, cuando menos, no aprobándola esplicitamente, y aun en confianza diciendo que le parecia cosa dura y sobradamente

rigorosa tal castigo: mas al mismo tiempo, como lo primero es el orden público, á saber: su personal quietud para tales jentes, contribuía con las fuerzas de su mando por un lado á que no se les frustrase el golpe á los doctores, y por otro á impedir toda demostracion del pueblo en favor de los sentenciados. No se admire nadie de tal aparente contradiccion, porque es regla constante de los hábiles inclinarse, en caso forzoso, al lado del mas fuerte para ayudarle á triturar al débil, con lo cual consiguen que se termine pronto la lucha, y que haya paz, á costa sin duda las mas veces del sacrificio de la inocencia, pero al cabo paz.

Sin embargo, cuando D. Luis de Velasco, que habia escogido por cuartel jeneral una granja inmediata al camino de Chapultepec, en la prevision verosímil, aunque en realidad infundada, de que en la quinta de Avila establecieran el suyo los conjurados aun libres, si algunos habia; cuando D. Luis de Velasco, repetimos, supo que doña Elvira con escaso acompañamiento solicitaba paso para México, olvidándose de sus políticas aspiraciones, recordó esclusivamente que era caballero, y que como tal estaba obligado, no solo á la galantería con las damas, sino tambien á la compasion con los desdichados todos. Todavía entonces la nobleza imponia deberes; todavía en aquella época no bastaban heredados blasones, ni hábitos por merced recibidos, para ser tenido por buen caballero, sino que á vueltas de vicios que no negamos, ecsistíanse virtudes que en parte los compensaban. Hoy, con dinero, todo pasa; y vive Dios que poco ganamos en el cambio.

Pero, reflexiones aparte, el hecho es que Velasco, montando á caballo y seguido por pocos de los suyos, apresuróse á salirle al encuentro á doña Elvira mas que lo hiciera, y con mayores muestras de obsequioso rendimiento á que se prestara su altivez aristocrática, si en el apojeo de la ventura se hallase la desolada esposa de D. Alonso.

Espúsole aquella señora con digno laconismo la deplorable situacion en que se hallaba, y la sagrada obligacion que tenia de acudir á México, ora para procurar la redencion de la vida de su marido, ora para asistirle en sus últimos instantes; y no sintiéndose el capitán jeneral con fuerzas bastantes para estorbar aquel justísimo y natural propósito, respondióle:

—Proseguid, señora, caminando; y el cielo guie vuestros pasos de manera que logreis vuestro deseo, en el cual sinceramente os acompaño.

—¡Ah, Sr. D. Luis! (repuso Elvira). Si vos quisiérais!...

—Yo, señora (se apresuró á interrumpir Velasco), no tengo parte alguna, sábelo el cielo, en la desgracia que os aflige: he dicho mi parecer, aunque no se me preguntaba, y no me han escuchado.

—Fuerza os sobra (esclamó Mencía, incapaz siempre y mucho mas en aquella ocasion, de cortesanos artificios). Fuerza os sobra, si quisiérais emplearla para estorbar el asesinato de nuestros maridos!

—La justicia del rey ha fallado (replicó grave D. Luis), y aunque yo deploro la triste suerte de vuestros esposos, señoras, mi obligacion es respetar sus decisiones. Y ahora, creedme: no perdais mas tiempo, que es harto breve el que teneis delante.

—Adios, D. Luis de Velasco (dijo Elvira rompiendo al galope la marcha). Algun dia la nobleza mexicana llorará, aunque tarde, el agravio que hoy consiente se le haga en la persona de los Avilas.

—“¿Quizá tenga razon! (se decia á sí mismo Velasco, mirando pensativo, alejarse la reducida cabalgata). Si este ensayo les sale bien á los doctores, la influencia de la nobleza se anula en la Nueva-España, como se anuló en la antigua despues de la rota de Villalar.... “Porque allí no fué vencida la plebe, sino los fueros de las ciudades, con los cuales perecieron, en resumen, los privilegios y la influencia positiva del cuerpo de la nobleza española.... Así aterra hoy Felipe con letrados y frailes, y desde un monasterio, á los que sujetar no pudieron con las armas los reyes de Aragon y de Castilla.... “¡Ah, Cisneros! ¡Cisneros! Tú heriste de muerte el poder de los infanzones y ricos-hombres del reino, al parecer en pro del pueblo; y cuando entre ese y el trono desapareció la barrera de la aristocracia, los reyes cesaron de contemplarle, tratándole como á cosa propia!.... Pero ya ese mal no tiene remedio: la fuerza cedió el puesto á la astucia, las armas á la toga.... Estorbando la muerte de los Avilas, mostrárame yo sin duda cumplido caballero, mas tambien me acreditara de infeliz político, y quizá al fin de la jornada figurase mi cabeza en un tajo como las de Padilla y Bravo allá en España.... No hay mas de contemporizar ahora, mantener el sosiego en México y escribir á la corte para que se enfrenen las demasias de estos doctores; quizá el rey abra los ojos y ponga el vireinato en manos del único hombre que puede gobernarlo sin temer rebeliones, ni necesidad de atropellar fueros.”

Cada cual juzgará de ese razonamiento como mejor le parezca: por nuestra parte diremos solo que se nos figura muy parecido al que debió de hacer el presidente de la Palestina, que antes citamos, cuando los judíos se obstinaban en que fuese el Salvador el crucificado, y no Barrabás que tanto lo merecia.

®



CAPITULO XII.

QUE NO HABIENDO REGLA SIN ESCEPCION, SE DAN CASOS DE SER PROVECHOSOS LOS ESCRITOS ANÓNIMOS.

UNA vez en México, merced á dos hombres de armas que Velasco envió con las damas para que de nuevo no fuesen interrumpidas en su marcha, calculando Elvira que en tales momentos cuatro personas á caballo llamarían la atención mas de lo conveniente á sus designios, comenzaron las dos cuñadas por apearse, y enviando á su casa los corceles con los caballerizos, ellas solas y envueltas en sus mantos completamente, encamináronse en derechura al palacio del marques del Valle, situado, como sabemos, en la plaza mayor de México. El aspecto jeneral de las calles era en sustancia el mismo que la noche anterior, si bien mas grave, amenazador y melancólico, pues habiendo ya corrido la noticia de que los Avilas estaban en capilla, á pesar de cuantas precauciones se tomaron para ocultarla, por una parte la fermentación popular reprimida apenas en lo aparente, y por otra las redobladas precauciones de la audiencia, eran claros síntomas del mas violento estado en una ciudad posible. Los castellanos embozados en sus negras capas, y con el ala del chambergo cubiertos casi los rostros; los indios como amortajados en sus blancos mantos de algodón; unos y otros silenciosos, mirándose de soslayo con significativa espresion de miedo ó de ira, discurrían taciturnamente por entre las diversas patrullas que, con la pica ó el mosqueo al hombro, ya dispersaban un grupo, ya con un brutal: "¡Adelanta

ó atrás, caballeros!" despejaban el campo en todas direcciones. Pero el grupo deshecho aquí, volvía á formarse veinte pasos mas allá; y el curioso espantado en esta esquina, parábase en la inmediata, hasta que una nueva ronda le espantaba otra vez. Sin voces, sin actos hostiles de ninguna especie, el aspecto de los pobladores de México aquel dia, era amenazador realmente, tan amenazador, tan temible, que los soldados, por instinto mas que por consigna, requerían el cebo del arcabuz ó enristaban la alabarda al ver tres personas juntas, y volvían las esquinas con recelo, y no consentían que nadie se les acercase mas de lo que una pica alcanza.

Evidentemente habia divorcio entre la sociedad y su gobierno; evidentemente, México maldecía á los jueces, compadeciendo á los sentenciados ó quizá simpatizando con ellos; evidentemente, si el pueblo no careciera de concierto y jefes, ó la audiencia sí del apoyo moral y físico que le prestaban Velasco y sus banderas, aquel dia se perdiera Nueva-España. "Era tanto el alboroto (dice nuestro predilecto historiador) que se tuvo por cierto que la ciudad se alzaba." Para escribir, solos cuarenta años despues del suceso y en México mismo tales palabras, y obtener el libro que las contiene la aprobacion y licencia de los gobernantes, preciso es que la sedición fuera en 1566 inminente en realidad, y á mayor abundamiento por los desaciertos y desafueros de los doctores con evidencia provocada. Y fué, en efecto; mas no debemos ahora anticiparnos á los acontecimientos, sino referirlos por su orden con la claridad posible.

Doña Elvira y Mencía, desconocidas y acaso mal juzgadas, porque apenas transitaban por las calles mas mujeres que ellas (otro síntoma precursor de las rebeliones), atravesaron gran parte de la ciudad sin que indio, ciudadano ni soldado, les dijese el menor requiebro, hecho que consignamos como escepcional, y en prueba de lo profundo de la preocupación que los ánimos dominaba; pues para que los españoles dejen de requebrar á una mujer tapada ó descubierta, preciso es que estén completamente fuera de caja, como decirse suele.

Pero, si no requiebros, tampoco embarazos hallaron en su camino hasta llegar á la plaza, que con asombro y terror vieron convertida en Plaza de armas, ó si se quiere en ciudadela; tales eran el número y cantidad de hombres de armas en ella hacinados, tales el conjunto y pormenores de su belicoso aterrador aspecto.

En cada bocacalle un cuerpo de guardia, mosqueteros con la horquilla clavada en el suelo y la mecha ardiendo, y una ó dos piezas de artillería, tambien prontas á romper el fuego. Delante de cada uno de esos puestos una avanzada de arcabuceros, con algunos jinetes de descubierta; á retaguardia, es decir: dentro de la plaza misma, su correspondiente reserva de picas, lanzas, artesanas y alabardas. Algunos cabos y oficiales iban y venían de parte á parte, inspeccionando los puestos, visitando los cantinelas, explorando las avenidas,

y regresando á dar cuenta de sus observaciones ya á Manuel de Villegas, ya á Juan de Sámano que alternativamente pasaba de la cárcel á la plaza, y de esta á la casa de la ciudad en la misma situada, y donde la audiencia debia en breve reunirse. Cual si un ejército enemigo invadiera ya la antigua corte de Moctezuma, ó mas bien como si los que la plaza ocupaban fuesen rebeldes al gobierno lejítimo, recientemente sublevados, y esperasen de un momento á otro el ataque de las fuerzas de aquel, así estaban los semblantes de pálidos, los ánimos de inquietos, las vistas de azoradas, y las lenguas de mudas. No parecían, ni en realidad eran aquellos hombres soldados españoles; porque esos, siempre alegres, burlones y decidores, así en los triunfos como en los reveses, tienen por costumbre buscar ó esperar la muerte con la indiferencia en el corazon y la sonrisa en los labios; no parecían ni eran los allegadizos campeones de la audiencia de la misma raza que los inmortales conquistadores de México, ni hermanos tampoco de los que en Europa formaban los invencibles tercios de la gloriosa infantería castellana. ¡Ni cómo habian de serlo ni parecerlo, corchetes que trocaron de improviso la vara por el mosqueate; codiciosos aventureros que, defraudados en sus locas esperanzas de enriquecerse, tomaban la pica por no perecer de hambre; y bravos que ayer afiliados á la conjuración, se disponían hoy á contribuir al estermínio de los que ya no podían pagarles!—Por otra parte, aun los soldados de buena ley, cuando en tal servicio se les emplea, pierden al desempeñarlo su dichosa indiferencia y natural alegría; porque si la muerte en el campo es la gloria, la muerte en el suplicio la infamia ó el martirio, y al corazon humano repugna instintivamente, tanto ser parte en la una como en la otra.

Así, pues, nada mas natural que el fúnebre silencio que entre los guardadores de la plaza mayor de México reinaba al llegar á ella, ó mas bien á sus avenidas, las infelices esposas en sus Avilas, en cuyos corazones resonaron, sin embargo, dolorosamente los ecos de monótono tétrico martilleo.... Algunos indios, pobremente ataviados, y por un cómitre ó corchete duramente dirigidos, clavaban en el suelo ciertos piés derechos, sobre ellos tablas, y sobre las tablas tendían negras bayetas, todo delante de la puerta de la casa de la ciudad.... ¡Construían el cadalso en que estaban condenados á morir D. Alonso y su hermano!

¡Por qué, sin verlo, pues las avanzadas las detuvieron desde luego, adivinaron Elvira y Mencía lo que aquellos rudos golpes significaban! ¡Ah! Porque hay en los desdichados un sentido esquisito para las desgracias, cuyo funesto organismo les revela, como por ensalmo, el mal que les amenaza, antes, mucho antes que le fuera posible adivinarlo por los síntomas comunes al observador desapasionado.

Mas como quiera que fuese, al escuchar el duro resonar de los martillos, Mencía tuvo que apoyarse en Elvira para no rendirse á la pe-

sadumbre de su espanto, y Elvira que decirse á sí misma: *¡Soy nieta de Hernán Cortés!* para soportar á un tiempo su propia y la ajena angustia.

—¡A dónde van las curiosas! les decía al propio tiempo un centinela. ¡Hoy es mal dia para gangas: vuélvase á casa y recen por el alma de los que van á ajusticiar!

Aquel hombre, sin saber lo que hacia, estaba clavando desapiadadamente un puñal en los corazones de las dos infelícísimas señoras: mas la mujer de D. Alonso, cuya resolución de no rendirse al hado adverso superaba á los rigores mismos del destino, replicóle:

—¡No podremos entrar en la casa del marques del Valle!

—¡Hum! ¡hum! ¡Del marques del Valle! ¡No tendrá hoy la tal casa muchas visitas!

—Pero en fin: ¿puede ó no entrarse en la casa del hijo del conquistador de México? ¡Temeis hasta las lágrimas de las mujeres que allí pueden á llorar reunirse!

—Yo, reina mia, nada temo, voto á.... Pero lo que no quiero es recibir algun trato de cuerda por dejarlas pasar contra la órden, ó por entretenerme en conversacion con ellas. Por aquí no llegarán nunca á las casas del marques: den la vuelta á la calle, y acaso por la puerta falsa las dejen entrar. ¡Buenos dias, doncellas, si lo fueren!

El consejo era bueno; y siguiéronlo al pié de la letra las dos cuñadas; mas al llegar, en efecto, á una de las puertas no principales del palacio, halláronse con que, como todas ellas, estaba severamente guardada. Otra mujer menos varonil que Elvira cediera ante el cúmulo de obstáculos y dificultades que, como en los palacios y selvas encantadas de los libros de caballería, iban sucesivamente y cada vez mas insuperables oponiéndose á sus designios todos: mas en el carácter de la esposa de Avila no hacían mella los reveses, antes por el contrario, escitando su altivez nativa, dábanle aliento para luchar cada vez mas animosa y perseverante: así Anteo tomaba de la tierra, al caer en ella, fuerzas para luchar con Hércules.

Ver el cuerpo de guardia que iba á estorbarle el paso, y resolverse á lo único en realidad posible en tales circunstancias, so pena de retirarse, fué para Elvira instantáneo.

—Señores (dijo descubriéndose al cabo y á los soldados): miradnos bien; somos las esposas de los caballeros que van á ser *asesinados*; venimos á llorar nuestra desdicha con la marquesa. ¡Quién de vosotros osará impedirnos el paso? Hágalo el que de tan vergonzoso valor esté dotado, en la seguridad de que opondremos el pecho inerte de dos mujeres aflijidas á su villano acero. Matándonos, abreviaremos nuestro suplicio. ¡Mencía, mi amada hermana, entremos!

Y diciendo y haciendo, entró efectivamente en el palacio, sin que ninguno de los que aquella puerta custodiaban, osara ni hacer la mas leve demostracion de impedirselo.

La marquesa, de quien hace tiempo no hablamos, tuvo la primer noticia de la catástrofe horrible que se preparaba, al ver aquella noche ocupada la plaza, y circunvalada su casa por la hueste de la audiencia, debiendo solo á la diplomática benevolencia de D. Luis de Velasco, que por medio de secreto mensaje le dió aviso de quiénes eran los sentenciados, no pasar por la horrible duda que fuera consiguiente á ignorarlo. Grande fué sin duda alguna su aflicción, muy grande, por la desdicha de los Avilas, pero, sin acusarla ni remotamente de egoísmo, podemos decir que bendijo á Dios por la merced que le hacia libertando, por entonces al menos, á su esposo y cuñado del hacha funesta. Tal era la situación de su espíritu, cuando antes de amanecer el 3 de Agosto fuéronse presentando sucesivamente en el palacio, la andaluza Leonor, doña Juana de Sosa, y las demás mujeres, hijas ó madres de los caballeros presos, todas en lágrimas deshechas, todas temblando que á la muerte de los Avilas siguiera de cerca la de aquellos por quienes estaban respectiva y mas directamente interesadas; y todas, en fin, llamadas á la mansion del heredero de Hernan Cortés, por un aviso uniforme y ademas singularmente misterioso.

"D. Alonso de Avila y su hermano Gil Gonzalez de Avila están en caxilla para ser mañana ajusticiados: vuestro esposo (padre, hijo ó hermano) tendrá quizá pronto igual suerte. Id sin demora á casa de la marquesa del Valle, concertaos con ella; y con súplicas y lágrimas, á lo menos, procurad salvar á los infelices sentenciados hoy, para no llorar mañana la muerte de vuestros deudos. Con el papel que os envió podreis transitar por todas partes, sin que nadie os ponga embarazo."

Tal fué la especie de anónima circular que recibieron al amanecer del 3 de Agosto todas las damas interesadas en la suerte de los presos, menos doña Elvira y Mencía, á quienes no creyó sin duda su desconocido autor necesario dirijírsela, ni en todo caso la recibieran, por hallarse, como sabemos, ausentes de la ciudad hasta el momento en que, rápidamente atravesada la distancia que de Tlatelolco la separaba entonces, entraron en el palacio de Hernan Cortés, hoy de Monteleone.

Precisamente en el instante de presentarse en la cámara de la marquesa las dos cuñadas, discutia el femenino cónclave, en distintos grupos dividido, ya la grave cuestion de averiguar quién fuese el autor del singular misterioso aviso que allí las congregaba, y al menos difícil, pero infinitamente mas importante, de resolver lo que en el caso debía de hacerse en obsequio de los Avilas, sin perjuicio de los demás caballeros aun *sub-judice*, como dicen los letrados, que viene á significar, libremente traducido: *aun con la cabeza en la garganta del lobo.*

Las damas optimistas, porque de todo habia en la junta, atribuían el anónimo á D. Luis de Velasco, apoyándose en la noticia que el capitán jeneral tuvo muy buen cuidado de hacer circular, de que no

aprobaba la sentencia fulminada contra los dos hermanos, é infiriendo de ahí que, al aconsejarles que *al menos con súplicas y lágrimas* procurasen salvarlos, buscaba solo un pretexto para oponerse resueltamente á que se llevara á cabo el jurídico asesinato.

Mas á eso respondia la fraccion pesimista, que siendo Velasco un hombre por el egoísmo, la ambicion personal y el orgullo dominado, parecia delirio creerle autor de aquel aviso, y mas quizá suponer que, si él quisiera luchar con la audiencia, acudiese á tan pueril recurso como el de hacer llorar y rogar á unas cuantas mujeres. No habiendo persona amiga (proseguian las melancólicas) á quien suponer autora del anónimo, pues tal recurso era ajeno al carácter de la altiva doña Elvira, y no se le ocurriera en un siglo á la cándida Mencía, forzosamente debia de fijarse la atencion en los enemigos, esto es, en los doctores mismos, cuyo cálculo pudiera muy bien ser el de lanzar á las damas en un paso imprudente, para acelerar su venganza contra los caballeros, á pretexto de las demostraciones de aquellas, por inocentes y hasta legítimas que fuesen todas.

"Salgamos á la calle (decian), y nos seguirá el pueblo; pidamos misericordia con lágrimas, y el pueblo nos hará el coro con voces sediciosas; alcemos nosotras el grito, y el pueblo arrojará piedras á los doctores. ¡Qué sucederá entonces! Que una docena de arcabuceros dispersará al pueblo; que nos quedaremos solas; y que, triunfante la audiencia, no solo degollará irremisiblemente a los Avilas, como ya se lo ha propuesto, sino tambien á nuestros deudos, acusándolos de amotinar la ciudad aun estando presos, y probándolo, mal sin duda, pero cuanto basta á su propósito, con decir que, si por su influencia y precepto no fuera, nunca nosotras intentaríamos, ni menos consiguiéramos promover una asonada. ¡Doloroso es ciertamente ver morir asesinados á nuestros infelices amigos; pero arriesgar tambien, sin fruto para ellos, las cabezas de los que amamos, fuera, sobre necio, criminal á mayor abundamiento!"

Estarse quieto, no hacer, dejarse llevar por la corriente de los sucesos, esos son los funestos orígenes del fatalismo oriental; esos tambien los defectos capitales del carácter de los pueblos meridionales; esa la base de la superioridad de las razas del Norte que profesan la doctrina contraria; y esa, en fin, la máxima canónica del egoísmo, que rehusa tender la mano, por no mojársela, al infeliz que se ahoga. Pero, apresurémonos á decirlo en disculpa de las señoras que hemos llamado pesimistas: no el propio interes las estravió de la senda de noble abnegación en que las otras caminaban, sino el temor disculpable, y hasta cierto punto motivado, de perjudicar á las personas que mas directamente que los Avilas les interesaban en aquel desdichadísimo negocio.

Menos en número las resueitas, aunque fuertes con el apoyo de la marquesa que á su frente figuraba, y la elocuencia apasionada de la

mujer del capitán Sarmiento, peleaban ya en retirada cuando, como apuntado lo dejamos, aparecieron en el femenino conclave las esposas de los sentenciados.

Ante la espresion del agudísimo desesperado dolor que en los semblantes de entrambas se retrataba, todas las lenguas enmudecieron, todos los pechos palpitaron con violencia, los mas de los ojos se arrasaron en lágrimas; y la marquesa, olvidando todo género de ceremonias, salió al encuentro y estrechólas con fraternal emoción contra su pecho.

Durante algunos minutos, ni las cuñadas acertaron á desplegar los labios, ni las demás señoras hallaban palabras que decirles; mas al cabo la mujer fuerte, nuestra sin par Elvira, hubo de tomar sobre sí, como de costumbre, romper el silencio para entablar directa y vigorosamente la cuestion.

—Marquesa (dijo) y vosotras amigas y señoras: ya veis que el cielo nos ha elegido para que seamos las primeras víctimas inmoladas en odio de Hernán Cortés y de su raza. Nuestros maridos están condenados á morir hoy en el cadalso que en esa plaza se está levantando. ¡Y no hay en México una sola espada para defender á los Avilas! ¡No; no hay en México un solo hombre que ose levantar la voz, siquiera, en defensa de la inocencia! ¡Dirá también la historia á nuestros descendientes que no hubo tampoco una mujer que llorar supiese para salvarlos!—Nosotras, Elvira y Mencía de Avila; nosotras, que fuimos y aun somos esposas de dos ilustres caballeros; nosotras, que seremos en breve viudas de dos hombres *por traidores* y á manos del verdugo muertos en suplicio infamante, venimos á deciros: *Acompañadnos á implorar misericordia de esos tigres que se llaman jueces, para que cuando la nieguen, que si negarán, nos quede el consuelo de haber hecho cuanto la esposa debe al esposo y la amiga al amigo.* Ahora podeis, señoras, seguirnos ó abandonarnos, como os plazca, que yo y mi hermana cumpliremos en todo caso con nuestra obligación, lo mismo solas que acompañadas.

—Con vosotras iremos al cabo del mundo! (esclamé la noble marquesa.) Guad, siquiera sea de nuestros esposos lo que de los vuestros; que mas vale ser viudas con honra, que casadas con nota de cobardes y desagradecidas. ¡Si los Avilas mueren por leales á la familia de Hernán Cortés, la marquesa del Valle no quiere que nadie en lealtad la vengza!

—¡Sigamos á las esposas de los Avilas! (gritó á su vez ecsaltada la ardiente Leonor), y sepa el mundo que si en México faltan hombres resueltos, sobran mujeres jenerosas.

—¡Sigámoslas, sigámoslas!!! dijeron también á una voz las demás señoras, entre quienes se propagó el entusiasmo con la rapidez de la chispa eléctrica; y desde aquel momento ya solo se trató de ordenar el plan de campaña, y llevarlo á cabo con decision y rapidez.

Dígase lo que se quiera, en tratándose de sentir, las mujeres valen infinitamente mas que los hombres; el cielo, á nuestro entender, les ha negado (y perdonen las doctas) las facultades lógicas, para darles en cambio tan abundantes y perfectas las sensitivas, que bien pueden consolarse de lo absurdamente que en jeneral racionan, con lo espontáneo, fácil, y noblemente que sienten.

Porque ha de saber el lector, ya que sin perjuicio de las reglas del arte y del interes de este libro podemos decirsele, que quien escribió el anónimo convocando á las damas para casa de la marquesa, en la prevision de un resultado de la especie misma del que aquella junta produjo en efecto, no fué capitán jeneral, ni doctor de la audiencia, ni alguacil mayor, ni hombre alguno, en una palabra, sino una mujer, y débil, y frágil, mas que frágil si se quiere, pero mujer y por tanto compasiva, esquisitamente sensible, dispuesta á sacrificarlo todo por salvar al hombre que la habia engañado, y de quien fué encarnizada perseguidora mientras no vió delante de él un cadalso: Beatriz, en fin, para decirlo de una vez y claramente. Confiando poco en la palabra de Ceinos, su resuelta esposa calculaba que en todo caso una demostracion pública de todas las principales mujeres de México no podia menos de ser útil á su proyecto; y en consecuencia, valiéndose de Fortun, especie de comodín que para todo le servia, hizo lo que sabemos, preparándoles convenientemente el terreno á doña Elvira y á Mencía.

Mas no por eso dejó Beatriz de insistir con su marido en obtener la suspension del suplicio de los Avilas, suspension que el doctor le tenia poco menos que asegurada, y á que sin embargo no daba ella mucho crédito, conociendo de larga fecha y profundamente la implacable rencorosa condicion de su esposo y dueño.

El, entretanto, ya por librarse de la obstinada persecucion de su compasiva consorte, ya porque, deduciendo del estado de aquella la mala impresion que en México debia de haber producido la sentencia contra los dos hermanos, comprendió la necesidad en que se hallaba, como gobernante, de no omitir precaucion alguna para llevarla á cabo: apresuróse á dejar el lecho y su morada desde muy temprano, marchando en silla y con escolta de alabarderos á la casa de la ciudad, á la cual pensaba llamar inmediatamente á sus dos colegas. Pero no hubo menester molestarse en pasarles aviso: Villalobos y Oroco, no menos inquietos que su presidente, y el primero además huyendo las cultas elejías de su doctísima hija, hallábanse ya en la sala capitular cuando Ceinos entró en ella, creyendo ser el mas madrugador de los gobernadores de México. A pocos momentos presentáronse también Sámano y Villegas á dar cuenta de no haber ocurrido novedad durante la noche, ni en la ciudad ni en sus arrabales y cercanías ó *afueras*, como ahora diríamos; así como de no advertirse tampoco por el momento síntoma alguno de rebelion en nobles ó pe-

cheros, castellanos ó indios, aunque sí muestras de profundo disgusto y terror insólito.

—¡Eso es bueno y saludable! (esclamó Ceinos.) Que nos teman, y así nos obedecerán sumisos.

—El pueblo (añadió Villalobos), debe temblar ante sus gobernantes.

—¡Como que á Dios representan! (concluyó Orozco.)

Verdaderamente, si Dios fuera digno de ser representado por tales hombres, como ellos lo pretenden, habría para.... Ni escribirlo queremos, porque fuera, aun hipotéticamente hablando, ofender al que es la *Justicia*, pero tambien la *Misericordia suma*.

Satisfechos, pues, hasta cierto punto los doctores del estado de las cosas, mas no pudiendo por eso desechar el terror que la tiranía lleva consigo, no menos para los que la ejercen que para los desdichados á su querer sujetos, ocupáronse sin descanso en dictar una providencia tras otra, acumulando precauciones sobre precauciones de tal forma que, si el ejército de Jerjes tuviera á su disposición, empleáranle todo, y quizás creyendo que les faltaba jente para enfrenar la supuesta osadía de un pueblo inerme, ya sin caudillos, y literalmente ocupado, como plaza recién conquistada, por las armas de sus satélites.

Conviene advertir que la audiencia se proponia hacer morir á los Avilas á las once de la mañana del día 4 de Agosto, en el cual, por una singular coincidencia, se celebraba y celebra al fundador de la inquisitorial Orden de predicadores, como si la fortuna se complaciera en que precisamente con la fiesta de su patron, pudiesen los dominicos solemnizar el triunfo que sobre sus rivales los franciscanos alcanzaban. Pero, dejando eso aparte, porque ahora no importa, insistimos en repetir que el día señalado en la sentencia para la ejecución de los reos fué el 4 de Agosto, en prueba de lo cual bastanos apuntar que no se les dió confesor hasta el 3 por la mañana, disponiendo terminantemente la legislación entonces vijente, que al condenado á muerte se le administrase la santa Eucaristía veinticuatro horas antes de ejecutarle, salvos los casos de su negativa á recibir aquel sacramento, de querer con tal pretexto demorar su castigo, ó de ser temible en la dilacion algún escándalo ó peligro.

Así las cosas, ya Fr. Diego de Olarte con D. Fernando de Valdestillas, y los tres religiosos franciscanos, en la cárcel asistiendo á los sentenciados, y sobre poco mas ó menos al tiempo que la muchedumbre de los indios abandonaba, por Cristóbal persuadida, el Tianguetz de Tlatelolco, abrióse súbito de par en par la puerta principal del palacio de Hernan Cortés, frontera precisamente al cadalso en construcción; y con asombro de los soldados que la plaza ocupaban, comenzó á salir por ella la mas estraña y lúgubre comitiva que imaginarse puede.

Rompian la marcha, en dos hileras paralelas, una docena de paje-cillos todos de luto rigoroso vestidos, llevando del cuello pendiente el blason del conquistador de México; y segufantes, con negros atavíos igualmente, mas que razonable número de criados, todos tambien melancólico el semblante, bajos los ojos, cruzadas las manos y de armas desprovistos. Dueñas con luengas tocas, doncellas con oscuros mantos, iban procesionalmente en pos de la servidumbre masculina; y á corto espacio de ellas las damas de la nobleza de México, todas en traje de viudas, cerrando la marcha la marquesa del Valle, que á su derecha llevaba á Elvira y á su izquierda á Mencía.

La sorpresa, en primer lugar; lo inofensivo de la procesion en segundo; y en tercero y último, el estarles mandado, sí, que nadie entrara en la plaza por las calles que en ella concluian, mas no que impidiesen á los vecinos de la misma que de sus casas salieran, fueron en gran parte causa de que los soldados de la audiencia, lejos de oponer el menor obstáculo á la marcha de la fúnebre comitiva, le abrieran espontáneamente paso, haciéndose á una y otra parte, y descubriéndose todos en testimonio, tan sincero como involuntario, del respeto que la afieccion de tantas, tan bellas y principales señoras les imponia.

Atravesó, pues, la plaza el enlutado escuadron en absoluto silencio y profundo recejimiento, hasta que los pajes que hacian cabeza, llegaron á la puerta de la casa de la ciudad, punto en el cual parándose, y dando frente á su centro, dejaron paso á la marquesa y á las dos cuñadas, cuyas tres señoras, seguidas entonces por las restantes del acompañamiento, presentáronse á solicitar urbana, pero enérgicamente tambien, ser admitidas á la presencia de los doctores.

La guardia especial de la casa de la ciudad, desde que vió encaminarse á ella á las damas, habia tomado las armas, y formada en batalla entre el cadalso y la puerta, esperaba las órdenes de su jefe, quien á su vez envió á pedir las de los magistrados, dando noticia por medio de su sarjento á Manuel de Villegas de lo que acontecia: por manera que, al significarle su deseo la marquesa, limitóse á contestar que nada podia hacer por sí, y que esperaba la resolución de sus superiores.

—¡Han de negarse los señores de la audiencia hasta á escuchar nuestras súplicas, cuando á tanto descendemos las damas de la primera nobleza del reino? preguntaba la marquesa, reprimiendo á duras penas la esplosion violenta de su dignidad ofendida, cuando precipitadamente bajaron de la sala capitular á la plaza el alcalde y el alguacil mayor para enterarse por sí mismos de lo que pasaba.

Una sola ojeada bastó para que la perspicacia de Juan de Sámano comprendiese hasta qué punto era grave, precisamente por lo pacífica y al parecer inofensiva, aquella demostracion de las damas mexicanas, porque, aun prescindiendo del efecto moral que pudiese pro-

ducir en el teatro mismo de los acontecimientos, era evidente que, mas tarde en España, la nobleza toda miraría como agravio hecho á *la clase*, cualquier desaguisado que con las suplicantes se cometiera, y quizá la simple negativa á sus ruegos.

Pero ¿qué hacer con mujeres que, vestidas de luto, ni alborotan, ni lloran siquiera sino silenciosamente? ¿En virtud de qué ley condenar que el seco débil interceda por sus naturales apoyos y defensores lejítimos? Emplear las armas fuera un acto de inaudita barbarie, acudir al engaño intentar lo imposible, pues el cadalso estaba allí revelando con sangrientas voces la verdad de los hechos; y contemporar requeria tiempo, y dárselo entonces á los sucesos equivalia á perder la ya casi ganada victoria!

—¿Cómo no hemos previsto (preguntaba Sámano á Villegas) que estas malditas mugeres habian de hacernos al cabo alguna de las suyas?

—Solo el diablo (replicaba el alcalde) prevee lo que hará una muger. ¿Cómo queréis que adivináramos nosotros lo que habian de hacer entre veinte ó treinta que hay aquí reunidas, sin contar con las doncellas ni las dueñas?

Pero como en casos tales las reflexiones son inútiles, Sámano, que era hombre de accion esencialmente, se dijo:—Aquí no hay mas de irse al toro, y obrar como la suerte quiera y el ingenio lo aconseje. Con cuyo propósito y revistiéndose del aspecto mas compungido y cortésano que pudo, adelantóse hasta emparejar con la marquesa, y allí, descubierto y despues de una profunda reverencia, dijo:

—¿Qué tiene Vuesenoría que mandarnos, señora; y por qué se ha molestado en venir á pié y en tal dia á estos umbrales, pudiendo llamarnos á su casa, y disponer allí cuanto quisiera?

Miraba Villegas atónito á su colega, y con mayor asombro aún le miraba la marquesa, absorta de oír tal lenguaje en boca del mas encarnizado enemigo de su parcialidad y familia; mas recobrándose prontamente, respondióle serena:

—La marquesa del Valle y las damas de Méjico vienen hoy, como cumple á esposas, madres, hijas y hermanas de hombres que habitan en calabozos ó para quienes se levantan cadalsos; vienen, Sámano, á pedir, sí, á pedir, no ya justicia, sino misericordia para sus deudos.

—¿Ya en fin se reconocen culpables? exclamó Villegas con cándida ferocidad.

—¡Basta! (le interrumpió al alguacil mayor, sin dar tiempo á que D.^a Elvira le replicase, como ya iracunda movia los labios para hacerlo dignamente). ¡Basta Villegas....! Señora marquesa, yo haré presentes vuestras súplicas á la real audiencia, y mucho me engaño si tan poderosa intercesion no alcanza en todo ó en parte *la misericordia que solicitais*. Retiraos en esa seguridad que no son momentos ni sitios estos para tan ilustres damas.

—Sámano (esclamó entonces Elvira), mi esposo y su hermano están en capilla; el cadalso en que han de morir casi terminado; los instantes valen ahora siglos; dejadnos ver á los doctores, ó sereis mas cruel aún que ellos.

—¿A qué humillaros de nuevo, señoras (respondió el alguacil, insinuante como la serpiente del Paraiso). Ya yo sé vuestra demanda y daré cuenta de ella.

—Nosotras (insistió enérgicamente la esposa de D. Alonso) queremos ver á los doctores. ¿Alguacil mayor, id á decírselo, si no deseais que sobre vos solo caiga toda la sangre inocente qua va á deramarse!

—Escuchad, señoras.... Comenzó á decir Sámano; pero las señoras y las criadas, cansándose de su importuna resistencia, ó hartas de callar, que es lo mas cierto, prorumpieron todas á un tiempo en agudos gritos, diciendo:

—¿Queremos ver á los doctores! ¿Queremos hablarles!

—¿Ah si fuérais hombres! (gruñía Sámano tascando desesperadamente el freno de su impaciencia). ¡Ah si fuérais hombres....! Mas como no lo son, nos alborotarán la ciudad impunemente!!!

La situacion era difícil: toda la prudencia humana, toda la astucia de la raposa, pocas para salvarla; pero el magistrado municipal, sin desalentarse, haciendo ademanes de rendirse, logró ser oido para decir:

—Paréceme inútil, mas quiero complaceros: voy á solicitar de la real audiencia que os reciba, señoras.

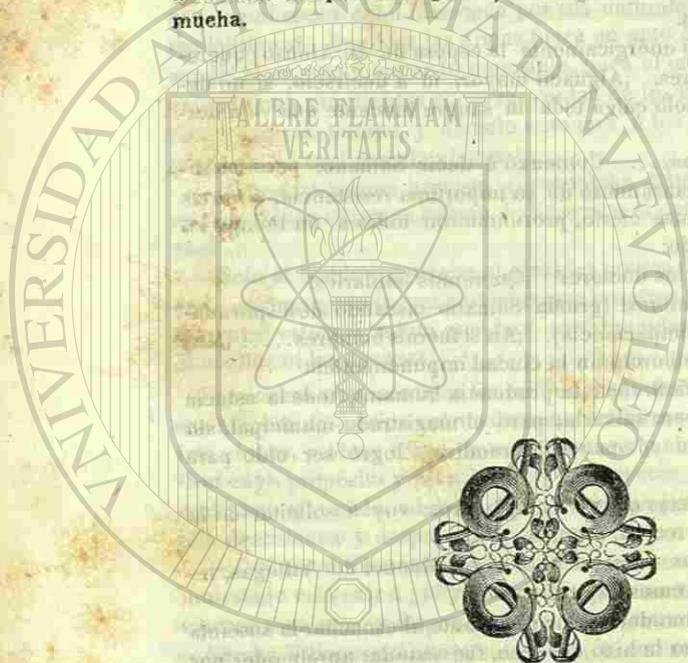
Y añadiendo algunas palabras al oído de Manuel de Villegas, regresó en efecto, á las casas capitulares.

La primera resolusion del doctor presidente al escuchar la suscita resolusion que Sámano le hizo del caso, fué mandar aprehender por sediciosas á todas aquellas señoras, "con lo cual (concluyó) quedamos desembarazados de sus importunidades."

Ceinos era viejo, feo y mal casado; lo cual esplica la razon de providencia tan poco galante: pero el alguacil mayor, sin picarse de serlo poco ni mucho, comprendia que para impopularidad bastaba y aun sobraba con la degollacion de los Avilas, sin agregar á un acto ya en sí cruel, la odiosidad de una medida á lo Herodes; y por consiguiente hizo entender á los doctores que era preciso renunciar á toda idea de fuerza, y salir del apuro acudiendo á la maña esclusivamente.

Llevada la cuestion á su natural terreno, sin dificultad se comprendió que, negándose la audiencia á recibir y escuchar á las damas, el conflicto se haria inevitable, mientras que prestándose á oirlas, sin contraer compromiso alguno, se obviaban infinitos inconvenientes.—Oír al que pide gracia, nada mas natural y justo; mantenerse en la prudente reserva que tan árdulos negocios ecsije, conducta propia de graves jueces y políticos gobernantes; responder con ambigüedad

que satisfaga hasta cierto punto al que suplica, sin ligar en nada al que aparentemente ofrece, subterfugio lícito en las materias de Estado: oír, pues, y guardar reserva, y responder ambigüamente, fué lo acordado entre los doctores y sus principales ministros, con cuya resolución bajó Sámano á la plaza, donde ya las señoras comenzaban á mostrarse impacientes por su tardanza, aunque en realidad no fué mucha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPITULO XIII.

QUE REFIERE CIERTA CONVERSACION ENTRE UN MARIDO Y EL ENAMORADO DE SU MUGER; Y DA CUENTA DE CÓMO RECIBIERON LOS DOCTORES A LAS DAMAS DE LA NOBLEZA.

En tanto que en el mercado de Tlaltelolco y en la plaza mayor de Méjico acontecían los sucesos de que dimos cuenta en los capítulos inmediatamente anteriores al que con estas líneas encabezamos, era la cárcel de corte teatro de escenas á nuestro drama pertenecientes, y de que, por tanto, estamos obligados á dar cuenta. Harémoslo con nuestra puntualidad acostumbrada, y ya sin escrúpulo, pues poco es el tiempo que nos queda para abusar de la benévola paciencia del público.

Dadas con anterioridad por Sámano las órdenes convenientes en la prision, hallaron franca la entrada en ella y en los calabozos de los sentenciados, Fr. Diego de Olarte, sus religiosos, y el hijo del Comu-
nero, que el hábito de los franciscanos vestía, como sabemos.

¡Oh! Si al penetrar en el recinto de una cárcel cualquiera, en dias en que en ella aguarda un criminal ordinario la hora de espiar con su vida delitos de aquellos que á todos indignan porque á todos su represion interesa, siente en el alma indefinible angustia la persona mas indiferente; figúrese el lector cuál sería la que experimentar debieron Fr. Diego de Olarte y Fernando de Valdestillas al acercarse á los calabozos de donde solo para el suplicio habian de salir los Avilas.

Para el santo provincial, aparte los sentimientos religiosos y de humanidad, la ejecucion que se preparaba era el golpe de gracia dado á la influencia en México del elemento que podemos llamar *conquistador* atendido su oríjen, y relativamente á su índole y tendencias llamariamos *liberal*, si esa palabra tuviera hace tres siglos la acepcion que tuvo en Europa hace pocos años. En las gargantas de los Avilas heria mortalmente la audiencia el poderío aristocrático-militar, fundado en México sobre las altas concepciones del jenio de Hernan Cortés, jenio que quiso siempre hacer de Nueva-España un reino católico irrevocablemente unido á la corona de Castilla, mas al mismo tiempo con su constitucion especialísima, producto combinado de la propia tradicion histórica y de los progresos de la civilizacion religiosa. No hay mas que leer con alguna reflexion, no á Solís, panejirista elegante de Hernando y nada mas en suma, sino á los coronistas coetáneos ó casi coetáneos del héroe, para ver con evidencia probada la proposicion que sentamos aquí de paso, y la índole de este libro nos permitirá apenas apoyar con ligerísimas indicaciones.—Primeramente Cortés, inflexible contra los ídolos y su culto, respeta y conserva, deja practicar y practica él mismo durante la conquista, las leyes, fueros, privilegios, usos y costumbres, así republicanos en Tlaxcala, como monárquico-feudales en el imperio mexicano propiamente dicho.

Verdad es que, imitando á los romanos, funda colonias castellanas; dotándolas en el acto de su creacion misma de instituciones municipales, en aquellos tiempos tan políticas como administrativas; pero cuida siempre de separar *las villas de los españoles* de las de los indios como se ve, entre muchos ejemplos que citar pudiéramos, en la capital misma. Ni varía de propósito, despues de para siempre hundiéndose el trono de la dinastía de los Aztecas: antes por el contrario, procurando atraer á sí los grandes vasallos del vencido imperio, háceles prestar homenaje y rendir párias á su monarca europeo; mas solo en el caso de rebelion los despoja de sus antiguos señoríos.

Vémosle, pues, querer que á Moctezuma suceda Carlos de Gante: nunca que México pierda su entidad nacional; procurar que se funden poblaciones de castellanos: pero que no desaparezcan las de los indios; someter á estos á la corona de Castilla, sin duda alguna, pero sin desnaturalizar sus leyes. Adivinando aquel grande hombre lo que la esperiencia de los siglos ha enseñado despues á los políticos de la sabia Albion, tendió siempre á unir dos naciones, nunca convertir á la conquistada en finca de la conquistadora; y para conseguirlo, amén de las armas que fueron el instrumento con que labró los cimientos de su obra colosal, puso desde luego en accion dos elementos poderosos, á saber: el *aristocrático-militar*, compuesto de los conquistadores y sus descendientes, á quienes entregó el poder municipal en las villas castellanas; y el *democrático-religioso*, representado por la órden

seráfica, á cuyo cargo puso la doctrina espiritual, la enseñanza primaria, y la proteccion de los indios sumisos, al propio tiempo que el evangelizar á los montaraces.

No podemos suponer, que cuando al cabo de tres siglos no hay un solo historiador nacional ni extranjero, amigo ó contrario de Hernan Cortés, que le haya estudiado lo suficiente para apreciarle en lo que realmente valia como hombre de Estado; no podemos suponer, repetimos, que los cortesanos del César fuesen capaces de calcular todo el alcance del admirable sistema de aquel español glorioso; pero sí es indudable, pues lo acreditan los hechos, que por instinto se rebelaron contra un proceder, que adoptado y seguido por el gobierno supremo, fuera tan útil y conveniente á España como á México, mas al mismo tiempo perjudicialísimo á los que se proponian solo enriquecerse á espensas de las colonias.

Cuarenta años de lucha incesante habian minado sucesivamente en sus cimientos la obra que Hernan Cortés, por injusticias que el lector conoce si con alguna atencion nos ha leído, dejó apenas comenzada, pero con robustez bastante á resistir durante ese tiempo, los embates combinados de las intrigas de los curiales, de la rapacidad de los funcionarios públicos en jeneral, y sobre todo del espíritu de intolerancia religiosa, entonces dominante en toda Europa, pues tan intolerantes eran los reformadores, como los ultramontanos mismos. Y no lo olvidemos: en España habia Inquisicion desde los reyes Católicos, mientras que en México no la hubo, hasta el XVI año del reinado del fanático Felipe II, es decir, cinco despues de los sucesos que nos ocupan. En México habia tolerancia de hecho y suma y lata, cuando en Castilla consumian las hogueras de la Inquisicion en un día á familias enteras: fenómeno notabilísimo, fenómeno de los que no existen sin causas poderosas que los historiadores hallarian si se quisieran tomar la molestia de indagarlas; y no en miserables intrigas de antecámara, sino en la prevision y acierto con que se condujo el conquistador glorioso.

Mas volviendo á Fr. Diego, el hecho es que un hombre familiar y amigo de Hernando, actor en la conquista, y que siendo además cabeza de la Orden de San Francisco, conocia tanto las necesidades de los indios como las tendencias de los doctores y de los dominicos, no solo debia considerar y consideró, en efecto, la próxima muerte de los dos nobles hermanos á quienes iba á asistir en sus últimos momentos, como un suceso para su corazon hondamente afflictivo, sino además como funestísimo contratiempo y rémora pesada para la civilizacion religiosa de la raza indíjena. ¡Raza que apenas ecsiste! ¡Raza cuyos ecsiguos restos son, al cabo de tres siglos, familias de pordioseros, ó bien hordas de salvajes!—Cargo terrible para españoles y criollos; culpa primero de la monarquía, luego de la república, siempre de errores que en los gobiernos son crímenes!

Fr. Diego, condenando la conjuración y oponiéndose á ella en cuanto alcanzaba, no podía, sin embargo, desconocer que por la audiencia fué en realidad provocada; ni que toda ella se reducía, en suma, á murmuraciones osadas y proyectos vanos; ni que en consecuencia, el suplicio de los Avilas no pasaba de ser un asesinato jurídico, con el cual se preludiva á la inauguración definitiva de un sistema, de largo tiempo atrás preconizado, y que pudiera reducirse á estas palabras: *tiranía y saqueo*.

¿Qué iba á ser de los indios catecúmenos y de los conversos en aquel naufragio universal de todas las garantías sociales?—¿Quién podría reputarse seguro, cuando *los hijos de Hernán Cortés* yacían en calabozos, y los Avilas subían al cadalso...? Tales, tan amargas y graves reflexiones asaltaron al venerable religioso al sentar la planta en lo interior de la cárcel; mas la voz de su Divino Maestro, resonando en lo íntimo de su corazón, dióle fuerzas para posponerlo todo á las obligaciones de la caridad cristiana que le llamaban á preparar dos almas pecadoras para el terrible supremo juicio que falla sin apelación sobre la vida perdurable. Entró, pues, de ferviente compasión inspirado en la capilla de Gil González, dejando á sus compañeros en una pieza inmediata, y diciendo al alcaide que le guiaba:

—Conduzca á ese religioso al calabozo de D. Alonso, para que á mi vista le prepare.

Bajó el carcelero la cabeza en señal de aquiescencia, y precediendo á D. Fernando, que él era el fraile por el provincial designado, encaminóse, en efecto, al calabozo-capilla del esposo de Elvira, abrió su puerta, dijo al doncel: "entre, padre;" y echando de nuevo llave y candado, dejó solos á los dos amigos.

Llevaba el hijo del comunero calada la capucha hasta los ojos, y acomodada al rostro una barba postiza, con lo cual y el hábito, no fuera fácil conocerle ni á su propio padre; mas á mayor abundamiento, la dolorosa emoción que experimentó al considerar delante de sí á aquel D. Alonso, un tiempo tan galán, tan alegre, tan decididor, tan sin cuidado de la vida como de la muerte olvidado, y entonces, si bien entero y valeroso, al cabo conmovido como no puede menos de estarlo, si no es de piedra berroqueña, quien súbito se encuentra con la eternidad cara á cara, siendo el verdugo quien á hacerle pisar sus confines se prepara; fué tal, decíamos, la dolorosa emoción del hijo del comunero á vista de su noble amigo, que durante acaso dos minutos, permaneció inmediato á la puerta del calabozo, inmóvil como estatua, incapaz de proferir una sílaba, y paralizadas, en suma, sus facultades todas.

Por su parte, D. Alonso, en quien la presencia de un religioso naturalmente hubo de renovar el dolor y la indignación causados por la inicua cruelísima sentencia de los doctores, quedósele mirando de hito en hito, deseando y al propio tiempo temiendo que á hablar co-

menzase; porque, dígame lo que se quiera, al entrar en cuentas con el Criador, todos sienten en momentos tales que van á salir alcanzados, y que la Misericordia sola puede salvarlos.

Mas el fraile no hablaba, y en la impresionable organización de D. Alonso, no se dió permanecer nunca mucho tiempo en un mismo estado; por lo cual, y creyendo, con razón, advertir que aquel que á su entender era ido á *ausiliarle*, necesitaba quizás de auxilio él mismo, decidióse á entablar la plática diciendo:

—Padre mio, estoy á vuestra voluntad y resignado con la de Dios: dignaos oirme en confesión!

Al escuchar tan humildes cristianas razones, pronunciadas por aquella voz para él tan grata en mejores días, desvaneciése el pánico espanto que al doncel dominaba, y descubriendo el rostro al propio tiempo que á su infeliz amigo los brazos tendía, respondióle:

—D. Alonso amado! ¿No conocéis ya á vuestro Fernando, á vuestro discípulo, como vos le llamábais, á vuestro mejor y mas sincero amigo, á vuestro segundo hermano?"

La sorpresa y el gozo... ¡dijimos *el gozo* de un hombre en capilla! ¿Y por qué no, si ese hombre es caballero y esforzado? ¿Por qué no, si cuando se presume por un amigo abandonado, sale inesperadamente de tan amargo error, hallándole mas que nunca fiel y resuelto? La sorpresa, pues, y el gozo de encontrar en el doncel lo que siempre se habia de su espíritu magnánimo prometido, embargaron un instante el corazón del jeneroso sentenciado, mas volviendo muy presto en sí, y estrechando contra su pecho al amigo leal, díjole:

—Bien, D. Fernando, bien: aún queda un caballero al menos en Nueva-España: pero ¿por qué arriesgar así inútilmente vuestra cabeza? Esos tigres no tendrían compasión de vuestra juventud y belleza, ni de las canas de vuestro venerable padre; no tomarían ellos por cierto, en cuenta la magnanimidad de vuestra conducta para escimirlos del cadalso. Otro abrazo, pues, D. Fernando; y retiraos lo mas pronto posible: ahora mismo... ¡Ah! Cuidad de mi pobre Elvira, de Mencía, de los hijos de mi inocente hermano. ¡Sabeis que esos bárbaros le asesinan...! Idos, Fernando; idos. Me hace temblar vuestra presencia en este calabozo, mucho mas, sábelo el cielo, que la proximidad del suplicio que me aguarda. Idos, idos. ¡A qué esperais!

—A salvaros ó á morir á vuestro lado, D. Alonso: Dios lo quiere, y yo lo deseo y sabré hacerlo.

—¿Mancebo, mancebo, estais delirando! ¡Salvarme! ¡Imposible! ¡Del todo imposible...! Dios salve mi alma: en cuanto al cuerpo, la tierra lo reclama ya como suyo.

—Moriremos juntos, entonces, D. Alonso.

—Fernando ¿Venís á desesperarme? ¿Venís á comprometer mi eterna salvación? Huid de mí; huid de este sitio.

—Os he dicho y vuelvo á repetiros que vengo á salvaros ó á morir con vos.

—¡Oh niño, niño delirante! ¡Quién os sujirió tan descabellado designio?

—Mi corazón, mi conciencia y la voluntad del cielo.

—Explicaos al menos: pero sea brevemente, y bajad la voz, no nos oigan los que probablemente nos escuchan tras de esa puerta.

—Mi corazón, Alonso, porque la vida me es insoportable; mi conciencia, porque os debo reparacion solemne de un agravio involuntario, pero imperdonable; la voluntad espresa del cielo, porque el alma de D. Martin Suarez, apareciéndoseme esta noche pasada, me la ha significado, escijen que yo redima á costa de la mia la inocente sangre que derramar pretenden los doctores. Ved si un hombre que detesta la vida, se reconoce deudor de ella, y tiene del cielo para morir precepto, cejará en su propósito!

—Pues oidme ahora á mí, Fernando. Los vicios, la ociosidad, la traicion de una mujer [Dios la perdone como yo lo hago], la indiferencia con que un tiempo me trató mi esposa, lo extraño que soy á un mundo donde nada es conforme á mis ideas y sentimientos, haciéndome *detestar*, ¡lo entendéis? *detestar* la vida, decidieronme á acometer una empresa que desde luego tuve por imposible, y hoy me cuesta la cabeza, solo por morir sin matarme. A vos se os ha aparecido el padre de Elvira para aconsejaros la muerte; á mí el mio propio, Fernando, para el mismo fin... La muerte, pues, me llama, me posee irrevocablemente... Anoche hubo un momento en que quizá intentara lo imposible por salvarme y vivir, porque Elvira..."

Detúvose al llegar á ese punto D. Alonso, temiendo lastimar el corazón de su amigo: pero Fernando terminó la frase, diciendo con entereza:

—Os ama, lo sé, me lo ha dicho ella misma.

—Pues bien, sí, Fernando: anoche hubiera deseado vivir con ella, por ella y para ella....

—Y hoy debéis desearlo igualmente, Alonso. Nada mas fácil: vestid este hábito, acomodaos mi barba postiza, y partid.

—Os digo que es imposible.

—¡Y por qué?

—Porque ya no deseo, ni debo querer vivir, Fernando. He meditado larga y profundamente sobre mi estado, amigo mio, y me reconozco, no solo indigno, sino incapaz de la ventura en este mundo. Elvira me ama sinceramente, ahora que en presencia de la muerte y abrumado de amarguras, me ve caballero, quizá menos débil, acaso mas esforzado, si quereis, que lo fueran otros muchos en igual caso; la aureola del martirio desvanece mis imperfecciones, pone en olvido mis defectos, y borra la memoria de mis vicios: muriendo soy para ella y para la historia, tal vez, *un héroe*... Salvadme, morid en mi lugar, y

¿qué seré? ¡D. Alonso el libertino, el D. Juan Tenorio mexicano, y no otra cosa...! Hay mas: mi corazón está gangrenado, incurablemente gangrenado, no tiene fé en nada del mundo.

—¡Ni en Elvira?

—En la Elvira de hoy, sí: en la de mañana *no*, resueltamente *no*, Fernando. Vos amásteis á Elvira... No me interrumpais: en eso no hubo agravio, y si haberlo pudiera, mi amistad os lo perdona. Ella tambien os ha amado....

—No creais, D. Alonso.

—Os ha amado: ella misma me lo ha confesado espontáneamente anoche, ahí, en ese banco en que estais vos ahora... De que hoy me ama, no tengo duda: la fé en su amor es el bálsamo que alivia todos los dolores de mi alma, y me hará acaso insensible al golpe del hacha del verdugo; porque yo tambien, *ahora*, la adoro con fé sincera!

—Vivid, vivid entonces para ella: sed felices entrambos en la tierra, y yo desde el cielo velaré por vosotros.

—Callad, Fernando; vuestra sublime virtud me avergüenza. Os repito que no puedo, que no quiero vivir. ¡Quién me responde de que Elvira no dejará de amarme mañana? ¡No me vendió Catalina?

—D. Alonso: ¿osais comparar la luz con las tinieblas?

—Mujeres son entrambas: pero demos que Elvira me adorase constante, ¿puedo yo responder de no variar de amor?

—¡Amado de Elvira, y temer la inconstancia?

—Por eso os digo que mi corazón está incurablemente gangrenado; por eso os digo que debo y quiero morir, Fernando amigo. Vivid vos, que sois un ser anjélico; vivid, y amad, y creed, y fiadlo todo del tiempo; sí, fiadlo todo del tiempo. D. Alonso de Avila, en capilla y en presencia de la imájen de nuestro Redentor crucificado, os confia el porvenir de Elvira, os da su venia para uniros, cuando el tiempo sea llegado, en lazo indisoluble con la mujer incomparable que sois digno de amar, con la que todavía es su esposa, y dentro de pocas horas será su viuda. Abrazadme ahora y partid, Fernando: tantas y tan hondas emociones acaban con mi esfuerzo. Venga el confesor, que quiero apartar los ojos y la consideracion del mundo, para llegar entero á la eternidad."

D. Fernando, al escuchar á su poéticamente magnánimo amigo, habia caido de hinojos á sus piés, y tomándole las manos, regábaselas con lágrimas de ternura y gratitud; mas levantándose en seguida, díjole:

—"Comprendo, Alonso, que no podeis vivir, y ceso de importaros con súplicas inútiles: pero sed conmigo lo que yo con vos, justo en todo. Tampoco yo puedo, ni quiero vivir....

—¡Y vuestro padre, niño ingrato?

—A mi padre pocos dias le restan naturalmente de vida; el cielo y su virtud le darán en tanto fuerzas para resignarse.

—No lo creais, Fernando.

—Alonso, ¿creéis que prefiera mi padre verme demente á saber que bajé á la tumba?

—¿Qué decís?

—Que.... lo siento aquí.... Si mi vida dura aún veinticuatro horas, mi razon sucumbe, Alonso; porque.... Elvira no será mia nunca, y yo sin Elvira, muero ó pierdo el juicio.

—Las penas de amor ni matan, ni dementan, Fernando.... Yo tambien he sido mozo, yo tambien he amado con delirio, yo tambien creí al ser engañado que perderia la vida ó el juicio....! Y he vivido, y he pasado por cuerdo....

—Pero queréis morir.

—Decid que debo morir, porque no creo ya en el mundo, ni el mundo en mí; y porque Dios así lo tiene ordenado. Creedmelo, Fernando: moriria contento si no fuera por el asesinato de Gil.... Vos no le conocéis.... Mi hermano es un dechado de honradez, un caballero perfecto.... ¡Ama tanto á su esposa y á sus hijos! ¡Correspóndenle ellos con una ternura....! Gil no debia morir; porque es bueno y dichoso en este mundo, y sobre todo porque está inocente. Dios me pedirá cuenta de su sangre.

—Pedirásela á sus asesinos.

—Y á mí que le hice venir á México.... El alma de nuestro padre apartará horrorizada sus ojos de la mia, mientras que á él le tenderá cariñosa los brazos.... ¡Ah! ¡Si Gil se salvara, yo moriria tranquilo!

—¿Rehusais, en fin, acceder á mis súplicas?

—Rehuso, agradeciendo tan magnánimo sacrificio; rehuso, estrechándoos contra mi pecho cual si fuérais mi hermano; rehuso, encargándoos á mi bella Elvira: consoladla; llorad juntos alguna vez sobre la tumba de un hombre que nació mas infeliz aún que vicioso.... ¡Y adios, adios Fernando....! Enviadme pronto á Fr. Diego."

Sin replicar entonces ya una sola palabra, llamó el doncel á la puerta del calabozo, abierta la cual instantáneamente por un llavero que estaba sin duda á la mira, dijo al oido del sentenciado dándole el postrer abraso:

—Morid tranquilo; ¡Gil Gonzalez se salvará!

Y sin esperar la respuesta dejó la capilla encaminándose á la del hermano de D. Alonso, quien, ya confesado y absuelto por el venerable provincial, conversaba sosegadamente con el mismo, rogándole que ayudase á Mencía á dar enseñanza á los desdichados niños, tan prematuramente á la orfandad destinados.

Aquellos dos hermanos, valientes y de elevados pensamientos ambos, mas habiendo cada cual cursado la vida por distinto rumbo, llegaban á un tiempo y de una manera misma al trance de la muerte, como dos rios que, oriundos de una misma sierra y vecinas fuentes, se apartan en su curso, mas confluyen al perderse en los mares, en-

trando con aguas cristalinas y sosegadamente en ellos el que discurre por tendidos llanos y verdes praderas, mientras que espumoso y ajitado el que regó montañas corriendo entre rocas aprisionado. Gil, despidiéndose del mundo con pena, mas sin cólera; Alonso, dejando quizá con placer la vida, mas considerándola antes con iracunda melancolía; aquel, aflijido con la idea del incurable dolor de su esposa; el último sin fé ni en el amor de Elvira, ni en el que su propio corazón sentia.

¡Hemos de decir lo que pensamos! Hizo bien D. Alonso en no querer salvarse: sin fé, ó lo que es lo mismo, sin amor, la vida es insoportable martirio, cuando no se reduce á martirizar á la especie humana; y por eso, y no en vano, la moral y la relijion unen sus fuerzas para combatir al suicidio. ¡Qué hombre bien templado no pondria término á sus penas ó su aburrimiento, sobre todo, si el vivir en ciertas condiciones no fuera una virtud, á veces difícil y en ocasiones heróica!

Pero volvamos á la cárcel de México para decir que, apenas entrado el doncel en el calabozo de Gil Gonzalez, comprendiendo el provincial que su presencia cerca de Alonso era necesaria, dijo adios al labrador para ir en auxilio del cortesano.

—¿Vais á ver á Alonso, padre mio? (esclamó el esposo de Mencía.) Decidle que su hermano se mostrará en el cadalso digno hijo del padre que nos engendró á entrambos. Decidle tambien, porque estoy seguro de que su alma jenerosa se ocupa mas en la mia que en su propia desdicha, que sé yo muy bien que él no tiene culpa alguna en lo que pasa; que no olvido que ni defenderse quiso por no comprometerme; y que le amo hoy, cual siempre lo hice, tanto como á Mencía y á mis pobres hijos.... ¡Ah! Perdonad, Fr. Diego, pero Alonso, yo le conozco, no morirá tranquilo si no tiene la certidumbre de que me he conformado en todo á sus deseos: decidle, ademas, que no he olvidado mis juramentos, pero que no se ha presentado ocasion de sustraerme á mi destino.

—¿Y qué jurásteis? (interrumpió Fernando, á quien Gil Gonzalez veia entonces por vez primera de su vida.)

—*Juré, padre (respondió el sentenciado), por Dios y el honor, por la memoria de mi buen padre, por la salvacion de mi ánima y la de mi infeliz hermano, que si llegase á verme en trance tal como este en que hoy me veo, procuraria por mí ó aprovecharia sin vanos escrúpulos, cuantos medios de salvacion imaginase ó se me ofreciesen. Ved si un hombre como el hermano que antes del riesgo arrancó de mí tal juramento, habrá menester hoy que yo le tranquilice.*

—Harélo en vuestro nombre, Gil Gonzalez (dijo grave el provincial).

—¿Volveremos á vernos, padre?

—Sí, hijo! nos veremos en la hora suprema.

—¡Ah! Sí, vuestras palabras me darán esfuerzo... Pero no, Fr. Diego, no: asistid á mi Alonso; él es y debe ser primero que yo en todo y por todo. ¡Rogareis que nos dejen abrazarnos antes de morir!

—Rogaré antes que no os hagan morir.

—Ruego inútil: esos tigres....

—Gil Gonzalez, *perdonad á vuestros deudores para que os sean perdonadas vuestras deudas*; el que espiró en una cruz enclavado, intercedía con su Eterno Padre en favor de sus verdugos.

—¡Ah, padre mio! Aquel era el Hijo de Dios, y yo no soy mas que un hombre.

—Sed misericordioso, por lo mismo que habeis menester para vos misericordia. *Orad y velad*, no se apodere de vos el enemigo en las angustias de la agonía!... Fernando, dad presto lugar á uno de nuestros religiosos. Nos veremos mas tarde, Gil Gonzalez.

Y pronunciadas esas palabras, trasladóse el provincial á la capilla de D. Alonso, sitio al cual no le seguiremos nosotros, ya por respeto á la santidad del ministerio que iba á ejercer allí, ya porque nos parece oportuno variar por un momento de escena.

Dejamos á la audiencia resuelta á recibir á las damas de la nobleza de México que, de luto vestidas y con los corazones oprimidos, esperaban impacientes á la puerta de las casas del cabildo, aquella resolucion de los que por el momento eran en Nueva-España árbitros de la vida y de la muerte de los hombres: ahora, anudando el hilo de la narracion, diremos que Juan de Sámano, director en realidad de toda la máquina en que los doctores representaban el papel de tiranos y él el de su primer ministro, fué el encargado de notificar á las señoras lo acordado, y de conducir las tambien á los estrados del tribunal gobernante.

¿Quién estaba mas inquieto y conmovido, las que iban á pedir misericordia para los presos, ó los hombres decididos á engañar á las pobres suplicantes? No osaremos decidirlo nosotros, contentándonos con creer, y sobre todo desear que fuesen los verdugos los menos tranquilos; pues al cabo alguna compensacion han de tener las angustias del que padece inocente, así como los triunfos del que oprime desafortado, y esa compensacion, en este mundo, no puede ser otra, respectivamente, que el sosiego ó la tranquilidad de la conciencia.

Como quiera que fuese, la marquesa del Valle de Guaxaca, esposa del primer heredero del título, nombre y estados de Hernan Cortés, y con ella la desconocida nieta del héroe, y juntamente con entrambas la amante esposa de Gil Gonzalez, y en pos de las tres todas ó casi todas las mujeres nobles de raza castellana que en su seno encerraba entonces la imperial ciudad de México, llegaron hasta los piés del estrado en cuya cabecera y bajo un réjio dosel, figuraban tres hombres salidos del pueblo, elevados sobre procesos y sentencias, y que

sin embargo iban á dar muerte, y pudieran otorgar la vida á los inmediatos descendientes de los conquistadores de aquella tierra.—Aviso á los aristócratas que son partidarios de la monarquía absoluta; sistema de gobierno que no ecsiste nunca en sus verdaderas condiciones, sino fundado, no ya en la buena democracia, sino en la peor especie posible de las infinitas que se llaman democráticas, especie cuyo peculiar carácter consiste en rebajarlo todo al nivel de las heces de la plebe, en vez de procurar que las clases inferiores se eleven por su mérito y civilizacion á la altura de las mas cultas. No es el mérito el que llega en tales sistemas, sino la adulacion, la intriga ó el crimen; no es la igualdad la que reina, sino el envilecimiento: sucede, en resúmen, lo que en Turquía: los eunucos son dueños de los hombres.

Mas así estaban las cosas y así las referimos. La marquesa, á quien en aquellas circunstancias osó Elvira, digna heredera de la abnegacion de su padre, disputar la primacía, espuso con dignidad y entereza el objeto que ante la audiencia llevaba á las señoras todas; insistiendo sin acrimonia, mas con resolucion, en suponer inocentes del crimen de traicion á los presos en jeneral; absteniéndose de calificar como merecia la sentencia fulminada contra los Avilas, por no irritar á los jueces; y terminando con suplicar que se difiriese al menos la ejecucion de los sentenciados, y se remitiera el proceso de todos á España, con sus personas, para que el rey ó jueces completamente imparciales, fallásen el negocio. Dicho todo con sencillez y sentimiento, y dominado hábilmente el orgullo aristocrático hasta el punto de no herir la autoridad de los doctores, fué escuchada la marquesa con atencion, sin muestras de impaciencia, y quizá con algunas señales de enternecimiento.

Ceinos, tomando para contestar la palabra, habló difusamente de la sensibilidad de los jueces, de lo terrible que era para ellos ejercer su santo ministerio, de la necesidad de mantener en estrecha obediencia aquellos remotos dominios del rey católico, del sacrificio de Isaac, de las leyes de Partida y del Derecho romano, de Marco Bruto y de Leovijildo, de la creacion y del diluvio, de todo, en fin, menos del punto en cuestion, hasta que para concluir dijo que la real audiencia, tomando en consideracion la súplica de la señora marquesa y consortes, haria justicia; lo cual era en resúmen no decir nada.

Doña Elvira, entonces, no pudiendo ya contenerse, exclamó:

—Doctor Ceinos, lo que os preguntamos es si haceis ó no ánimo de que D. Alonso y Gil Gonzalez de Avila fenezcan su vida en el cadalso que á las puertas de esta casa se levanta.

—El tribunal ha fallado; respondió el presidente dejándose dominar por la antipatía que la bella Elvira le inspiraba desde el lanceo del camino de Chapultepec, en que le hizo galopar mal su grado sobre una mula desbocada; pero Juan de Sámano, que asistía á la conferencia

cia de pié y á espaldas del sillón de Ceinos, tocóle en un hombro tan espresivamente, que reconociéndose el golilla, añadió:

—El tribunal, digo, ha fallado en justicia: pero el real acuerdo, que representa al rey N. S., bien pudiera suspender la ejecucion de la sentencia....

—¡Suspendedla, suspendedla! clamó Mencía con tan tierno desgarrador acento, que no solamente las damas todas, sino muchos tambien de los soldados, y quizá alguno que otro corchete aun no enteramente acorchado, repitieron unísonos:

—¡Suspendedla, suspendedla!

Pero los tres oidores, cual si fueran de hierro fundido y no mortales con entrañas como los demas hombres, permanecieron impasibles, contentándose Ceinos con decir:

—El real acuerdo ecsaminará la súplica de las damas aquí presentes, y resolverá lo que mejor convenga al servicio del rey nuestro señor. Ministros: despejad la audiencia.

Y no hubo mas: las señoras, arrolladas por una manga de alguaciles y alabarderos, viéronse en la necesidad de salir de la sala capitular, clamando siempre:—*¡Suspended la ejecucion de la sentencia! ¡Suspendedla! ¡Suspendedla!*—Pero sin haber en realidad conseguido ni siquiera un asomo de esperanza.

Indignadas, pues, las mas directamente interesadas en el negocio, que eran las dos esposas de los Avilas; ofendida la altivez jenerosa de la marquesa; y las otras, cuál mas, cuál menos abatidas, bajaron las escaleras, y estaban en el zaguan de las casas del cabildo, mas perplejas é irresolutas que á su salida del palacio del marques, cuando súbito oyóse en lontananza un rumor temeroso como el de la tempestad lejana, y resonó en todos los ángulos de la plaza simultáneamente el grito aterrador de—*¡A las armas! ¡A las armas!*—Confusamente repetido por discordantes voces.



CAPITULO XIV.

DE LA UTILIDAD DE LOS MOTINES PARA PRECIPITAR LAS CATÁSTROFES.

Los pueblos tienen dias en que están, como las personas nerviosas cuando respiran una atmósfera de electricidad sobrecargada, tan irritables y asustadizos, que la menor contradicción los ecsalta, y el mas insignificante rumor los estremece. En esos dias el cerrar de una puerta retumba en los corazones, como si fuera el estampido del trueno; la voz del que saluda se toma por grito de alarma; y el viento que silba basta para llenar de pánico terror á las enfermas populares masas. Llenos de ansiedad los ánimos, cada hombre ve enemigos y no mas que enemigos en cuantos le rodean; y una palabra dicha sin malicia, pero con prevencion desfavorable escuchada, promueve acaso un incendio, mientras que ofensas graves se sufren por no comprenderlas.

Tal era la situacion del antiguo Tenuchtitlan, ó de la ciudad castellana como los contemporáneos la llamaban, cuando las damas salieron poco menos que arrojadas de los estrados de la audiencia, y en la plaza mayor resonó el grito de alarma.

Súbito los soldados, que esperaban con cierta ansiedad no esenta de caritativo espíritu el resultado de las súplicas de las señoras, separándose de los corrillos en que, con su acostumbrado lenguaje satírico-mordaz, trataban de los asuntos del momento, acudieron cada cual al sitio que respectivamente y de antemano le estaba señalado, si no con la mecánica precision que el filósofo enciclopedista Federico II introdujo siglos despues, por un método mucho mas enérgico

cia de pié y á espaldas del sillón de Ceinos, tocóle en un hombro tan espresivamente, que reconociéndose el golilla, añadió:

—El tribunal, digo, ha fallado en justicia: pero el real acuerdo, que representa al rey N. S., bien pudiera suspender la ejecucion de la sentencia....

—¡Suspendedla, suspendedla! clamó Mencía con tan tierno desgarrador acento, que no solamente las damas todas, sino muchos tambien de los soldados, y quizá alguno que otro corchete aun no enteramente acorchado, repitieron unísonos:

—¡Suspendedla, suspendedla!

Pero los tres oidores, cual si fueran de hierro fundido y no mortales con entrañas como los demas hombres, permanecieron impassibles, contentándose Ceinos con decir:

—El real acuerdo ecsaminará la súplica de las damas aquí presentes, y resolverá lo que mejor convenga al servicio del rey nuestro señor. Ministros: despejad la audiencia.

Y no hubo mas: las señoras, arrolladas por una manga de alguaciles y alabarderos, viéronse en la necesidad de salir de la sala capitular, clamando siempre:—*¡Suspended la ejecucion de la sentencia! ¡Suspendedla! ¡Suspendedla!*—Pero sin haber en realidad conseguido ni siquiera un asomo de esperanza.

Indignadas, pues, las mas directamente interesadas en el negocio, que eran las dos esposas de los Avilas; ofendida la altivez jenerosa de la marquesa; y las otras, cuál mas, cuál menos abatidas, bajaron las escaleras, y estaban en el zaguan de las casas del cabildo, mas perplejas é irresolutas que á su salida del palacio del marques, cuando súbito oyóse en lontananza un rumor temeroso como el de la tempestad lejana, y resonó en todos los ángulos de la plaza simultáneamente el grito aterrador de—*¡A las armas! ¡A las armas!*—Confusamente repetido por discordantes voces.



CAPITULO XIV.

DE LA UTILIDAD DE LOS MOTINES PARA PRECIPITAR LAS CATÁSTROFES.

Los pueblos tienen dias en que están, como las personas nerviosas cuando respiran una atmósfera de electricidad sobrecargada, tan irritables y asustadizos, que la menor contradiccion los ecsalta, y el mas insignificante rumor los estremece. En esos dias el cerrar de una puerta retumba en los corazones, como si fuera el estampido del trueno; la voz del que saluda se toma por grito de alarma; y el viento que silba basta para llenar de pánico terror á las enfermas populares masas. Llenos de ansiedad los ánimos, cada hombre ve enemigos y no mas que enemigos en cuantos le rodean; y una palabra dicha sin malicia, pero con prevencion desfavorable escuchada, promueve acaso un incendio, mientras que ofensas graves se sufren por no comprenderlas.

Tal era la situacion del antiguo Tenuchtitlan, ó de la ciudad castellana como los contemporáneos la llamaban, cuando las damas salieron poco menos que arrojadas de los estrados de la audiencia, y en la plaza mayor resonó el grito de alarma.

Súbito los soldados, que esperaban con cierta ansiedad no esenta de caritativo espíritu el resultado de las súplicas de las señoras, separándose de los corrillos en que, con su acostumbrado lenguaje satírico-mordaz, trataban de los asuntos del momento, acudieron cada cual al sitio que respectivamente y de antemano le estaba señalado, si no con la mecánica precision que el filósofo enciclopedista Federico II introdujo siglos despues, por un método mucho mas enérgico

que filosófico, en los ejércitos europeos, al menos con presteza bastante para que en diez minutos ofreciera la plaza el aspecto de un fuerte cuya guarnición se prepara á defenderse vigorosamente contra... ¡contra quién?... Eso precisamente ignoraban los adalides de la real audiencia, pues á la manera con que, segun Góngora en uno de los mas bellos de sus bellísimos romances, el del *Rebato*,

“Las adargas avisaron
 “A las mudas atalayas;
 “Las atalayas los fuegos;
 “Los fuegos á las campanas.

Así en Mexico ciertas voces seditiosas alarmaron á las rondas, las rondas á las patrullas, las patrullas á los batidores de estrada (guerrillas decimos hoy) de los puestos avanzados, los batidores á las avanzadas, estas á los centinelas de las bocas-calles, y los centinelas, en fin, á todo el ejército *doctoral* en torno del cadalso acampado.

—¡A las armas! ¡A las armas!—Clamaban, pues, los bisoños militares; y el alguacil mayor

“Junto á las llorosas damas,
 “Oyó el militar estruendo
 “De las trompas y las cajas,

sin que de él podamos en rigor decir aquello de

“Impulsos de honor le incitan
 “Y lazos de amor le paran;”

Pero sí, en cambio, trovando al poeta insigne á quien la posteridad suele no comprender en sus bellezas para castigarle de haber algunas veces escrito en culto, que

*Impulsos de odio le incitan,
 Lazos de temor le paran,
 No salir es cobardía,
 Grave peligro es dejarlas....*

Mas ¡por el cielo santo! que si no me detengo, capaz soy de convertir este capítulo en un curioso romance, cuando ya para siempre me creí curado de la deplorable manía de reducir la espresion de mis pensamientos á renglones desiguales.

Alto, pues, y antes que algun severo crítico me recuerde el famoso

sumite materiam vestram,

volvamos á nuestro humilde acostumbrado tono diciendo que, en efecto, al escuchar Juan de Sámano las voces de alarma, y los redobles de los tambores, y los ecos de los clarines, presumiendo, como

era natural hacerlo en tales circunstancias, que el pueblo, sublevado total ó parcialmente, trataba cuando menos de redimir las cabezas de los Avilas, quisiera por una parte acudir luego á sofocar aquel incendio; mas, por otra, considerando que las damas, y singularmente la marquesa y Elvira, mujeres, la primera de gran prestigio por su alta nobleza, y la segunda por su resolución varonil, pudieran ser á su espalda temibles enemigos, vaciló durante algunos instantes en lo que hacer debía.

Vacilar es siempre malo: con mujeres suele valer tanto como cederles la victoria, porque son como la humedad, que si una vez halla quiebra por donde introducirse en un edificio, acaba con él infaliblemente mas tarde ó mas temprano.

En el rostro le leyeron las mexicanas el pensamiento al ministro de las iras de los doctores, y movidas todas de un mismo espíritu, cual si concertado se hubiesen de antemano, rodeáronle clamando:

—Señor Juan de Sámano: interceded por los sentenciados. Si vos quereis, salvaránse. ¡Interceded por ellos, interceded por ellos!

Ni una palabra que aludiese ni remotamente á la alarma de la plaza; ni una sílaba que tendiese á detenerle en el cumplimiento de sus obligaciones; pero, en efecto, redoblaban sus clamores, animadas por las voces prósimas de los soldados y lejanas del pueblo, y no dejaban al alguacil mayor que diera un solo paso.

En esto Villegas, á quien los doctores, creyéndose ya poco menos que cercados de iracundos enemigos, enviaban á saber la causa del inesperado rebato, llegó oportunamente en auxilio de su perplejo colega, diciéndole:

—¡A la plaza, Sámano, á las armas!—¡Sin duda los amigos de los traidores vienen sobre nosotros!

—Señor alcalde (respondió sosegadamente el alguacil), oidme antes dos palabras aparte.... Yo os prometo, señoras, interceder por los reos; dejadme ahora acudir á mi obligacion.

Y desembarazándose, como pudo, del femenino apiñado escuadron, dijo al oido de Villegas algunas palabras, concluidas las cuales, saliendo á la calle, montó á caballo con mas vigor del que de sus años pudiera esperarse.

—Partamos (dijo Elvira en tanto y en voz baja á la marquesa); sin duda algunos de nuestros amigos han tomado las armas, y quizá viéndonos á nosotras con ellos, el pueblo imite su ejemplo.

—Partamos, pues (respondió la ilustre dama); no se diga nunca que hemos dejado de hacer cuanto nos fué posible en obsequio de los nuestros.

Terminado ese breve diálogo, iban las señoras á salir del zaguan de las casas del cabildo, mas ya adelantándoseles Manuel de Villegas, tenia ocupada la puerta por dos filas de alabarderos que espalda con

espalda cerraban el paso exactamente lo mismo que lo hubieran hecho *caballos de frisa* de aceradas puntas erizados.

—¡Paso! (esclamó Elvira) ¡Paso! Nosotras ni estamos presas, ni tenemos mas armas que las de la razon y el dolor! Dejados retirar tranquilamente.

—Perdonad, señoras (respondió el alcalde por Sámano endoctrinado); pero en este momento fuera esponeros á riesgos salir á la plaza, donde quizá sea necesario hacer uso de las armas de fuego.

—Dejados salir (repuso la marquesa): las mujeres nobles no son mas cobardes que los hombres plebeyos.

—Vea vueseñoría (insistió Villegas), que en medio de un rebato....

—Paso, Villegas (clamó ya escaltada la esposa de D. Alonso); ó declarad de una vez que para degollar á los maridos sin que las quejas de las mujeres os importunen, habeis resuelto encadenarnos. ¡Digna de vosotros será tal hazaña!

—Ahorremos palabras, señoras mias (replicó el alcalde ya mohino); de aquí no saldreis ahora, ni hasta que la plaza se haya sosegado.—Ciérrense las puertas, y concluyamos.

Concluir podia convenirles á los parciales de la audiencia, pero de ningun modo á las damas ni á su servidumbre, interesadas, por el contrario, en dar á lo que acontecia grandes proporciones, pues que así esperaban aterrar á los doctores y conseguir de ellos, en consecuencia, lo que de otro modo fuera difícilísimo.

Por tanto, al cerrarse las puertas de la casa de la ciudad en virtud de la orden de Villegas, prorumpieron las señoras dentro del zaguán en un grito de cólera y terror á un tiempo; y á la parte de afuera, doncellas, dueñas, escuderos, lacayos y pajes, en un infernal clamoreo, bastante él solo á poner en alarma una provincia. Pero los gritos de dentro poco importaban á Villegas, pues que no podian hallar otros ecos que los del edificio; y á los de fuera hizo aplicar sin contemplaciones el remedio usual en tales casos, á saber: un diluvio de palos, descargado á diestro y siniestro con las astas de las alabardas, sobre la turbamulta que osaba quejarse de la inesperada é injusta detencion de las damas, hasta reducirla á un ángulo de la plaza y á profundo silencio, á mayor abundamiento.

En tanto, puestos en arma los cuerpos de guardia y sus reservas, al pié de los cañones los artilleros, ardiendo las mechas de piezas, mosquetes y arcabuces, enristradas las picas, y reinando en las tropas esa ausencia de todo rumor y movimiento que presajia siempre la proximidad del momento en que van á romperse las hostilidades, ofase cada vez mas cercano el estrépito de la asonada, cerrábanse á golpe seco las puertas y ventanas, huian despavoridos los curiosos, y retirábanse á la carrera sobre su base de operaciones rondas y patrullas, maldiciendo muchas veces las precauciones y fórmulas militares de reconocimiento y santo que la práctica tenia establecidas, y las cir-

cunstancias requerian entonces imperiosamente, como preliminares indispensables para acojer en el recinto de la plaza á cualquiera fuerza armada.

Juan de Sámano, á caballo, iba de punto á punto, reconociéndolos todos, y en todos ordenando á su jente con el aplomo y serenidad que solo alcanza, aun el valiente, con la esperiencia de la guerra y el hábito de sus riesgos, dotes que entrambas concurrían en aquel hombre, á quien no le faltaban para ser un escelente capitán mas que la caballeridad y el desinterés.

Dictadas sus primeras disposiciones y seguro de su ejecucion, ocupóse en seguida, interrogando á las destrozadas patrullas y rondas, qué era lo que en la ciudad producía aquel alboroto, deduciendo de las escajeras las respuestas que dieron los prófugos, segun costumbre de los vencidos, gran parte de la verdad, si no toda ella, tal cual vamos á referirla ahora nosotros.

El lector recuerda sin duda, y contamos mucho con su memoria porque sin ella difícilmente podrá hacerse caso de la simultaneidad de acontecimientos que á nosotros no nos es posible referir sino gradual y sucesivamente; el lector recordará sin duda que los indios sublevados en el Tlanguex de Tlateoleo abandonaron aquella plaza, cediendo á las instigaciones de Cristóbal, mas no para regresar al campo ó retirarse á sus casas, sino para ir á México, tanto á pedir reparacion del agravio que se les habia hecho estorbando el mercado de aquel dia, cuanto á fin de estorbar, si era posible, la ejecucion de los Avilas. Por su parte, la activa serpiente de Tlaxcala, apenas libre, atravesando, por decirlo así, el convento de Santiago, salió de nuevo al arrabal por una puerta falsa del monasterio, y encaminóse con lijereza suma á cierta casa no muy distante, que servia de cuartel jeneral á unos cuarenta ó cincuenta bravos, resto de la cohorte un tiempo á sueldo del *Mártir*, por Alma-negra, Absalon y Corta-orejas, nuestros ya difuntos conocidos, capitaneada, y que á fuerza de oro y de temeridades consiguió reclutar D. Fernando de Valdestillas en aquellos dias.—El sitio á que aludimos era una especie de aduar de jente perdida, donde todo vicio tenia su natural asiento, presidiendo la pereza á la nunca interrumpida bacanal: por manera que, ya por lo temprano de la hora, ya por ser aquellos dias en México poco á propósito para que tal casta de pájaros volase mucho, halló Cristóbal reunidos y bebiendo á la mayor parte de los bravos, que fué en su concepto como si un criadero de oro hubiese descubierto.

Decirles dos palabras de dinero, batalla y saqueo, fué como clavarle el acicate á un corcel de pura sangre; esto es: hacerlos saltar del lecho ó del asiento, abandonando sin ceremonias el jarro lleno ó la báguica ninfa, para ceñir las armas, tocarse el sombrero y dar con sus cuerpos en *lo del rey*, ó sea en la calle, husmeando ya el motín cual el podenco las liebres, apenas pisa los llanos que las crian.

Era Cristóbal demasiado conocedor del carácter y moral estado de sus compatriotas para perder un solo instante en palabras vanas: los indios, pasado el fervor de los primeros momentos, y careciendo de un jefe inteligente que los dirigiese, forzosamente habian de desalentarse, dispersándose ante la primera ronda que con resolución se los intimase, sin mas resistencia que la que al milano oponen las palomas. Urjia, pues, primero que el mismo Cristóbal se incorporase á la asonada para encaminarla segun á sus fines convenia; y segundo, que los bravos se colocaran de vanguardia, siendo jente, una vez en el combate empeñada, que no se prestaba á retroceder fácilmente.

Todo sucedió como el tlaxcalteca lo deseaba: sus paisanos, silenciosos y sombríos, vacilaban en penetrar en el antiguo Tenuehtitlan, sin embargo de que la fortuna apartó hasta entónces de su camino á todos los agentes de la audiencia, cuando incorporándoseles los bravos y el mismo Cristóbal, hicieron variar súbita y completamente la escena. El servidor de los Valdestillas inflamaba los ánimos con sus elocuentes palabras: mientras que los bravos, alborotadores y fanfarrones, rompian la marcha por las calles de la ciudad imperial adelante, clamando á grito herido:

—¡Los Avilas! ¡Los Avilas! Que nos den á los Avilas! Abajo la audiencia! ¡Viva el marqués del Valle!!!

Y otras tales y no menos sediciosas frases.

Como no podia menos de acontecer, mas de un hidalgo castellano, ocultando el rostro bajo el embozo de la capa, pero con la espada desnuda y el corazon rebotando saña, se incorporó á los amotinados. Si hubo mercaderes que cerraron sus tiendas apresuradamente, no faltaron oficiales que abandonaron el trabajo para agregarse al tumulto; y en resumen, cuando las rondas acudieron por distintos caminos para apagar el fuego de la sedicion, ya aquel incendio habia tomado cuerpo bastante á requerir otras bombas de mas poder para sofocarlo.

Seamos justos, sin embargo: aquello fué el motin de unos cuantos, mas bien que un alzamiento popular: la mayoría de los habitantes de México, la mayoría misma de los hombres de armas tomar enemigos de la audiencia ó de su gobierno descontentos, abstúvose de unirse á la asonada. Si alguno lo estraña, dirémosle, en primer lugar, que presos los principales caballeros, el bando del marques carecia de pendón, de caudillos, de agentes, de vida, en fin, como para padecer no fuese; en segundo, que los pueblos rara vez se mueven en masa para redimir á nadie del cadalso, aunque sí alguna quizá para vengar á los muertos; y últimamente, que el secreto y dureza con que los doctores procedian, dando por primera noticia del resultado del proceso contra la conjuracion, la sentencia que á muerte condenaba á dos hombres como los Avilas, infundió justificado terror en los mas de los ánimos.

Pero los indios del arrabal y campesinos que habian comenzado, con

razon sobrada, quejándose de que se les estorbaba ganar su vida en el mercado de Tlaltelolco, acabaron sin advertirlo y un paso tras otro por convertirse en instrumentos de Cristóbal, y figurantes de revolucion, dando con su número importancia al reducidísimo de verdaderos conjurados, que de la asonada se aprovechaban para desahogar su enojo.

Que si aquellos hombres encontrasen con una sola escuadra de tropas regulares, se dispersaran á la primera descarga, no admite para nosotros la menor duda; mas como las rondas eran lo que todas, y las patrullas de poca fuerza; y cuando una se presentaba, ya la anterior habia tenido que ceder á la superioridad del número, fué posible á Cristóbal llegar con su hueste intacta, entusiasmada y orgullosa, hasta las avenidas de la plaza mayor, donde desde luego echó de ver, y lo que es peor, echáronlo de ver igualmente muchos con él, que los obstáculos eran mas sérios, y los enemigos formidables.

Nada mas fácil para Juan de Sámano que dispersar aquel aluvion de personas entre sí heterojéneas y sin mas vínculo que las ligase, que el fervor de pasajera cólera: uno ó dos cañonazos bastaran y aun sobrarian para ponerlos en fuga.... Mas Sámano, en el primer momento, ignoraba si se las habia ó no con el pueblo de México, y como tanto podia ser lo uno como lo otro, fuera un delirio colocarse desde luego en la alternativa de vencer ó morir infaliblemente.

Fuerzas para luchar contra la ciudad sublevada, no las tenia la audiencia, y si bien era poderoso refuerzo el del ejército de Velasco, ni con él podia contarse muy de seguro, ni en todo caso bastara para reducir á los ciudadanos y á la plebe, si con la nobleza coligados, se arrojaban á la arena de la sedicion resueltamente.

La prudencia, pues, esijia reconocer antes de todo las fuerzas del enemigo y reservar los tiros de la artillería, arma entonces de mas efecto moral que efectivo, para el último extremo.

En tal convencimiento procedió el alguacil mayor, como hombre que conocia por larga esperiencia la guerra civil, despejando primero completamente, por medio de cargas sucesivas de caballos apoyados en la infantería lijera, los aproches de la plaza; y cuando ya tuvo el peligro distante, dispuso dos salidas por diferentes puntos, tanto con el objeto de reconocer el número, fuerzas, y organizacion de los contrarios, cuanto para facilitar la marcha de una patrulla de jinetes destinada á noticiar á Velasco lo que acontecia, y requerirle formalmente en nombre de la audiencia para que diese, sin pérdida de momento, lo que se llamaba en aquella época *favor al rey*.

Tras de las esquinas resguardados por temor á los mosquetes, gritaban indios, bravos y conjurados, que no habia mas que pedir; y si alguno de los de la plaza era osado á acercárseles, no le faltaba con quién medir sus armas: pero apenas cuatro ó seis caballos galopaban en ala, ó una manga de piqueros les cargaba, cada cual se retiraba lo

mas de prisa que podia, hasta hallar otra esquina que le protejera el cuerpo.

Por regla jeneral, los movimientos populares son como los torrentes: mientras corren, todo lo arrollan; en parándose, hasta balsas se hacen con sus aguas.

Así la manobra de Sámano produjo, no solo todo el efecto que al concebirla y disponerla se propuso, sino mas acaso; porque habiendo opuesto algunos bravos una obstinada resistencia, y abandonándolos los indios, fueron aquellos á cuchillo pasados por los de la audiencia, aterrando tan ejemplar sumario castigo á la universalidad de los amotinados. Durante la refriega, cuatro jinetes arriesgados, corriendo á rienda suelta y sobre sus caballos tendidos, salieron de la plaza en diferentes direcciones, pero todos ellos en busca de D. Luis de Velasco, quien como sabemos, tenia su cuartel jeneral situado cerca del camino de México á Chapultepec.

Desesperábase Cristóbal previendo, con sobrado fundamento, que si los de la audiencia seguian á los suyos el alcance, antes de una hora estaria la ciudad solitaria y silenciosa como un vasto cementerio; y así fuera, si Sámano no tocara presto á recojer, contentándose con ocupar su posicion primera, y dejando tranquilamente rehacerse á los amotinados.

—Acabemos de una vez con esa canalla, le decia Villegas, no comprendiendo el misterio de la singular moderacion del alguacil mayor.

—Dejadlos vivir [le contestó Sámano con una sonrisa peculiar al diablo y á él esclusivamente]. Dejadlos vivir, que por nosotros trabajan!

—Que me empalen si entiendo una jota de vuestras filosofías. ¡No es mejor arrojarnos sobre ellos, dispersar á los mas, y prender para ahorcarlos una ó dos docenas....?

—Para eso estaremos siempre á tiempo.

—¡Y por qué dejar para luego lo que puede hacerse ahora? Dadles tiempo y vereis, quizá, como se les unen otros y otros....

—Dios lo haga!

—Por el santo de mi nombre, Sámano, que estais loco, ó bien yo....

—A oscuras como de costumbre, Villegas.

—A oscuras ó con luz, soy alcalde, y os requiero en nombre del rey...

—Dejémonos de requerimientos, y sirvámonos á nosotros mismos, sin perjuicio del rey, se entienda.

—Esplicaos de una vez, ó voy á ellos yo.

—Buena sandez haríais.... Arcabuceros: una descarga. Alta la puntería.... Mas alta.... Eso: no hay necesidad de derramar sangre inutilmente. ¡Fuego!

Y en efecto, una descarga completamente inútil, pues que las balas fueron á perderse todas en las azoteas de las casas vecinas, acabó de

llenar de asombro á Villegas, absorto ya viendo tan humano al hombre de mas duras entrañas que conocia.

Sámano, con gran sosiego, reanudó el interrumpido diálogo, diciendo.

—Este *motincito*, Sr. Manuel de Villegas, es un don del cielo, que justifica, en primer lugar, la realidad de la conjuracion; en segundo, lo peligrosos que son los Avilas; y en tercero, la razon con que la real audiencia los ha condenado á muerte y apresurará su ejecucion, si mis consejos sigue, en vez de suspenderla como solicitan las damas que teneis detenidas en el zaguan de las casas del cabildo.... Algunos tiritos de cuando en cuando, muchachos!.... No importa perniquebrar alguno que otro de esos vocingleros.... ¡Bien: así!... Decia, Villegas....

—Estoy: que el motin justifica las medidas de rigor; pero eso ya está conseguido.

—Cierto, está conseguido hasta cierto punto; pero prolongándose nos da cada vez mas razon, y luego ese marques de Falces, que llegará pasado ó el otro, no podrá decir que debimos no defendernos.... Otros tiritos.... ¡Fuego, arcabuceros!... No tan bajo, vive Dios, que de esta han caido media docena de hombres, y se nos van á dispersar como gorriones....

—¡Pero, qué es, en fin, lo que os proponéis!

—Hacer ruido, mucho ruido, tanto ruido que no pueda negarse á oirlo la sorñera misma de D. Luis de Velasco, por voluntaria y obstinada que sea.

—¡Ah!

—¡Vais comprendiendo, señor alcalde! Si ahora disipamos, como indudablemente podemos muy fácilmente, á esos miserables, ¡qué tiene que hacer aquí el capitan jeneral! Mas prosiguiendo en el fuego, como se hace, y ellos en sus pedradas.... ¡Bien: ya me descalabraron dos hombres!.... ¡Eso, hijos!.... Prosiguiendo, digo, esta zambra, y con el requerimiento que le he enviado, ó viene ó no viene: en el primer caso se compromete con el pueblo, y en el segundo con la audiencia: haga lo que quiera es hombre perdido, si no se declara nuestro ó de los conjurados.

No osando Villegas replicar palabra al hábil raciocinio del alguacil mayor, fuese á dar cuenta de lo que pasaba a los doctores, cuyas ansias, congojas y sobresaltos durante el combate, no son para descritos, si bien debe hacerseles la justicia de confesar que ni un solo momento tuvieron la idea de revocar ó suspender la sentencia de los Avilas. “Pereceremos, decian, si triunfan los amotinados, pero ni á “D. Alonso ni á su hermano aprovechará la victoria.”—¡Antes que todo la caridad cristiana!

En tanto, el estrépito de la asonada y los ecos de los mosquetazos, penetrando al través de los helados muros de la cárcel, iban á turbar

el recojimiento que los sentenciados todos han menester para prepararse al difícil aunque breve tránsito de esta vida caduca á la perdurable.

—¡Son tiros! ¡La ciudad se levanta! exclamó D. Alonso, levantándose también él del suelo donde de rodillas escuchaba las cristianas amonestaciones de Fr. Diego.

—¡Pensad en Dios, hijo, pensad en Dios, y no en los hombres! (replicó el provincial).

—¡Os digo que es fuego de mosquetería, padre mio! México se alza, en fin, contra los doctores.... ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio! ¡Si Gil se salvara!

—No quiera el cielo que sea verdad lo que presumís: un alzamiento ahora, solo puede conducir á que sea mayor el número de las víctimas.

—¡Quién sabe?... Escuchad: el fuego prosigue.... Sí: mas nutrido que antes....

—¡Tanto amáis la vida, que queréis comprarla á costa de la de infinitos de nuestros prójimos!

—¡Yo amar la vida, Fr. Diego? Tiempo hace que la soporto solo por no perder mi alma.... ¡Pero Gil, Gil que es inocente, puede salvarse!

—La inocencia tiene á Dios por protector, Alonso; venid, prosigamos hablando de la eternidad.

—No se oye nada.... Los habrán dispersado.... ¡Vencido!.... ¡Ah! ¡Por qué se complace el destino en amargar mis últimos momentos en una esperanza tan presto burlada como concebida! ¡Pobre hermano mio!.... ¡Ah, no, no! Otra vez el fuego.... Sí; otra vez.... No se desaniman, á la cuenta.

—Mi libertad por dos horas, una espada, y yo les diría á los doctores si es lo mismo degollar á un preso que rendir á un caballero.... ¡Creeis, Fr. Diego, que Fernando acaudille á los nuestros!

—Creo que el enemigo comun os envia esta tentacion, Alonso, para apartaros del buen camino, cuando cada instante que perdeis en reconciliaros con Dios, puede costaros toda una eternidad de bienaventuranza.

—En este momento os escucho sin comprenderos, Fr. Diego. Id, os ruego, á saber lo que pasa.... No soy dueño de mí mismo.... Id, por el cielo santo.

Bastaba ver á D. Alonso para convencerse de que hablaba sincero: rebelados al rumor del combate todos sus belicosos sentimientos, despierta en su corazon la marchita esperanza, y preocupado siempre por la idea fija de salvar á su hermano, érale imposible pensar en otra cosa. El provincial, pues, salió del calabozo para indagar lo que en la plaza ocurría, mas antes quiso pasar por la capilla de Gil, para llevarse consigo á Fernando de Valdestillas.

Era tarde: envuelto en un anchuroso pardo capuz, porque le prendieron con la ropa que llevó del campo y no se le permitió recibir otra en la cárcel, veíase al preso, al parecer profundamente dormido, sobre una tarima que de lecho le servía. A su lado oraba un religioso, quien dijo al prelado:

—Hace media hora salió de aquí y de la cárcel D. Fernando. Gil Gonzalez estaba durmiendo cuando entré, y durmiendo sigue.

—¡Envidiable paz la de su espíritu! (respondió el provincial). Dejadle que repose, y no os apartéis de su lado hasta mi vuelta!

—¡Qué será de Fernando! (iba diciendo entre sí, al salir de la cárcel). ¡Si en efecto, habrá promovido un alzamiento! No sé por qué siento mi espíritu mas atribulado ahora que nunca.—¡Señor! ¡Señor! ¡Por qué así contristas el ánimo de tu siervo! ¡Qué nuevas y mas que las presentes terribles desdichas amenazan á Tenuchtitlan y á la descendencia del que en gloria de tu religion santa conquistó estas tierras! Aparta, Señor, de nosotros el azote de tu tremendo enojo; apártalo y dignate mirarnos con ojos de misericordia, ó bien danos fuerzas para apurar este amarguísimo cáliz, sin que nuestro espíritu flaquee en su calvario, ni el enemigo se aproveche de nuestras debilidades.

Así el santo religioso, acosado por los mas funestos presentimientos, abandonaba la prision mexicana, mas aún que por satisfacer la ansiedad del infeliz D. Alonso, con la idea de emplear su mediacion para el restablecimiento de la paz pública, que con fundamento de sobra presumia hallarse turbada profundamente en aquellos instantes. Cierta que como sacerdote, como hombre y como amigo, regocijarse el alma de Fr. Diego si por cualquier evento se salvaran los infelices puestos en capilla: mas conocia demasiado á Nueva-España y á sus moradores; así indígenas como europeos, el conquistador misio, para lisonjearse ni con la mas remota esperanza de que un alzamiento, en aquellas circunstancias, condujese á otros resultados que al de acelerar la catástrofe del sangriento drama con respecto á los Ayilas, y á proporcionar un pretexto plausible á los doctores para ensañarse sin consideracion alguna en las personas de los presos, y en la ciudad misma. Por otra parte, y ya lo dijimos otras muchas veces, el provincial de San Francisco, siendo un religioso que consideraba su mision como esencialmente pacífica, creíase estrechamente obligado en todos tiempos á interponerse entre aquellos que á destruirse se disponian unos á otros; y, con tales opiniones ó mas bien sentimientos, claro está que al salir á la calle no pudo proponerse sino lo que escrito dejamos: minorar en lo posible las consecuencias de la contienda civil, á su entender ya comenzada.

Animado, pues, por el espíritu de la concordia, corrió á interponerse resueltamente, aunque con grave y palmario peligro de su persona, entre los que en torno de la plaza bullian, y los defensores de

aquel recinto, levantando en su mano ante unos y otros una pequeña effigie del Redentor crucificado, y en voz entera intimándoles al propio tiempo que cesaran de hostilizarse.

Por lo que hace á los de la audiencia, contentándose con gritarle que no fuera loco y se quitase de enmedio, si no queria que alguna bala le enviara á predicar á la eternidad, prosiguieron obedeciendo las órdenes del infatigable Sámano, á quien sospechamos que no le pesara de que el fraile pagase con la vida su cristiano heroismo: pero los indios, ya en realidad mas hartos que satisfechos del peligrosísimo papel que en aquel estrepitoso drama representaban, y á mayor abundamiento avezados á mirar siempre con respeto profundo el hábito de San Francisco, y oír sumisos las palabras del venerable Fr. Diego, su maestro incansable y protector benévolo, comenzaron desde luego á cejar con mas prisa de la que conviniera á dos hombres que hasta entonces los acaudillaron.

Cristóbal era el uno, y el otro cierto desconocido, embozado en una gran capa, bajo la cual llevaba un arcabuz corto y ancho á manera de trabuco, del cual hacia uso de cuando en cuando para disparar con mortífero acierto sobre los defensores de la plaza, acudiendo, no obstante aquel ejercicio, á dirigir á los bravos y á contener á los indios con actividad incansable, y con un calor entusiasta propio solo de persona en aquel lance muy interesada, y quizá mas aún, comprometida.

Nadie pudo verle el rostro, oculto bajo impenetrable antifaz; mas algun curioso advirtió que al disparar su arcabuz solía descubrir, aunque cuidadosamente recojida, una vestidura cenicienta tan parecida al hábito de la Orden Seráfica, que por tal pudiera tomarse sin temor de equivocacion grosera.

De consentirlo la ocasion, presto hubiese apurado la serpiente de Tlaxcala aquel misterio: mas era tal la prisa con que las balas llovian y los indios se retiraban, que no ya dos hombres, pero ciento bastaran apenas para el oficio que desempeñaron con éxito milagroso durante algunas horas, Cristóbal y el desconocido, cada cual por su parte.

Con la intervencion de Fr. Diego hubo un momento en que aquellos dos campeones del alzamiento creyeronle disipado; mas ni por eso se dieron por vencidos, sino que, acudiendo al último desesperado recurso que resta á los jefes de una insurreccion cualquiera, cuando todo lo prefieren á caer en manos de sus enemigos, el uno en una calle y el otro en otra, á retaguardia de las masas populares, cada cual con reducidísimo número de hombres resueltos, amenazando pasar á cuchillo al primero que para huir moviese la planta.

Y aquel acto de enerjía contuvo, en efecto, á los fujitivos, que entre el peligro cierto de habérselas con sus desesperados caudillos, y el contingente de proseguir en el asedio de la plaza, optaron por el

último: mas, al marchar á sus anteriores posiciones, la voz del provincial de San Francisco y la imájen del Redentor hicieronles retroceder de nuevo, produciendo entrambas causas un fenómeno análogo en los indios al que se observa en las olas del Atlántico, que con furia se lanzan contra las playas, y con prisa de ellas se retiran, para oscilar sin término dentro de los vastos límites de su insondable lecho.

Tal era la situacion de las cosas cuando un bélico sonar de atambores y clarines, en lontananza primero, y cada vez mas cerca, llegó á poner término á la angustiosa crisis de los espíritus, haciendo esclamar al alguacil mayor, ebrio de júbilo:

—¡En fin, el capitan jeneral ha entrado con sus tropas en México!
—¡A ellos la infantería, á ellos!—¡Arrojémoslos sobre las picas del ejército de Velasco!

Y tirando la espada, lanzóse á la carrera sobre los amotinados, al frente de una falanxe de alabarderos que de antemano tenia formada y dispuesta á romper el movimiento á su primera orden.

¿Qué habian de hacer los pobres inermes indios, que ya, como sabemos, deseaban de mucho tiempo atras dejar el combate, viéndose entre dos fuegos?—Dispersarse en confusion horrible, desoyendo las voces de sus desesperados caudillos, atropellando cuanto á su fuga se oponia, y hurtándole las alas al tiempo mismo para huir mas veloces de las despiadadas garras de Juan de Sámano, su azote ordinario y constante.

Un momento hubo en que Cristóbal y el desconocido se hallaron solos, enteramente solos, en medio de la columna que, mandada por el alguacil mayor, habia dispersado á los indios, y de la mucho mas formidable y regular que, á las órdenes de D. Luis de Velasco, distaba apenas de ellos algunas toesas. Ni el indio ni el embozado tenian voluntad de huir, mas tampoco medios para defenderse.

—¡Dejémonos matar! (esclamó Cristóbal envolviéndose en su manto con esa especie de resignacion apática ó heroica que á su raza distingue).

—No (repuso el incógnito), no: vivamos para vengarlos, ya que la suerte no quiere que los salvemos.

Y trabando al indio del brazo, desapareció con él por una calle lateral, sin que los batidores de Sámano pudiesen alcanzarlos, á pesar de la presteza y encono con que á perseguirlos se lanzaron.

A poco, llegando á verse de cerca y frente á frente el capitan jeneral y el alguacil mayor, despues del recíproco cortés saludo, dijo aquel:

—Páreceme que el motin está terminado, Sr. Sámano; y que ni el número de los rebeldes, ni la prisa con que sin combatir os han cedido el campo, inducen á creer que volverán presto á las andadas.

—Vueseñoría piensa en todo con mas discrecion que yo; pero, sin embargo, imagino que no fuera prudente fiarnos á las apariencias....

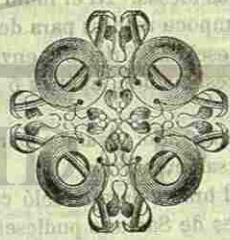
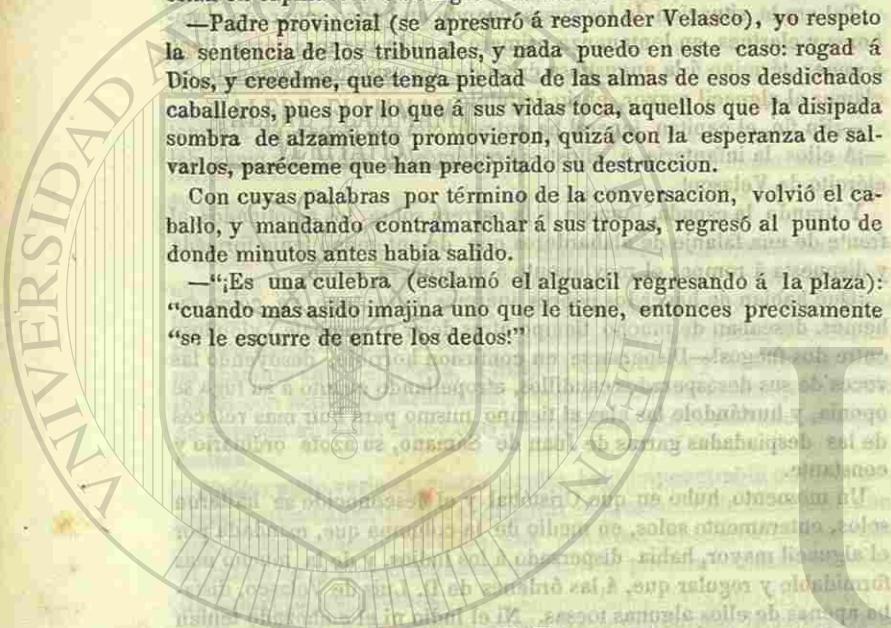
—Pues si vuelven á levantarse, volved á avisarme, que ni yo ni mis soldados somos corchetes para asistir á justicias; y nos volvemos á donde estábamos.

—No os volvais, señor D. Luis (interrumpió Fr. Diego que á la plática se hallaba presente), sin interceder antes por los infelices que están en capilla.... Su sangre inútilmente derramada....

—Padre provincial (se apresuró á responder Velasco), yo respeto la sentencia de los tribunales, y nada puedo en este caso: rogado á Dios, y creedme, que tenga piedad de las almas de esos desdichados caballeros, pues por lo que á sus vidas toca, aquellos que la disipada sombra de alzamiento promovieron, quizá con la esperanza de salvarlos, parece que han precipitado su destruccion.

Con cuyas palabras por término de la conversacion, volvió el caballo, y mandando contramarchar á sus tropas, regresó al punto de donde minutos antes habia salido.

—“Es una culebra (esclamó el alguacil regresando á la plaza): “cuando mas asido imagina uno que le tiene, entonces precisamente “se le escurre de entre los dedos!”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO DIRECCIÓN GENERAL DE



Faded text from the reverse side of the page, including the start of a chapter.

CAPITULO XV

QUE CONTIENE NOTICIAS TAN VARIAS QUE NO CABEN EN LA CIFRA DE UN EPÍGRAFE.

En México no habia puerta, tienda ni ventana que herméticamente no se hubiesen cerrado; nadie, absolutamente nadie transitaba por las calles, custodiadas todas, cual por mayor, cual por menor número de hombres armados; y el silencio sombrío de la tropa misma era clarísima demostracion del estado de esclavitud y terror á que la ciudad se miraba reducida.

Oculto en los mares de Occidente el astro del dia, nebuloso el celaje, cargada la atmósfera, abrasado el casi imperceptible ambiente, y apenas disipados los acres miasmas de la pólvora, dijérase que la naturaleza se vestia de luto, y que los céfiros aterrados negaban su refrigerante aliento á un pueblo donde iba á consumarse horrible jurídico atentado; porque iba, en efecto, á consumarse el asesinato de los Avilas antes del tiempo que la ley, la costumbre y la sentencia misma señalaban, acelerándose la ejecucion á pretesto del motin ya vencido y para siempre deshecho. Achaque antiguo es en los gobiernos de partido abusar sin misericordia de sus triunfos, y en vez de restañar con mano paternal la sangre que corre de las heridas de pueblo, complácense, por el contrario, en dilatar las llagas y estrujar



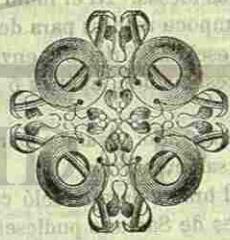
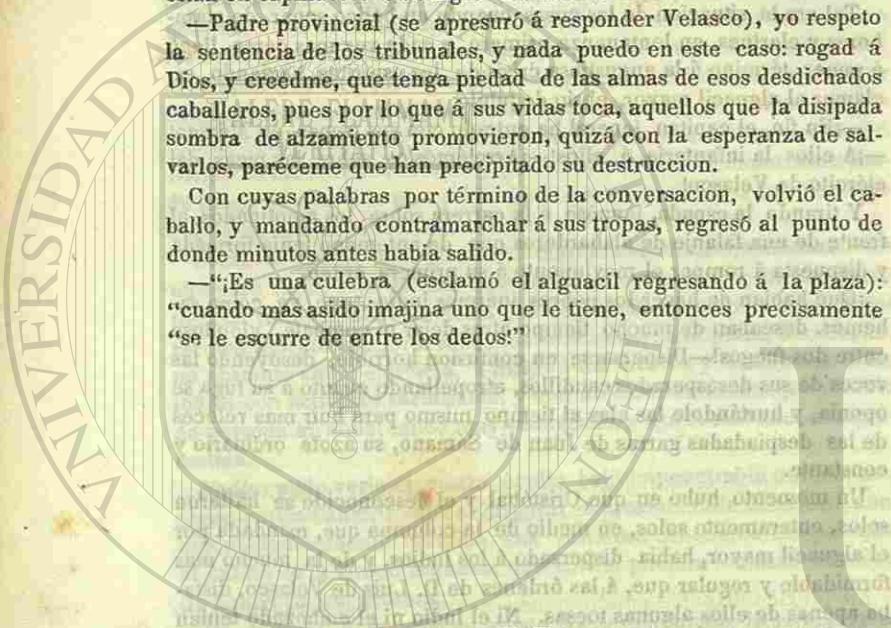
—Pues si vuelven á levantarse, volved á avisarme, que ni yo ni mis soldados somos corchetes para asistir á justicias; y nos volvemos á donde estábamos.

—No os volvais, señor D. Luis (interrumpió Fr. Diego que á la plática se hallaba presente), sin interceder antes por los infelices que están en capilla.... Su sangre inútilmente derramada....

—Padre provincial (se apresuró á responder Velasco), yo respeto la sentencia de los tribunales, y nada puedo en este caso: rogado á Dios, y creedme, que tenga piedad de las almas de esos desdichados caballeros, pues por lo que á sus vidas toca, aquellos que la disipada sombra de alzamiento promovieron, quizá con la esperanza de salvarlos, parece que han precipitado su destruccion.

Con cuyas palabras por término de la conversacion, volvió el caballo, y mandando contramarchar á sus tropas, regresó al punto de donde minutos antes habia salido.

—“Es una culebra (esclamó el alguacil regresando á la plaza): “cuando mas asido imagina uno que le tiene, entonces precisamente “se le escurre de entre los dedos!”



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MEXICO DIRECCIÓN GENERAL DE



[Faint, mostly illegible text from the reverse side of the page, appearing as bleed-through.]

CAPITULO XV

QUE CONTIENE NOTICIAS TAN VARIAS QUE NO CABEN EN LA CIFRA DE UN EPÍGRAFE.

En México no habia puerta, tienda ni ventana que herméticamente no se hubiesen cerrado; nadie, absolutamente nadie transitaba por las calles, custodiadas todas, cual por mayor, cual por menor número de hombres armados; y el silencio sombrío de la tropa misma era clarísima demostracion del estado de esclavitud y terror á que la ciudad se miraba reducida.

Oculto en los mares de Occidente el astro del dia, nebuloso el celaje, cargada la atmósfera, abrasado el casi imperceptible ambiente, y apenas disipados los acres miasmas de la pólvora, dijérase que la naturaleza se vestia de luto, y que los céfiros aterrados negaban su refrigerante aliento á un pueblo donde iba á consumarse horrible jurídico atentado; porque iba, en efecto, á consumarse el asesinato de los Avilas antes del tiempo que la ley, la costumbre y la sentencia misma señalaban, acelerándose la ejecucion á pretesto del motin ya vencido y para siempre deshecho. Achaque antiguo es en los gobiernos de partido abusar sin misericordia de sus triunfos, y en vez de restañar con mano paternal la sangre que corre de las heridas de pueblo, complácense, por el contrario, en dilatar las llagas y estrujar



las venas hasta que dejan el cuerpo social con tan escasa vida que, como dice el Píndaro español, no se atreve ni á esquivar

“La mano asoladora

De la furia execrable, que inclemente

Su seno oprime, su beldad desdora!”

Con razón lo dijo D. Luis de Velasco: el alzamiento abortado sirvió solo para precipitar la catástrofe, acreciendo el odio y abultando el riesgo en los empedernidos corazones de los doctores; y lo que fué peor, dándoles aparentes motivos políticos para satisfacer desde luego la rencorosa sed de sangre que abrasaba sus pechos.

Pero, sin advertirlo, hemos nosotros infringido una de las reglas fundamentales y mas obvias del género de literatura á que este libro pertenece, anticipando al lector la noticia del trágico suceso en que estriba principalmente el interes de la novela.... ¡Cómo ha de ser! Hicimoslo ya, y la cosa no tiene otro remedio que el de contar con que quien tuvo paciencia para leer cerca de cinco mal hilados volúmenes, no ha de ser tan severo al fin de su camino que se niegue á pasar la vista por el reducido número de páginas que para concluir le restan. Hagamos, pues, cuenta que nada dijimos, y volviendo al órden lógico, reframós por el suyo los sucesos.

Fr. Diego de Olarte, aunque desesperanzado del todo, no queriendo omitir paso en obsequio de sus proscritos amigos, siguió á Juan de Sámano en su vuelta á la plaza despues de disipado el alzamiento; y no sin dificultades pudo conseguir que los doctores escuchasen algunos minutos sus fervientes súplicas y cristianas amonestaciones, encaminadas todas á pedirles gracia para los sentenciados, y aconsejarles moderacion con los vencidos.

¡Tiempo perdido!—¡Cuándo escuchó el odio la voz de la templanza?—¡Cuándo el cobarde que vence fué jeneroso con el valiente que á sus piés sucumbe?

No solo se mantuvieron firmes los doctores en lo fallado, sino que en el acto y ante el venerable prelado mismo, ya fuese por escarmentarle, ya por aterrarle, resolvieron que la ejecucion de Gil Gonzalez y de su hermano D. Alonso se verificase al comenzar la noche, para la que ya faltaban cuando mas cuatro ó seis horas; pues como se comprende, los acontecimientos por nosotros referidos en pocas páginas, consumieron en México la mayor parte del triste dia en que se verificaron.

Ecsaltado el provincial, como no podia menos de suceder, con procedimiento de tal violencia, y abandonando el tono deprecatario para usar el de sacerdote cristiano que en nombre del Altísimo, y puesto todo humano respeto á la santa mision que desempeña, alza tremenda su voz contra los poderosos de la tierra, lanzó sobre aque-

hos implacables jueces el anatema de la reprobacion divina, amenazándoles á un tiempo con la responsabilidad en que con respecto al monarca español incurrian, y con la infinitamente mas grave, y tarde ó temprano siempre efectiva, que habia de ecsijrles en su dia el rey de los reyes.

A su vez fuera de tino los doctores oyéndose tratar como reos por un anciano indefenso, pobre, descalso, y lo que era mas, hasta sospechoso para ellos de complicidad en la conjuracion, desatáronse contra el venerable prelado en invectivas, mandándole que saliese luego de su presencia, so pena de ser tratado como fautor de los culpables que en el patíbulo iban á espiar en breve su delito. Amenazar á un veterano de la conquista, amigo de Hernan Cortés, amante de sus hijos, maestro de los infelices cuya hora suprema se acercaba, y soldado ademas de Jesucristo en la democrática milicia franciscana, fué como clavar imprudente jinete la acerada espuela en los hijares de jeneroso corcel en las llanuras de la fértil Arabia nacido y criado. Mas no se presuma que la ecsaltacion del apóstol seráfico tuviese nada de iracunda: sereno cual conviene al verdadero ministro del altar, resuelto á no retroceder un solo paso en la senda de la virtud, capaz del martirio en gloria de la verdad, Fr. Diego de Olarte oponia su pura moral evanjélica á los interesados políticos raciocinios de los doctores, y la resignacion de un estoico á las amenazas de la fuerza brutal.

—“Me retiro (dijo al hacerlo), pero con vosotros quedan vuestras conciencias, como en el mundo quedará la memoria del atentado que va á consumarse, como con la sangre de los dos desdichados “hermanos se grabará en caracteres indelebles ante el tribunal del Altísimo la falta de misericordia, por no decir la injusticia de vuestros procedimientos.—Me retiro, sí; mas voy á los calabozos á ofrecer á vuestras víctimas la palma del martirio, á procurar que sobre “sus cabezas descienda la bendicion del Crucificado al propio tiempo que el hacha de vuestros verdugos.

“Me retiro, jueces y gobernantes de Nueva España; pero el rey católico sabrá por este pobre fraile la verdad del caso horrible de la “conjuracion de Méjico; y quizá algun dia, aun antes de que comparezcais ante aquel á quien nadie engaña, tengais que dar cuenta en la “tierra de vuestros hoy inescorables fallos.

“Dios tenga compasion de vosotros, que á mí me la causais mayor “que los pobres á quienes van á ajusticiar por vuestro mandato.”

Y volviéndoles la espalda salió de la sala capitular, dejando por algunos instantes aterrados á aquellos hombres, árbitros sin embargo entonces de la suerte de Méjico, y de las vidas de cuantos en los límites de su jurisdiccion residian. ¡Tanto puede la verdad, valerosamente dicha por el varon virtuoso!

Mas ¡ay! Los tiranos cuanto mas injustos, tanto mas obstinados se muestran siempre.

Pasado el estupor primero en brevísimo plazo, el espíritu de la rencorosa venganza, reanimando á los doctores, inspiró á su presidente la idea de una nueva tropelia que sin detencion puso por obra, diciendo:

—Manuel de Villegas, adelantaos á ese rebelde fraile y mandad que se le prohiba la entrada en la cárcel.... Tres religiosos tienen allí los reos, que es lo que basta y sobra para que mueran cristianamente.

—Pero, doctor (replicó Villegas, concibiendo apenas lo que oia), prohibirle al provincial....

—Obedezca y calle el alcalde. Si se conforma el fraile con la providencia, déjesele ir en paz á su convento, siguiéndole no obstante los pasos. Si se resiste, si alborota, llevadlo preso y ponidle guardas....

—¡A un religioso! ¡Al misionero mas amado de los indios!

—Decid á un parcial del marqués, al mas peligroso de los conjurados, tanto mas culpable cuanto por su carácter sacerdotal debiera mostrarse mas sumiso á la autoridad del César.

—Ved, señor presidente, que es cosa grave poner la mano en un religioso; las censuras de la Iglesia.....

—Mas grave fué dar garrote á un obispo, y Ronquillo lo hizo en Simancas, y el emperador obtuvo su absolucion del Papa. Ejecutad lo que se os manda, Villegas, si no quereis que la real audiencia os haga ver que á todos alcanza su justicia.

Desbordado una vez el torrente, ya los ordinarios diques son inútiles para oponerse á su furia: los doctores triunfantes no podian por el momento hallar eficaz resistencia; y Villegas, aunque conociendo el horrible abuso de autoridad que por su ministerio se consumaba, tuvo que resignarse á servir de instrumento á la tiranía de los golillas.

Fr. Diego, en efecto, halló cerradas las puertas de la cárcel, y delante de ellas al alcalde ordinario, quien para evitar en lo posible un conflicto escandaloso, creyó oportuno declarar sin rodeos ni atenuaciones al provincial las órdenes que con respecto á su persona se le habian dado.

—Poco me importara, por lo que á mí toca (respondió afligido el religioso), ir al convento entre alabardas y arcabuces, ó con una soga al cuello, si tal es la voluntad de los que mandan: pero no daré lugar á que tal suceda, porque si un solo indio viera al prelado de sus misioneros preso y maltratado.... En fin, Villegas, que la voluntad de Dios se cumpla: el corazon me dice que estorbando ahora mi entrada en la cárcel, comete la audiencia un nuevo crimen: para ante el tribunal del Eterno emplazo á los doctores. Adios!

—Permitid, padre, que os acompañe á Santiago.

—Haced lo que gustáreis, si es mandato....

—Padre Fr. Diego, yo no soy sino instrumento.

—Manuel de Villegas, un dia serán rotos los instrumentos, como deshechos los autores de todo crimen.

Hasta el convento de Tlaltelolco fueron juntos el provincial y el alcalde, sin pronunciar una sola palabra; y allí, entrando aquel en el santuario, dirigióse el último al gefe de la fuerza estacionada en el Mercado para mandarle que por entonces y hasta que oyese tocar á muerto las campanas, no permitiese entrar ni salir á nadie en el monasterio, colocando al efecto el número de centinelas necesario para rodear todo su perímetro.

En tanto Gil Gonzalez proseguia durmiendo con aparente profunda quietud, y su agonizante siempre orando á su lado: mientras que D. Alonso, indescriptiblemente desasosegado, en tanto que por el estrépito de los tiros de arcabuz y mosquete juzgó que en las calles de Méjico se combatia, y en su obsequio, sin duda, pues solo el interes de la conjuracion fuera capaz en tales circunstancias de producir un conflicto. Pero corrieron las horas, cesó el rumor de la batalla, y Fr. Diego no regresaba.... Nada bueno ocurría, por consiguiente.... Avila adivinó la verdad en conjunto, ya que sus pormenores ignorase.

Entonces pidió un religioso, que no se hizo esperar, pues ya sabemos que habia en la cárcel dos ademas del que á Gil Gonzalez acompañaba; reconcilióse con él, y á su vez se arrojó tambien sobre el lecho para dar treguas á la agitacion del espíritu, y recobrar un tanto las fuerzas corporales.

¡Y las damas!—A la verdad que hemos andado poco galantes tratando de otras cosas y personas antes que de ellas; pero en un dia de motin y ajusticiados bien pueden mirarse con alguna indulgencia las faltas de galantería; y por otra parte, el hecho es que teniendo poco de importante y menos de grato lo que aconteció en el caso, no nos ha parecido oportuno apresurarnos demasiado á referirlo.

Durante la batalla contra los amotinados, permanecieron las señoras en el zaguan de la casa del cabildo, sin que se les permitiera ni regresar al palacio de Hernán Cortés, ni subir al de la ciudad; rodeadas de hombres armados, y en la mas angustiosa espectacion que imaginarse puede. Quién lloraba, quién en voz alta dirigia al cielo fervorosas oraciones; esta perdía el conocimiento; aquella prorumpia en iracundos alharidos; pero las mas, heladas por el espanto, parecian desenterrados cadáveres. Cinco mujeres hubo, sin embargo, que se mostraron á la altura de las difíciles calamitosas circunstancias en que se encontraban: la marquesa del Valle y Elvira, que, si tuvieran armas, quizá las esgrimieran como amazonas; Mencía, á quien la esperanza de que el alzamiento salvara á su esposo galvanizó, por decirlo así; Leonor, la apasionada andaluza, á cuyo espíritu no se daba riesgo superior; y D^a Juana de Sosa, la consorte de D. Luis de Castilla, que era una de esas damas vaciadas en la turquesa de las Porcias,

y que parecen vulgares, hasta que una gran calamidad viene á revelar al mundo el esfuerzo que atesoran.

Juntas durante el largo tiempo del combate aquellas cinco privilegiadas criaturas, ya razonaban sobre el écsito probable de la batalla, ya acudian á consolar á las abatidas, ó á calmar á las furiosas: pensando en todo y en todas, menos en sí mismas, á un tiempo fueron ejemplo á sus compañeras y asombro de sus guardas; y cuando, en fin, sonó la hora en que visiblemente se conoció que el cielo retiraba su escudo á los caballeros, ellas tambien, comprendiendo que era pasada la sazón de oponerse á los decretos del destino, y llegado el instante de la resignación, fueron las primeras á procurar que la enlutada comitiva se retirase sin escándalo.

Porque la primera atención de Juan de Sámano al regresar victorioso á la plaza, fué mandar que la servidumbre de la marquesa fuese entre picas conducida á su palacio; y en seguida, abriendo las puertas de la casa capitular, *rogar* á las damas que se volvieran al punto de donde eran idas.

¿Qué habian de hacer las infelices?—Obedecer en silencio, ahogando los suspiros, reprimiendo el llanto, esforzando los corazones, y atravesar la plaza silenciosas, trémulas y apiñadas, como rebaño de inocentes corderas que brutal carnicero conduce al teatro de la matanza. Así entraron en la mansion que fué del conquistador de Méjico, la esposa de su hijo heredero, la hija de su infeliz primogénito, y las demas señoras enlazadas con los inmediatos descendientes de los que, á las órdenes de aquel grande hombre, incorporaron á la corona de Castilla los opulentos dominios de Moctezuma.

Así entraron, como en la cárcel, las reclusas; así entraron, como cautivos en el baño; y en pos de la última de ellas cerróse la puerta con melancólico estruendo; y despues volvieron á oirse los golpes del martillo que perfeccionaba el cadalso para los Avilas destinado.

Entre cinco y seis de la tarde los tambores y trompetas, hasta aquel momento silenciosos desde que se terminó el motin, rompieron de nuevo á tocar en diferentes puntos de la ciudad; replegáronse los batidores y centinelas á sus avanzadas; las avanzadas á sus puestos respectivos; los puestos á los destacamentos, y todos ellos, marcharon converjentes sobre la plaza mayor y cárcel de corte, en torno de las cuales se concentraron, por último, en masa las fuerzas de la audiencia, á escepcion de los cien hombres apostados en el mercado de Tlatelolco, y de alguna que otra patrulla destinada á recorrer la parte mas peligrosa del pueblo, y á mantener espeditas las comunicaciones con el ejército de la Especería. Este, á su vez, acudiendo á las armas, tomó posiciones cual si á batalla campal se preparase; y así en México, como en el campo, ardieron las mechas de arcabuces, mosquetes y artillería.

Si tales preparativos pudieran dejar duda de su objeto, disipáranla

pronto las campanas de la catedral ó iglesia mayor, á las cuales, aunque sin órden superior, correspondieron inmediatamente las del convento de Santiago, sonando unas y otras en lúgubres acentos el toque de agonía. . . .

“*Horror!* (clamó Elvira); *Horror!* *¡Ya van á matarlos!*”

Un grito fúnebre, desgarrador; un grito de esos que es preciso haber tenido la desdicha de oír, para comprender toda la angustia que revelan, resonó en seguida bajo la bóveda del salon de aparato de la marquesa del Valle, pronunciado á un tiempo por todas las señoras allí congregadas.

Pero la esposa de Avila, que no podia rendirse ni al golpe mortal que de recibir acababa, teniendo en sus brazos desmayada á la infeliz Menéa, volvió á decir:

—“De rodillas, señoras, de rodillas, para implorar á la Madre de los aflijidos en favor de los dos nobles caballeros que van á ser vilmente asesinados.”

Y deponiendo el cuerpo casi inerte de su cuñada sobre los almohadones del estrado, dobló la digna nieta de Hernan Cortés las rodillas, cruzó las manos, levantó al cielo los bellisimos ojos, y con acento inspirado, comenzó ella misma á recitar la *Salve*, oración verdaderamente celeste y propia para dirigirse á la dulce Madre del Salvador Divino.

Repetian anegadas en llanto las demas señoras, versículo por versículo, la devota plegaria, y al llegar al que dice:

“*Ea, pues, señora abogada nuestra: vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos;*” tan tiernamente lo pronunciaron, con tan patética sentida espresion elevaron unisonas sus aflijidas voces, que, si es cierto como creemos, que el acento fervoroso del alma religiosa y contrita que humilde ruega, halla siempre un eco de piedad en la mansion de los bienaventurados, la Reina de los ángeles y de los mártires debió conmoverse en medio de su gloria, y convertir su dulcísima vista á las desoladas señoras. Pero la Providencia tenia en su inescrutable sabiduría previstos los sucesos, y fué todo como ser debia.

Al mismo tiempo que al palacio de Hernan Cortés, llevó el fúnebre tañer de las campanas el espanto al convento de Santiago, donde ya la comunidad en el coro, y en la iglesia dos solas personas, imploraban en oración mental la misericordia de Dios para los míseros sentenciados. Pero resonaron las campanas, y como si el mundo se desquiciara, religiosos y devotos pusieronse súbito en pié; miráronse unos á otros; y hubo una voz que exclamó:

—“Dios piadoso! *¡La agonía!* . . . *¡Han anticipado la hora del suplicio!*”

—“Si á los hombres puede sorprenderles la muerte (dijo grave Fr. Diego, que presidia el coro), la eterna sabiduría, todo lo tiene previs-

to.—Oremos, hermanos, por los que van á comparecer ante el Juez Supremo.

—¡Orad en buen hora vosotros (volvió á decir en la iglesia la voz misma que primero habia hablado). Yo vuelvo á impedir, si puedo, el mas horrendo asesinato que nunca consumaron tigres!

—¡Cielos! (esclamó á su vez horrorizado el provincial). ¡Qué acento es el que hiere mis oídos!

Y abandonando el coro, cual si vertigo irresistible se apoderase de su cabeza, corrió á la puerta de la iglesia que daba al claustro, y en ella detuvo al indio Cristóbal y al desconocido que durante el alzamiento le habia tan eficaz como valerosamente auxiliado.

Cristóbal, en efecto, y el desconocido eran las dos únicas personas extrañas á la comunidad que en el convento habia á la sazón; ambos se refugiaron á su iglesia antes de que Villegas diera la orden de bloquear el monasterio, y el incógnito fué quien hizo las exclamaciones que motivaron la rápida salida del coro de Fr. Diego de Olarte.

Envuelto en su capa el misterioso personaje, sin desplegar los labios ni una vez siquiera, y al parecer dominado á un tiempo por amargas reflexiones y gravísimos temores, habia seguido en su fuga al tlaxcelteca, quien, hábil como serpiente, y conocedor de la ciudad cual pocos, le condujo sano y salvo hasta la iglesia de Santiago. Seguros hasta cierto punto los proscritos en aquel sagrado asilo, natural era que comenzaran, como lo hicieron, por dar gracias á Dios de su salvacion poco menos que milagrosa; pero, despues de cumplida aquella santa y primera obligacion, deseaba Cristóbal conocer al que con incomparable denuedo le habia secundado en la malograda empresa. A todas sus preguntas respondió por señas el desconocido, negándose á decir su nombre y mucho mas á mostrarle el rostro; visto lo cual, hubo de resignarse el indio á dejar á su taciturno compañero que, apoyado en uno de los pilares de la iglesia y en su sombra envuelto, se entregara á sus particulares meditaciones; y él púsose á pensar en un fenómeno que le tenia lleno á un tiempo de inquietud y asombro.

D. Fernando de Valdestillas, cuya ida en habito de fraile conocia Cristóbal, no se presentó, en efecto, durante el motin de su espresa orden provocado. ¡Por qué tal proceder, cuando menos, extraño en grado eminente! ¡Como Fr. Diego salió de la prision, no pudo salir el doncel! ¡Y si pudo, por qué no lo hizo! Suponer que la memoria ó el valor le faltaran al hijo del comunero en tan críticas circunstancias, era pensamiento que, ni como tentacion, podia ocurrírsele á la serpiente de Tlaxcala: algo, pues, de grave, de insólito, de terrible, habia acontecido para que así faltase el conspirador á sus cómplices é instrumentos, el caballero á sus amigos y soldados en la batalla. La dificultad insuperable consistia en adivinar qué cosa fuese ese algo.

Sobre poco mas ó menos análogas dudas atormentaban al provin-

cial con respecto al hijo de su amigo; pero como Fr. Diego en todo y por todo, y siempre y sinceramente se remitia á la voluntad de Dios, su ansiedad fué infinitamente menos congojosa que la del pobre indio, incapaz de altas filosofías, y acostumbrado á vivir solo para servir y amar al infeliz enamorado de Elvira.

En tal situacion moral sorprendió á las personas que por el momento nos ocupan el toque de agonía que anunciaba la próxima muerte de los Avilas, suceso previsto para la mañana siguiente, pero que con solo anticiparse algunas horas, burlaba los cálculos y esperanzas, quiméricas ó fundadas, del indio y del desconocido, tomando para todos un carácter tal de venganza y encono, que hacia difícilísima la resignacion aun para el santo religioso mismo.

—¡A dónde vais! ¡Quién sois!—Preguntó el provincial, en voz nerviosa y con el rostro demudado, al desconocido.

—“Voy, (respondió con un acento indefinible de desesperacion el “interpelado), voy á morir; quién soy se sabrá pronto. Dejadme pasar ó sobre vos caerá la sangre inocente que por mi tardanza puede “ser inicuamente derramada.”

—No saldreis, sin decirme vuestro nombre, ó mas bien sin oírlo de mis labios. Sois....

—Por piedad, silencio: á vos me descubriré; pero á vos solo.

Cristóbal que habia escuchado el rápido diálogo que escrito queda con una ansiedad; con una angustia de cuya causa no acertaba á darse cuenta á sí mismo, hubo no obstante de entrar de nuevo en la iglesia y dejar solos en el claustro al prelado y al desconocido.

Cinco minutos despues, llamado el indio, seguia á los dos personajes mismos hasta la puerta principal del convento, guardada, como las otras, por número bastante de picas y mosquetes para que fuesen imposibles tanto la salida como la entrada sin pasar por tan incómoda aduana.

—¡Atras! (clamó el primer centinela que vió al provincial y á sus acompañantes.)

—¡En nombre de Dios! (replicó el prelado): Paso franco á los que van....

—No malgaste las palabras, padre: aquí ni se entra ni se sale....

—Ved que se trata de la vida....

—Tambien se trata de la mia si no cumplo con mi obligacion. Atras y cierran la puerta, pésia mi vida.

—Si es preciso morir, sabré hacerlo....

—Atras ó hago fuego....

—Tira, que los arcabuces no me harán retroceder cuando Dios quiere que camine. Tira, que desnudo te presento el pecho.

Dominado el centinela por la grandeza de ánimo de aquel anciano que tan sin necesidad, en su concepto, se ofrecia á la muerte, y no

osando tampoco llevar las cosas al extremo contra un sacerdote, retiró el arcabuz y dijo:

—Aguarden, al menos, que llame al cabo; quizás él pueda dejarles salir.

Pero fué el cabo y mostróse tan inflexible como el centinela; y no anduvo mas blando el sargento; y por último, el jefe de las tropas allí situadas declaró terminantemente á Fr. Diego que tenía orden expresa de mantener severamente incomunicado su convento, y que aun aquella plática era una infracción á su consigna.

—Decídes la verdad (murmuró el incógnito al oído de Fr. Diego) y acabemos.

—Fuera eso perderos inútilmente (respondióle el prelado).

—Yo no puedo consentir que....

—¡Silencio, en nombre de Dios! Todavía nos queda un recurso, y si ese no alcanza, entonces....

—Entonces mi obligación es morir....

—Vuestra obligación y la de todos, entonces como ahora es resignarse á lo que ordene la Providencia. Seguidme al convento.

Poco mas de un cuarto de hora habia transcurrido desde esa escena, cuando súbitamente se abrieron las puertas de la iglesia de Santiago, dejando ver á los atónitos soldados que lo custodiaban, á la comunidad toda procesionalmente ordenada y con velas encendidas en las manos, precediendo la cruz con sus ciriales, y cerrando la marcha el provincial, que oficiaba, con otros dos sacerdotes que le asistían, los tres con ornamentos de luto como se usan para el oficio de difuntos. Ni á Cristóbal ni al desconocido se les distinguía de los religiosos, porque ambos vistieron el hábito, y marchaban embebidos en las hileras de los hermanos legos.

Los acentos del órgano poblaban las naves del templo de melancólicas armonías, y á su compas entonaban los religiosos en voz lúgubre uno de los salmos penitenciales, produciendo aquel conjunto de notas vibradoras y ecos profundos, un efecto tan triste y aterrador, que no hallamos palabras ni para indicarlo siquiera.

Mas para el capitán que mandaba las fuerzas en la plaza de Tlatelolco, aquella procesion, además de tristísima, circunstancia que le afectara poco, era un compromiso terrible, colocándole en la forzosa alternativa de oponerse á mano armada á su tránsito, ó de infringir abierta y declaradamente las órdenes poco hacia recibidas. Y no olvidemos la época; hoy apenas puede comprenderse cuán grave era en aquellos tiempos habérselas con la cruz y los ciriales, con las casullas y las capas de coro.

Sin embargo, la situación de la ciudad era tal, que dejar paso franco á los frailes, si, como lo sospechaba el capitán, se proponían concitar el pueblo contra la audiencia para impedir la muerte de los Avilas, equivaliera á hacerse él poco menos que cómplice de la conjura-

cion; y verdaderamente peor dia para afiliarse á los descontentos que aquel en que dos de sus principales campeones perecían en el suplicio, no pudiera escojerse.

—Mas vale escomulgado que degollado—se dijo el calculador capitán, y tomando, en consecuencia de tan filosófico apotegma, una resolución vigorosa, formó en ala los primeros hombres que halló á mano, marchó con ellos sobre la puerta de la iglesia, y ocupóla cual con una barrera erizada de picas y partesanas. En seguida, entrando él mismo en el templo, descubierta la cabeza mas con la espada en la mano, pronunció en voz firme estas palabras:

—Padres, sentiria que se propusieran salir ahora á la plaza ó á las calles, porque mi obligación, que cumpliré sin duda alguna, es impedirselo á toda costa. Dios me sea testigo de que procuro la paz y respeto á sus ministros; pero antes que todo es mi honra, y téngola empeñada en obedecer puntualmente las órdenes de mis superiores. La real audiencia prohíbe á todos la salida como la entrada en este monasterio.

En vano Fr. Diego, mas elocuente, mas enérgico que nunca, conjuró al tenaz soldado para que al menos á él solo le permitiese la salida; en vano con frases tan sentidas que ablandaran á una roca, le dijo que se trataba de la vida de un inocente, de evitar un crimen, de economizarles un remordimiento inextinguible á los doctores; en vano fueron ya súplicas, ya amenazas de anatema: el capitán encerrado en sus deberes, como el erizo en su nativa armadura, oia impávido cuanto decírsele quería, repitiendo siempre:

—Ni pongo rey, ni quito rey: pero sirvo á mi señor.

Mas de un religioso tomó parte en el debate, en apoyo de su prelado: la comunidad entera tuvo momentos de casi completa sublevación; pero el capitán, sin acalorarse, ni conmoverse, ni apartarse del tono y maneras del mas profundo respeto, decia:

—No puedo permitir que nadie entre ni salga en este convento.

Cristóbal, habituado á la servidumbre, por mas que en el fondo de su corazón se desesperase, callaba, ya por respeto al provincial, ya por hallarse aún ignorante de la verdadera causa que todo aquel escándalo promovía; pero el incógnito, bramando de ira y de dolor á un tiempo, estuvo cien veces á punto de romper el silencio y descubrir todo el secreto, como lo hiciera desde luego, si Fr. Diego, llamándole á su lado así que comenzó la lucha, no le enfrenara recordándole continuamente cierto juramento, cuya memoria y lazo eran solo bastante poderosos á contenerle dentro de los límites de la prudencia.

Y mientras á tal punto eran llegados los sucesos, en Tlatelolco, el tiempo siguiendo su curso ordinario, habia llevado en pos de sí la noche, y el reloj de la torre de la catedral sonaba las ocho de ella, cuan-

do las campanas trocaron el lúgubre toque de agonía en el funeral de muerte, oído el cual, dijo el capitán:

—Ya podeis salir, padres, cuando os plazca. Soldados, paso franco á los relijiosos.

Pero los relijiosos cayeron todos de rodillas, á escepcion del incógnito que, cual si un rayo le hiriese, desplomóse perdido el conocimiento, y de Cristóbal que acudiendo en su auxilio, descubrióle el rostro, y al verlo, lanzando un rujido de tigre rabioso, se lanzó fuera de la iglesia con la velocidad de una saeta.

En tanto el venerable provincial, aunque en lágrimas desecho, pronunciaba fervoroso estas palabras con que la iglesia recomienda á la clemencia del cielo las almas de los desdichados hijos de Eva, al verificarse su apartamiento del cuerpo; palabras por cierto, como de intento escritas para el infeliz D. Alonso de Avila.

—Suplicámoste Señor, que olvides las culpas de su juventud y los pecados de su ignorancia.



CAPITULO XVI.

CON EL CUAL SE DA FIN Á LA NOVELA DE LA CONJURACION DE MEXICO.

PARA enterar al lector de los pormenores de la catástrofe que no tratamos ya de tener oculta por mas tiempo, necesitamos retrogradar alguna hora con el relato, y trasladarnos primeramente á la cárcel, desde donde pasaremos á la plaza mayor de México y al cadalso frontero á la puerta de la casa de su ayuntamiento. A la verdad que sabida la muerte de nuestro D. Alonso, casi casi pudiéramos dispensarnos de este capítulo: pero hemos seguido hasta aquí al malaventurado mozo tan puntual y obstinadamente, así en sus extravíos como en sus caballerías, y en sus devaneos como en sus penas, que fuera ingratitud, sobre inconsecuencia, abandonarle él, siendo nuestro amigo íntimo, en el breve, mas tambien amarguísimo tránsito que media entre las angustias de un reo en capilla, y el último suspiro del decapitado.

Serian poco mas de la seis de la tarde, cuando fueron llamados á la portería de la cárcel los dos relijiosos que asistian respectivamente á los hermanos Avilas; y una vez en ella, declaróles Juan de Sámamo lo resuelto por la audiencia, á saber: que la ejecucion habia de verificarse antes de las ocho de aquella misma noche, en atencion á lo ocurrido durante el dia, y con el fin de evitar nuevos escándalos y sediciones.—“Prevenid, pues, á esos infelices de que en breve van á “comparecer ante el tribunal de Dios: de vuestros labios les será menos amarga la fatal nueva que si de los míos la escucharan.” Com-

do las campanas trocaron el lúgubre toque de agonía en el funeral de muerte, oído el cual, dijo el capitán:

—Ya podeis salir, padres, cuando os plazca. Soldados, paso franco á los relijiosos.

Pero los relijiosos cayeron todos de rodillas, á escepcion del incógnito que, cual si un rayo le hiriese, desplomóse perdido el conocimiento, y de Cristóbal que acudiendo en su auxilio, descubrióle el rostro, y al verlo, lanzando un rujido de tigre rabioso, se lanzó fuera de la iglesia con la velocidad de una saeta.

En tanto el venerable provincial, aunque en lágrimas desecho, pronunciaba fervoroso estas palabras con que la iglesia recomienda á la clemencia del cielo las almas de los desdichados hijos de Eva, al verificarse su apartamiento del cuerpo; palabras por cierto, como de intento escritas para el infeliz D. Alonso de Avila.

—Suplicámoste Señor, que olvides las culpas de su juventud y los pecados de su ignorancia.



CAPITULO XVI.

CON EL CUAL SE DA FIN Á LA NOVELA DE LA CONJURACION DE MEXICO.

PARA enterar al lector de los pormenores de la catástrofe que no tratamos ya de tener oculta por mas tiempo, necesitamos retrogradar alguna hora con el relato, y trasladarnos primeramente á la cárcel, desde donde pasaremos á la plaza mayor de México y al cadalso frontero á la puerta de la casa de su ayuntamiento. A la verdad que sabida la muerte de nuestro D. Alonso, casi casi pudiéramos dispensarnos de este capítulo: pero hemos seguido hasta aquí al malaventurado mozo tan puntual y obstinadamente, así en sus extravíos como en sus caballerías, y en sus devaneos como en sus penas, que fuera ingratitud, sobre inconsecuencia, abandonarle él, siendo nuestro amigo íntimo, en el breve, mas tambien amarguísimo tránsito que media entre las angustias de un reo en capilla, y el último suspiro del decapitado.

Serian poco mas de la seis de la tarde, cuando fueron llamados á la portería de la cárcel los dos relijiosos que asistian respectivamente á los hermanos Avilas; y una vez en ella, declaróles Juan de Sámamo lo resuelto por la audiencia, á saber: que la ejecucion habia de verificarse antes de las ocho de aquella misma noche, en atencion á lo ocurrido durante el dia, y con el fin de evitar nuevos escándalos y sediciones.—“Prevenid, pues, á esos infelices de que en breve van á “comparecer ante el tribunal de Dios: de vuestros labios les será menos amarga la fatal nueva que si de los míos la escucharan.” Com-

prendemos perfectamente el sentimiento que movió al alguacil mayor á escusarse de notificar á los sentenciados la nueva Neroniana providencia de los doctores; y aun estamos de acuerdo con él en presentir que debió de sonarles, en efecto, menos duramente en boca de sus agonizantes, que lo hiciera en la de su mayor enemigo político y personal.

—¡Mas vale así!— Esclamó D. Alonso, medio comprendiendo y medio adivinando lo que el atribulado religioso le explicaba con afligida torpeza.—¡Mas vale así!—Aunque no se tema á la muerte, y por mucho que en la misericordia divina se confie, prolongándose la agonía, la carne es flaca y sucumbir pudiera. ¡Conque, salgamos del paso cuanto antes, y Dios sea con nosotros!—Padre mio, me han ofrecido que me seria licito antes de morir abrazar á mi desdichado hermano.... ¡Parece imposible que crueldad tan bárbara, como su sentencia lo es, llegue á ejecutarse entre cristianos!.... En fin, recordad á Sámamo su promesa. ¡Ah! Si nos dejaran despedirnos de los hijos de Hernan Cortés y de los demas caballeros, á quienes el cielo preserve de nuestra mala suerte!.... Proponedlo, padre.

—¡Hijo! ¡Es tan breve el tiempo que os queda! ¡No fuera mejor emplearlo en la oracion!

—Padre mio, ya Fr. Diego.... ¡Por qué no le dejarían venir á recoger nuestros últimos pensamientos! Ya Fr. Diego y vos mismo me habeis absuelto: he perdonado, en cuanto puedo á mis perseguidores. ¡Qué mas quereis de un hombre que no ha de pasar de peador arrepentido! Haced lo que os suplico, y así me escusareis de tentaciones de rencor y venganza, que son las únicas que ya pueden acometerme.

No hallando que replicar el buen fraile á las razones de su penitente, fuese á ver con Sámamo á quien, con sorpresa suya, halló desde luego dispuesto á conceder cuanto D. Alonso deseaba; y eso en el acto, y sin consultar á la audiencia para nada. El alguacil mayor, por lo mismo que todo lo sometia al cálculo, ni amaba ni aborrecia con pasión; y seguro de la próxima muerte de los Avilas que deseaba, no por sana, sino en interes de su partido, ni por una parte veia la necesidad de atormentarlos inútilmente, negándoles una gracia sin consecuencia ninguna, ni por otra creyó conveniente mostrarse tan severo, que la historia le pudiera tachar de bárbaro. Amén de esas razones, Sámamo era soldado mas que alguacil, y su crueldad no de aquellas que se complacen en los estériles padecimientos del vencido, sino en arrancar de raíz los obstáculos que al logro de sus proyectos ambiciosos se oponen.

Consintió, pues, en que los dos hermanos se reuniesen desde luego, ofreciendo ademas que al tiempo de salir para el suplicio, dispondria las cosas de manera que pudieran despedirse de sus amigos, los demas caballeros presos como cómplices en la conjuracion.

En tal estado pasó el religioso que á D. Alonso asistia á la capilla de Gil Gonzalez, en la cual halló á su compañero perplejo y acongojado ademas, no sabiendo cómo manejarse, pues el sentenciado, siempre envuelto en su capúz pardo, proseguia durmiendo, como si á eso solo tuviera que atender en el mundo de que á salir iba tan pronto. Confesamos que despertar á un hombre para notificarle que dentro de una hora ó dos van á degollarle, es comision desagradabilísima; pero al mismo tiempo cargo de conciencia tambien dejarle dormir en su ignorancia, privándole así hasta de la posibilidad de ponerse bien con Dios antes de terminar la vida. Entre ambos extremos naturalmente optó el agonizante de D. Alonso por el primero, esto es: porque se despertase á Gil, mas no queriendo tampoco cargar con una odiosidad de que en rigor podia escimirse, dejó á su compañero que solo apurase aquel amargo cáliz, y fuese á dar cuenta al esposo de Elvira del éxito de su comision.

Difícil será dar idea del gozo sincero de D. Alonso, cuando supo que, en fin, iba á estrechar contra su corazón á un hermano que amó siempre tiernamente, y á quien entonces amaba con ardor entusiasta, por efecto mismo de la desgracia que tan sin culpa le abrumaba.

Ni fué pequeña tampoco su satisfaccion con la esperanza de ver aun una vez antes de separarse de todo en la tierra, á los que con él compartieron goces y peligros, triunfos y reveses. En presencia de la muerte desaparecen los lunares que la humanidad afean, y los efectos del corazón se santifican de modo, que acaso parecen hermanos los amigos menos dignos, y tolerables, los enemigos mas encarnizados. ¡Qué mucho que un hombre como Avila, en cuyo espíritu jeneroso jamas cupieron malas pasiones, ni ódios profundos, y en quien ademas, procedieron así los defectos como las culpas mismas de su escesiva impresionable índole, anhelara al encaminarse al suplicio, estrechar la diestra de los caballeros acusados de ser sus cómplices!

Quedábale, empero, en el fondo del corazón un sentimiento de angustia, que si bien con vigorosa voluntad reprimido, con harta frecuencia se dejaba ver en cierta espresion ceñuda, poco comun en su simpática fisonomía.... ¡Cómo Elvira no habia siquiera intentado verle aun otra vez antes del instante supremo! ¡Por qué no escribirle al menos dos líneas para decirle adios! ¡En qué consistia que nadie le hablaba de su esposa! A tales preguntas, respondiase él mismo: unas veces que Elvira, postrada á su dolor, yacía en el lecho incapaz de moverse; otras que la crueldad de los doctores le atajaba los pasos, vedándole la entrada en la cárcel; otras, en fin, que acaso por efecto del alzamiento, cuyos pormenores ignoraba, mas de cuya realidad no le cabia duda, era muy posible que la nieta de Hernan Cortés jimiera entonces como su marido, en algun calabozo.

Mas sucesivamente iba rechazando tales suposiciones, y la duda, su mortal enemigo, el cáncer verdadero de su existencia toda, la duda

del amor de Elvira, volvia á emponzoñarle el alma.—“No me ama, no: si me amase, ella hubiera penetrado un instante siquiera hasta “su esposo, ó cuando menos dádole noticias suyas.”

Así D. Alonso, luchando hasta el último momento con las flaquezas de su condicion tirana, esperaba impaciente la llegada de Gil, que segun lo convenido entre los dos religiosos, debia trasladarse á la capilla de su hermano, mientras en el calabozo del esposo de Mencía se representaba una escena de que no es licito dejar de informar á nuestros lectores.

Apenas hubo salido el confesor de Alonso, llegóse el de Gil al lecho de éste, y sacando fuerzas de flaqueza, trabóle del brazo y dijo-le con unción:

—¡Despertad, hermano! ¡El Señor os llama á sí!

—Lo sé [respondió sin variar de postura, ni descubrir siquiera su rostro, el interpelado]; lo sé, porque acabo de escuchar vuestra conversacion con el religioso que de aquí sale.

—¡Y permanecéis así? Levantaos, hijo, levantaos; y preparad vuestra conciencia para el juicio que os aguarda.

—¡No creéis, padre, que la misericordia de Dios es infinita!

—¡Pues no he de creerlo, hijo mio? Si creo; confiad en ella, siempre que vuestra contricion sea sincera.

—Lo es, aunque muero inocente del crimen de la conjuracion.

—Ofrecedle á Dios la muerte que no mereceis, en descuento de vuestros pecados. Pero levantaos: de rodillas ante la imájen del Crucificado, conviene ahora hablar de estas cosas. Y ademas, vuestro hermano os espera.

—Decidle que nos veremos en el suplicio primero; luego en la presencia de Dios!

Al oír tal declaracion quedóse atónito, en primer lugar el buen religioso, mas el asombro cedió pronto el sitio á la pesadumbre, por cuanto y no sin visos de fundamento, figurósele al franciscano que Gil, acusando caso á su hermano de ser el autor verdadero aunque involuntario de su muerte, se negaba á verle y perdonarle.

—¡Es posible! (esclamó al cabo de un corto intervalo de silencio). ¡Es posible que en tales momentos queráis mostraros severo, Gil Gonzalez, con el que es vuestra carne y sangre, y va á morir como vos, en el suplicio!

—Yo amo á Alonso mas que á mí mismo.

—¿Por qué, pues, os negais á verle?

—No puedo, no debo decirlo.

—¡Infeliz! Pensad que este pobre fraile aunque indigno, es un ministro del Altísimo, á quien debeis revelar los mas íntimos secretos del alma, los mas recónditos arcanos de la conciencia, para que en nombre y por la gracia del que es todo misericordia con los arrepen-

tidos, así como justicia con los impenitentes, pueda remitiros en la tierra vuestros pecados, que no lo serán de otra manera en el cielo.

—Padre, ¡el secreto de la confesion puede revelarse!

—Nunca.

—¿Nunca?

—Os digo que nunca.

—¡Ni por humanos respetos, ni á pretexto de evitar mayores males!

—Jamás puede el confesor revelar el secreto que supo en el tribunal de la penitencia.

—Siendo así, *vedme y oidme en confesion*; y que Dios os maldiga, si faltareis á vuestros deberes.

Diciendo de ese modo, levantóse del lecho el sentenciado, y descubriendo, en fin, su rostro, postróse al mismo tiempo ante el asombrado fraile, diciendo el *confiteor* devotamente.

¿Qué vió el franciscano en el rostro de aquel hombre? Terrible é inesperada cosa debió de ser, pues lanzando un ¡ay! tan de admiracion como de espanto, hubo de apoyarse en el altar para no caer deslomado al suelo.

—No olvideis (le dijo el sentenciado) que antes de levantarme del lecho, os previne que me *viérais y oyérais en confesion*. Revelar ahora mi secreto seria un sacrilegio, y un sacrilegio inútil.—¡Mirad!

Entonces, abriendo el capuz, mostróle un puñal que en la cintura llevaba.

Jamás sacerdote se vió en tan difícil trance, nunca hombre honrado en tan dura alternativa. Callar lo que veía y sabía era horrible; revelarle infame abuso de confianza y sacrilegio indudable á mayor abundamiento.

Pero el sacerdote, triunfando del hombre, halló fuerzas en la religion para soportar tan pesada carga, ya que no hubiese medio, sin milagro de la Providencia, para evitar una inmensa desdicha.

Breve pero animada fué la conversacion entre el penitente y su confesor: aquel con elocuencia celeste rebatió uno á uno y todos, los santos pero vulgares argumentos del último, quien vencido en fin, dijo:

—Dios solo puede juzgar á sus ángeles; él os mire misericordioso, como yo os absuelvo de vuestros pecados, envidiando vuestra alta virtud y abnegacion heroica.

Pocos momentos despues llegaba el pobre fraile aun profundamente conmovido al calabozo de Alonso, y en voz solemne le decia:

—Mi penitente, señor D. Alonso de Avila, ya completamente sorprendido de mundanales afectos, os envia por mi medio la paz del Señor de que goza su espíritu, deseandoos en tan duro trance la misma gracia. “*Nos veremos* [repito sus palabras] *en el suplicio primero, luego ante Dios.*”

—Respeto la voluntad (contestó D. Alonso resignado, aunque hondamente aflijido); respeto la voluntad del que muere cual vivió siem-

pre, como un santo; y acepto en espiacion de mis culpas el amargo dolor que me causa no pasar en su compañía estos mis postreros instantes de vida. ¡Ah! ¡El cielo es conmigo severamente justo, inflexiblemente perseverante en sus decretos! ¡Solo viví y solo muero! no dejo hijos que mi muerte lloren, ni hallé mujer que me amase! En fin, padre, decidle á Gil que su hermano le bendice, y le perdona su dureza.

—Mi penitente (replicó el fraile) os ama mas que á sí mismo.

—Bien, padre, bien: pues que ante Dios nos hemos de ver, allí tambien sabremos la verdad de todo.

Dieron las siete y un numeroso destacamento de infantería con tambores destemplados y de luto cubiertos, llegó á las puertas de la cárcel, casi al mismo tiempo que un escuadron de alguaciles á caballo y con armas de fuego la mayor parte, pues aun no estaban muy seguros los ministros de la audiencia de que el pueblo no se sublevase en el momento de la ejecucion de los Avilas.

Dos mulas con gualdrapas negras, llevadas del diestro por ayudantes del verdugo, tascaban sus frenos tambien á la puerta de la prision; y en la plaza las fuerzas municipales sobre las armas, volvian de continuo la vista á la calle, por donde llegar debía el fúnebre cortejo.

De antemano dispuso el alguacil mayor que los presos de Estado, todos hasta entonces severamente incomunicados, fuesen con buena escolta conducidos á cierta sala, ó mas bien vasto calabozo que ordinariamente servia de encierro á delinquentes de corta importancia, los cuales comunicaban con sus parientes y amigos en las horas á ello destinadas, por medio de una reja abierta sobre el corredor de la cárcel, que era á su vez paso forzoso de los reos al salir al patíbulo.

De esa manera logró Samano cumplir su palabra á D. Alonso, sin el menor riesgo ni inconveniente; pues seguros los cómplices supuestos de la conjuracion, podia no obstante, el esposo de Elvira despedirse de ellos.

Los ecos lúgubres del parche destemplado anunciando á las víctimas que el momento fatal se acercaba, quizá hicieron que se rebelase instintivamente la carne, que es siempre flaca: mas el espíritu de entrambos estaba pronto al sacrificio; y sin que ni sus confesores mismos advirtieran el movimiento de inevitable repugnancia á la muerte que un momento los ajitara, los dos, como por un resorte mismo movidos, aunque ni pudieron ponerse de acuerdo ni se veían, exclamaron á una:

—¡Llegó la hora.—Dios nos asista y consuele á aquellos que nuestra muerte lloren.

Pocos minutos despues, Samano, pálido aunque entero, se presentaba en la puerta de la capilla del esposo de Elvira, diciendo:

—¡Cuando gustéis, D. Alonso!

—La frase [replicó el sentenciado] es tan cortesana como chistosa: pero vamos cuando queráis.

—¡Vamos, pues!

—¡Esperad!—¡Salió ya mi hermano!

—Despues que vos.

—¡Lo ha dispuesto así la audiencia!

—No: pero como sois el mayor, hemos creído....

—Si os es indiferente, llevad á Gil primero: si el pobre muere despues, y ve por consiguiente mi cadáver mutilado, al poner la cabeza en el tajo, tendrá una pena mas; y á mí, como á su mayor hermano, toca el privilegio del padecer.

Cuantos escucharon tales palabras, sintieron que el corazón se les partía; porque en efecto, D. Alonso llevaba mas allá de los ordinarios límites, así la fraternal ternura como la hidalga jenerosidad, reservándose el amargo sinsabor de morir el último.

Hasta el alguacil mayor, hondamente conmovido, no pudo menos de esclamar antes de marchar á la capilla de Gil Gonzalez, diciendo:

—D. Alonso, fuera de Hernan Cortés, no conocí en mi vida mas cumplido caballero que vos los sois. ¡Desdicha es mia haberos tenido á entrambos por enemigos!

De pié, envuelto en su capuz, y con él oculto completamente el rostro, aguardaba el segundo sentenciado á los que al suplicio debían conducirle; y al significarle el alguacil lo acontecido con D. Alonso, hizo contestar, por su confesor, que agradeciendo y aceptando el favor de su hermano, deseaba que ya se le dejase atender exclusivamente á la salvacion de su ánima, no distrayéndole con asuntos mundanos. Para satisfacer tan cristiano deseo, se dispuso que no se abrieran las ventanas de la reja tras de la cual estaban los caballeros, hasta que le tocase el turno de salir á D. Alonso.

Nada, pues, de singular ofreció la salida de Gil Gonzalez: apoyado en su confesor, aunque no debía necesitarlo á juzgar por la firmeza de su paso, bajó las escaleras de la cárcel; con lijereza y gracia montó en la mula; y sin dar muestras de la menor emocion oyó el pregon en que se decía que era á morir condenado *por traidor al rey y haber querido alevosamente levantarse con el reino de Nueva-España.*

¡Pobre Gil Gonzalez! Cuarenta y ocho horas antes de su prision, ignoraba completamente los proyectos de su hermano; proyectos que nunca pasaron, á mayor abundamiento, de tales, ó mas bien de quiméricos ensueños!

Mas la mula caminaba al suplicio: el agonizante levantaba su voz consoladora; y el sentenciado, cuyo rostro no pudieron ver los de su escolta por llevarle siempre con el capuz oculto, repetía con voz baja las oraciones de los moribundos propias.

Al llegar la comitiva á la plaza, publicóse de nuevo en ella la sentencia, gritando el pregonero: “*¡Esta es la justicia que manda hacer el*

rey N. S. y en su real nombre la audiencia de Nueva-España, en Gil Gonzalez de Avila, por traidor á S. M. y haberse querido alevosamente levantar con el reino de México!—; Quién tal hizo que tal pague!”

¡Con qué palabras describiremos el efecto que produjo en los corazones de las señoras congregadas en el estrado de la marquesa del Valle, la horrenda calumnia con que los doctores, valiéndose de los inmundos labios del pregonero, escarnecian á su inocente víctima antes de inmolarla!—No hay voces en diccionario alguno que afliccion tan profunda y legítima pintar puedan, ni hubiera quizá pechos que á la intensidad de aquel amarguísimo dolor resistieran, si la indignacion no le prestara sus fuerzas á la sensibilidad escánime. Por dicha la honrada Mencía no recobró el uso de su razon desde que de ella la privaron las primeras campanadas de la agonía; y Elvira, ya por hallarse en expectativa de otro pregon para ella aun mas cruel, ya por que el temple de su alma era tal que á toda superaba, tuvo presencia de espíritu suficiente para hacer que se retirase á su cuñada á un aposento, donde llegar no pudiesen los ecos de lo que en la plaza se dijese ó gritara.

En tanto, y precisamente cuando el primer sentenciado daba vista al suplicio, sacaron al segundo de su capilla los ministros de la audiencia, admirando la gallardía de su porte, la serenidad de su rostro, la nobleza de sus maneras, y hasta el aseo y compostura de su traje; pues si bien no se le permitió, como tampoco á su hermano, mudarse aquel con que á entrambos los prendieron, habia conservado D. Alonso el suyo tan fresco y elegante, como si de ponérselo acabara, y sentábase maravillosamente la ropa turca de damasco pardo sobre el vestido negro, la cadena de oro al cuello, y la gorra de terciopelo con pluma, negras igualmente la una y la otra.

Palpitantes de dolor y de ira, angustiados y respirando venganza, esperábase tras de la reja que dijimos, el marques del Valle, su hermano D. Martín Cortés, Bernardino Pacheco de Bocanegra, D. Luis y D. Lorenzo de Castilla, con todos los demas caballeros entonces presos, y que no sin fundamento temian seguir en breve la senda del patíbulo, con la sangre de los desdichados Avilas á practicar comenzada.

—“Señores y amigos [esclamó al verlos el sentenciado]: si en algo me estimásteis mientras tuve la honra de vivir entre vosotros, y si el reposo de mi ánima, que en breve ha de comparecer ante el Juez Supremo, teneis en algo, ruegos encarecidamente que en esta postrera entrevista no pronuncien vuestros labios una sola palabra. Cualquiera que ella fuese sería mal interpretada, y quizá sirviera de pretesto para nuevas ejecuciones. Callad, pues, mis nobles amigos, contentandoos con escucharme, y rogar á Dios que con ojos de piedad me mire en estos últimos momentos.

“Mis locas mocedades ofendieron quizá á algunos de vosotros, á

“quienes ruego me perdonen.—Cuando recobreis la libertad, y el co-
 “razon me dice que será en breve, implorad tambien el perdon de
 “las que fueron víctimas de mis engaños, así como yo perdono á los
 “que me engañaron, inclusa á la que orijinó todos mis males y estra-
 “víos.—¡Dios tenga misericordia de ella!—La nobleza sucumbe hoy
 “para siempre en México, caballeros, como sucumbió antes en Espa-
 “ña: culpa es suya, y culpa que pagarán cara las jeneraciones futu-
 “ras.—Si en vez de atender á pueriles vanidades y mezquinos intere-
 “ses, sostuviera enérgica sus propios fueros y los derechos del comun,
 “no se alzarán sobre sus timbres la astucia de los intrigantes, y el po-
 “der de las sotanas.—Pero ya es tarde!—Trascurrirán siglos y siglos
 “antes de que mi pensamiento se comprenda siquiera.—¡La posteri-
 “dad no verá en mí mas que un libertino desenfrenado y un conspi-
 “rador sin juicio!—Caballeros, adios por la vez postrera!—Ni una sí-
 “laba, marques del Valle, ni un acento D. Martín Cortés.... Respe-
 “tad la voluntad de un moribundo.... Os digo que el verdugo al se-
 “gar mi garganta, arranca de raiz el poder de la nobleza mexicana....
 “¡Resignaos con los decretos de la Providencia!.... Orad por el des-
 “canso de mi alma, y el cielo os proteja, como yo se lo ruego.... Ca-
 “balleros, á todos encomiendo mi Elvira, y la viuda y los hijos de Gil
 “Gonzalez.... ¡Adios!.... ¡Adios!.... Vamos, Sámano.”

Y los caballeros cayeron de rodillas anegados en lágrimas; y las ventanas de la reja se cerraron; y D. Alonso, á la cabeza de la comitiva, cual si fuera, no el reo, sino el jefe de la escolta, salió en fin de la cárcel, saludando afectuosamente á todos, repartiendo el oro que le quedaba entre sus guardianes, y cautivando los corazones de aquellos hombres rudos, habituados á luchar contra criminales endurecidos, pero no á ver á caballeros de poética índole marchar al suplicio con tanta jentileza como si á un festin se encaminasen.

Un solo momento de angustia, pero de angustia indecible, tuvo el esposo de Elvira durante el tránsito de la cárcel á la plaza, y fué aquel en que, oyendo súbito tocar á muerto, supo que Gil Gonzalez habia dejado de ser.

—“En fin! (esclamó con tanta ira como pena). ¡En fin, le inmolaron!—¡Dios poderoso, tus altos juicios son incomprensibles!”

—Gil Gonzalez es ya uno de los bienaventurados (le interrumpió el agonizante): pensad, hijo, en merecer vos tambien la palma del martirio.

—Sámano (gritó, desentendiéndose D. Alonso): avivad la marcha; que muerto mi hermano, me es ya la vida insoportable!

Y en efecto, el fúnebre convoy, acelerando el paso, llegó pronto al sitio en que debia repetirse y se repitió el pregon infamante.

La muerte de la primera víctima tuvo lugar sin mas circunstancia notable que la de haberse reconciliado el reo al pié del cadalso, y mostrarse apasionadísimo el confesor en sus amonestaciones, pronun-

ciadas en voz tan baja que de nadie pudieron ser oídas, pero con extraño calor é inusitada vehemencia. Sin embargo, absolvió á su penitente, quien apenas recibida su bendición, subió al cadalso, puso la cabeza en el tajo, y espiró pronunciando estas palabras: "Acepta, dulce Jesus, mi sacrificio.... ¡Elvira, adios, hasta la eternidad!"

Un solo golpe segó el jeneroso cuello: la cabeza fué depositada en un cesto; el cuerpo cubierto con un paño; la sangre del tajo limpiada con prisa; el hacha relevada; y el verdugo púsose, tranquilo y de su habilidad satisfecho, á esperar á D. Alonso.

Parece imposible, pero es verdad, que la costumbre puede habituar á un hombre á dar muerte á sus semejantes, sin que su ánimo padezca en tan horrible ministerio.—¡Y nosotros, sin rubor lo confesamos, al trazar estas líneas nos sentimos tan tristemente conmovidos, cual si al eruento sacrificio tres siglos ha consumado asistiéramos en efecto.

La bella Elvira, despues de atender al cuidado de Mencía, habia regresado al salon de la marquesa, y con una ansiedad que es inútil encarecer, acechaba hasta el mas mínimo rumor de la plaza procedente, como quien tiene su resolución tomada, y aguarda solo el momento oportuno para ejecutarla.

Oyóse el eco del golpe del hacha que la garganta de Gil cortaba; y Elvira, esclamando: "*Dios te reciba en su seno, inocente mártir!*" permaneció, sin embargo, inmóvil, hasta que el pregonero dijo:

"*Esta es la justicia que manda hacer el rey N. S.... en D. Alonso de Avila....*

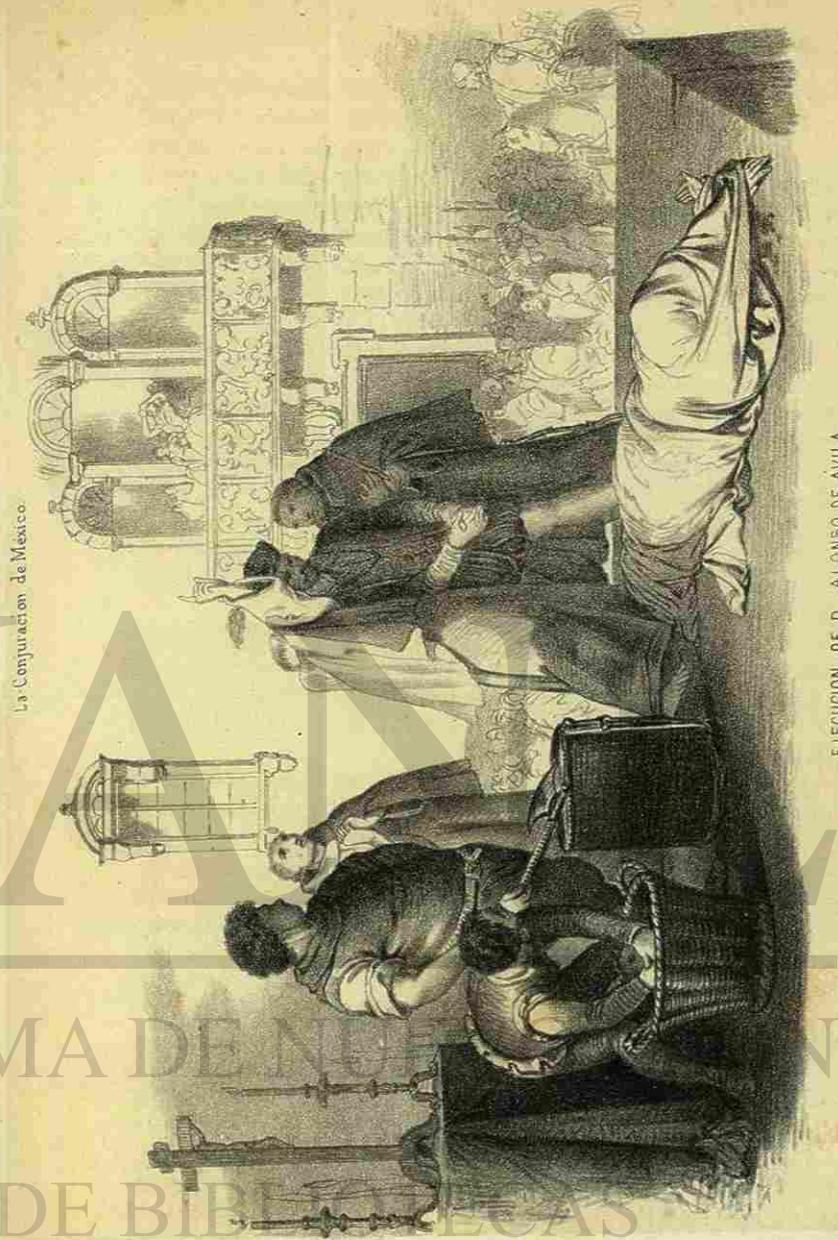
Que entonces, lanzándose con la celeridad y violencia de la centella, al balcon principal del palacio, abrió sus ventanas y arrojándose sobre el antepecho, gritó desesperadamente:

—¡Alonso! ¡Alonso, amado de mi corazón! No me han dejado llegar á tí esos tigres: pero mis ojos te seguirán hasta el cadalso, como presto volará mi alma á unirse para siempre con la tuya en la mansión de los justos."

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! (esclamó Avila, viendo y escuchando con placer á su bella esposa.) ¡Bendita sea tu misericordia que con tan celestial consuelo endulza mis últimos momentos!—¡Gracias, Elvira mia, mi amante, mi digna esposa! ¡Gracias! Tuyo es mi corazón, tuyo será hasta su postrer latido! ¡Adios, valerosa mujer! ¡Adios, santa víctima de tus obligaciones! ¡Adios!—A morir, Sámano: llevadme á morir, que muero amado, y nada temo.

Mientras el cortejo del noble caballero llegaba al suplicio, las damas, cediendo á irresistible magnética fuerza, habian todas salido al balcon en pos de Elvira, y con ella y en torno de ella postradas de hinojos, contemplaban con horror el fúnebre espectáculo, mas sin que de él les fuese posible apartar los aterrados ojos.

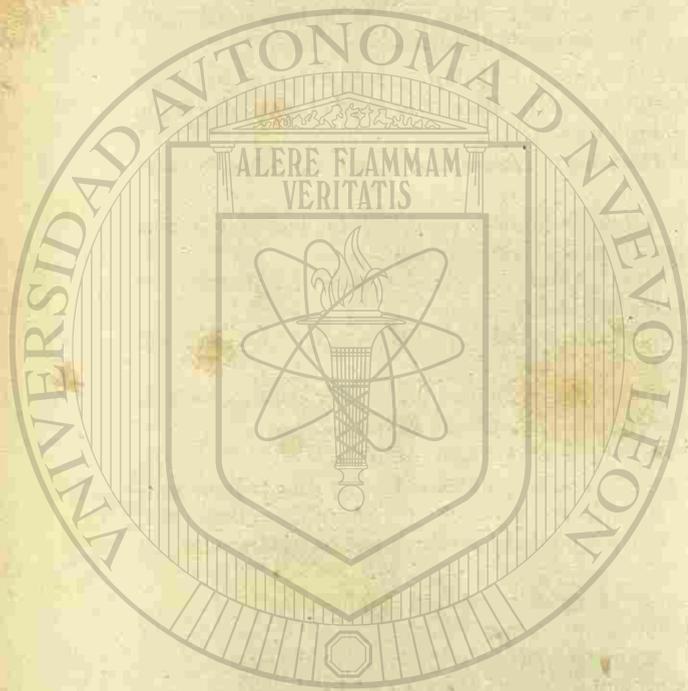
Ya D. Alonso desciende de la mula; ya sube con su ordinaria presteza y acostumbrado desembarazo la escalera del cadalso; ya, de pié



La Conjuración de México.

EJECUCION DE D. ALONSO DE AVILA





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

sobre las enlutadas tablas, tiende en derredor la vista, y contempla sereno á los soldados, únicos espectadores, con las damas, de su muerte, porque no hay en México en aquel instante puerta ni ventana que no esté cerrada en señal de luto; porque ni un solo habitante acudió á la plaza, ni por sus calles discurre.

Pero baja la vista el valeroso caballero, y estremécese, y retírase la sangre de sus mejillas.... Ha discernido bajo el paño mortuario las formas de un cuerpo humano....

—¡Mi pobre Gil! (esclama); ¡Padre mio, yo no soy culpable de su muerte!

Entonces el confesor de la primera víctima se le acerca, y le dice con extraña agitacion algunas palabras al oído.

—¡Cielos! (prorrumpe D. Alonso). ¡No es posible!.... ¡Fernando!! ¡Y vos, padre, habeis consentido!

—Hijo, era y es secreto de confesion, solo á vos y en este instante se me permitió revelarlo.

—¡Era un ángel! ¡Un ángel, no un hombre!.... El solo merecia á Elvira; y yo sin embargo soy el amado de Elvira....

—¡D. Alonso! (interrumpió el verdugo).

—Tienes razon: te pertenezco.—Mátame bien, y esta cadena será tu recompensa.... Tómala antes.... ¡Adios, Elvira!.... ¡Fernando, recibe mi espíritu en tus anjélicos brazos!.... ¡Adios, Elvira mia!.... El golpe.... Jesus!

Tales fueron las postreras palabras de aquel infelicísimo caballero. Un grito desgarrador se oyó en el balcon del palacio de Hernan Cortés.... Elvira sucumbió á su dolor desmayándose, para ser mujer en algo y una vez siquiera en su vida. La marquesa y las demas señoras, si bien hondamente atribuladas, hubieron de acudir en su auxilio y retirarla de aquel paraje, donde con la decapitacion de su marido acababa de recibir incurable herida aquel altivo corazon, hasta entonces modelo de cristiana resignacion y filosófica entereza.

La *Conjuracion de México* dió fin con la muerte de los Avilas; pero á nosotros todavía nos restan por referir algunos sucesos, término y complemento del libro que á concluir vamos.

Durante la ejecucion de D. Alonso, un indio anciano, desgreñado y con todos los síntomas exteriores de la demencia, presentóse en las avanzadas, obstinándose en forzar el paso hasta la plaza, á pesar de cuantas amonestaciones le hicieron los soldados. Rechazado una vez, insistió otras y otras, ya con súplicas, ya con amenazas, mas siempre con vehemencia desesperada; y viendo que todo era inútil, súbito arrojóse sobre un centinela descuidado, y arrancándole con vigor hercúleo la pica de las manos, lanzóse armado contra el resto de la guardia. Fácilmente pueden preverse las consecuencias de tal locura: á los pocos instantes, aeribillado de heridas mortales, y desangrándose por ellas, espiraba nuestro buen *Cristóbal*, clamando:

—¡Amo chiquito morir, y Cristóbal morir con amo chiquito!

Porque el anciano tlaxcalteca, habiendo reconocido en el incógnito que se desmayó al oír el toque á muerto en la iglesia de los franciscanos, á Gil Gonzalez de Avila, presumió desde luego, con razon sobrada, que el hijo del comunero era el que en su reemplazo habia muerto.

Era así la verdad: el desdenado amador de Elvira, en su desesperacion y alucinamiento no pudiendo soportar la vida, creyéndose á la muerte llamado por el cielo mismo, y no habiendo logrado que D. Alonso quisiera salvarse vistiendo sus hábitos, acudió á Gil Gonzalez, quien ligado por el juramento hecho á su hermano poco antes de que los prendieran á entrambos, y en el acto mismo de la prision renovado, como esperamos que el lector lo recuerde, hubo de aceptar la oferta del magnánimo doncel, y salió, en efecto, á la calle, si bien con ánimo de regresar á la capilla, si no hallaba medio de redimir las vidas de D. Alonso y de su libertador heroico.

Durante el alzamiento hizo Gil Gonzalez, aunque en vano, prodigios de valor y de habilidad para frustrar los sangrientos designios de la audiencia: vencidos los amotinados, se retiró el último del campo de batalla, y eso con la esperanza de volver al combate; y en fin, al escuchar el toque de agonía, el lector recordará que nada omitió para acudir á ofrecerse al verdugo. Mas la fatalidad no quiso que el sacrificio inconcebible de Fernando hallase obstáculo alguno; y aquel corazon tan amante como jeneroso, aquel amor ajeno á la mundanal impureza, aquella cabeza poética á par que hermosa, cesaron de latir, de abrasar y de atormentarse al golpe del hacha del verdugo, que ciega segó en flor la vida de un inocente no sentenciado, en reemplazo del sentenciado inocente.

Nunca supo D. Pedro de Valdestillas el paredero de su servidor ni el de su hijo único: Dios quiso redimirle de la angustia que el conocimiento de la horrible verdad le causara; mas bastaron los dolores de la ausencia y las zozobras de la incertidumbre para poner en pocas semanas término á su triste avanzada vejez.

Gil Gonzalez, oculto en el convento durante algun tiempo, huyó mas tarde al Perú con su familia: mas ni él acertó nunca á consolarse de la sangrienta catástrofe del 3 de Agosto, ni la pobre Mencía pudo recobrar por completo el uso de su razon, incurablemente alterada en el mismo funesto día.

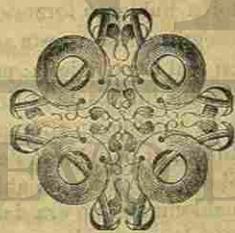
Elvira, fiel á sus promesas, y tomando el hábito religioso en el convento de Santa Clara de México, arrastró un año penosamente su existencia, siendo modelo de todo género de virtudes. Dios, apiadado de su dolor, la llamó á sí al cabo de aquel tiempo.

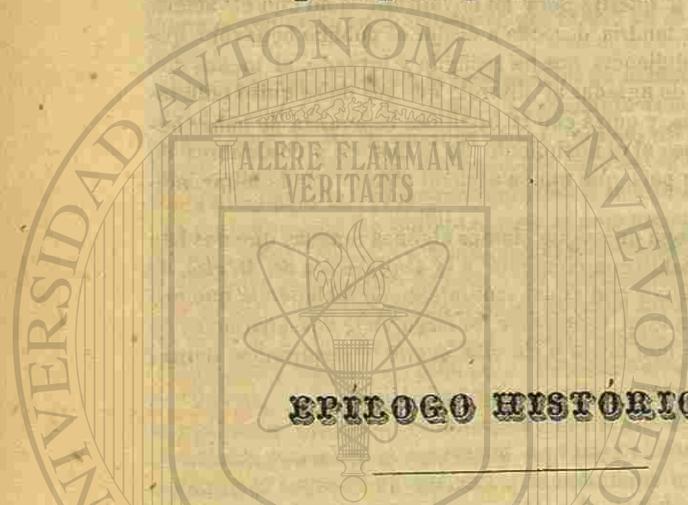
Beatriz, no pudiendo tolerar la compañía del jefe de los asesinos de D. Alonso, entró igualmente en religion, lavando en ella con la austeridad de incesantes penitencias, las liviandades de su vida anterior.

Por lo que respecta á los doctores, su conciencia primero y tambien la pérdida del poder, castigaron en este mundo el asesinato de los Avilas: difícil es creer que ante el Juez Supremo hallara gracia tan horrendo crimen.

Hemos dado fin á nuestra obra de novelistas, si no con el acierto que deseáramos, y tendria derecho á esijir el público benévolo que con inolvidable indulgencia nos ha recibido y juzgado, al menos con el mas vivo deseo de agradar al discreto que sus ocios quiso entretener en estas páginas, y quizá con la orgullosa esperanza de haber hecho algo provechoso al conocimiento de la historia y costumbres de una época y de un pais, que nunca español alguno puede mirar indiferente.

En el breve epílogo que sigue, damos algunas noticias que nos han parecido indispensable complemento á *la Conjuracion de México*, de la cual nos despedimos con aquel sentimiento de melancolía que nos aflige siempre, cuando al terminarse fin largo viaje nos apartamos de un compañero que con razon ó sin ella, acertó á inspirarnos tiernas simpatías.





EPÍLOGO HISTÓRICO.

CUANDO el marques de Falces llegó á México y se hizo cargo del vireinato, encontrósese con que la reciente ejecucion de los Avilas, y el prolongado encarcelamiento del marques y demas caballeros que sabemos, tenían la ciudad aterrada, los ánimos alborotados y las cosas siempre á punto de rompimiento. Sin su providencial arribo á Nueva-España, los doctores hubieran forzosamente, y quizá mal de su grado, tenido que proseguir en la funesta senda de las persecuciones, por ellos mismos en mal hora abierta; porque es irremediable: gobierno que una vez pisa los límites de la tiranía, solo de la violencia puede alimentarse en lo sucesivo. ¿Cómo era posible que la audiencia se fiara de la nobleza, ni la nobleza de la audiencia? La sangre de los hermanos Avilas cavó un hondo abismo, que dividia á los unos de los otros irrevocablemente; no era dable la avenencia entre las víctimas y sus verdugos; la guerra, la guerra civil, encarnizada y esterminadora, podia sola poner término al conflicto, con el sangriento, completo y bárbaro fin de uno de los dos bandos rivales.

Quizá se presuma que el del marques, careciendo ya de toda esperanza y porvenir, hubiera sin combate sucumbido, mas fuera error creerlo así; porque el martirio ensalza á las víctimas, así como la persecucion purifica y da vigor á los partidos que tienen vida propia.

Tras del imperio del terror, imperio tanto mas efimero, cuanto mas duro, llegan siempre las reacciones contra los opresores; y desde la noche misma del suplicio de D. Alonso, comenzó á notarse en Méxi-

co la reaccion, en efecto. El pueblo, que se abstuvo de concurrir al suplicio, acudió en muchedumbre inmensa al entierro de los Avilas, hecho con toda solemnidad por los franciscanos, que dieron sepultura en su convento á los mutilados cadáveres; y lo que es mas digno de memoria, D. Luis de Velasco y sus parientes se apresuraron á incorporarse en la fúnebre comitiva.

Velasco, comprendiendo sus intereses, fija siempre la vista en el invariable blanco de su ambicion, y convencido del malísimo efecto que el proceder de los doctores habia causado en México, quiso, sin duda, ostentando su persona en el entierro de las miserables víctimas del encono de aquellos, probar á todos que ninguna parte tuvo en el horrendo consumado asesinato. ¿Como si tolerar el crimen, pudiendo impedirlo, no fuese hacerse en él cómplice!

Pero el vulgo, que se paga de apariencias, vió las cosas como á D. Luis convenia, y eso era para él lo solo importante.

Durante la noche habíanse clavado las cabezas de los Avilas sobre la azotea de las casas de la ciudad, *para escarmiento de traidores*, segun la audiencia: mas apenas el ayuntamiento advirtió tan cruel alarde de venganza, cuando, sin ser poderosos á impedirlo Villegas ni Sámano, diputó á varios de sus individuos para que, en nombre de la corporacion, espusieran al doctor presidente que *no habiendo sido traidora la ciudad*, no habia razon tampoco para afrentarla coronando su alcázar con los horrendos despojos del cadalso. Oyó Ceinos la demanda con mal reprimido enojo, y casi estuvo á punto de desairarla; pero anunciáronle los rejidores resueltamente que si no mandaba quitar las cabezas de donde estaban, *echaríanlas ellos al suelo*; y ya entonces, temiendo al cabildo, se avino á que los sangrientos trofeos se trasladaran á la *Picota*, es decir, al sitio en que era costumbre clavar las cabezas de los malhechores.

Cuando tan palmarios son los hechos, no hay para qué detenerse á comentarlos: mas para que no se nos acuse en ningun tiempo, ni de apasionados parciales de los vencidos, ni de enemigos ciegos de los doctores, vamos á copiar aquí algunos párrafos de una *carta que el provincial del Santo Evangelio* (Fr. Diego de Olarte) *escribió á S. M.* (Felipe II) *acerca del alzamiento que SE DECIA HABIA en tiempo del marques del Valle*; documento curioso que se encuentra íntegro en el tomo I, libro V, de la *Monarquía Indiana* de Torquemada, cuyo capítulo XIX ocupa todo entero.

“Los frailes de esta Orden (dice) y yo, el menor de ellos, en su nombre, como primeros capellanes que somos de V. M. en esta tierra, y como mas obligados que otros á vuestro real servicio, lo estamos tambien á declarar nuestro sentimiento sobre cosa que tanto importa, como lo es la alteracion ó sosiego de vuestros reinos y señorios; y es que verdaderamente nos ha puesto á todos en gran turbacion, y justamente admiracion, decir que hubiese personas en esta ciudad de Mé-

"xico, que se atreviesen á conspirar y hacer conjuracion entre si para rebelarse contra V. M. y alzarse con esta Nueva-España."

No pueden espresarse con mas delicadeza y claridad al mismo tiempo, la competencia de la Orden Seráfica para levantar su voz en favor de los oprimidos, y la inverosimilitud del hecho sobre el cual se fundaron las inicuas persecuciones de la audiencia: pero prosigamos copiando, y veremos aún mas todavía.

"Verdad será, dice Fr. Diego, la conjuracion; pues por ella han ya castigado á algunos con pena de muerte vuestro presidente y oido-
"res, lo cual es de creer que no hicieran, si no los hallaran manifestamente culpados."

Fulminada esa acusacion terrible en términos tan explícitos, y sin embargo, tan llenos de conveniencia que pudieran servir de modelo y leccion á muchos modernos oradores parlamentarios, espone Fr. Diego concisamente las razones de imposibilidad que contra la conjuracion militaban, por la impotencia de los conspiradores, *mozos livianos de lengua*, por la lealtad de los mas de los castellanos, y sobre todo por la *fidelidad de los indios, que ellos solos bastaran y sobrarian para asegurar la tierra de todos los españoles que habia en ella.*

"No sabemos aún hasta ahora (escribe adelante) si de hecho ó de propósito hubo algun concierto determinado, mas de lo que inferimos por lo que sobre ello han proveído vuestro presidente y oido-
"res, los cuales lo sabrán por las informaciones que han hecho, y mejor lo sabrá Dios, al cual ninguna cosa se le puede encubrir!"

Hombre de su siglo y hábito, el provincial atribuye á pecados de todos y tibieza por parte de los próceres en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas, las calamidades que con motivo ó mas bien so pretexto de la conjuracion alijian entonces á Nueva-España; definiendo luego enérgicamente al marques del Valle de la fea nota de traicion, recordando con tacto los servicios de su ilustre padre; y termina apostrofando al rey prudente con un vigor de que el lector juzgará leyendo sus propias palabras, que son las que siguen:

"Como V. M. cumpla con lo que se debe á Dios, procurando la conservación de estos naturales, en que sean reservados y relevados de toda vejacion y agravio, como jente pusilánime y jente que se metió debajo las alas de vuestro real amparo, y que tengan la doctrina y favor que conviene para la salvacion de sus almas, con eso tiene V. M. estos reinos mas firmes y seguros que no esos de la Antigua España."

Admiremos, porque lo merecen, la valentía, la firmeza y claras luces de aquel, primero soldado y luego pobre fraile mendicante, que contra el poder de la audiencia, y á vista del cadalso aún sangriento (la fecha de la carta extractada es del 8 de Agosto), se dirige al monarca mas suspicaz del mundo, y en vez de tributarle serviles alaban-

zas, le recuerda austero el cumplimiento de sus obligaciones de rey y de cristiano, con tanta sencillez como energía.

Si nunca los frailes se mezclaran en negocios políticos mas que en tal forma y con intentos igualmente piadosos, otro fuera el crédito en el mundo de sus respectivos institutos.

Pero volvamos á México, y probado como lo tenemos, el pernicioso efecto del suplicio de D. Alonso y Gil Gonzalez, á referir suscintamente las consecuencias del advenimiento al gobierno del nuevo virey marques de Falces.

Su primer cuidado, como puede presumirse, fué llamar á sí el proceso de la conjuracion, para ecsaminarlo detenidamente, y escuchar los informes, ya espontáneos, ya pedidos, de personas que, por su larga residencia en México, debían conocer tanto el pais como sus moradores, y que por su estado, posicion y antecedentes, era de presumir fuesen imparciales.

Varon proveccto, político experimentado, militar veterano, y noble caballero, en breve apreció el marques en su justo valor las personas y las cosas, comprendiendo que la conjuracion no fué mas que sueño de cabezas mas ó menos visionarias, murmuraciones de espíritus irreflexivos é impacientes, y cuando mas valentía estéril de corazones jóvenes; y que nunca tuvo forma regular, ni menos consistencia y porvenir. Por parte del marques del Valle, claro estaba que solo hubo orgullo aristocrático y pretensiones ecsajeradas de personal supremacía, que apoyándose en el descòntento de la nobleza, por los letrados oprimida, merecieron quizá correccion política, pero jamas judicial castigo. Tocábale á la audiencia templar los ánimos y dirigir la opinion, en vez de lo cual, levantando bandera, entregóse á un tiempo á las sugestiones de su envidiosa suspicacia, á la satisfaccion de su insaciable codicia, y á los instintos de la crueldad cobarde propia de un gobierno tiránico.

Colocado, pues, por las circunstancias entre dos parcialidades enemigas, una de las cuales contaba por jefe al heredero de Hernan Cortés, y se componia de la nobleza toda de aquel reino; mientras que la otra era, en resúmen, el gobierno lejítimo, bueno ó malo, ó lo que es lo mismo, la representacion del trono de Castilla en el Nuevo Mundo, forzosamente tuvo el marques que contemporizar en aquel trance, renunciando á ser justo en todo, por no esponerse á producir mayores males. Entendemos, por tanto, que anduvo cuerdo y atinado sobreseyendo en México el proceso sobre la conjuracion, que remitió sin pérdida de momento á España, con las personas del marques del Valle, de su hermano D. Luis, justicia de Tecuzco (1), del Dean D. Juan Chico de Molina, y lo que es mas notable, del provin-

(1) No hicimos mencion de él en la novela, ya por sernos innecesario, ya porque tampoco tuvo importancia histórica de ninguna especie.

cial Fr. Diego de Olarte, todos en calidad de presos; para que el rey, vistos los autos y oído el parecer de personas doctas é imparciales, proveyese en el caso lo conveniente.

La persecucion de Fr. Diego, á todas luces injusta, pues con evidencia consta que fué siempre ministro de paz, y nunca instrumento de discordia ni en la conjuracion, ni en ningun otro asunto, puede explicarse solo en virtud de consideraciones políticas, que no la santifican, sin duda, pero que acaso atenúan la culpa del marques de Falces.

Por una parte la personal importancia del ex-conquistador religioso; por otra su posicion de prelado superior de los franciscanos; sus íntimas relaciones con la familia de Hernan Cortés: la inflexible firmeza de su carácter; su popularidad entre los indios; y el calor con que condenó á los jueces de los desventurados Avilas, pudieron ser otras tantas razones para que el virey contase á Fr. Diego en la categoría de los hombres á quienes se declara *influyentes* para considerarlos como *temibles*, y hacer con ellos, en consecuencia, lo que los atenienses por medio del ostracismo con los ciudadanos que se distinguian mas de lo que á su democrática suspicacia convenia. Quizá tambien el varon apostólico se produjera en tales términos al censurar á la audiencia, que el marques, á quien tocaba en todo caso dejar bien puesto el principio de autoridad de que era representante, se creyese obligado á desterrarle: mas como quiera que sea, el hecho es que el provincial fué enviado á España, mientras que á todos los presos, fuera de los que arriba nombramos, y de D. Bernardino Pacheco de Bocanegra que lo estaba por delito comun, se les puso en libertad completa, dándose por nulo todo lo anteriormente acontecido.

La *amnistía*, que tal merece llamarse, del marques de Falces, causó en México un júbilo tan universal como sincero, si bien no completo, pues no hay perdón, no hay ley de olvido que baste á resucitar los muertos; y la tragedia de los Avilas habia, por otra parte, causado en los ánimos toda impresion tan profunda, que no podia borrarse fácilmente.

En tanto los doctores, los domínicos, Sámano, Villegas y los parciales de la audiencia, respetados merced á la firmeza con que gobernaba el marques, vivian sin embargo oscuros y sin poder, maldiciendo la hora en que aportó á las playas del Anáhuac el justificado virey que les arrancó la presa de entre las garras, privándoles hasta del fruto del jurídico crimen que sobre sus conciencias abrumador pesaba.

Y si, en fin, se limitaran á dolerse de los rigores del hado, para ellos adverso entonces, nada tuviéramos que decir en contra: mas conspiraron contra D. Gaston de Peralta como habian conspirado contra la

descendencia de Hernan Cortés; y conspiraron con fruto, que es lo peor de la historia.

En efecto, cuantas comunicaciones dirijia el marques al rey y á sus ministros sobre los negocios de México, dando en ellas cuenta de su conducta, esplicando los sucesos, y poniendo en su lugar respectivo las personas, otras tantas fueron interceptadas en la capital misma por Ortuño de Ibarra, *factor del rey*, hombre poderoso y cómplice de los doctores.

Consecuencia de tan infame abuso fué necesariamente que no recibiese Felipe II durante algun tiempo noticia alguna de su virey, y sí, en cambio, repetidas quejas de la audiencia contra él, que no quejas, sino calumniosas delaciones pueden llamarse, pues acusaban al honrado D. Gaston de haber entrado en las miras de los conjurados, y de intentar levantarse con el reino por cuenta propia.

Acaso Carlos V arrojara al fuego con desprecio las villanas acusaciones de los doctores, ó cuando menos, aguardara á informarse ampliamente para tomar resolucion de importancia; pero su hijo el rey inquisidor, trataba los negocios de otra manera muy distinta.

Adivinando en gran parte la mala fé de los de la audiencia, desconfió, sin embargo, del marques de Falces, como de D. Juan de Austria, como del duque de Alba, como de cuantos conservaban en su carácter y acciones una sola centella del ya entonces en Europa moribundo espíritu caballeresco; y para obviar á un tiempo los inconvenientes de robustecer á los doctores destituyendo al virey, ó de ensalzar á éste deprimiendo aquellos, no halló espediente mas ingenioso que el de poner á entrambas partes fuera de combate, mandando á México *tres licenciados* en calidad de visitadores, con facultades omnímodas, y la órden de que obligasen al marques á regresar inmediatamente á España, dejando, sin embargo, á los togados en la posesion y ejercicio de sus majistraturas.

Descuidado de tal injusticia y satisfecho de haber restablecido la paz en el pais á su gobierno encomendado, estaba D. Gaston de Peralta, cuando súbito se le presentaron los licenciados *Muñoz y Carrillo* (*), con una real cédula tan fulminante, que no daba lugar á dudas ni dilaciones.

Obedeció el marques con tanta menos resistencia, cuanto mayores eran su prisa de presentarse en la corte, y su seguridad de deshacer con la enerjía propia de su carácter y rectitud, la torpe red de infames calumnias, en que ausente, lograron envolverle los doctores; y mientras, con no poco despecho de estos, víctimas de sus propias arterías, apoderáronse del gobierno supremo Muñoz y Carrillo.

Pero hemos dicho mal: quien se apoderó del gobierno fué Muñoz,

* El licenciado JARABA, presidente de la visita, murió durante la travesía, y reemplazóle Muñoz en todos sus derechos.

porque Carrillo, hombre de los infinitos que para nada sirven, y sin carácter propio, ni mas miras en la vida que prolongarla y comer, como vulgarmente se dice, fué siempre el mas inmediato y humilde esclavo de su ambicioso colega.

Digno émulo de los Ronquillos en España, y de los Salazares en América, Muñoz era un letrado como ya se encuentran pocos, duro y frio en las formas, inflexible y ardiente en las resoluciones, insensible á los males de la humanidad, que consideraba como un rebaño rebelde, y tan celoso de la autoridad que ejercia, como prepotente y vano. Revistiendo la máscara de su siglo y monarca, distinguíase por lo minucioso y aparente en las prácticas esternas de la religión; quizá creía por atrición: pero al mismo tiempo mostróse y era, en efecto, del todo ajeno á la caridad dulcísima, que es la base, principal elemento, y divino sello del cristianismo. Nunca hemos creído compatibles la sequedad del corazón y la dureza de entrañas, con el espíritu humilde, piadoso y elevado á un tiempo, que el Evangelio respira en todas sus cláusulas.

Muñoz, para que ni un momento cupiese duda de sus tendencias, fué desde luego á alojarse en el convento de los dominicos. ¿Dónde mejor que en los reales de la Inquisición, podía levantar su tienda el que iba á llenar de luto á México por segunda vez en pocos meses?

Inmediatamente los corchetes se pusieron en campaña, y volvieron las cárceles á poblarse de nobles caballeros, esparciéndose, en consecuencia, tal y tan profundo terror por todo aquel reino, y en su capital singularmente, que el mismo Velasco, desconfiando de que su habilidad bastase á ponerle á cubierto de las iras del licenciado dictador, abandonó á México y trasladóse á Europa, comprendiendo, en fin, que el poder ó se conquista en el campo con la espada, ó se logra, pretendiéndolo en la corte con el incensario de la adulación en la mano, ó el oro de la corrupción en el bolsillo.

¿Será preciso decir que el primero, entre los por segunda vez presos, siempre á pretexto de la famosa conjuración que costó la vida á los Avilas, fué D. Martín Cortés, el hijo de Marina? No por cierto: el ilustre bastardo tenia sobrados títulos al martirio, para que los verdugos no le dieran lugar preferente en sus calabozos y suplicios.

¡Calabozos! México los tenia ya que sirvieron de triste morada á mas de una víctima, tan ilustre como inocente: pero á Muñoz no le parecieron bastante hediondos para la nobleza en que su villano furor se cebaba, y mandólos edificar entonces *muy fuertes é inhumanos* (dice Torquemada), llevando el cinismo de la ferocidad hasta el punto de darles su nombre que, justa la posteridad, los conservó muchos años.

¡Suplicios! El hacha sola habia funcionado hasta Muñoz; él quiso que tambien al tormento y á la horca les cupiera su parte de presa en el botín horrible.

D. Martín Cortés, hijo del que ganó á México, fué bárbaramente atormentado en la ciudad misma, cuyo nombre será inmortal, si vive tanto como el de su ilustre conquistador, en presencia de D. Francisco de Velasco, tío del D. Luis que conocemos, y del obispo D. Antonio de Morales; dispensándole el honor de tales testigos al paciente, en atencion á su calidad de caballero del hábito de Santiago, que los dos nombrados personajes vestian igualmente.

¡Atrocidad inútil! Sobrábale al hijo de Marina la noble sangre castellana que en sus venas circulaba para resistir á los dolores del tormento, pues con la india sola de su ilustre madre bastárale para dejarse destrozarse los miembros, como lo hizo, sin que sus labios profiriesen ni una sílaba provechosa á los perseguidores de su familia, ó perjudicial á sus amigos y parciales.

Tambien sin misericordia, pero tambien estérilmente fueron atormentados D. Bernardino Pacheco de Bocanegra y sus hermanos D. Fernando y D. Francisco. El primero fué, por el asesinato de Juan Ponce, sentenciado á muerte; mas como al cabo aquel castigo fuera justo, no llegó á realizarse, conmutándosele la última pena en la de presidio en Oran con lanzas, es decir: con cierto número de soldados á su costa mantenidos.

Menos felices D. Baltasar de Sotelo y los hermanos D. Pedro y D. Baltasar de Quesada, murieron degollados en el mismo cadalso en que les habia precedido D. Alonso de Avila: y en la horca espiraron Gonzalo Nuñez y Juan Victoria, los fieles servidores de aquel caballero, que mas de una vez hemos mencionado, así como un hombre llamado *Onate* y otros varios de oscura condicion.

Las crueldades de Muñoz fatigaron los brazos del verdugo, como las hediondamente lúbricas caricias de Mesalina hastiaban en Roma, esclava de Claudio, á los mas robustos gladiadores.

Multiplicándose en tanto las prisiones y los destierros, cundia en consecuencia la desconfianza á una con el vicio infame de la delación. Ni el hermano se fiaba del hermano, ni el padre del hijo, ni el amante de su amada; la inmoralidad reinaba, en fin, y como siempre acontece, con la mas espantosa de las tiranías imaginables. Tiranía tal, que á la audiencia misma tenia descontenta sobre aterrada.

Hubiérase entonces probablemente perdido México, si el marques de Falces, por una parte no se apresurase, aun antes de embarcarse, á escribir á España, pintando el estado de aquel reino tal como era; y si por otra no lo hiciesen tambien, en el mismo sentido, D. Luis de Velasco, Fr. Diego de Olarte, y hasta los doctores mismos, temiendo que agotada la sangre de los nobles, habia de revolverse el tigre contra sus propias personas. Tales reclamaciones y las continuas quejas de las familias y amigos de los perseguidos que recibia incesantemente el consejo de Indias, abrieron en fin, los ojos á Felipe II, obligándole á procurar en lo posible el remedio de sus pasados errores.

¡Pero cómo! ¡Ah! ¡Cómo siempre! Contra doctores licenciados, contra licenciados doctores: nunca, sino en último apuro, un hombre político, un caballero. Estaban á la sazón en la corte los doctores Villanueva y Vasco de Puga, oidores de México, enviados á España por el visitador Valderrama, porque se opusieron á sus tiránicas esacciones; y el rey que hasta entonces se había mostrado sordo á sus ruegos, acordóse de ellos para mandarlos á destituir y reemplazar, en unión con sus antiguos compañeros, á Muñoz y Carrillo.

¡Por qué no dar al marques de Falces la satisfaccion que de derecho se le debía, y al mismo tiempo reemplazar un poder arbitrario y feroz con persona tan respetable?

¡Por qué ya que el réjito orgullo se negara á confesar que se engañó desconfiando de D. Gastón de Peralta, no hacer eleccion de virey en Velasco ó en cualquiera otro hombre de importancia social y capacidad política, bastante para gobernar un reino en circunstancias tan difíciles como eran entonces las de México?

Porque con los licenciados y doctores podia hacerse todo impunemente, y con los caballeros todavia no tanto, como poco tiempo despues fué ya posible, merced á la ceguedad incomprensible con que nuestra aristocracia se apresuró á vestir la librea palaciega.

Al llegar Villanueva y Vasco de Puga á México, y dar cuenta de su comision en audiencia plena, Ceinos, Villalobos y Orozco, confesando en voz baja y temblando, que detestaban á Muñoz con todas veras, negáronse, sin embargo, por miedo no disimulado, á notificarle la real cédula de su destitucion, y escijieron que el secretario Sanchez Lopez de Angurto, nombrado para aquel acto importante, ignorase completamente su cometido hasta el momento crítico.

¡Tal era el espanto que Muñoz supo imprimir en los ánimos de todos!

Verdad es que, amen de las ejecuciones, tormentos, cárceles y destierros, su porte fué siempre el de un tirano de la edad media, pues se le veia poco, siempre con guardias, nunca sin ceño; y ni el mismo Carrillo, su compañero en el nombre, osaba tratarle familiarmente.

Era á la sazón la Semana Santa del año de sesenta y ocho; Muñoz morando en el convento de Santo Domingo, asistia naturalmente en su iglesia á los divinos oficios; mas no queriendo igualarse con el resto de los hombres, ni aun en presencia del que los hizo á todos de barro, ocupaba siempre un estrado ó tarima cubierta de ricos paños, con acompañamiento de alabarderos y otros ministros de su autoridad omnívoda.

El miércoles santo muy de mañana se presentan á pedir audiencia al dictador los oidores Villanueva y Vasco de Puga, con el secretario Sancho Lopez, ignorante del ministerio que va á ejercer: pero no hay criado, portero, ni fraile que ose despertar á Muñoz antes de su ora acostumbrada; y los ministros del rey se ven precisados á esperar, mal que les pese, á que el tirano tenga á bien despertarse.

Aquel dia precisamente, sintiéndose indispuerto, tardó Muñoz mas que otros en dar cuenta de su persona; y tardó tanto que, impacientes con sobra de razon los oidores, obligaron á un paje á que le pasara recado, avisándole de *que estaban allí y le querian besar las manos*. Oido el mensaje con indiferencia, vistióse Muñoz sin prisa, y cuando hubo acabado de ataviarse recibió en fin á sus visitantes con el ceño y entonacion de costumbre, de pié, cubierta la cabeza, y llevándose apenas la mano á la gorra en muestra de contestacion al cortés saludo que le hicieron.

“Preguntáronle como estaba (dice el cronista); y respondióles que “algo achacosa habia pasado la noche, y que por sola su venida se “habia levantado. Esto fué con lenguaje tan escaso de mercedes y “de palabras, que mas parecia Dios airado que hombre obligado á “guardar respeto al que se debe.”

Nada puede añadirse á tan característico cuadro: Villanueva, colérico y con fundamento, sacando entonces la cédula que llevaba oculta en el seno, hízosela leer y notificar al pesquisidor por el atónito secretario; y Muñoz entonces, mostrándose, en fin, tan pequeño como era, perdió á un tiempo color, brio, orgullo, dignidad y hasta el conocimiento.

Así son todos los que á la sombra del poder supremo oprimen sin misericordia, mientras el favor los sostiene; cuando la fortuna les vuelve el rostro, arrastránse, como asquerosos reptiles que son, á los piés de los que un minuto antes consideraban indignos hasta de sus miradas.

A la verdad, la cédula era terrible: mandábase en ella á Muñoz cesar en el acto en su jurisdiccion, y en el acto tambien salir de México para regresar á España, so pena de perdimiento de bienes y *la cabeza á merced de la audiencia*.

Con tal puntualidad quiso obedecer el menguado, que sin detenerse ni un solo instante salió del convento con Carrillo, y entrambos á pié de la ciudad, solos y temerosos, como á los opresores de la humanidad conviene, y de apocados ánimos es propio.

Con su partida respiró México, aunque los oidores quedaron con el gobierno: mas, por una parte, no habia ya á quien degollar ni atormentar, y por otra todo parecia y era, en efecto, preferible al insupportable recien quebrantado yugo.

Muñoz, llegado á España en el mismo buque, y al tiempo mismo que el marques de Falces, de quien dice Torquemada en estilo digno de Tácito, *que informó al rey de toda la verdad y fuese á su casa*, apresuróse á solicitar audiencia de Felipe, persuadido de que apenas esplicase su conducta, obtendria reparacion de agravios, y mercedes magníficas á mayor abundamiento. Pero conocia poco al rey prudente el cruel licenciado: Felipe II despreciaba á los que no sabian

servirle sin dar escándalo; y sin escrúpulo, además, destruía los instrumentos de su severidad misma, luego que le habían servido.

—;No os envié á las Indias á destruir el reino! Dijo al ex-pesquisidor, sin permitirle hablar antes, ni esperar luego su respuesta; y aquellas palabras del fundador del Escorial, pronunciadas con el acento de inflexible dureza que le caracterizaba, bastaron para que Muñoz apareciese la mañana siguiente en su cuarto muerto en una silla, con la mano en la mejilla.

Si le mató su orgullo, Satan puede envidiárselo; si veneno, el agua tofana no iguala en actividad al que le dieron.

Torquemada, comparando al licenciado Muñoz nada menos que con el cruel *Epulon*, cuya falta de caridad con Lázaro el pobre fué castigada con justa severidad por el cielo, dice: "*De este, (Epulon) sabemos de cierto que está en el infierno: de esotro [Muñoz] no sé lo que fué: ¡háyle hecho Dios misericordia!*"—Figúrasenos que el bueno del franciscano creía poco en la salvacion del licenciado,

Volviendo á la historia á fines del año de 68 mismo, ya Felipe comprendió la necesidad de nombrar un virey, eligiendo al efecto á D. Martín Enriquez, hermano del marques de Cañete, quien gobernó á Nueva-España hasta el 1580. Durante su vireinato se decretó el establecimiento en México del tribunal de la Inquisición, que comenzó á funcionar en efecto, en 1571.

Nuestro D. Luis de Velasco consiguió sus deseos, reemplazando en 1587 al conde de Coruña, sucesor de Enriquez. Costóle largo tiempo y trabajo ímprobo, mas al fin obtuvo el puesto eminente á que aspiraba, y usó del poder con discreción, con tino, con templanza y en beneficio de sus administrados.

En tanto, desterrada de México la familia de su conquistador, vejeó oscurecida por favoritos y aduladores, hasta que recayendo en hembra la sucesion de Hernán Cortés, hasta el título con que mezquinamente se recompensaron sus hazañas, salió de Castilla para pasar á Nápoles, donde hoy radica en la familia de Pignatelli, y su rama de Monteleone.

Los grandes hombres son como los aerolitos; Dios solo posee el secreto de su oríjen, nada mas que gloria suelen dejar en pos de su existencia: así Alejandro, Annibal, Pirro, César, Napoleon y Hernán Cortés.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARZO DE 1851.

